



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

Beatriz

TOMO V



Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

Beatriz

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - V

ePub r1.0

mandius 22.07.15

Título original: *Béatrix*
Honoré de Balzac, 1839
Traducción: Alvaro Escarpizo
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

HONORATO DE BALZAC
LA COMEDIA HUMANA
EDICION PREPARADA POR
AUGUSTO ESCARPIZO
Tomo V
EDITORIAL LORENZANA
BARCELONA

ESTE TOMO COMPRENDE LAS SIGUIENTES OBRAS:

Beatriz

BEATRIZ

Dedicatoria A SARA

Señora:

En tiempo claro, a orillas del Mediterráneo, por donde otrora se extendía el elegante imperio de su nombre, el mar deja ver a veces, bajo la gasa de sus aguas, una flor marina, maravilla de la naturaleza; el encaje de sus filamentos teñidos de púrpura, de pardo, de rosa, violeta u oro, la frescura de sus vivientes filigranas, el terciopelo de su tejido, todo se marchita en cuanto la curiosidad la extrae y la expone sobre la arena. De igual modo el sol de la publicidad ofendería la piadosa modestia de usted. Por eso yo, al dedicarle esta obra, debo callar un nombre que ciertamente constituiría un orgullo para ella; mas, al amparo de este semisilencio, sus manos magníficas podrán bendecirla; su frente sublime podrá inclinarse sobre ella ensoñando; sus ojos, llenos de amor maternal, podrán sonreír, ya que usted estará en ella presente y oculta a la vez. Igual que aquella perla de la flora marina, usted permanecerá en la arena fina, tupida y blanca del fondo, donde florece su hermosa vida, escondida por las ondas, diáfana solamente para algunos ojos amigos y discretos.

Hubiese querido poner a sus pies una obra en armonía con sus perfecciones; pero si esto es imposible, al menos, como consuelo, espero satisfacer uno de los instintos de usted ofreciéndole algo que tomar bajo su protección.

DE BALZAC

Aux Jardies, diciembre 1836.

PRIMERA PARTE
UNA FAMILIA PATRIARCAL

I
UN PUEBLO DE BRETAÑA

Francia, y Bretaña particularmente, posee aún hoy algunos pueblos completamente al margen del movimiento que da al siglo XIX su fisonomía. Carente de comunicaciones rápidas y regulares con París, apenas ligadas por un mal camino con la subprefectura o el centro comarcal de que dependen, esos pueblos oyen y ven pasar la civilización nueva como un espectáculo, del que se asombran sin aplaudirlo; y, sea porque la temen o porque la desprecian, se mantienen fieles a las viejas costumbres cuyo sello se les ha impreso. El que quisiera viajar a modo de arqueólogo moral y observar los hombres, en lugar de observar las piedras, podría descubrir una imagen del siglo de Luis XV en alguna aldea de la Provenza, la del siglo de Luis XIV en el fondo del Poitou o la de siglos aún más remotos en lo hondo de la Bretaña.

La mayor parte de esos pueblos han perdido cierto esplendor del que los historiadores no hablan, más atentos siempre a los hechos y fechas que a las costumbres, pero cuyo recuerdo perdura aún en la memoria de los bretones, cuyo carácter nacional consiente poco el olvido de lo que concierne a su país. Muchos de esos pueblos fueron la capital de un pequeño estado feudal, condado o ducado que la corona conquistó o que se repartió entre coherederos, falto de una línea masculina sucesoria. Desheredadas de su actividad, tales cabezas se han reducido desde entonces a brazos. El brazo, privado de alimento, se deseca y vegeta. No obstante, hace treinta años esos retratos de viejas edades empiezan a borrarse y van siendo cada vez más raros. Al producir para las masas, la industria moderna va destruyendo las creaciones del arte antiguo, cuyos trabajos eran tan personales para el artesano como para el consumidor. Ahora tenemos *productos*, no *obras*. Los monumentos son parte importante en esos fenómenos de retrospcción: ahora bien, para la industria los monumentos son las canteras de adoquines, las minas de salitre o los almacenes de algodón. Unos años más y esas originales ciudades quedarán transformadas y no se sabrá de ellas más que por la presente iconografía literaria.

Una de las villas donde se reencuentra más correctamente la fisonomía de los siglos feudales es Guérande. Su solo nombre despertará mil recuerdos en la memoria de los pintores, artistas y pensadores que hayan ido hasta la costa donde yace este magnífico joyel del feudalismo, tan soberbiamente emplazado para presidir la disputa del mar con las dunas y que es como el vértice de un triángulo cuyas otras dos puntas

están representadas por otras dos joyas no menos curiosas, Croisic y el burgo de Batz. Después de Guérande, sólo Vitré, situado en el centro de Bretaña, o Aviñón en el Mediodía, conserva en mitad de nuestros tiempos su intacta configuración medieval. Hoy todavía está Guérande rodeada de sus poderosas murallas. Sus anchos fosos están llenos de agua, sus almenas están enteras, sus troneras no han sido obstruidas por los arbustos, la hiedra no ha cubierto con su manto las torres cuadradas o redondas. Tiene tres puertas en las que se ven las argollas del rastrillo y hay que entrar por ellas pasando sobre un puente levadizo de madera reforzada con hierro, que no se levanta, pero que podría hacerlo perfectamente. La alcaldía se ha visto vituperada por haber plantado en 1821 chopos a lo largo de los fosos para sombrear el paseo. Se defendió contestando que desde hace cien años, por el lado de las dunas, la amplia y hermosa explanada de la fortificación, que parecía terminada ayer, había sido convertida en una especie de parque, sombreado por olmos, bajo los cuales se solazaban los vecinos. Allí las casas no han experimentado ningún cambio, no han aumentado ni disminuido. Ni una de ellas ha sentido sobre sus fachadas el martillo del arquitecto o la brocha del pintor, ni ha visto debilitados sus pies con el peso de un piso añadido. Todas conservan su carácter primitivo. Algunas reposan sobre pilares de madera que forman soportales bajo los cuales los transeúntes circulan y cuyos tablones flexionan sin romperse. Las tiendas son bajas y pequeñas, con las fachadas cubiertas de pizarras claveteadas. La madera, hoy podrida, ha entrado por mucho en los materiales esculpidos de que están hechas las ventanas; y en los antepechos avanzan por encima de los pilares con rostros grotescos, se alargan en las esquinas en forma de bestias fantásticas, animadas por la gran idea del arte, que en aquel tiempo daba vida a la naturaleza muerta. Esas vetusteces, que todo lo resisten, ofrecen a los pintores los tonos pardos y las figuras borrosas que sus brochas aman.

Las calles son hoy lo que eran hace cuatrocientos años. Sólo que, como la población no abunda, como el movimiento social es menos vivo, el viajero que sienta la curiosidad de examinar esta villa, hermosa como una antigua armadura completa, podrá recorrer, no sin melancolía, una calle semidesierta en la que los ventanales de piedra aparecen cegados con ladrillos para eludir el impuesto municipal. Esta calle desemboca en una poterna condenada por un muro de mampostería, sobre la cual se eleva un grupo de árboles elegantemente plantados por la naturaleza bretona, una de las más lujuriantes y frondosas vegetaciones de Francia. Un pintor o un poeta permanecería allí quieto, entregado a saborear el silencio profundo que reina bajo la bóveda aún intacta de aquella paterna, adonde no llega el menor ruido de la apacible villa, y desde donde la campiña se divisa con toda su magnificencia a través de las aspilleras ocupadas en otro tiempo por los arqueros y los ballesteros, aberturas que parecen hechas en un mirador sólo para contemplar el panorama.

Es imposible pasear por allí sin pensar a cada paso en los usos y costumbres de los tiempos pasados: todas las piedras os hablan; las ideas de la edad media se mantienen allí en estado de superstición. Si, por casualidad, pasa un gendarme con su

gorra galonada, su presencia es un anacronismo contra el cual protesta vuestro pensamiento. Nada resulta tan raro como encontrar en aquel lugar un ser o una cosa del tiempo presente. Incluso se ve poco vestuario actual: el que los habitantes adoptan se adecúa de algún modo a sus costumbres inmóviles, que los artistas vienen a dibujar y que poseen un relieve increíble. La blancura de las telas que llevan los *pantaneros*, nombre dado a las gentes que explotan la sal en las marismas salinas, contrasta vigorosamente con los colores azules y pardos de los *paisanos*, con las vestimentas originales y religiosamente conservadas de las mujeres. Las dos clases citadas y la de los marinos, con su zamarra y su pequeño sombrero de cuero barnizado, son tan distintas entre ellas como las castas de la India, y todavía reconocen la distancia que las separa de la burguesía, la nobleza y el clero. Allí todo está todavía tajantemente cortado; allí el rasero revolucionario ha encontrado las masas demasiado duras y ásperas para pasar: se habría mellado, si no partido. El carácter inmutable que la naturaleza ha dado a sus especies zoológicas se encuentra allí en los hombres. En fin, aun después de la revolución de 1830, Guérande es todavía una villa aparte, esencialmente bretona, católica ferviente, silenciosa, recoleta, en la que las ideas nuevas hallarán escaso acceso.

La posición geográfica explica el fenómeno. Esta bonita ciudad es el centro de las marismas saladas cuya sal se llama, en toda la Bretaña, sal de Guérande y a la cual muchos bretones atribuyen la bondad de su mantequilla y sus sardinas. Sólo se une con la moderna Francia por dos caminos, el que lleva a Savenay, capital de que depende, y que pasa a Saint-Nazaire; y el que conduce a Vannes y la relaciona con el Morbihan. El camino del distrito establece la comunicación por tierra; Saint-Nazaire, la comunicación marítima con Nantes. El camino por tierra sólo se ve frecuentado por la administración. La vía más rápida, la más usada, es la de Saint-Nazaire. Ahora bien, entre esta localidad y Guérande media una distancia de seis leguas, que la posta no sirve nunca, y con razón: apenas se contarían tres viajeros al año. Saint-Nazaire está separado de Paimboeuf por la desembocadura del Loira, qué tiene cuatro leguas de ancho. La barra del Loira hace muy caprichosa la navegación de los barcos de vapor y para colmo de dificultades no existía desembarcadero, en 1829, en la punta de Saint-Nazaire, lugar ornado de rocas resbaladizas, de arrecifes graníticos, de peñas colosales que sirven de fortificación natural a su pintoresca iglesia y que obligaban a los viajeros a lanzarse a las barcas con sus equipajes cuando el mar estaba agitado, y si estaba en calma, a ir a través de los escollos hasta el muelle que los ingenieros construían entonces. Tales obstáculos, poco apropiados para animar a los viajeros, tal vez existan aún ahora. Primero, la administración es lenta en sus obras; además, los pobladores de este territorio, que veréis recortado como un diente en el mapa de Francia, comprendido entre Saint-Nazaire, el burgo de Batz y Croisac, se adaptan perfectamente a unas dificultades que defienden a su país de la presencia de extranjeros. Como arrojada a un extremo del continente, por Guérande no se va a ninguna parte, ni nadie va a ella. Dichosa de verse ignorada, no se preocupa más que

de sí misma. El movimiento de los inmensos productos de las marismas saladas, que no pagan al fisco menos de un millón, se concentra en Croisic, villa peninsular cuyas comunicaciones con Guérande se realizan sobre arenas movedizas, en las que se borra durante la noche el camino que por el día se trazó, o por las barcas indispensables para atravesar el brazo de mar que sirve de puerto a Croisic y que hace irrupción en los arenales. Este encantador pueblecito es, por consiguiente, el Herculano del feudalismo, sin el sudario de la lava. Está en pie sin vivir, no tiene casi otra razón para permanecer que el no haber sido demolido.

Si llegáis a Guérande por el Croisic, luego de haber atravesado el paisaje de las salinas, experimentaréis una viva emoción a la vista de aquella inmensa fortificación todavía intacta. Lo pintoresco de su posición y las gracias nativas de sus contornos, cuando se llega por Saint-Nazaire, no seducen menos. Los alrededores son deliciosos: los setos están llenos de flores, madreselvas, mirto, rosales y todo género de hermosas plantas. Diríais que es un jardín inglés diseñado por un gran artista. Aquella rica naturaleza, tan serena, tan poco explotada y que ofrece la gracia, de un ramillete de violetas o de muguete en la espesura de un bosque, tiene por marco un desierto de África limitado por el océano, un verdadero desierto sin un árbol, sin una hierba, sin un pájaro, donde en los días de sol los salineros, vestidos de blanco, y reflejados en los tristes estanques en que se deseca la sal, recuerdan a los árabes recubiertos de sus albornoces. Guérande, con su hermoso paisaje en tierra firme, con su desierto, limitada a derecha por el Croisic y a izquierda por el burgo de Batz, no se parece a nada de lo que los viajeros ven en Francia. Esas dos naturalezas tan opuestas, unidas por la última imagen de la vida feudal, tiene un no sé qué de seductor. La villa produce en el alma el mismo efecto que un calmante sobre el cuerpo, silenciosa como Venecia. No hay otros vehículos públicos que los de un mensajero que lleva los pasajeros, las mercancías y, si las hay, las cartas de Saint-Nazaire a Guérande y a la inversa. Bernús, el cochero, era en 1829 el factótum de aquella gran comunidad. Va y viene, todo el mundo le conoce, hace los encargos de todos. La llegada de un coche, trátese de una mujer que pasa por Guérande por la vía de tierra para llegar a Croisic, o unos viejos enfermos que van a tomar baños de mar, que en estas rocas, casi islas, poseen virtudes superiores a los de Dieppe o de Boulogne, es un acontecimiento inmenso. Los paisanos hacen sus viajes a caballo y por lo general transportan en sacos sus bastimentos. Viajan sobre todo, lo mismo que los salineros, por la necesidad de adquirir las joyas particulares de su casta, que se regalan a todas las novias bretonas, como también la tela blanca y el paño para sus vestidos. En diez leguas a la redonda, Guérande es siempre Guérande, la ciudad ilustre donde se firmó el tratado famoso en la historia, la llave de la costa, que trasluce, no menos que el burgo de Batz, un esplendor que se pierde en la noche de los tiempos. Las joyas, la tela, el paño, las cintas y los sombreros se hacen fuera; pero son de Guérande para todos los consumidores.

Todo artista, y aun cualquier vulgar mortal que llega a Guérande, experimenta,

como los que arriban a Venecia, un deseo pronto olvidado de acabar sus días en medio de la paz y el silencio, paseándose durante el buen tiempo por la alameda que rodea la villa por el lado del mar, de una puerta o otra. A veces la imagen de esta ciudad vuelve a llamar en el templo de los recuerdos; entra, tocada con sus torres, enjorada con su muralla, y despliega su vestido sembrado de bellas flores, sacude el manto de oro de sus dunas, exhala el aroma embriagador de sus lindos caminos bordeados de espinos y lleno de ramilletes anudados al azar; os llama y os conmueve como una mujer divina que hayáis entrevisto en un país extraño y que se ha alojado en un rincón de vuestro corazón.

II LA MANSIÓN DE LOS GUAISNIC

Cerca de la iglesia de Guérande se divisa una casa que es en la actualidad lo mismo que la ciudad es en el país, una imagen exacta del pasado, el símbolo de una gran cosa perdida, una poesía. Esta casa pertenece a la más noble familia del país, a los Du Guaisnic, que en los tiempos de los Du Guesclin eran tan superiores a ellos en antigüedad y fortuna como los troyanos con respecto a los romanos. Los *Guaisqlain* (ortografiado también antiguamente *Du Glaicquin*) antiguos como el granito de Bretaña; los Guaisnic no son ni francos ni galos: son bretones o, para ser más exactos, celtas. En otro tiempo debieron de ser druidas, recogido el muérdago en los bosques sagrados y sacrificado víctimas humanas sobre los dólmenes. Es inútil decir lo que ellos fueron. Hoy esta casta, igual a los Rohan, pero sin haberse dignado hacerse principesca, que existía poderosa cuando no se sabía aún nada de los antepasados de Hugo Capelo; esta familia pura de toda mezcla posee sus dos mil libras de renta, su casa de Guérande y su pequeño castillo en Guaisnic. Todas las tierras que dependen de la baronía de Guaisnic, la primera entre las de Bretaña, están empeñadas a los cultivadores, y dan, pese a la imperfección de los cultivos, unas sesenta mil libras. Los Du Guaisnic conservan, sin embargo, la propiedad de sus tierras, pero como no pueden liberar el capital, consignado hace doscientos años en sus manos por los poseedores actuales, no tocan nada de las rentas. Están en la misma situación que la corona de Francia con sus prestamistas antes de 1789. ¿Cuándo y dónde los barones encontrarán el millón que sus colonos les han entregado? Antes de 1789 los derechos señoriales de las tierras dependientes del castillo de Guaisnic, elevado sobre una colina, aún valían cincuenta mil libras; pero, con una votación, la Asamblea nacional suprimió el diezmo sobre las ventas de los frutos percibidos por los señores. En semejante situación, esta familia, que en Francia no representa nada para nadie y que sería objeto de burla en París, en Guérande vale por toda la Bretaña. En Guérande el barón de Guaisnic es uno de los grandes barones de Francia, un hombre por encima del cual sólo está otro, el rey de Francia, elegido por jefe en otro tiempo. Hoy día el nombre de Du Guaisnic, pleno de resonancias bretonas y cuyas raíces, por lo demás, se explican en *Les Chouans, ou la Bretagne en 1799*, han sufrido la misma alteración que desfigura el de Du Guaisqlain: el recaudador de contribuciones escribe, como todo el mundo, Guénic.

Al término de una callejuela silenciosa, húmeda y sombría, formada por los muros en arista de las casas vecinas, se ve la cimbra de una puerta falsa lo suficientemente alta y ancha para consentir el paso de un jinete, circunstancia que revela que en el tiempo en que se acabó la edificación no existían los coches. La cimbra, soportada por dos jambas, es toda de granito. La puerta, en roble agrietado como la corteza de los árboles que dan los bosques, está llena de clavos enormes que

dibujan líneas geométricas. La cimbra es hueca. Muestra el escudo de los Du Guaisnic tan neto y recortado como si el escultor acabara de tallarlo.

Ese escudo entusiasmaría a un amante del arte heráldico por su sencillez, que prueba tanto el orgullo como la antigüedad de la familia. Es igual que el del día en que los cruzados del mundo cristiano inventaban esos símbolos para reconocerse mutuamente. Los Guaisnic no lo han cuartelado jamás: ha sido siempre igual a sí mismo, como el de la casa de Francia, que los conocedores encuentran repetido en las armas de las más viejas familias. Helo aquí, tal como aún hoy lo podréis ver en Guérande: *campo de gules confalonado de armiño, mano natural con espada de plata en pal* y esta terrible palabra por divisa: ¡*Fac!* ¿No es todo esto algo grande y bello? La corona de barón remata este simple escudo, cuyas líneas verticales, usadas en escultura para figurar el gules, brillan todavía. El artista ha dado una indecible actitud orgullosa y caballeresca a la mano. ¡Con qué nervio agarra esa espada, de la que todavía ayer se servía la familia! En verdad digo que si vais a Guérande después de haber leído esta historia os será imposible evitar un estremecimiento al ver ese blasón. Sí, el republicano más exaltado se sentiría conmovido por la nobleza, la fidelidad y la grandeza ocultas al fondo de aquella callejuela. Los Du Guaisnic cumplieron como buenos ayer y están prestos a hacer lo mismo mañana. Cumplir como bueno es la gran divisa de la caballería. «¡Lo has hecho bien en la pelea!», decía siempre el condestable por excelencia, el gran Du Guesclin que por un tiempo logró echar a los ingleses fuera de Francia. El relieve de la escultura, preservada de la intemperie por el saliente redondo de la cimbra, está en armonía con el relieve moral de la divisa en el alma de esta familia. Para quien conozca a los Du Guaisnic, esta particularidad resulta emotiva.

La puerta abierta deja ver un patio amplio, a cuya derecha se hallan las cuadras y a la izquierda la cocina. La mansión está construida con piedras sillares desde el sótano hasta el sotabanco. La fachada que da al patio está ornada con una terraza a doble escalinata, que da a una tribuna cubierta de vestigios de esculturas borradas por el tiempo, aunque el ojo de un anticuario descubriría aún en el centro restos de la mano sujetando la espada. Bajo esta bonita tribuna, encuadrada por nervaduras rotas en algunos puntos, hay una pequeña caseta en otro tiempo ocupada por un perro guardián. Las rampas de piedra no están muy juntas: por las hendiduras brotan hierbas, musgo o alguna florecilla, como en los peldaños de la escalinata, que los siglos han movido algo sin privarles de solidez. La puerta debió ofrecer en su tiempo un hermoso carácter. Según se puede juzgar por lo que resta de su diseño, fue obra de un artista formado en la escuela veneciana del siglo XIII. Se descubre una mezcla de bizantino y morisco. Está coronada con una marquesina circular de vegetación, un ramillete rosa, amarillo, pardo o azul, según las estaciones.

La puerta, en roble claveteado, da acceso a una vasta sala, a cuyo extremo otra puerta da paso a una terraza semejante por la que se desciende al jardín. La conservación de esta sala es maravillosa. Las paredes están en su parte inferior

revestidas de madera de castaño. Un magnífico cuero español, animado con figuras de relieve, pero cuyos dorados están descascarillados y oscurecidos, cubren el resto. El techo está compuesto de planchas artísticamente combinadas, pintadas y doradas. El oro apenas se ve: se conserva en el mismo estado que el del cuero de Córdoba, pero se puede distinguir aún alguna flor roja y algún follaje verde. Es de suponer que una limpieza a fondo haría reaparecer pinturas parecidas a las que decoran el techo de la casa de Tristan en Tours, lo que probaría que esas planchas fueros rehechas o restauradas bajo el reinado de Luis XI. La chimenea es enorme, de piedra esculpida, provista de trébedes gigantescos en hierro forjado de un precioso trabajo. Los muebles de esta sala son todos de madera de roble y ostentan en la parte superior de los respaldos el blasón de la casa. Colgados de clavos, se ven tres escopetas inglesas, buenas para la caza como para la guerra, tres sables, dos morrales y otros utensilios de caza y pesca.

Al lado se halla un comedor que comunica con la cocina por una puerta practicada en una torrecilla de la esquina. Esta torrecilla corresponde, en el diseño de la fachada que da al patio, con otra adosada a la otra esquina y en la que hay una escalera de caracol que sube a los dos pisos superiores.

El comedor está recubierto de tapicerías que se remontan al siglo XIV, pues de ello dan fe el estilo y la ortografía de las inscripciones escritas en los rótulos que hay al pie de cada personaje; pero como los mismos están en el lenguaje de los romanceros, es imposible transcribirlos hoy día. Estas tapicerías, bien conservadas en los sitios donde no dio la luz, están encuadradas por listones de roble tallado, que se ha vuelto negro como el ébano. El techo muestra vigas resaltadas y enriquecidas con talla de follaje, distinta para cada una de ellas; los enredos están cubiertos con una plancha pintada por donde discurre una guirnalda de flores en oro sobre fondo azul. Dos viejos aparadores están uno frente a otro. Sobre sus tableros, fregados con obstinación bretona por Mariotte, la cocinera, se ven, como cuando los reyes del 1200 eran tan pobres como los Du Guaisnic de 1830, cuatro viejos vasos, una sopera no menos vieja y abollada y dos saleros de plata, así como cantidad de platos de estaño, cacharros de barro gris y azul con arabescos o las armas de Guaisnic, recubiertos con una tapadera o chamela de estaño. La chimenea ha sido modernizada, Su estado demuestra que la familia se reúne en esta pieza desde el último siglo. Es de piedra esculpida al gusto del siglo de Luis XV, cubierta con un vidrio encuadrado en un marco de pésimo gusto con molduras doradas. Esta antítesis, indiferente a la familia, apenaría a un poeta. Encima de la consola, que cubre un tapete de terciopelo rojo, hay en el centro un cuadro de esmalte sobre cobre y a los lados dos candelabros de plata de extraño modelo. Una ancha mesa cuadrada, con patas curvas, ocupa la mitad de esta pieza. Las sillas son de madera torneada y tapizadas.

Sobre una mesa redonda de un solo pie, representando uña cepa de viña y situada ante un ventanal que da al jardín, se ve una lámpara original. Consiste en un globo de vidrio común, algo más pequeño que un huevo de avestruz. Ajado a un candelabro

por una cola de vidrio. Por un agujero de la parte superior asoma una mecha plana que, enrollada en su interior como una tenia en el tarro de un boticario, embebe el aceite de nueces que el recipiente contiene.

La ventana que da al jardín, como la que recae sobre el patio, están cerradas con cristaleras de vidrios exagonales unidos con plomo, y guarnecidas de cortinajes y baldaquino, del que cuelgan gruesos cordones rematados con bellotas, todo ello de una vieja seda roja con reflejos amarillos, llamada antiguamente brocatel.

En cada piso de la casa, que son dos, no hay más que esas dos piezas. La primera sirve de cuarto al jefe de la familia. La segunda estaba destinada antiguamente a los niños. Los huéspedes se alojaban en las habitaciones bajo la techumbre. Los criados habitan sobre las cuadras y la cocina. El tejado, en aguda vertiente, asegurado con plomo en los ángulos, está abierto tanto por el lado del patio como por el del jardín por un magnífico ventanal en ojiva que se eleva casi hasta la cresta, soportado por finas ménsulas cuya talla ha sido corroída por los vapores salinos de la atmósfera. Por encima del recalado tímpano de este ventanal, cruzado por dos travesaños de piedra, chirría aún la veleta con los emblemas nobiliarios.

No olvidemos un detalle precioso y lleno de naturalidad que no carece de mérito a los ojos de los arqueólogos. La torrecilla que aloja la escalera adorna la esquina de un gran muro con albardilla en el que no hay ninguna ventana. La escalera baja, a través de una pequeña puerta de ojiva, a un terreno cubierto de grava que separa la casa del muro de cerca, al que están adosadas las cuadras, que acaba en una cúpula en vez de estar rematada, como su hermana, por un chapitel. Ved así cómo aquellos ocurrentes arquitectos sabían variar la simetría. Estas dos torrecillas están unidas, sólo a la altura del primer piso, por una galería de piedra, sostenidas por ménsulas con rostros humanos. Esta galería exterior está ornada con una balaustrada trabajada con una elegancia y una delicadeza maravillosas. De lo alto del alero, bajo el cual sólo existe una imposta oblonga, pende un ornamento en piedra representando un dosel semejante al que resguarda las estatuas de los santos en las portadas de las iglesias. Las dos torrecillas están abiertas por una linda puerta a cimbra aguda que dan a esta terraza. Tal es el partido que la arquitectura del siglo XIII sacaba del muro desnudo y frío que ofrece hoy el paramento exterior de una casa. ¿Veis a una mujer paseándose, por la mañana, por esta galería y contemplando, por encima de Guérande, el oro de las arenas iluminadas por el sol, que reverberaba en el océano? ¿No admiráis esos muros de crestería calada, adornados en sus esquinas por dos torrecillas casi acanaladas, una de ellas bruscamente redondeada en nido de golondrinas, la otra abierta por una hermosa puerta de cimbra gótica y exornada con la mano que empuña la espada?

El otro alero de la mansión de Guaisnic recae sobre la casa vecina. La armonía que tan cuidadosamente buscaban los maestros de aquel tiempo se mantiene en la fachada del patio por la torrecilla semejante a la que ocupa la escalera de caracol, y que sirve de comunicación entre el comedor y la cocina. No sobrepasa del primer

piso y su remate es una pequeña cúpula calada, sobre la que se eleva una renegrida estatua de San Calixto.

Guardado por vieja cerca hay un huerto abundoso que medirá cosa de medio «arpent». A lo largo de los muros crecen árboles frutales. Está dividido en bancales plantados de diversas legumbres que cultiva un criado llamado Gasselin, el cual cuida también de los caballos. Al extremo del huerto hay un cenador y bajo él un banco. En medio se eleva un reloj de sol. Los senderos están enarenados. Del lado del huerto, la fachada no tiene torrecilla correspondiente a la que sube a lo alto de la esquina del patio; disimula el defecto con una columnilla salomónica que en otro tiempo debió soportar la enseña de la familia, ya que acaba en un regatón mohoso, del que hoy surgen desmayados hierbajos. Este detalle, en armonía con los vestigios de escultura, prueba que la mansión fue construida por un arquitecto veneciano. Este mástil elegante es como una firma que descubre a Venecia la caballería del siglo XIII. Si quedaran dudas sobre tal cosa, los detalles de la ornamentación las disiparían. Los tréboles de la mansión de Guaisnic tienen cuatro hojas en lugar de tres. Esta diferencia revela la escuela veneciana adulterada por su comercio con Oriente, donde los arquitectos medio moros, poco cuidadosos con el gran pensamiento católico, daban cuatro hojas al trébol, en tanto que los arquitectos cristianos permanecían fieles a la Trinidad. Mirada desde este punto, la fantasía veneciana fue herética. Si esta mansión sorprende vuestra imaginación, os preguntaréis sin duda por qué la época actual no renueva estos milagros del arte. Hoy día las hermosas residencias de antaño se venden y se destruyen para dar lugar a calles y plazas. Nadie sabe si su generación guardará su casa, en la que se vive como en un albergue; mientras que antes, al levantar una mansión, se trabajaba o se creía trabajar para una familia eterna. De ahí la belleza de las construcciones. La fe en sí mismo obraba prodigios tanto como la fe en Dios.

En cuanto a la disposición y mobiliario de los pisos superiores, se pueden deducir de la descripción de la planta baja y de la fisonomía y las costumbres de la familia. Desde cincuenta años atrás los Guaisnic no recibieron jamás a nadie extraño más que en aquellas dos piezas donde se respiraba, como en el patio y en los exteriores de la casa, el espíritu, la gracia y la espontaneidad de la vieja y noble Bretaña. Sin la topografía y la descripción de la ciudad, sin la pintura minuciosa de la mansión, las sorprendentes figuras de esta familia tal vez hubiesen sido mal comprendidas. Los marcos debían ser expuestos antes que los retratos. Se pensará así que las cosas han dominado a los seres. Hay monumentos cuyo influjo es visible sobre las personas que viven alrededor. Resulta difícil ser irreligioso a la sombra de una catedral como la de Bourges. Cuando por todas partes se siente el alma llamada a su destino por las imágenes, es menos fácil no acudir. Tal era la opinión de nuestros abuelos, abandonada por una generación que carece de signos y distinciones y cuyas costumbres cambian a cada década. Si no esperáis hallar al barón de Guaisnic empuñando una espada, os parecerá que todo en este cuadro es mentira.

III EL BARÓN

En 1836, en el momento en que comienza este relato, en los primeros días del mes de agosto, la familia Du Guénic estaba aún compuesta por el señor y la señora de Guénic, la señorita Du Guénic, hermana mayor del barón, y por un hijo único de veintiún años, llamado Guadalberto Calixto Luis, siguiendo un viejo uso de la familia. El padre se llamaba Guadalberto Calixto Carlos. No se variaba más que el último nombre. San Guadalberto y San Calixto siempre debían proteger a la familia.

El barón Du Guénic había abandonado Guérande desde el primer momento en que la Vendée y la Bretaña tomaron las armas, e hizo la guerra con Charette, Cathelinau, La Rochejaquelein, D'Elbée, Bonchamps y el príncipe De Loudon. Antes de partir vendió todos sus bienes a su hermana mayor, Ceferina du Guénic, rasgo de prudencia único en los anales revolucionarios. Tras la muerte de todos los héroes del Oeste, el barón, a quien sólo un milagro debió de preservar de finir como ellos, no se sometió a Napoleón. Guerreó hasta 1802, año en que, luego de haber estado a punto de ser atrapado, volvió a Guérande, de donde pasó a Croisic y desde allí ganó la costa irlandesa, fiel al viejo odio de los bretones hacia Inglaterra. Las gentes de Guérande fingieron ignorar el paradero del barón: en veinte años no hubo la menor indiscreción. La señorita Du Guénic cobraba las rentas y las hacía llegar a su hermano por medio de pescadores. El señor Du Guénic retornó en 1813 con la misma naturalidad que si hubiese ido a pasar una temporada a Nantes. Durante su estancia en Dublín el viejo bretón había sido enamorado, pese a sus cincuenta años, por una encantadora irlandesa, hija de una de las más nobles y más pobres casas de aquel desdichado reino. La señorita Fanny O'Brien contaba entonces veintiún años. El barón Du Guénic vino a buscar los papeles necesarios para el matrimonio y volvió a Irlanda a casarse: diez meses después, a comienzos de 1814, retornó con su mujer, que le dio a Calixto el mismo día de la entrada de Luis XVIII en Calais, circunstancia que explica su nombre de Luis.

El viejo y leal bretón tenía en los momentos de esta historia setenta y tres años; pero la guerra azarosa hecha a la República, sus padecimientos durante cinco arriesgadas travesías del mar en lancha y su vida en Dublín gravitaban sobre su cabeza: parecía tener más de un siglo. Así, jamás en época alguna ningún Guénic estuvo más en armonía con la vetustez de su mansión, elevada en un tiempo en que Guérande era corte.

El señor Du Guénic era un anciano de alta talla, tieso, seco, nervudo y magro. Su rostro oval estaba surcado por millares de arrugas que formaban arcos por encima de sus mejillas y cejas, dando a su fisonomía un gran parecido con los viejos que el pincel de Van Ostade, Rembrandt, Mieres o Gerardo Dou han acariciado, y que requieren una lupa para ser admirados. Su cara estaba como hundida bajo tantos

surcos, labrados por su vida al aire libre, por su hábito de contemplar el campo bajo el sol desde el alba hasta el ocaso. Quedaban, sin embargo, para un observador atento trazos imperecederos de la figura humana que dicen algo al alma misma cuando el ojo no se limita a contemplar una cabeza muerta. Los firmes contornos de la faz, el dibujo de la frente, la seriedad de las líneas, la rigidez de la nariz, la traza de la complexión, que sólo las heridas pueden alterar, anunciaban una intrepidez sin cálculo, una fe sin límites, una obediencia sin discusión, una fidelidad sin transacciones, un amor sin inconstancia. El granito bretón se había hecho hombre en él. El barón no tenía ya dientes. Los labios, antes rojos, ahora violáceos, estaban sostenidos sólo por las duras encías, con las que roía el pan que su mujer tenía el cuidado de remojar envolviéndolo en una servilleta húmeda, y que se metían en la boca, dándole siempre una expresión amenazadora y altanera. Su barbilla quería juntarse con la nariz aguileña, en la que se revelaban los signos de su energía y resistencia bretonas. Su piel estaba veteada de manchas rojas que surgían de entre las arrugas y anunciaban un temperamento sanguíneo, violento, hecho para las fatigas, que sin duda habían preservado al barón de alguna apoplejía. Aquella cabeza estaba coronada por una cabellera blanca como la plata que caía en ondas hasta los hombros.

El semblante, algo mortecino ya, vivía por los destellos de dos ojos negros que brillaban en el fondo de sus órbitas oscuras y lanzaban las últimas llamaradas de un alma generosa y leal. Las cejas y las pestañas habían caído. La piel, ya endurecida, no podía desplegarse. La dificultad de afeitarse obligaba al anciano a dejar crecer la barba en abanico. Un pintor hubiese admirado, más que nada, en aquel viejo león de Bretaña, de anchos hombros y nervudo pecho, las admirables manos de soldado, manos como debieron de ser la de Du Guesclin, anchas, fuertes, peludas; manos que muchas veces sangraron por las espinas de los matorrales en el Bocage, que manejaron el remo en las marismas para sorprender a *los azules* o en plena mar para favorecer el desembarco de Jorge; manos de guerrillero, de artillero, de simple soldado, de jefe; manos entonces blancas, aunque los Borbones de la rama primogénita estuviesen en el exilio; pero, mirándolas bien, se habría descubierto alguna huella reciente reveladora de que el barón no hace mucho que se unió a Madame en la Vendée. Hoy ya ese hecho se puede confesar. Aquellas manos eran el vivo comentario a la bella divisa a que ningún Guénic podía faltar: ¡FAC!

La frente llamaba la atención por un matiz dorado en las sienes, que contrastaba con el tono moreno de esa pequeña frente dura y cerrada y que la caída del cabello había extendido demasiado para dar aún mayor majestad a aquella hermosa ruina.

Esta fisonomía, un poco material por lo demás —¿y cómo podría ser de otro modo?—, ofrecía, como todos los semblantes bretones agrupados alrededor del barón, apariencias salvajes, una ruda tranquilidad que recuerda la impassibilidad de los hurones, un algo de estúpido, tal vez debido al reposo absoluto que sigue a las fatigas excesivas y que deja al descubierto al animal puro. El pensamiento parecía en ella extraña. Suponía como un esfuerzo y sin duda brotaba mejor del corazón que de la

mente, resplandecía más en la acción que en la idea. Mas, examinando aquel hermoso viejo con atención sostenida, adivinaríais los misterios de su oposición real al espíritu de su siglo. Poseía unas religiones, unos sentimientos, por decirlo así, innatos, que le dispensaban de meditar. Sus deberes los había aprendido con la vida. Las instituciones, la religión, pensaban por él. Debía reservar todo su espíritu y el de los suyos para obrar, sin distraerlo en ninguna de las cosas juzgadas inútiles, aunque en ellas se ocuparan los demás. Su pensamiento le salía del corazón como sale una espada de su vaina, deslumbrante de blancura, lo mismo que en su blasón la mano guarnecida de armiño. Adivinado ese secreto, todo se explicará. Se concibe la profundidad de las resoluciones debidas a pensamientos netos, francos, inmaculados como el armiño. Se comprenderá la venta hecha a su hermana antes de la guerra, y que obedecía a todo, a la muerte, la confiscación y el exilio. La hermosura del carácter de los dos ancianos, ya que la hermana no vivía más que por las costumbres egoístas que nos infunden la incertumbre y la inconstancia de nuestra época. Un arcángel encargado de leer en sus corazones no habría descubierto un solo pensamiento dirigido a la propia persona. En 1814, cuando el cura de Guérande insinuó al barón Du Guénic que fuera a París a reclamar su recompensa, la vieja hermana, tan avara de todo lo de la casa, exclamó:

—¡Habría que ver!... ¿Mi hermano tiene necesidad de ir a tender la mano como un pordiosero?...

—Se pensaría que yo había servido al rey por interés —dijo el anciano—. Además, ese pobre rey ya tiene bastante con todos los que le atosigan. No se le va a pedir nada cuando está dando Francia en pedazos.

Ese leal servidor, que tanto interés mostraba por Luis XVIII, recibió el grado de coronel, la cruz de San Luis y una pensión de dos mil francos.

—¡El rey se acordó de mí! —dijo al recibir las credenciales.

Nadie le sacó de su error. La merced se debía al duque de Feltre, gracias a las listas de combatientes de los vendeanos, en los que encontró el nombre de Guénic entre otros varios nombres bretones terminados en *ic*. Y como para corresponder al favor del rey de Francia, el barón sostuvo en 1815 un asedio de Guérande frente a los batallones del general Travot, sin querer nunca rendir la fortaleza; y cuando se vio forzado a evacuarla, se salvó en los bosques con una banda de *chouans* que permanecieron en armas hasta el segundo retomo de los Borbones. Guérande guarda aún memoria de este último sitio. Si las viejas bandas bretonas hubiesen acudido, la guerra despertada por aquella resistencia heroica habría encendido la Vendée.

Habremos de confesar que el barón de Guénic era por completo iletrado, lo que se dice iletrado como un campesino: sabía leer y escribir y algo de cuentas; tenía nociones del arte militar y de heráldica; pero salvo su libro de rezos, no había leído tres volúmenes en su vida.

La vestimenta, que no es punto indiferente, era invariable, y consistía en gruesos zapatos, polainas, calzón de pana verdosa, un chaleco de paño y un redingote con

cuello, del que siempre pendía la cruz de San Luis.

Una admirable serenidad resplandecía en aquel rostro, que desde hacía un año un sueño frecuente, heraldo de la muerte, parecía preparar para el reposo eterno. Esas somnolencias constantes, más frecuentes cada día, no inquietaban ni a su mujer, ni a su hermana ciega, ni a sus amigos, cuyos conocimientos médicos no eran muy grandes. Para todos ellos, esas pausas sublimes de un alma sin remordimientos, aunque fatigaba, se explicaban de modo bien natural: el barón ya había cumplido con su deber. Todo se resumía en estas palabras.

En aquel pobre retiro, las preocupaciones mayores eran las que inspiraban el destino de la rama destronada. El porvenir de los Borbones desterrados y el de la religión católica, el influjo de las novedades políticas en Bretaña, era lo que exclusivamente ocupaba a la familia del barón. No había otro interés mezclado con éstos que la afección de todos por el hijo único, Calixto, el heredero, la única esperanza del grande nombre de los Guénic.

El viejo vendeano, el viejo *chouan*, experimentó, unos años antes, como un retomo a la juventud para adiestrar a su hijo en los ejercicios violentos convenientes a un caballero que en cualquier momento puede verse llamado a guerrear. En cuanto Calixto cumplió los dieciséis años, su padre lo acompañó por las marismas y los bosques, enseñándole con la diversión de la caza los rudimentos de la guerra, dándole ejemplo, duro a la fatiga, incansable sobre la silla, infalible en el tiro, cualquiera que fuese la pieza de pelo o pluma, intrépido al franquear los obstáculos, exponiendo a su hijo al peligro como lo habría hecho con diez hijos que tuviera. Así, cuando la duquesa de Berry vino a Francia para conquistar el reino, el padre se llevó al hijo para hacerle cumplir la divisa de sus armas. El barón partió una noche sin prevenir a su mujer, que hubiera podido ablandarlo, conduciendo a su único vástago al fuego como a una fiesta, y seguido de Gasselin, su solo vasallo, que abandonó jubiloso sus faenas, sin mandar noticia alguna a la baronesa, que no podía leer *La Quotidienne* sin temblar de línea en línea, ni a su vieja hermana, heroicamente erguida, cuya frente no se frunció jamás mientras oía leer el periódico. Los tres fusiles colgados en la gran sala habían, por tanto, servido recientemente. Cuando el barón juzgó inútil seguir empuñando las armas abandonó la campaña antes del caso de la Pénissière; sin esto, seguramente la casa Du Guénic se hubiera extinguido por completo.

Así, una noche horrenda el padre, el hijo y el criado tornaron a su casa, luego de haber obtenido licencia de Madame, y sorprendieron a sus amigos, a la baronesa y a la vieja señorita Du Guénic, que reconoció, por el ejercicio de un sentido de que están dotados todos los ciegos, el paso de los tres hombres por la callejuela. El barón contempló el círculo de sus amigos inquietos en torno a la pequeña mesa iluminada por aquella antigua lámpara y dijo con voz temblorosa estas palabras de ingenuidad feudal, mientras Gasselin colocaba en sus sitios los fusiles y los sables:

—No todos los barones han cumplido con su deber.

Luego, tras de abrazar a su mujer y su hermana, se sentó en su viejo sillón y

dispuso que se hiciera la cena para su hijo, Gasselin y él. Gasselin, por preservar a Calixto con su cuerpo, recibió un sablazo en un hombro, cosa tan simple que las mujeres apenas se la agradecieron. Ni el barón ni sus amigos profirieron maldiciones ni injuria contra los vencedores. El silencio es uno de los rasgos del carácter bretón. En cuarenta años nadie oyó jamás de labios del barón una palabra de menosprecio hacia sus adversarios; ellos hacían su oficio, como él cumplía con su deber. Este profundo silencio es signo de las voluntades incommovibles.

Ese último esfuerzo, ese postrer fulgor de una energía agotada, habían llevado al barón al grado de debilitamiento en que lo hallamos en estos momentos. El nuevo destierro de la familia de Borbón, tan milagrosamente expulsada como milagrosamente había sido restablecida, le causó una amarga melancolía.

Hacia las seis de la tarde, en el instante en que comienza el presente relato, el barón, que según su vieja costumbre había terminado de comer a las cuatro, acababa de adormilarse oyendo leer *La Quotidienne*. Su cabeza reposaba en el respaldo de su sillón, a la vera de la chimenea, de frente al jardín.

IV LAS DOS MUJERES

Cerca de ese nudoso tronco del árbol antiguo y ante la chimenea, la baronesa, sentada sobre una de las viejas sillas, mostraba el tipo de una de esas adorables criaturas que no existen más que en Inglaterra, Escocia o Irlanda. Solamente allí nacen esas muchachas amasadas con leche, de dorada cabellera, cuyos bucles parecen rizados por manos de ángeles, ya que la luz del cielo semeja rielar en sus espirales, jugando con el aire que los mueve.

Fanny O'Brien era una de esas sílfides, fuerte en su ternura, invencible ante el infortunio, dulce como la música de su voz, pura como el azul de sus ojos, de una belleza fina, elegante, bonita, con esa carne sedosa al tacto, acariciadora a la vista, que ni el pincel ni la pluma pueden pintar. Hermosa aún a los cuarenta y dos años, muchos hombres hubiesen considerado como una dicha desposarla, a la vista de los esplendores de aquel agosto cálidamente coloreado, pleno de flores y frutos, refrescado por celeste rocío.

La baronesa sostenía el periódico con una mano salpicada de hoyuelos, de regordetes dedos, cuyas uñas estaban cortadas a pico como en las estatuas antiguas. Medio tendida, con gracia, pero sin afectación, en su silla, los pies delante para calentarlos al fuego, vestía un traje de terciopelo negro, pues irnos días atrás había refrescado el viento. El corpiño ajustado moldeaba los hombros de un contorno magnífico y un rico busto que la lactancia de su único hijo no había llegado a deformar. Peinaba sus cabellos con tirabuzones que descendían a lo largo de sus mejillas, con arreglo a la moda inglesa. Trenzada simplemente por encima de su cabeza, aquella cabellera, en vez de tener un color indeciso, brillaba a la luz como filigranas de oro bruñido. La baronesa hacía trenzar los cabellos sueltos que le brotaban en la nuca y que son un signo de raza. Esta linda rejilla, perdida en la masa de sus cabellos cuidadosamente peinados, permitía a la vista seguir la línea sinuosa con que el cuello se unía a sus hombros. El pequeño detalle muestra el esmero con que ella atendía siempre a su tocado. Cuidaba de alegrar las miradas del anciano. ¡Qué encantadora y deliciosa atención! Cuando veáis a una mujer desplegando en su vida íntima la coquetería que las otras mujeres agotan en su solo sentimiento, creedlo, es tan noble madre como esposa, es la alegría y la flor de la casa, ha comprendido sus obligaciones de mujer, posee en el alma la delicadeza y la elegancia de su exterior, hace el bien en secreto, sabe adorar sin cálculo, ama a los que la rodean como ama a Dios.

Por eso parecía que la Virgen del cielo, bajo cuya guardia vivía, hubiese recompensado la casta juventud, la vida santa de aquella mujer cerca del noble anciano, rodeándola de una especie de aureola que la preservaba de los ultrajes del tiempo. Tal vez Platón hubiese celebrado como gracias nuevas las alteraciones de su

belleza. Su tez, si antes blanca, había ido tomando esos matices cálidos y nacarados que los pintores adoran. Su frente, amplia y bien delineada, recibía con amor la luz, que en ella jugaba con reflejos satinados. Sus pupilas, de un azul turquesa, brillaban bajo unas cejas pálidas y aterciopeladas con extremo candor. Sus párpados blandos, sus tiernas sienas invitaban a no se qué muda melancolía. El contorno de los ojos era de blanco pálido, sembrado de venillas azulinas, igual que en el arranque de la nariz, la cual, con su perfil aquilino y su finura, tenía un algo de recio que evocaba el origen de aquella noble mujer. Su boca, pura y bien cortada, se embellecía con una fácil sonrisa que emanaba una inagotable afabilidad. Sus dientes eran pequeños y blancos. Había engordado ligeramente, pero sus caderas delicadas y su talle esbelto no desmerecían por ello. El otoño de su belleza, por tanto, mostraba aún con algunas vivas flores olvidadas de la primavera las ardientes riquezas del verano. Sus brazos noblemente torneados, de piel tensa y lustrosa, tenían la más fina delicadeza; los contornos habían adquirido toda su plenitud. En fin, su fisonomía abierta y serena, la pureza de sus ojos, que una mirada demasiado atrevida hubiera lastimado, expresaban la inalterable dulzura, la ternura infinita de los ángeles.

En la otra esquina de la chimenea y en una butaca, la vieja hermana octogenaria, en todo parecida, salvo el indumento, a su hermano, oía la lectura del periódico mientras hacía calceta, operación en la que la vista es inútil. Tenía los ojos cegados por cataratas y rehusaba obstinadamente someterse a la operación, pese a las instancias de su cuñada. El secreto de su obstinación sólo ella lo sabía: lo disimulaba con falta de coraje, pero en realidad era que no quería que se gastasen en ella veinticinco luses, cantidad que se hubiera echado de menos en la casa. Sin embargo, bien hubiera querido ver a su hermano. Entre los dos ancianos hacían resaltar admirable la hermosura de la baronesa. ¿Qué mujer no hubiera parecido joven y bonita entre el señor Du Guénic y su hermana?

La señorita Ceferina, privada de la vista, ignoraba los cambios que sus ochenta años habían impreso en su fisonomía. Su rostro pálido y demacrado, que la inmovilidad de sus ojos velados y sin mirada lo hacía semejante al de una muerta, y tres o cuatro dientes que sobresalían lo transformaban en amenazador, con la profunda órbita de los ojos cercada de un tinte rojizo, mostraba algunos signos de virilidad en los largos pelos blancos que salían del mentón y del contorno de la boca. Aquel frío, aunque sereno semblante, estaba enmarcado por una pequeña cofia de indiana parda, guarnecida de una *ruche* de percal y anudada bajo el mentón con cordones siempre rozados. La señorita Du Guénic llevaba un jubón de grueso paño sobre una falda de piqué, verdadero colchón que ocultaba dobles luses y bolsas cosidas a un cinturón que se soltaba todas las noches y volvía a ponerse por las mañanas como una prenda del vestido. Sobre la chombra llevaba la blusa popular de Bretaña, en paño parecido al del jubón, ornada con un cuello a pliegues, cuyo lavado constituía el motivo de las únicas disputas que sostenía con su cuñada: no quería cambiárselo más que cada ocho días. De las amplias mangas de la blusa salían dos

brazos descamados, aunque nervudos, en cuyas extremidades se agitaban sus manos, de color un poco rojizo que hacía parecer blanco como la madera del álamo el de los brazos. Manos engarfiadas, por la contracción a que el hábito constante de hacer calceta las había sometido, en perpetuo movimiento como un telar incansable; lo sorprendente hubiera sido verlas quietas.

De cuando en cuando la señorita Du Guénic sacaba una larga aguja de calceta que llevaba oculta en el seno y la metía entre la cofia y los cabellos, hurgando en su blanca cabellera. Un extraño hubiese reído al ver la despreocupación con que movía la aguja sin el menor temor a herirse. Iba siempre erguida como un campanario. Su prestancia de columna podía pasar por una de esas coqueterías de viejo que demuestran que el orgullo es una pasión necesaria en la vida. Tenía la sonrisa alegre: había cumplido su deber en su larga existencia.

Cuando Fanny se percató de que el barón se había dormido cesó en la lectura del periódico. Un rayo de sol iba de una a otra ventana y partía en dos, con una banda de oro, la atmósfera de la vieja sala, haciendo resplandecer los muebles negruzcos. La luz reverberaba en las tallas del zócalo, arrancaba destellos en las aristas de los aparadores, extendía como un mantel lustroso sobre la mesa de roble, alegraba aquel interior oscuro y dulce, igual que la voz de Fanny echaba sobre el alma de la octogenaria una música tan luminosa y alegre como el rayo de luz.

Pronto los rayos del sol fueron tomando matices rojizos que, por insensibles gradaciones, llegaron a los tonos melancólicos del crepúsculo. La baronesa cayó en una meditación grave, en uno de los silencios absolutos que su vieja cuñada venía observando desde hacía una quincena de días, tratándose de explicárselos, aunque sin haber dirigido la menor pregunta a la baronesa. Pero no cesaba de estudiar las causas de aquella preocupación, al modo de los ciegos, que leen como en un libro negro escrito con letras blancas y en cuya alma todo sonido resuena como un eco adivinatorio.

La vieja ciega continuaba con su calceta, indiferente al progresivo oscurecimiento, y el silencio se hizo tan profundo que se pudo oír el son que hacían las agujas de acero al rozar entre sí.

—Habéis dejado caer el periódico, hermana mía, y sin embargo no dormís —dijo la vieja con acento sagaz.

La noche había llegado Mariotte vino a encender la lámpara y la colocó sobre una mesa cuadrada cerca del fuego; luego fue a buscar su huso y su copo de lino, cogió un pequeño taburete y se acercó al ventanal que daba al patio para ponerse a hilar como todas las noches. Gasselin aún daba vueltas por los corrales; fue a ver los caballos del barón y de Calixto, miró si todo estaba en orden en las cuadras y dio a los dos hermosos perros de caza su ración de la noche. Los ladridos alegres de las bestias fueron el último ruido que despertó ecos ocultos en los negros muros de la vieja mansión. Aquellos dos perros y los dos caballos eran el postrer vestigio de los esplendores caballerescos de antaño.

Un hombre de imaginación, sentado sobre una de las gradas de la escalinata, se hubiera abandonado a la poesía de las imágenes aún vivientes en aquella casa, y tal vez se hubiera estremecido al oír los perros y el piafar y los relinchos de los caballos.

Gasselin era uno de esos bretones de corta talla, recios, de cabellera negra y rostro cetrino, silenciosos, lentos, testarudos como mulas, pero que no se apartan jamás del camino que se les ha señalado. Tenía cuarenta y dos años y hacía veinticinco que estaba al servicio de la casa. *Mademoiselle* había tomado a Gasselin a los quince años, cuando esperaba el casamiento y el retomo probable del barón. El criado se consideraba como miembro de la familia: había jugado con Calixto, amaba a los caballos y los perros de la casa, les hablaba y les acariciaba como si le perteneciesen. Llevaba un blusón azul de tela de hilo con pequeños bolsillos, un chaleco y un pantalón del mismo paño en todas las estaciones. Cuando hacía mucho frío se ponía la piel de cabra típica del país.

Mariotte, que también había pasado de los cuarenta años, era en mujer lo mismo que Gasselin en hombre. Jamás se unció una pareja de bueyes más semejantes: la misma tez, la misma talla, idénticos ojuelos negros y vivos. No se comprendía cómo Gasselin y Mariotte no se habían casado; tal vez hubiese habido en ello algo de incesto, porque casi parecían hermanos. Mariotte ganaba treinta escudos, y Gasselin cien libras; pero ni por mil escudos habrían abandonado la casa Du Guénic.

Ambos estaban a las órdenes de la anciana señorita, quien, desde la guerra de la Vendée hasta el retorno de su hermano, había adquirido la costumbre de gobernar la casa. Así, cuando supo que el barón iba a traer una nueva ama a la mansión, se sobresaltó pensando que tendría que dejar el cetro doméstico y abdicar en favor de la baronesa de Guétri, convirtiéndose en su primera vasalla.

La señorita Ceferina se vio muy agradablemente sorprendida al descubrir en Fanny O'Brien una muchacha nacida para un alto rango, a quien los cuidados menudos de una casa pobre repugnaban excesivamente y que, semejante en esto a todas las mujeres hermosas, hubiera preferido comer mendrugos mejor que la más exquisita comida que ella misma tuviera que prepararse; capaz de cumplir los deberes más penosos de la maternidad, entera ante toda privación necesaria, carecía de coraje ante las ocupaciones vulgares. Cuando el barón rogó a su hermana, en nombre de su tímida mujer, que continuara rigiendo la casa, la vieja soltera besó a la baronesa como a una hermana; la adoró, dichosa de, poder seguir atendiendo al gobierno doméstico, que llevaba con un rigor y unos hábitos de economía increíbles, que sólo se aflojaban algo en las grandes ocasiones, tales como el natalicio, la lactancia y en general cuanto concerniese a Calixto, el niño mimado de toda la casa. Por más que los dos criados estuviesen bien acostumbrados a aquel régimen severo y no fuese ya menester decirles nada, aunque ellos miraban por los intereses de la casa mejor que por los suyos propios, la señorita Ceferina lo vigilaba siempre todo. Su atención jamás sufría distracción; sabía, sin necesidad de subir, cuál era el grosor del montón de nueces marcadas en el granero y lo que quedaba de avena en el cajón de la cuadra sin meter

en él su brazo nervudo. Llevaba, colgando de un cordón sujeto a la cintura de su blusa, un pito de contra maestre, con el que llamaba a Mariotte con un silbido, o a Gasselin con dos.

La gran dicha de Gasselin estribaba en cultivar el huerto y sacar de él hermosas y suculentas legumbres. Tenía tan poco trabajo, que sin la tarea del cultivo se hubiese aburrido. Por las mañanas, luego de echar el pienso a los caballos, fregaba el entarimado y limpiaba las dos piezas de la planta baja; poco más tenía que hacer cerca de sus amos. Por eso en vano buscaríais por el huerto una mala hierba o el menor insecto nocivo. A veces se veía a Gasselin inmóvil, la cabeza descubierta al sol, acechando un ratón o la terrible larva del escarabajo; al fin corría con la alegría de un chiquillo a enseñar a sus amos el bicho que le había tenido ocupado durante una mañana.

Así, jamás hubo familia más unida, mejor entendida ni más coherente que aquella santa y noble familia. Amos y criados parecían hechos los unos para los otros. Desde hacía veinticinco años no se había oído una pendencia ni discordia. Las únicas penas fueron las pequeñas indisposiciones del hijo, y los únicos sustos los provocados por los acontecimientos de 1814 y 1830. Las mismas tareas se realizaban invariablemente a las mismas horas cada día y los menesteres estaban sometidos a la regularidad de las estaciones; pero aquella monotonía, semejante a la de la naturaleza, en la que varían regularmente las alternativas de oscuridad, lluvias y sol, estaba sostenida por el cariño que reinaba en todos los corazones, tanto más fecundo y bienhechor cuanto que emanaba de las leyes naturales.

Cuando el crepúsculo acabó, entró Gasselin en la sala y preguntó respetuosamente a su amo si tenía necesidad de él.

—Puedes salir o irte a acostar después de la oración —dijo el barón despertándose—, a no ser que la señora o su hermana...

Las dos mujeres hicieron un gesto de aquiescencia. Gasselin se puso de rodillas al ver que sus amos se levantaban para ir a arrodillarse a sus reclinatorios. Mariotte también se puso a rezar sobre su escabel. La anciana señorita Du Guénic rezó la plegaria en alta voz. Cuando acabó se oyó llamar a la puerta de la callejuela. Gasselin fue a abrir.

—Será sin duda el señor cura; es el que primero llega casi siempre —dijo Mariotte.

En efecto, todos reconocieron al cura de Guérande por el ruido de sus pasos sobre los peldaños sonoros de la escalinata.

V
TRES SILUETAS BRETONAS

El cura saludó respetuosamente a los tres personajes, dirigiendo al barón y a las dos damas esas frases llenas de untuosa afabilidad que los sacerdotes saben hallar. A las «buenas noches» distraídas que le dijo la dueña de la mansión respondió con una mirada de eclesiástica inquisición:

—¿Está usted intranquila o indispuesta, señora baronesa?

—Gracias, no —dijo ella.

El padre Grimont, hombre de cincuenta años, de mediana talla, amortajado en su sotana, de donde salían dos grandes zapatos con lazos de plata, mostraba por encima de su alzacuello un rostro rollizo, de un color generalmente blanco, pero dorado. Tenía la mano regordeta. Su figura, enteramente abacial, tenía a la vez algo de burgomaestre holandés, por la albura de la tez y la entonación de la carne, y de campesino bretón por su plana cabellera negra y la viveza de sus ojos oscuros, que guardaban, sin embargo, el decoro del sacerdote. Su alegría, parecida a la de las gentes que tienen la conciencia pura y tranquila, admitía los donaires. Su aire no tenía nada de inquieto ni de hosco, como el de los pobres curas cuya existencia y poder se ve discutido por sus feligreses y que en vez de ser, según la sublime expresión de Napoleón, los jueces morales del pueblo y sus naturales jueces de paz, se ven tratados como enemigos. Al ver al padre Grimot por las calles de Guérande, el más incrédulo viajero hubiera reconocido al soberano de aquella ciudad católica; pero ese soberano inclinaba su superioridad espiritual ante la supremacía feudal de los Guénic. Estaba en aquella sala como un capellán ante su señor. En la iglesia, al dar la bendición, su mano siempre se extendía primero hacia la capilla perteneciente a los Guénic, en la que la mano armada, su divisa, estaba esculpida en la clave de la bóveda.

—Creía que la señorita De Pen-Hoël ya había llegado —dijo el cura sentándose, tras coger la mano de la baronesa y besarla—. La pobre se descompone. ¿Es así como se va a vencer a la moda de la disipación? Porque ya lo veo, el señorito ha vuelto esta noche a casa De las Touches.

—No diga nada de esas visitas delante de la señorita De Pen-Hoël —apuntó dulcemente la hermana del barón.

—¡Ah, señorita! —dijo Mariotte—. ¿Y podrá usted impedir que toda la ciudad murmure?

—¿Y qué se cuenta? —preguntó la baronesa.

—Las chicas, las comadres, todo el mundo, en fin, lo cree enamorado de la señorita De las Touches.

—Es natural que un muchacho tan apuesto como Calixto se haga amar —dijo el barón.

—Ahí está la señorita De Pen-Hoël —dijo Mariotte.

La arena del patio crujió, en efecto, bajo los discretos pasos de aquel personaje, a quien acompañaba un pequeño criado provisto de un farol. Al ver al criado, Mariotte se fue con sus trastos a charlar con él a la luz del candil de resina, que ardía a expensas de la rica y avara señorita visitante, ahorrando así la de sus amos.

La tal señorita era una seca y delgada mujer, amarilla como el pergamino de un códice, arrugada como las aguas de un lago fruncidas por el viento, de ojos grises, grandes dientes salientes, manos hombrunas, muy pequeña, un poco inclinada y tal vez encorvada; pero nadie había sentido la curiosidad de conocer sus perfecciones o imperfecciones. Vestida por el estilo de la señorita Du Guénic, movía gran cantidad de trapos y falsas cuando quería dar con alguna de las dos aberturas de sus vestidos por donde llegaba hasta sus faltriqueras. Los más extraños ruidos de llaves y monedas sonaban entonces entre sus ropas. Llevaba siempre a un lado toda la quincalla de las buenas amas de casa, y al otro su tabaquera de plata, su dedal, sus agujas de calceta y otros utensilios sonoros. En lugar de la cofia acolchada de la señorita Du Guénic llevaba un sombrero verde, con el que iba a visitar hasta sus melonares; y como los melones, había ido mudando de color del verde al amarillo; en cuanto a su forma, tras veinte años la moda la ha vuelto a traer a París bajo el nombre de *bibi*. Aquel sombrero se confeccionaba bajo sus ojos por las manos de sus sobrinas, con florecia verde comprada en Guérande y con un armazón que se renovaba cada cinco años en Nantes, ya que le concedía ella la duración de una legislatura. Sus sobrinas le hacían también los vestidos, cortados según patrones inmutables. Aquella vieja señorita llevaba todavía el bastón de caña de que se servían las mujeres en los comienzos del reinado de María Antonieta. Pertenece a la más alta nobleza de Bretaña. Sus armas ostentaban los armiños de los primitivos duques. En ella y su hermana finía la ilustre casa bretona de los Pen-Hoël. Su hermana menor se había casado con un Kergarouët, el cual, pese a la desaprobación general, había unido el apellido Pen-Hoël al suyo y se hacía llamar el vizconde de Kergarouët-Pen-Hoël.

—El cielo lo ha castigado —decía la vieja señorita—. No tiene más que hijas y el nombre de Kergarouët-Pen-Hoël se extinguirá.

La señorita De Pen-Hoël poseía sus buenas siete mil libras de renta sobre fundos. Emancipada desde hacía treinta y seis años, administraba por sí misma sus bienes, iba a caballo a inspeccionarlos y desplegaba en todo el carácter firme que distingue a la mayoría de los jorobados. Era de una avaricia admirada en diez leguas a la redonda y que no hallaba ninguna desaprobación. Tenía consigo una sola criada y aquel pequeño criado. Todos sus gastos, salvo los impuestos, no subirían a más de mil francos al año. Así era objeto de garatusas por parte de los Kergarouët-Pen-Hoël, que pasaban los inviernos en Nantes y los veranos en sus tierras ribereñas del Loira, por debajo del Indret. Se la sabía dispuesta a dejar su capital y sus ahorros a aquélla de sus sobrinas que más le gustase. Cada tres meses, una de las señoritas De Kergarouët, de las cuales la más joven contaba doce años y veinte la mayor, iba a pasar irnos días con ella.

Amiga de Ceferina de Guénic, Jacqueline de Pen-Hoël, criada en la adoración de las grandezas bretonas de los Guénic, había concebido, desde el nacimiento de Calixto, el proyecto de transmitir sus bienes al caballero, casándolo con una de las sobrinas que había de darle la vizcondesa de Kergarouët-Pen-Hoël. Pensaba en recobrar algunas de las mejores tierras de los Guénic reembolsando a los colonos *prestamistas* su capital. Cuando la avaricia se propone un objetivo, deja de ser un vicio y se convierte en el instrumento de una virtud, sus privaciones excesivas pasan a ser continuadas ofrendas, posee, en fin, la grandeza de la intención oculta bajo sus mezquindades. Tal vez Ceferina estuviese en el secreto de Jacqueline. Tal vez la baronesa, cuyo espíritu todo estaba absorbido por el amor al hijo y la ternura por el padre, había adivinado algo al ver con qué maliciosa perseverancia la señorita De Pen-Hoël llevaba consigo cada día a Carlota de Kergarouët, su preferida, de quince años. El padre Grimont seguro que estaba en la confianza: ayudaba a la vieja señorita a colocar bien su dinero. Pero por más que la señorita De Pen-Hoël tuviese en efecto los trescientos mil francos oro, suma en que se calculaban sus ahorros, aunque tuviese diez veces más tierras de las que poseía, los Guénic no se hubiesen permitido una atención que hiciera suponer a la vieja señorita que se pensaba en su fortuna.

Por un sentimiento de orgullo bretón admirable, Jacqueline de Pen-Hoël, contenta con la afectada superioridad de su vieja amiga Ceferina y de los Guénic en general, se mostraba siempre muy honrada con las visitas que se dignaban concederle la hija de los reyes de Irlanda y Ceferina. Llegaba hasta a disimular con cuidado la especie de sacrificio con que todas las noches dejaba a su criado que quemase en casa de los Guénic un *oribus*, nombre de esas candelas color pan de miel que se usan en algunas regiones del Oeste. Hasta tal punto la vieja y rica señorita era la nobleza, el orgullo, la grandeza en persona.

En el momento en que leéis este retrato, una indiscreción del padre Grimont acaba de descubrir que en la noche en que el viejo barón, el joven caballero y Gasselin se lanzaron al campo abierto con sus sables y sus escopetas para ir a unirse a *Madame* en Vendée, con gran espanto de Fanny y gran alegría de los bretones, la señorita De Pen-Hoël entregó al barón la suma de diez mil libras en oro, sacrificio inmenso, corroborado con otras diez mil libras, producto de una colecta hecha por el cura, que el viejo guerrillero estaba encargado de ofrecer a la madre de Enrique V en nombre de los Pen-Hoël y de la parroquia de Guérande.

No obstante, ella trataba a Calixto como mujer que se consideraba con ciertos derechos sobre él; sus proyectos le autorizaban a vigilarlo; no es que tuviese ideas estrechas en materia de galantería, pues poseía la indulgencia de las viejas mujeres del antiguo régimen, pero sentía horror por las ideas revolucionarias. Calixto, que seguramente había ganado a sus ojos con sus aventuras con las bretonas, hubiera perdido mucho si hubiese dado en lo que ella llamaba novedades. La señorita De Pen-Hoël, que habría desenterrado algún dinero para aplacar a una chica seducida,

reputaría a Calixto como un disipado si lo hubiese visto conduciendo un tílburí o le oyese hablar de ir a París. Y si lo hubiera sorprendido leyendo periódicos o revistas impías, no se sabe de lo que habría sido capaz. Para ella, las ideas nuevas eran la inversión del orden natural de los cultivos, la ruina bajo el nombre de mejoras y métodos, en conclusión, las fincas más o menos tarde hipotecadas como consecuencia de ensayos. Para ella, la prudencia era el modo verdadero de hacer fortuna; la buena administración consistía en amontonar en sus graneros el trigo sarraceno, el centeno, el cáñamo, a la espera del alza, a riesgo de pasar por acaparadora, de tener que acostarse obstinadamente sobre sus sacos. Por una singular casualidad había hallado con frecuencia mercados afortunados que confirmaban sus principios. Pasaba por sagaz, aunque en realidad eran cortos sus alcances; pero poseía un orden de holandés, una prudencia de gata, una perseverancia de cura que, en un país tan rutinario, equivalían a los más profundos pensamientos.

—¿Contaremos esta noche con el señor Du Halga? —preguntó la vieja señorita mientras se quitaba los miñones de punto, tras el cambio de los cumplidos de rigor.

—Sí, señorita; lo vi paseando su perra por la alameda —dijo el cura.

—¿Entonces nuestra *mosca* estará animada esta noche? Ayer no fuimos más que cuatro.

Al oír la palabra *mosca*, el cura se levantó para ir a buscar en un cajón del aparador un cestillo redondo de mimbre, unas fichas de marfil que el sobo de veinte años había vuelto del color del tabaco turco y un juego de naipes mugrientos como los de los aduaneros de Saint-Nazaire, que no los mudan más que cada quince días. Vino el padre a la mesa a distribuir las fichas necesarias a cada jugador y colocó el cestillo en medio de ella, junto a la lámpara, todo con una diligencia infantil y la práctica del hombre habituado a prestar aquel pequeño servicio.

Un vigoroso aldabonazo, a estilo militar, resonó en el profundo silencio de la vieja mansión. El criadito de la señorita De Pen-Hoël fue muy serio a abrir la puerta. Pronto el largo cuerpo seco y metódicamente vestido, según el tiempo reinante, del caballero Du Haiga, antiguo capitán de bandera del almirante Kergarouët, se vislumbró en la penumbra que reinaba aún en lo alto de la escalinata.

—¡Venga caballero! —exclamó la señorita De Pen-Hoël.

—El altar ya está preparado —dijo el cura.

El caballero era hombre de poca salud, que llevaba franelas para sus reumas, un bonete de seda negro para preservar la cabeza de la niebla, un jersey para defender su precioso tórax de los vientos repentinos que refrescaban el aire de Guérande. Iba siempre armado de un junco con puño de oro para espantar a los perros que intempestivamente hacían el amor a su perra favorita. Aquel hombre, minucioso como una vieja, que se descomponía ante los menores obstáculos y hablaba bajo para no malgastar un resto de voz, había sido uno de los más intrépidos y entendidos hombres de la antigua marina. Se vio honrado con la estima de Suffren, con la amistad del conde de Portenduere. Su bello comportamiento como capitán de bandera

del almirante Kergarouët estaba escrito con caracteres visibles en su cara cruzada por cicatrices.

Al verle, nadie hubiera reconocido en él la voz que dominaba la tempestad, la vista que se extendía sobre el mar, el coraje indómito del marino bretón. El caballero no fumaba, no juraba; tenía la dulzura y la tranquilidad de una muchacha y se ocupaba de su perra «Tisbe» y de sus pequeños caprichos con la solicitud de una vieja. Con ello daba la más alta idea de su difunta galantería. Jamás hablaba de los actos pasmosos que habían asombrado al conde de Estaing. Aunque mostrase una actitud de inválido y anduviese como si temiera aplastar huevos a cada paso, y de continuo se lamentase de la frescura de la brisa, del ardor del sol o de la humedad de la niebla, se le veía una blanca dentadura firmemente encajada en coloradas encías, lo que tranquilizaba sobre su enfermedad, un poco costosa por lo demás, pues consistía en hacer cuatro comidas de una amplitud monástica. Su complexión, como la del barón, era ósea y de una fuerza indestructible, recubierta de un pergamino pegado a los huesos como la piel de un caballo árabe sobre las nervaduras que parecen relucir al sol. Su tez conservaba un color renegrado, debido a sus viajes a las Indias, de los cuales no había dado ni una idea ni una historia. Emigró, perdió su fortuna y luego recibió la Cruz de San Luis y una pensión de dos mil francos bien ganada con sus servicios y pagada por la Caja de Inválidos de la Marina. La ligera melancolía que le hacía inventar mil males imaginarios se explicaba fácilmente por sus penalidades durante la emigración. Sirvió a la marina rusa hasta el día en que el emperador Alejandro quiso emplearlo contra Francia; presentó su dimisión y fue a vivir a Odessa, donde estaba el duque de Richelieu, con quien retornó, siendo éste el que se ocupó de que se liquidase la pensión tlebida a aquel glorioso despojo de la antigua marina bretona. A la muerte de Luis XVIII, época en que retornó a Guérande, el caballero Du Haiga fue nombrado alcalde de la ciudad.

El cura, el caballero y la señorita De Pen-Hoël desde hacía quince años tenían la costumbre de pasar las veladas en la residencia de los Guénic, adonde igualmente acudían algunos nobles personajes de la ciudad o los contornos. Fácil es adivinar que los Guénic eran los jefes del *petit fabourg Saint-Germain* de la comarca, en el que jamás penetró ninguno de los miembros de la administración enviados por el nuevo Gobierno. Desde hacía seis años el cura tosía al llegar al punto crítico del *Dómine, salvum fac regem*. La política estaba siempre presente en Guérande.

VI VELADA NORMAL

La *mosca* es un juego que se practica con cinco cartas y una queda de muestra para señalar el triunfo. A cada envite el jugador es libre de correr la suerte o de abstenerse, no pierde más que su puesta, ya que, mientras no entran *repuestos* en el castillo, cada jugador pone una débil suma. Si juega, el jugador está obligado a ganar la baza en proporción con la postura. Si hay cinco *sous* en el castillo, la baza vale un *sou*. El jugador que no gana la baza queda a la mosca: debe entonces el importe íntegro de la postura, que engorda el cesto para la baza siguiente. Se van apuntando las moscas debidas y se ponen una tras otra en el canasto por orden decreciente. Los que renuncian a jugar van mostrando sus cartas durante el juego, pero se consideran nulas. Las cartas de la baceta se cambian, como en el *écarté*, pero por orden de prioridad. Cada cual toma las cartas que quiere, de modo que entre el mano y el que signe pueden agotar la baceta. La muestra pertenece al que da, que es el último; tiene derecho a cambiarla por otra carta. Hay una terrible, que triunfa sobre todas, y se llama Mistigris. Mistigris es el *valet* de tréboles. Este juego, de una excesiva sencillez, no carece de interés. En él se desarrollan tanto la codicia natural del hombre como las astucias de la diplomacia y las expresiones de la fisonomía. En casa de los Guénic cada jugador tomaba veinte fichas, y respondía de cinco *sous*, lo que elevaba el total de las puestas a cinco *liará* por lance, suma considerable a los ojos de aquellos personajes. Favoreciendo mucho la suerte, bien se podían ganar cincuenta *sous*, capital que nadie en Guérande lo gastaba en un día. Por eso la señorita De Pen-Hoël aportaba a aquel juego, cuya inocencia sólo es superada en la nomenclatura de la Academia por el de la *Batalla*, una pasión semejante a la de los cazadores en una gran partida de caza. La señorita Ceferina, que iba a medias en el juego con la baronesa, no concedía menor importancia a la mosca. Arriesgar un *liará* para ver de ganar cinco, de jugada en jugada, constituía para la vieja tesorera una operación financiera inmensa, a la que prestaba tanta atención en su interior como el más ávido especulador durante una sesión de Bolsa al alza o a la baja.

Por una convención diplomática, que databa de septiembre de 1825, tras una velada en la que la señorita De Pen-Hoël salió perdiendo treinta y siete *sous*, la partida acababa en cuanto lo desease uno de los jugadores si había perdido diez *sous*. La cortesía no consentía causar a un jugador la pequeña pena de ver jugar la mosca sin participar en ella. Pero todas las pasiones tienen su jesuitismo. El caballero y el barón, viejos políticos, hallaron modo de eludir el compromiso. Si deseaban vivamente prolongar una emocionante partida, el valiente caballero Du Haiga, con gesto propio de uno de esos mozos ricos y pródigos en gastos que ellos no sufragan, ofrecía diez fichas a la señorita De Pen-Hoël o a Ceferina, cuando una de ellas o ambas habían perdido sus cinco *sous*, a condición de devolvérselas en caso de

ganancia. Un viejo galán podía permitirse esa atención para con unas señoritas, bajo pretexto de continuar la partida. Las dos avaras aceptaban siempre, no sin hacérselo mucho rogar, según costumbre de mujeres. Para abandonarse a esta prodigalidad era condición que el barón y el caballero fueran ganando, porque de otro modo la oferta hubiese tomado el carácter de una ofensa.

La mosca adquiría brillantez cuando una señorita de Kergarouët a secas estaba de paso en casa de su tía, ya que hasta entonces los Kergarouët no habían logrado hacerse llamar Kergarouët-Pen-Hoël por nadie, ni aun por los criados, que habían recibido al respecto órdenes terminantes. La tía instruía a su sobrina en las reglas de la mosca a jugar en casa de los Guénic como un placer insigne. La pequeña recibía orden de mostrarse amable, cosa facilísima en cuanto ella veía al bello Calixto, por quien se pirriaban las cuatro señoritas De Kergarouët. Estas jóvenes, educadas a la moderna, tenían en poco cinco *sous* y se apuntaban mosca tras mosca. Había entonces moscas apuntadas por valor total de cien *sous*, que se escalonaban desde dos *sous* y medio hasta diez. Eran estas veladas de grandes emociones para la vieja ciega. Las bazas se llamaban *manos* en Guérande. La baronesa hacía sobre el pie de su cuñada un número de presiones igual al de bazas que consideraba seguras según su juego. Jugar o no, según las probabilidades, cuando el cestillo estaba lleno, provocaba controversias interiores en las que la codicia discutía con el miedo. Se preguntaban una a otra: «¿tú irías?», con sentimientos de envidia hacia los que tenían el suficiente buen juego para tentar la suerte, o deshaciéndose en sentimientos de desesperación cuando era forzado abstenerse. Si Carlota de Kergarouët, generalmente tildada de loca, tenía suerte en sus audacias, al regresar, su tía, si no había ganado nada, le hacía notar su despecho o la abrumaba a lecciones: era demasiado decidida; una joven no debía nunca ufanarse de sus triunfos ante personas respetables; tenía un modo insolente de coger el cestillo o de ir al juego; los buenos modales de una joven requerían más reserva y modestia; no había que reírse de la mala suerte del prójimo, etcétera. Las chanzas eternas y que mil veces se repetían al año, pero siempre nuevas, brotaban a propósito del tiro que sería necesario enganchar al cestillo cuando estaba muy cargado. Se hablaba de bueyes, de elefantes, de caballos, de asnos, de perros. Al cabo de veinte años nadie se apercibía de que eran cosas muy oídas. La proposición provocaba siempre la misma sonrisa. Y lo mismo ocurría con las palabras que la pena de ver a otro coger un cesto lleno dictaba a los que lo habían engordado sin aprovecharles de nada.

Las cartas se repartían con una lentitud automática. Se charlaba sin tasa. Aquellos dignos y graves personajes tenían la mezquindad de desconfiar los unos de los otros en el juego; la señorita De Pen-Hoël acusaba casi siempre de tramposo al cura cuando se llevaba un cesto.

—¡Es singular —contestaba el cura—, pero jamás hago trampas cuando juego a la mosca!

Nadie ponía su naipe sobre el tapete sin cálculos profundos, sin miradas

penetrantes, palabras más o menos astutas y observaciones ingeniosas y sagaces sobre el efecto que producía en los demás. Los lances se veían, ya lo supondréis, entrecortados por conversaciones sobre los acontecimientos de la ciudad o por la discusión de los asuntos públicos. Con frecuencia los jugadores permanecían su buen cuarto de hora, los naipes apoyados en abanico sobre el estómago, ocupados en charlar. Si tras estas interrupciones se echaba de menos una ficha en el canasto, todos aseguraban haber metido la suya. Casi siempre, el caballero completaba la puesta, acusado por todos de estar pensando en las campanas de sus oídos, en su cabeza, en sus achaques, y olvidar el juego. Y cuando el caballero ya había echado la ficha, la vieja Ceferina o la maliciosa jorobada se veían asaltadas por remordimientos: se imaginaban entonces que tal vez ellas fueran las que no habían puesto, creían que sí, que no, dudaban... Pero al fin el caballero era suficientemente rico para soportar la pequeña desgracia. Con frecuencia el barón no sabía por dónde andaba cuando se hablaba de los infortunios de la casa real.

Algunas veces se daba un resultado sorprendente siempre para aquellos personajes, los cuales contaban con la misma ganancia. Tras un cierto número de partidas, cada cual había recuperado sus fichas y se iba, por ser ya muy avanzada la hora, sin pérdida ni ganancia, pero no sin emoción. En esas crueles veladas se prorrumpía en lamentos sobre la mosca: la mosca no había estado interesante; los jugadores acusaban a la mosca igual que los negros azotan el reflejo de la luna en el agua cuando el tiempo les es adverso. La velada se tildaba de pálida. Se había trabajado mucho para bien poca cosa. Cuando, en su primera visita, el conde y la condesa de Kergarouët hablaron del whist y del boston como juegos más interesantes que la mosca y se vieron animados a enseñarlos por la baronesa, a quien la mosca aburría muchísimo, la tertulia de los Guénic accedió, no sin rezongar contra las innovaciones; pero fue vano el intento de hacerles comprender tales juegos, que fueron calificados, apenas partieron los Kergarouët, de rompecabezas, de operaciones algebraicas, de dificultades inauditas. Todos preferían su querida mosca, su sencilla y agradable mosca. La mosca triunfó sobre los juegos modernos como siempre las cosas antiguas triunfaban sobre las nuevas en Bretaña.

Mientras el cura repartía las cartas, la baronesa hacía al caballero Du Haiga preguntas semejantes a las de la víspera sobre su salud. El caballero tenía a gala adolecer de males nuevos. Si las preguntas se parecían, el capitán, en cambio, mejoraba siempre sus respuestas. Hoy eran las falsas costillas las que le inquietaban. Cosa notable, aquel digno caballero no se quejaba jamás de sus heridas. Todo lo que era serio, lo medía en su justo valor; pero las cosas fantásticas, los dolores de cabeza, los perros que le mordían el estómago, las campanas que retumbaban en sus oídos y mil otras manías le inquietaban horriblemente; se presentaba como enfermo incurable, con tanta más razón cuanto que los médicos no conocen ningún remedio contra los males que no existen.

—Me parece que ayer tenía usted molestias en las piernas —dijo el cura con

gravedad.

—Es que mi mal salta de sitio —respondió el caballero.

—¿De las piernas a las falsas costillas? —preguntó la señorita Ceferina.

—¿Sin pararse en el camino? —añadió sonriendo la señorita De Pen-Hoël.

El caballero se inclinó haciendo un gesto medianamente chusco, lo que hubiera probado a un observador que en su juventud él marino había sido bienhumorado, amable, amado. Cuando se le veía estúpidamente plantado al sol sobre sus piernas de grulla, en la alameda, contemplando el mar o las correrías de su perra, tal vez estuviera reviviendo el paraíso terrestre de un pasado pródigo en recuerdos.

—Ya ha muerto el duque de Lenoncourt —dijo el barón, recordando el pasaje de *La Quotidienne* en que su mujer había interrumpido la lectura—. Vaya, el primer gentilhombre de cámara del rey no ha tardado en seguir a su amo. Pronto iré yo también.

—¡Querido, querido! —le dijo la baronesa golpeando dulcemente la mano huesuda y callosa de su marido.

—Déjale que diga, hermana —añadió Ceferina—. Mientras yo esté en pie, él no caerá: es más joven.

Una alegre sonrisa erró por los labios de la anciana. Cuando el barón dejaba escapar una reflexión de este género, los jugadores o los visitantes se miraban con emoción, inquietos por la tristeza del rey de Guérande. Los que habían venido a verle se decían al marchar: «El señor de Guérande está triste. ¿Han visto cómo se duerme?» Y al día siguiente todo Guérande comentaba este acontecimiento.

—«¡El barón de Guénic va para abajo!»

Esta frase abría la conversación en todas las casas.

—¿Tisbe está bien? —preguntó la señorita De Pen-Hoël al caballero cuando las cartas estuvieron repartidas.

—Esa pobrecilla es como yo: padece de los nervios y levanta siempre una de las patas al correr. ¡Anda así!

Al imitar a su perra levantando crispado uno de sus brazos, el caballero dejó ver su juego a su vecina, la jorobada, que quería mucho saber si tenía triunfos o el Mistigris. Fue una gracia que le costó cara.

—¡Oh!... —dijo la baronesa—. La nariz del señor cura palidece: tiene Mistigris.

La satisfacción de tener Mistigris era tan viva en el cura como en los demás jugadores, que no podían ocultarla. En todo semblante humano hay algún rasgo en que se manifiestan los secretos movimientos del corazón, y aquellos contertulios, habituados años y años a observarse, habían acabado por descubrir el punto flaco del padre: cuando tenía Mistigris la extremidad de su nariz palidecía. Se la observaba bien antes de arriesgarse en una jugada.

—¿Recibió visita ayer en su casa? —dijo el caballero a la señorita De Pen-Hoël.

—Sí, uno de los primos de mi cuñado. Me dio la gran sorpresa al anunciarme el casamiento de la señora condesa de Kergarouët, una señorita De Fontaine...

—¡Una chica en *Grand-Jacques*! —se asombró el caballero.

—La condesa es su heredera; se ha casado con un antiguo embajador. Me ha contado las cosas más singulares de nuestra vecina, la señorita De las Touches, tan singulares, que no quiero creerlas. Calixto no sería tan asiduo visitante de su casa si tuviera buen sentido suficiente para apercebirse de semejantes monstruosidades...

—¿Monstruosidades?... —dijo el barón, despertándose a esta palabra.

La baronesa y el cura cambiaron una mirada de inteligencia. Repartidas las cartas, la vieja señorita tenía Mistigris y no quiso continuar la conversación, felicísima de poder esconder su alegría al amparo de la estupefacción provocada con sus palabras.

—A usted toca echar una carta, señor barón —dijo con traicionera intención.

—Mi sobrino no es de esos jóvenes que aman las monstruosidades —dijo Ceferina hurgándose la cabeza.

—¡Mistigris! —exclamó la señorita De Pen-Hoël sin responder a su amiga.

El cura, que parecía muy al tanto de todo el asunto de Calixto con la señorita De los Touches, no entró en liza.

—Pues entonces, ¿qué hace de extraordinario la señorita de Touches? —preguntó el barón.

—Pues fuma —dijo la señorita De Pen-Hoël.

—Eso es muy sano —apuntó el caballero.

—¿Y sus propiedades?... —volvió a preguntar el barón.

—Sus propiedades se las está comiendo.

—Todo el mundo ha ido y todos quedan a la mosca: tengo el rey, la dama, el *valet* de triunfo, Mistigris y un rey —dijo la baronesa—. Para nosotras la cesta, hermana.

Aquel golpe, en momentos de distracción, aterró a la señorita De Pen-Hoël, que dejó de ocuparse de Calixto y de la señorita De las Touches. A las nueve no quedaban en la sala más que la baronesa y el cura. Los cuatro viejos se habían ido a acostar. El caballero acompañó, según costumbre, a la señorita De Pen-Hoël hasta su casa, situada en la plaza de Guérande, haciendo comentarios sobre la fortuna del último lance, su mayor o menor suerte o la satisfacción siempre renovada con que la señorita Ceferina metía las ganancias en su faltriquera, ya que la vieja ciega no disimulaba en su rostro la expresión de sus sentimientos. La preocupación de la baronesa hizo el gasto de esta conversación. El caballero había reparado en las distraeciones de la encantadora irlandesa. En el dintel de su puerta, cuando el criadito hubo subido, la señorita De Pen-Hoël dio respuesta confidencial a las suposiciones del caballero Du Haiga sobre la actitud anormal de la señora de Guénic con estas palabras, plenas de interés:

—Yo sé la causa de ello.

—¿Y cuál es?

—Calixto está perdido si no lo casamos pronto. Está enamorado de la señorita De las Touches, una farsante.

—En ese caso, haga venir a Carlota.

—Mi hermana recibirá carta mañana —dijo la señorita De Pen-Hoël despidiéndose del caballero.

Juzgando por esta velada, imaginad el tumulto que podía provocar en los interiores de Guérande la llegada, la permanencia, la marcha o, simplemente, el paso de un forastero.

VII CALIXTO

Cuando se dejó de oír todo rumor en el cuarto del barón y en el de su hermana, la señora de Guénic miró al cura, que jugaba pensativo con las fichas.

—Adivino que comparte mis inquietudes acerca de Calixto —dijo ella.

—¿Advirtió usted el talante seco que mostraba hoy la señorita De Pen-Hoël? —preguntó el cura.

—Sí —contestó la baronesa.

—Tiene, lo sé bien —prosiguió el cura—, las mejores intenciones sobre nuestro Calixto; le quiere como si fuera hijo suyo; su conducta en la Vendée y las alabanzas que Madame ha hecho de su devoción han aumentado el efecto que la señorita De Pen-Hoël le profesa. Transmitirá por donación entre vivos toda su fortuna a aquella de sus sobrinas que se case con Calixto. Ya sé que usted tiene en Irlanda un partido mucho más rico para nuestro querido Calixto, pero siempre es mejor contar con dos cuerdas en el arco. En el caso de que la familia de ustedes no lograran colocar a Calixto, la fortuna de la señorita De Pen-Hoël no es de desdeñar. Ustedes encontrarán fácilmente para ese querido hijo un partido de siete mil libras de renta, pero no las economías de cuarenta años, ni predios administrados, edificados y reparados como los de la señorita De Pen-Hoël. ¡Y esa impía mujer, la señorita De las Touches, nos ha venido a estropear las cosas! Por fin se han tenido noticias suyas.

—¿Y qué?... —preguntó la madre.

—¡Oh, una fresca, una mala pécora! Una mujer de costumbres equívocas, metida en el teatro, en tratos con comediantes, disipando su fortuna con escritoruelos, con pintores y músicos, con gente endiablada. Para escribir sus libros se encubre con un falso nombre, por el que es más conocida, según se dice, que por el suyo propio. Una verdadera cabeza loca, que desde la primera comunión no ha vuelto a entrar en una iglesia más que para ver estatuas y cuadros. Gasta su fortuna en decorar las Touches de la madera más inconveniente, para montar allí un paraíso de Mahoma en el que las huríes no son mujeres. Se beben allí más vinos finos durante su estancia que en toda Guérande durante un año. Las señoritas Bougniol alojaron el año pasado a unos individuos con barbas de chivo y trazas de ser *azules*, que frecuentaban aquella casa y que entonaban unas canciones impías que hacían enrojecer y llorar a esas virtuosas chicas. Tal es la mujer a quien adora nuestro Calixto en estos momentos. Si esa mujer quisiera tener esta misma noche uno de los libros en que los ateos de hoy se burlan de todo, Calixto vendría a ensillar el caballo con sus manos y partiría al galope a buscarlo en Nantes. No estoy seguro de que hiciera lo mismo por la Iglesia. Para remate, esa mala bretona no es realista. Si fuese preciso ir a pegar tiros por la buena causa y la señorita De las Touches o el señor Camilo Maupin, ahora me acuerdo del nombre, quisieran retenerlo junto a sí, probablemente Calixto dejaría ir solo a su viejo

padre.

—No —dijo la baronesa.

—No quisiera hacer la prueba para no dar a usted un disgusto. Todo Guérande está pendiente de la pasión de Calixto por ese ser anfíbio, que no es hombre ni mujer, fuma como un húsar, escribe como un periodista y ahora aloja en su casa al más venenoso de todos los escritores, según el director de correos, que está al tanto de lo que se escribe en los periódicos. Y la cosa también ha trascendido a Nantes. Esta mañana, ese primo de Kergarouët, que quisiera casar a Carlota con un hombre de sesenta mil libras de renta, vino a ver a la señorita De Pen-Hoël y le ha trastornado la cabeza con una relación de chismes sobre la señorita De las Touches que ha durado siete horas. Están sonando las campanadas de las diez menos cuarto y Calixto no regresa; está en Las Touches y a lo mejor no vuelve hasta mañana.

La baronesa atendía al cura, el cual, sin darse cuenta, había sustituido el diálogo por el monólogo; el cura miraba a su feligresa, en cuyo semblante se traslucía la inquietud de sus sentimientos. Cuando el padre Grimont vio que caían lágrimas de los bellos ojos de aquella madre angustiada, se sintió conmovido.

—Tranquilícese, mañana veré a la señorita De Pen-Hoël le dijo con voz de consuelo—. A lo mejor el mal no es tan grande como se dice; yo sabré la verdad. Además, la señorita Jacqueline tiene confianza en mí. Y a fin de cuentas, Calixto es nuestro discípulo y no se dejará seducir por el demonio. No querrá perturbar la paz de que disfruta su familia, ni trastornar los planes que hacemos sobre su porvenir. Así que no llore más: por hoy nada hay perdido. Señora, una falta no es un vicio.

—Usted no me ha revelado más que detalles. ¿Acaso no fui yo la primera en apercibirme del cambio de Calixto? Una madre siente muy vivamente el dolor de verse en segundo puesto en el corazón de su hijo, o la pena de no estar sola en él. Esa fase de la vida del hombre es uno de los males de la maternidad; pero esperándolo como natural, no podía suponer que ocurriera de esta manera. Hubiera querido que entregara su corazón a una criatura bella y noble, no a una histriona, una fresca, una mujer de teatro, un autor habituado a fingir sentimientos, una mala mujer que lo engañará y lo hará desgraciado. ¿Ha tenido ella aventuras?...

—Con varios hombres —contestó el padre Grimont—. ¡Y esa impía ha nacido en Bretaña! Deshonra a su país. El domingo diré un sermón sobre este punto.

—¡Guárdese bien! Los salineros y los campesinos serían capaces de amotinarse ante Las Touches. Calixto es digno de su nombre, es un bretón y podría suceder una desgracia si estuviese allí, ya que la defendería como si se tratase de la Santa Virgen.

—Ya son las diez: le deseo buena noche —dijo el padre, encendiendo el *óribus* de su farol, cuyos vidrios limpios y metal brillante revelaban la solicitud minuciosa de su ama para todas las cosas de la casa—. ¿Quién nos iba a decir, señora, que un joven amamantado por usted, educado por mí en las más cristianas ideas, un ferviente católico, un niño que vivía como un cordero sin mancha, caería en semejante lodazal?

—Entonces... ¿es eso cierto? —dijo la madre—. ¿Pero cómo una mujer no iba a

amar a Calixto?

—No hacen falta más pruebas que la permanencia de esa bruja en las Touches. Ya ve: es la temporada más larga que pasa allí en los veinticuatro años que hace que anda a su albedrío. Sus apariciones anteriores, por fortuna para nosotros, eran breves.

—Una mujer de cuarenta años... —siguió la baronesa—. Yo oí decir en Irlanda que una mujer así es la amante más peligrosa para un hombre joven.

—En eso soy un ignorante; moriré, seguro, en esa ignorancia.

—¡Ya ve!... Y yo también —contestó ingenuamente la baronesa—. Y ahora quisiera ser experimentada en amor para observar y aconsejar a Calixto, para consolarlo.

El cura no atravesó solo el pequeño patio; la baronesa le acompañó hasta la puerta, esperando oír los pasos de Calixto por Guérande; pero lo único que oyó fue el sordo rumor del prudente andar del cura, que fue debilitándose en la lejanía y cesó cuando, en el silencio de la ciudad, retumbó al cerrarse la puerta del presbítero. La pobre madre volvió a entrar desolada al saber que la ciudad toda estaba al tanto de lo que imaginaba ella ser única en saber. Se sentó, espabiló la mecha de la lámpara cortándola con unas viejas tijeras y reemprendió la labor que hacía mientras esperaba el retomo de Calixto. La baronesa imaginaba así forzar a su hijo a volver más pronto, a permanecer menos tiempo en casa de la señorita de Touches. Esta prevención de los celos maternos resultaba estéril.

De día en día, las visitas de Calixto a Las Touches eran más frecuentes y cada noche regresaba más tarde; hasta que la víspera el heredero no había vuelto hasta la medianoche. La baronesa, distraída en su meditación materna, daba las puntadas con la actividad de las personas que piensan hondo mientras realizan alguna obra manual. Quien la hubiese visto así, inclinada al resplandor de la lámpara, bajo aquel techo cuatro veces centenario, habría admirado tan sublime cuadro. Fanny tenía tal transparencia de carne, que se hubieran podido leer sus pensamientos en su frente. A veces, picada de la curiosidad que asalta a las mujeres puras, se preguntaba qué secretos diabólicos poseían esas chicas de Baal para encantar de tal modo a los hombres y hacerlos olvidar madre familia, casa, intereses. Otras, pensaba hasta en ir a ver a aquella mujer para poder juzgarla rectamente. Calculaba la extensión de los estragos que el espíritu innovador del siglo, pintado por el cura como tan peligroso para las jóvenes almas, debía causar en su único hijo, hasta entonces tan cándido y puro como una inocente muchacha, cuya fresca belleza poseía.

Calixto, magnífico retoño de la más vieja raza bretona y de la sangre irlandesa más noble, había sido cuidadosamente educado por su madre. Hasta el día en que la baronesa lo encomendó al cura de Guérande, estaba bien cierta de que ninguna palabra impura, ningún mal pensamiento habían ensuciado los oídos ni la mente de su hijo. La madre, tras amamantarlo con su leche, tras haberle dado así dos veces su sangre, pudo presentarlo con un candor de virgen al pastor, quien, en su veneración por aquella familia, prometió darle una educación completa y cristiana. Calixto

recibió la enseñanza del seminario en que el padre Grimont había hecho sus estudios. La baronesa le enseñó el inglés. No sin trabajo se encontró un maestro de matemáticas entre los empleados de Saint-Nazaire. Calixto ignoraba, forzosamente, la literatura moderna, la marcha y el progreso actuales de la ciencia. Su instrucción quedó limitada a la geografía e historia compendiadas de los internados de señoritas, al latín y griego de los seminarios, a la literatura de las lenguas muertas y a una selección reducida de autores franceses. Cuando a los diecisiete años empezó lo que el padre Grimont llamaba su filosofía, no era menos puro que cuando Fanny lo puso en manos del cura. La iglesia fue tan maternal como la madre; sin ser beato ni ridículo, el adorado joven era un ferviente católico. A este hijo tan cándido y bello la baronesa quería asegurarle una vida dichosa, oscura. Ella esperaba cierta herencia, dos o tres mil libras esterlinas, de una vieja tía. Esa cantidad, junto con la fortuna actual de los Guénic, podría permitirle hallar para Calixto una mujer que le aportara doce o quince mil libras de renta. Que fuese Carlota de Kergarouët, con la fortuna de su tía, una rica heredera irlandesa o cualquiera otra heredera, resultaba indiferente a la baronesa, que ignoraba el amor: veía en el matrimonio, como todos los que andaban a su alrededor, un medio de hacer fortuna. Las pasiones eran algo desconocido para aquéllas almas católicas, gentes añosas, exclusivamente ocupadas en su salud, en Dios, en su fortuna o los intereses del rey. Nadie se asombrará, por tanto, de la gravedad de los pensamientos que acompañaban a los sentimientos heridos en el corazón de aquella madre, que sólo vivía para las ternezas y las conveniencias de su hijo. Si la futura pareja oyera la voz de la prudencia, a la segunda generación de los Du Guénic, viviendo con privaciones, economizando como en provincias se sabe hacerlo, podría rescatar sus tierras y reconquistar el lustre de la riqueza. La baronesa anhelaba una larga vejez para el alborear de la holgura. La señorita Du Guénic comprendió y aceptó ese plan, que ahora amenazaba la señorita De las Touches.

La baronesa oyó dar las doce de la noche con horror; aún hubo de imaginar terrores espantosos durante una hora, porque sonó la campanada de la una sin que Calixto hubiese regresado.

—¿Se quedará allí? —se preguntaba—. Sería la primera vez. ¡Pobre hijo!

En aquel instante el paso de Calixto animó la callejuela. La pobre madre, en cuyo corazón la alegría sucedió a la inquietud, voló de la sala a la puerta y abrió a su hijo.

—¡Oh!... —profirió Calixto con expresión de pena—. Madre querida, ¿por qué me espera? Tengo las llaves y un candil.

—Tú bien sabes, hijo, que me es imposible dormir cuando estás fuera —dijo ella abrazándole.

Cuando ambos estuvieron en la sala, la baronesa examinó la cara de su hijo para adivinar, según la expresión de mi semblante, lo sucedido durante la velada; mas él le causó, como siempre, esa emoción que el hábito no desvanece nunca y que todas las madres amantes sienten a la vista de la obra maestra humana que ellas han hecho y cuya presencia las conmueve por unos momentos.

Salvo los ojos negros y plenos de energía que pertenecían a su padre, Calixto poseía los hermosos cabellos rubios, la nariz aguileña, la boca adorable, los dedos finos, la tez suave, la delicadeza y la blancura de su madre. Aunque pareciese una muchacha disfrazada de hombre, su fuerza era hercúlea. Sus nervios tenían la elasticidad y el vigor de resortes de acero y la singularidad de sus ojos negros no carecía de encanto. La barba aún no le había brotado apenas. Ese retardo anuncia, según dicen, gran longevidad. El heredero, vestido con un redingote corto de terciopelo negro, parecido al vestido de su madre y guarnecido de botones de plata, llevaba al cuello un pañuelo azul, polainas y un calzón de *cutí* gris. En su nivea frente se revelaban trazas de una gran fatiga o el peso de tristes pensamientos. Incapaz de sospechar las penas que laceraban el corazón de Calixto, la madre atribuía a felicidad aquella alteración pasajera. Calixto era hermoso como un dios griego, pero hermoso sin fatuidad porque hacía poco caso de una belleza que sabía era pasajera.

—«¿Y esas mejillas tan puras, en las que la sangre joven y rica parecen brotar, pertenecerán a otra mujer, dueña también de esa frente de muchacha?» —se decía la baronesa—. «La pasión provocará en ellas mil desórdenes, y velará esos ojos bellos, húmedos como los de los niños.»

Esta amarga reflexión oprimió el corazón de la baronesa y turbó su dicha. Parecerá raro a quienes saben calcular que en una familia de seis personas forzadas a vivir con tres mil libras de renta, el hijo tuviese un redingote y la madre un vestido de terciopelo; pero es que Fanny O'Brien tenía tíos y parientes ricos en Londres que trataban de conservar el recuerdo de la bretona con regalos. Varias de esas hermanas, casadas con hombres adinerados, se interesaban mucho por Calixto con miras de proporcionarle novia, sabiéndolo bello y noble, como noble y hermosa era Fanny, su favorita desterrada.

—Has permanecido más tiempo que ayer en casa De las Touches —dijo al fin la madre con voz conmovida.

—Sí, madre querida —contestó él sin dar más explicación.

La sequedad de esta respuesta concitó más nubes sobre la frente de la baronesa, que dejó las explicaciones para la mañana siguiente. Cuando una madre concibe las inquietudes que apenaban entonces a la baronesa, casi tiembla ante su hijo, siente instintivamente los efectos de la gran emancipación del amor, comprende todo lo que ese sentimiento va a arrebatarle; pero al mismo tiempo siente alegría por saber dichoso a su hijo: es como si se librara una batalla en su corazón. Y aunque el resultado sea ver surgir un hijo engrandecido, superior, las verdaderas madres no quieren esta tácita abdicación; quieren más un hijo pequeño y protegido. Tal vez esté aquí el secreto de la predilección de las madres por los hijos débiles, contrahechos o desgraciados.

—Tú estás cansado, querido niño; acuéstate —dijo, conteniendo las lágrimas.

Una madre que no sabe cuanto hace su hijo lo cree todo perdido, sobre todo tratándose de una madre que quería tanto y era tan querida como Fanny. Y tal vez

cualquiera otra hubiese temblado tanto como la señora Du Guénic. La paciencia de veinte años podía resultar completamente inútil. Calixto, obra maestra humana de la educación noble, prudente y religiosa, estaba en peligro de verse destruido; la felicidad de su vida, tan bien preparada, podía quedar arruinada para siempre por una mujer.

VIII AUMENTAN LAS INQUIETUDES

A la mañana siguiente Calixto durmió hasta el mediodía, ya que su madre prohibió que se le despertara; y Mariotte sirvió al niño mimado el desayuno en la cama. Las reglas inflexibles y casi conventuales que regían las horas de las comidas cedían ante los caprichos del heredero. Así, cuando se quería conseguir de la señorita de Guénic el manojito de llaves para dar, fuera de las comidas, algo que hubiese necesitado explicaciones prolijas, no había otro remedio que pretextar algún antojo de Calixto. Hacia la una, el barón, su mujer y su hermana estaban reunidos en la sala, donde comerían a las tres. La baronesa había reemprendido la lectura de *La Quotidienne* a su marido, algo más despierto siempre antes de comer. En el momento en que la señora de Guénic iba a terminar su lectura, oyó en el segundo piso los pasos de su hijo y dejó caer el periódico liara decir:

—Sin duda Calixto va a comer también en casa de Touches: se acaba de vestir.

—Se divierte el niño —dijo la vieja, mientras sacaba un pito de plata del bolsillo y daba un silbido.

Mariotte subió por la torrecilla y apareció por la puerta de comunicación, que ocultaba una cortina de damasco semejante a las de los ventanales.

—¿Qué desea? —dijo—. ¿Necesita algo?

—El señorito come en casa De las Touches: suprimid la lubina.

—Bueno, pero no lo sabemos todavía... —dijo la irlandesa.

—Me parece que estás disgustada, hermana; te lo conozco en el acento.

—El padre Grimont ha averiguado por fin cosas graves sobre la señorita de Touches, que nos ha trastornado tanto desde hace un año a Calixto.

—¿Y qué es? —preguntó el barón.

—Pues que él lee toda clase de libros.

—¡Vaya, vaya! —dijo el barón—. Por eso entonces olvida ahora la caza y su caballo.

—Ella tiene costumbres reprensibles y lleva un nombre de hombre —siguió la señora de Guénic.

—Un nombre de guerra —replicó el anciano—. Yo me llamaba *El Emplazado*, el conde de Fontaine *Gran Jacobo*, el marqués de Montauban *El Mozo*... ¡Hermosos tiempos aquellos!... Se pegaban tiros de fusil y se divertía uno yendo de un lado para otro...

Esos recuerdos de guerra, reemplazando la inquietud paterna, entristecieron por un momento a Fanny. Las confidencias del cura y la falta de confianza de su hijo le habían impedido dormir aquella noche.

—Y aunque el señorito amase a *modemoiselle* De las Touches, ¿sería eso una desgracia? —se entrometió a decir Mariotte—. Tiene treinta mil libras de renta y es

bien hermosa.

—¿Pero qué dices, Mariotte? —se espantó la vieja—. ¡Un Du Guénic casándose con una De las Touches! Los De las Touches no eran ni nuestros escuderos en los tiempos en que Du Guesclin consideraba nuestra relación como un insigne honor.

—¡Una mujer que lleva nombre de hombre, Camilo Maupin! —dijo la baronesa.

—Los Maupin tienen prosapia —dijo el anciano—. Proceden de Normandía y llevan *gules en tres*... Pero ella no puede —se interrumpió de pronto— ser a la vez De las Touches y Maupin.

—Es que se llama Maupin en el teatro.

—Una De las Touches no puede ser comedianta... Si no os conociera, Fanny, pensaría que estáis loca.

—Escribe obras, libros... —siguió la baronesa.

—¿Libros?... —preguntó el viejo mirando a su mujer con la misma expresión de sorpresa que si le hubiera hablado de un milagro—. He oído decir que la, señorita Scudéri y la señora De Sévigné los escribieron, aunque eso no fuera lo mejor que hicieron; mas para que tales prodigios se dieran era preciso que remara en su corte Luis XIV.

—¿Comerá usted en las Touches, señorito? —preguntó Mariotte a Calixto, que apareció en aquel momento.

—Puede que sí —contestó el joven.

Mariotte, que se consideraba parte de la familia, no era curiosa; salió sin tratar de oír la pregunta que la señora Du Guénic iba a dirigir a Calixto.

—¿Vas otra vez a las Touches, mi Calixto? —Y acentuó bien el *mi*—. Pues Las Touches no son una casa decente y honesta. La misma ama es una loca que corromperá a nuestro Calixto. ¡Camilo Maupin le ha hecho leer ciertos libros! ¡Ella misma ha tenido muchas aventuras! Y usted sabía todo eso, mal hijo, y no ha dicho nada a los de su casa.

—El caballero es discreto —añadió el padre—. Una virtud de los viejos tiempos.

—Demasiado discreto —dijo la celosa irlandesa al ver el rubor que cubría la frente de su hijo.

—Mi querida madre —dijo Calixto, apoyándose en las rodillas de la baronesa—, no creo que sea preciso publicar mis derrotas. La señorita De las Touches, o si usted lo prefiere Camilo Maupin, rechazó mi amor hace dieciocho meses, durante su última estancia aquí. Entonces se burló dulcemente de mí: que podía ser mi madre, que una mujer de cuarenta años que amara a un menor cometería una especie de incesto, que era incapaz de una depravación semejante... Me hizo objeto, en fin, de mil donaires, porque tiene el ingenio de un ángel. Y cuando me vio llorando lágrimas ardientes, me consoló ofreciéndome su más noble amistad. Su corazón es aún mayor que su talento; es generosa tanto como usted. Soy ahora como su hijo. Después, a su retorno, al enterarme de que amaba a otro, me resigné. No repita las calumnias que corren sobre ella: Camilo es artista, posee genio e incluso una de esas existencias excepcionales

que no se deben juzgar como las existencias ordinarias.

—Hijo mío —dijo la religiosa Fanny—, nada puede dispensar a una mujer de conducirse como quiere la Iglesia. Ella falta a sus deberes para con Dios y la sociedad al abjurar de las dulces religiones de su sexo. Una mujer ya peca sólo con ir al teatro, ¡cuanto más escribir las impiedades que repiten los actores, correr mundo, ya con un enemigo del papa, ya con un músico! ¿Cómo me vas a persuadir, Calixto, de que esas acciones son actos de fe, esperanza o caridad? Su fortuna le ha sido dada por Dios para hacer el bien: ¿de qué le sirve la suya?

Calixto se levantó con brusco impulso, miró a su madre y le dijo:

—Madre mía, Camilo es mi amiga; no puedo oír hablar así de ella, por la que sería capaz de dar mi vida.

—¿Tu vida?... —dijo la baronesa con aire espantado—. ¡Tu vida nos pertenece a todos nosotros!

—Mi querido sobrino ha dicho una serie de cosas que yo no comprendo —se quejó dulcemente la vieja volviéndose hacia él.

—¿Dónde las ha aprendido? En Las Touches —dijo la madre.

—Es que, madre querida, ella me halló ignorante como una carpa.

—Tú conocías las cosas esenciales sabiendo los deberes que nos enseña la religión —contestó la baronesa—. ¡Ah!, esa mujer destruirá tus nobles y santas creencias.

La señora vieja se levantó y extendió su mano hacia el barón, que dormitaba, diciendo, con una voz que partía del corazón:

—Calixto, tu padre jamás abrió un libro, habla bretón, ha peleado en medio del peligro por Dios y por su rey. Los hombres instruidos habían hecho el mal y los gentileshombres letrados abandonaron su patria. ¡Aprende si quieres!

Se sentó de nuevo y reemprendió su calceta con la actividad que le impulsaba su emoción interior. Calixto se sintió inmutado con aquella arenga.

—En fin, mi ángel, que tengo el presentimiento de algo malo para ti en aquella casa —dijo la madre con voz alterada y vertiendo un raudal de lágrimas.

—¿Quién hace llorar a Fanny? —exclamó el viejo al despertar sobresaltado por el tono de la voz de su mujer.

Miró a su hermana, a su hijo, a la baronesa.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, querido —contestó la baronesa.

—Mamá —dijo Calixto en voz baja al oído de su madre—, me es imposible en estos momentos explicarme, pero esta noche charlaremos. Cuando lo sepa todo, bendecirá a la señorita De las Touches.

—A las madres no les gusta maldecir, y yo no maldeciría nunca a la mujer que amara bien a mi hijo.

El joven dijo adiós a su anciano padre y salió. El barón y su mujer se levantaron para verle atravesar el patio, abrir la puerta y desaparecer.

La baronesa no volvió a coger el periódico: estaba emocionada. En aquella vida tan tranquila, tan unida, la corta discusión que acababa de tener lugar equivalía a una grave querrela en otra familia. Aunque calmada, la inquietud de la madre no se había disipado. ¿Adónde iría a parar aquella amistad, que podía reclamar la vida de Calixto y ponerla en peligro? ¿Cómo la baronesa podía bendecir a la señorita De las Touches? Estas dos cuestiones se presentaban tan graves para aquella alma simple como para un gobernante la más furiosa revolución. Camilo Maupin era una revolución en aquel interior dulce y tranquilo.

—Tengo mucho miedo de que esa mujer nos lo eche a perder —dijo tomando el periódico.

—Yo iría a verla, y os diría lo que hay —dijo el anciano.

Claro está que esta proposición era completamente ilusoria. Tras la biografía de Camilo Maupin, imagináros al viejo barón habiéndoselas con aquella ilustre mujer.

La ciudad de Guérande, que desde hacía dos meses venía contemplando cómo Calixto, su flor y orgullo, iba todos los días, por la mañana o por la tarde y con frecuencia mañana y tarde, a la casa De las Touches, pensaba que la señorita Felicidad de las Touches estaba apasionadamente enamorada del bello muchacho y que le hacía objeto de sortilegios. Más de una muchacha o de una joven casada se preguntaba qué privilegio serían los de las mujeres entradas en años para ejercer sobre un ángel como aquel un imperio tan absoluto. Así, cuando Calixto atravesó la Gran Rué para salir por la puerta de Croisic, más de una mirada se fijó en él.

Se hace ahora necesario explicar los rumores que rondaban a la persona que Calixto iba a ver. Rumores que, aumentados por los comadreos bretones, envenenados por la ignorancia general, habían llegado hasta el cura. El recaudador de contribuciones, el juez de paz, el jefe de la aduana de Saint-Nazaire y otras gentes leídas del cantón no habían tranquilizado precisamente al cura al contarle la vida bizarra de la mujer artista que se ocultaba bajo el nombre de Camilo Maupin. No es que llegara a comerse los niños crudos, o matar esclavos, como Cleopatra, ni había hecho arrojar un hombre al río, como falsamente se le acusa a la heroína de la *Tour de Nesle*; mas, para el padre Grimont, aquella monstruosa criatura, mezcla de sirena y atea, formaba una combinación inmoral de la mujer y la filosofía, y faltaba a todas las leyes sociales inventadas para contener las debilidades del bello sexo.

SEGUNDA PARTE UNA MUJER CÉLEBRE

I

INFANCIA DE LA SEÑORITA DES TOUCHES

Lo mismo que Clara Gazul es el seudónimo femenino de un hombre de ingenio, y Jorge Sand el seudónimo masculino de una mujer de talento. Camilo Maupin fue la máscara bajo la cual se ocultó durante mucho tiempo una encantadora muchacha, muy bien nacida, una bretona, de nombre Felicidad de las Touches, la mujer que causaba tan vivas Inquietudes a la baronesa de Guénic y al buen cura de Guérande. Esa familia no tiene nada en común con los Touches de Turena, a los que pertenece el embajador del Regente, hoy más famoso por su nombradla literaria que por sus talentos diplomáticos.

Camilo Maupin, una de las varias mujeres célebres del siglo XIX, pasó mucho tiempo por un autor real a causa de la virilidad de su comienzo. Hoy todo el mundo conoce los dos volúmenes de piezas teatrales no susceptibles de representación, escritas al modo de Shakespeare o de Lope de Vega y publicadas en 1822, que provocaron una especie de revolución literaria cuando la gran disputa de los románticos y los clásicos palpitaba en los periódicos, en la Academia, en los círculos literarios. Después, Camilo Maupin alumbró varias obras dramáticas y una novela que no desmintieron el éxito obtenido por su primera publicación, ahora un poco injustamente olvidada.

Explicar el encadenamiento de circunstancias que determinaron la encarnación masculina de una muchacha como Felicidad de las Touches al hacerse hombre y autor, porque, más afortunada que madame Staël, al permanecer libre, hizo más excusable su celebridad, ¿no será satisfacer gran número de curiosidades y justificar uno de esos monstruos que se elevan en la humanidad como monumentos y cuya gloria viene favorecida por la rareza?, puesto que, en veinte siglos, apenas se cuenta una veintena de mujeres célebres. Por eso, aunque ella no sea aquí más que un personaje secundario, como ejerció gran influencia sobre Calixto y representa un papel en la historia literaria de nuestra época, a nadie disgustará verse detenido ante esta figura algún tiempo más del que exige la poética moderna.

La señorita Felicidad des Touches se vio huérfana en 1793. Con ello sus bienes se libraron de las confiscaciones que sin duda habrían caído sobre su padre y hermano. El primero murió el 18 de agosto en el portal de palacio, entre los defensores del rey, en cuya guardia ostentaba alta graduación. Su hermano, joven guardia de corps, fue

asesinado en los Carmelitas. La señorita De las Touches contaba dos años cuando su madre murió de pena algunos días después de esta segunda catástrofe. Al morir, la señora Des Touches confió su hija a una hermana suya, religiosa profesa en Chelles.

La señora De Faucombe, la religiosa, se llevó prudentemente a la huérfana a Faucombe, heredad considerable situada cerca de Nantes y perteneciente a la señora De las Touches, en donde la religiosa se estableció con tres hermanas de su convento. En los últimos días del Terror el populacho de Nantes fue a derruir el castillo y a llevarse a las religiosas y a la señorita De las Touches, acusadas por un rumor calumnioso de haber recibido emisarios de Pitt y de Coburgo. El 9 de Thermidor las liberó. La tía de Felicidad murió de espanto. Dos de las monjas salieron de Francia. La tercera confió la pequeña De las Touches a su más próximo pariente, el señor De Faucombe, tío-abuelo materno, que habitaba en Nantes, junto con sus compañeros de exilio.

El señor De Faucombe, anciano de sesenta años, se había casado con una mujer joven a la cual dejaba por entero el gobierno de sus asuntos. No se ocupaba más que de arqueología, una pasión o, para hablar con mayor propiedad, una de esas manías que ayudan a los ancianos a creerse vivos. La educación de su pupila fue abandonada enteramente al azar. Poco vigilada por una mujer entregada a los placeres de la época imperial, Felicidad se educó por sí sola, a lo chico. Acompañaba al señor De Faucombe a la biblioteca y leía cuanto le placía. Conoció, por tanto, la vida en teoría y careció de toda inocencia de espíritu, aun permaneciendo virgen. Su inteligencia flotó en las impurezas de la ciencia, pero su corazón permaneció puro. Su instrucción llegó a ser sorprendente, excitada por la pasión de la lectura y servida por una feliz memoria. Así era a los dieciocho años tan sabia como deberían serlo, antes de ponerse a escribir, los jóvenes autores de hoy. Esas prodigiosas lecturas contuvieron sus pasiones mucho mejor que la vida de convento, donde se inflaman las imaginaciones de las jóvenes.

Un cerebro atiborrado de conocimientos no digeridos ni clasificados dominaba su corazón infantil. Tal depravación de la inteligencia, sin menoscabo de la castidad del cuerpo, hubiera asombrado a cualquier filósofo u observador si alguno en Nantes hubiese sospechado el valor de la señorita De las Touches. El resultado fue en sentido opuesto a la causa: Felicidad no sentía ninguna inclinación al mal; lo concebía todo con el pensamiento, pero se abstenía de los hechos. Encantaba al viejo Faucombe y lo ayudaba en sus trabajos; escribió tres obras del buen gentilhomme, que las creyó suyas, ya que su paternidad espiritual fue ciega también. Tan grandes esfuerzos, en desproporción con el desarrollo de la muchacha, tuvieron su efecto: Felicidad cayó enferma, su sangre fermentaba, su pecho parecía amenazado de inflamación. Los médicos le prescribieron ejercicios a caballo y las distracciones del mundo. La señorita De las Touches llegó a ser una hábil amazona y se restableció en menos de un mes.

A los dieciocho años apareció en el mundo, donde causó gran sensación, tanta que

en Nantes nadie la nombraba sin llamarla «la bella señorita De las Touches»; pero las adoraciones que inspiró la dejaron insensible, insensibilidad a que había llegado por uno de esos sentimientos imperecederos en una mujer, por grande que sea su superioridad. Mortificada por su tía y sus primas, que se burlaban de sus trabajos literarios y la zaherían por su alejamiento de las gentes, achacándolo a inhabilidad para agradar, quiso mostrarse coqueta y amena, mujer en una palabra. Felicidad esperaba en el galanteo un cambio cualquiera de ideas, una delectación en armonía con la elevación de su inteligencia, con la extensión de sus conocimientos; pero sólo experimentó disgusto al oír los lugares comunes de la conversación, las memeces de la galantería, y se vio sobre todo defraudada por la aristocracia de los militares, a los que todo cedía entonces. Naturalmente, descuidó las artes de la seducción. Al verse en inferioridad respecto a las muñecas que tocaban el piano y buscaban hacerse agradables cantando romanzas, quiso hacerse virtuosa de la música: volvió a su profundo retiro y se puso a estudiar con tenacidad bajo la dirección del mejor maestro de la ciudad. Era rica, e hizo venir a Steibelt para perfeccionarse, con gran asombro de la ciudad. Todavía se habla en ella de aquel rasgo principesco. La estancia del maestro le costó doce mil francos. Pero logró hacerse una artista consumada. Más tarde, en París, se hizo enseñar armonía y contrapunto y compuso la música de dos óperas que lograron el mayor éxito, sin que el público haya sido puesto nunca en el secreto. Esas óperas pertenecen aparentemente a Conti, uno de los artistas más eminentes de nuestra época; pero esta particularidad, que atañe a la historia de su corazón, se explicará más tarde.

La mediocridad del mundo de provincias la fastidiaba tanto, tenía en su imaginación ideas tan grandiosas, que desertó de los salones, tras una reaparición para eclipsar a todas las mujeres con el brillo de su belleza, gozar de su triunfo sobre los músicos y hacerse adorar por las gentes de ingenio. Pero luego de haber demostrado su poder a sus dos primas y desesperado a dos amantes, volvió a sus libros, a su piano, a las obras de Beethoven y al viejo Faucombe. En 1812, cuando cumplió los veintidós años, el arqueólogo le rindió cuentas de la tutela; así, desde aquella edad, tomó por sí la dirección de su fortuna, compuesta de las quince mil libras de renta que producían las Touches, la hacienda de su padre; de las doce mil libras que daban entonces las tierras de Faucombe, pero cuya renta se aumentaría en un tercio a la renovación de los arriendos, y de un capital de trescientos mil francos ahorrado por el tutor. De la vida provinciana Felicidad no retuvo más que el conocimiento de la riqueza y una inclinación a la prudencia administrativa que seguramente iban a compensar el movimiento ascensional de los capitales hacia París. Sacó sus trescientos mil francos del establecimiento donde el arqueólogo los tenía colocados y los invirtió en Deuda del Estado en el momento del desastre de la retirada de Moscú. Tuvo treinta mil francos más de renta. Cubiertos todos sus gastos, le quedaban al año cincuenta mil francos para diversiones. A los veintiún años, una mujer con tal poder equivale a un hombre de treinta. Su espíritu había adquirido una

enorme extensión y su hábito de crítica le permitía juzgar con acierto los hombres, las artes, las cosas y la política. Desde aquel momento tuvo intención de abandonar Nantes, pero el viejo Faucombe cayó enfermo del mal que se lo llevó. Era ella como la mujer de aquel anciano, lo cuidó durante dieciocho meses con la devoción de un ángel, y le cerró los ojos en los momentos en que Napoleón luchaba con toda Europa sobre el cadáver de Francia. Aplazó su marcha a París para cuando acabara la guerra.

Ferviente realista, corrió a asistir al retorno de los Borbones a París. Fue allí acogida por los Grandlieu, con quienes la ligaban lazos de parentesco; pero sobrevinieron las catástrofes del 20 de marzo y todo quedó en suspenso para ella. Pudo contemplar de cerca aquella última imagen del Imperio, admirar la *Grande Armée* cuando fue al Campo de Marte, como a un circo, a saludar a su César antes de ir a perecer en Waterloo. El alma grande y noble de Felicidad se sintió sobrecogida por aquel mágico espectáculo. Las conmociones políticas, los hechizos de aquella pieza teatral en tres meses que la historia ha denominado los Cien Días, la absorbieron y preservaron de toda pasión, en medio de la conmoción que dispersó la sociedad realista en que acababa de entrar. Los Grandlieu fueron en pos de los Borbones a Gand, dejando su residencia a la señorita De las Touches. Pero Felicidad, que no admitía posiciones subalternas, compró por ciento treinta mil francos, una de las más bellas mansiones de la rue *Du Mont-Blanc*, en donde se instaló cuando los Borbones regresaron en 1815 y que hoy sólo el jardín vale dos millones.

Acostumbrada a conducirse por sí misma, Felicidad se familiarizó pronto con la acción, que parece reservada exclusivamente a los hombres. En 1816 cumplió veinticinco años. Ignoraba el matrimonio, que sólo lo concebía con el pensamiento, juzgándolo por sus causas, en vez de verlo en sus efectos, y no descubriendo en él más que inconvenientes. Su espíritu superior rechazaba la abdicación con que la mujer casada comienza la vida: sentía vivamente el valor de la independencia y no hallaba más que disgusto en los cuidados de la maternidad. Es preciso exponer estos detalles para justificar las anomalías que distinguen a Camilo Maupin. No conoció padre ni madre, fue dueña de sí misma desde su infancia, su tutor era un viejo arqueólogo, la casualidad la arrojó a los dominios de la ciencia y la imaginación, al mundo literario, en lugar de encerrarla en el círculo trazado por la educación fútil dada a las mujeres, las enseñanzas maternas sobre el tocado, la decencia hipócrita y las gracias tiernas del sexo. Así, mucho tiempo antes de que se hiciera célebre, a la primera ojeada se descubría en ella que no había jugado nunca a las muñecas. A fines de 1817, Felicidad des Touches se apercibió de que su belleza, si no precisamente se marchitaba, sí acusaba un principio de decadencia; comprendió que iba a alterarse por efecto de su obstinado celibato y por encima de todo quería permanecer hermosa, ya que entonces estaba muy poseída de su beldad. La ciencia le notificó la sentencia dictada por la naturaleza contra sus criaturas, las cuales desmerecen tanto por el desconocimiento como por el abuso de sus leyes. Se le apareció el rostro macerado de su tía y le hizo estremecer. Puesta entre el matrimonio y la pasión, quiso permanecer

libre; pero ya no fue indiferente a los homenajes que la rodeaban.

En los momentos en que esta historia comienza estaba casi igual que en 1817. Dieciocho años habían resbalado sobre ella respetándola. A los cuarenta podía afirmar que no tenía más que veinticinco. Por lo tanto, pintarla en 1836 es igual que describirla como era en 1817. Las mujeres, que saben qué condiciones de temperamento y belleza debe reunir una mujer para resistir los ultrajes del tiempo, comprenderán cómo y por qué Felicidad des Touches gozaba de tan gran privilegio al contemplar un retrato para el que hay que reservar los tonos más brillantes de la paleta y el más rico marco.

II RETRATO

La Bretaña ofrece un singular problema a resolver con el predominio de las cabelleras oscuras, los ojos pardos y la tez morena en un país próximo a Inglaterra y cuyas condiciones atmosféricas son poco diferentes. ¿Este problema pertenece a la gran cuestión de las razas, a influjos físicos inobservados?... Los sabios tal vez averigüen algún día la causa de esta particularidad, que desaparece en la provincia vecina de Normandía. Hasta entonces limitémonos a comprobar el hecho original que está ante nuestros ojos: las rubias son muy raras entre las bretonas, que tienen casi todas los ojos vivos de las meridionales; pero en lugar de mostrar la talla elevada y las líneas ondulantes de Italia o España, son por lo general pequeñas, regordetas, bien formadas, firmes, dejando las excepciones de la clase elevada, que se cruza en sus alianzas aristocráticas.

La señorita De las Touches, una verdadera bretona de raza, es de talla común; no levanta más de cinco pies, aunque parezca mayor; el error proviene de la complexión de su figura, que la engrandece. Tiene esa tez aceitunada a la luz del día y blanca a la de las lámparas que distingue a las bellas italianas; diríais que es de marfil animado. La claridad resbala sobre aquella piel como sobre un cuerpo pulido, levantando destellos; sólo emociones violentas logran teñir levemente de rojo las mejillas, pero el color desaparece pronto. Esta particularidad presta a su rostro una impasibilidad salvaje.

Ese rostro, más largo que ovalado, semeja al de una hermosa Isis de los bajos relieves de Egipto. La compararíais con la pureza de las cabezas de esfinge, pulidas por el fuego de los desiertos, acariciadas por la llama del sol egipcio. Así el color de la tez está en armonía con la corrección de la cabeza. La cabellera, negra y abundante, desciende en melena a lo largo del cuello como el tocado de las estatuas de Menfis, y continúan admirablemente la severidad general de la forma. La frente es llena, amplia, abombada en las sienes, iluminada por la luz que se detiene en su convexidad, cortada, como la de la Diana cazadora: una frente poderosa, voluntariosa, tranquila.

El arco de las cejas, vigorosamente trazado, se extiende sobre los ojos en los que brilla la luz con destellos como la de una estrella fija. Lo blanco del ojo no es azulado ni sembrado de venillas rojas, ni de un blanco puro; posee la dureza de la córnea, pero tiene un tono cálido. La pupila está bordeada de un cerco anaranjado. Es bronce rodeado de oro, pero oro vivo, bronce animado. Su mirada tiene profundidad. En el fondo de sus pupilas no hay, como en ciertos ojos, esa especie de azogue que refleja la luz y los asemeja a los ojos de los tigres y de los gatos; no tiene su mirada esa inflexibilidad terrible que causa escalofríos a las gentes sensibles; pero aquella profundidad tiene su infinito.

El observador se puede perder en esa alma, que se concentra y se retira con la misma rapidez con que brota en sus ojos aterciopelados. En un momento de pasión, los ojos de Camilo Maupin son sublimes: el oro de su mirada enciende el blanco amarillo y todo arde, pero cuando están serenos son dulces, e incluso la abstracción de las meditaciones les presta la apariencia de la estupidez. Cuando la luz del alma falta en ellos, las líneas del rostro se entristecen igualmente. Las pestañas son cortas, pero tupidas y negras como la cola de armiño. Los párpados son oscuros y cubiertos de fibrillas rojas que les prestan a la tez gracia y fuerza, dos cualidades difíciles de reunir en una mujer. El contorno de los ojos no está ajado ni muestra la menor arruga. También ahí encontraréis el granito de la estatua egipcia ablandado por el tiempo. La prominencia de los pómulos, aunque suave, es más acusado que en las demás mujeres y completa el conjunto de fuerza expresado por todo el semblante.

La nariz, delgada y recta, está abierta por ventanas oblicuas apasionadamente dilatadas para dejar ver el rosa luminoso de su delicada mucosa. Esa nariz se continúa en la frente por una línea deliciosa y es perfectamente blanca desde su nacimiento hasta su punta, la cual está dotada de una especie de movilidad que hace maravillas en los momentos en que Camilo se indigna, se encoleriza, se subleva. En ese lugar, sobre todo, como lo ha hecho notar Taima, se pinta la cólera o la ironía de las grandes almas. La inmovilidad de las ventanas de la nariz acusa una especie de sequedad. Jamás la nariz de un avaro se ha conmovido, sino que permanece impassible como su boca; en su rostro todo está tan cerrado como en él mismo.

La boca, arqueada hacia sus comisuras, es de un rojo vivo: la sangre abunda en ella; provee ese mínimo viviente y pensador que da tantas seducciones a esa boca y puede tranquilizar al amante a quien la gravedad majestuosa del semblante hubiera asustado. El labio superior es delgado y el surco que lo une a la nariz desciende hasta muy abajo como un arco, la que da a su expresión desdeñosa un vigor particular. Camilo no tiene que esforzarse en manifestar su cólera. Aquel bonito labio está bordeado por el gran margen rojo del labio inferior, admirable de bondad, lleno de amor y que Fidias parece haberlo puesto como el borde de una granada abierta, cuyo color posee. El mentón se destaca firmemente; es un poco grueso, pero expresa resolución y remata bien este perfil real, ya que no divino. Es necesario decir que el labio superior está ligeramente cubierto de un vello lleno de gracia. La Naturaleza hubiera incurrido en falta si no hubiese dejado allí esa sombra. La oreja tiene pliegues delicados, signo de muchas delicadezas ocultas.

El busto es amplio. El torso, delgado y suficientemente ornado. Las caderas poco salientes, pero graciosas. Su contorno es magnífico y recuerda más a Baco que a Venus. Se ve allí el toque que separa de su sexo a todas las mujeres célebres, que tienen como una vaga similitud con el hombre; no tienen ni la morbidez ni la exactitud de las mujeres que la naturaleza ha destinado para la maternidad: su marcha no se entrecorta con un dulce movimiento. Esta observación es bilateral, pues tiene su contrapartida en los hombres cuyas caderas son como las de las mujeres y son

astutos, ladinos, falsos y cobardes. El cuello de Camilo, en vez de presentar una oquedad en la nuca, forma un contorno abultado que une los hombros a la cabeza sin sinuosidades, carácter el más evidente de la fuerza. Ese cuello muestra a veces pliegues de una magnificencia atlética. Los hombros, de un soberbio contorno, parecen corresponder a una mujer colosal. Los brazos están vigorosamente modelados, terminados en una muñeca de delicadeza inglesa, en unas manos lindas y llenas de hoyuelos, adornadas con rosadas uñas cortadas en forma de almendra, de un blanco que anuncia que el cuerpo tan redondeado, tan firme, tan bien proporcionado, es de un tono bien distinto al de la cara.

La actitud firme y fría de la cabeza estaba compensada por la movilidad de los labios, su cambio de expresión y el aleteo artístico de la nariz. Mas, a pesar de estas promesas irritantes y muy ocultas a los profanos, la tranquilidad de esta fisonomía tiene algo de provocadora. Este semblante, más melancólico y serio que gracioso, está afectado por la tristeza de una meditación constante. La señorita De las Touches escucha más que habla. Impone con su silencio y con su mirada profunda, de una profundidad fija.

Ninguna persona instruida ha podido verla sin acordarse de Cleopatra, la menuda morena que estuvo a punto de transformar la faz del mundo; mas en Camilo el animal es tan perfecto, está tan bien formado, de una complexión tan felina, que un hombre a poco turco que se sienta lamenta la conjunción de un tan grande ingenio en semejante cuerpo, y la quisiera sólo mujer. Se teme ante ella encontrar las corrupciones más extrañas en un alma diabólica. La frialdad del análisis, lo positivo de la idea, ¿acaso no iluminarán sus pasiones? ¿No juzgará en lugar de sentir? O en un fenómeno aún más terrible, ¿no juzgará y sentirá a la vez? Con su cerebro poderoso, ¿se detendrá allí donde se detienen las demás mujeres? ¿Su fuerza intelectual dejará al corazón que se muestre débil? ¿Posee gracia? ¿Desciende de las cosas vulgares, en las que las mujeres se ocupan e interesan y entretienen al hombre amado? ¿No quebrará un sentimiento si no responde al infinito que ella contempla? ¿Qué es lo que pueden colmar los dos principios de sus ojos? Se siente temor de hallar en ella no sé qué de virgen, de indomado. La mujer fuerte no debe ser más que un símbolo: ella asusta al ver que es una realidad. Camilo Maupin viene a ser, pero en vivo, la Isis de Schiller, oculta en el fondo del templo y a cuyos pies encontraban los sacerdotes, agonizantes a los encarnizados luchadores que le habían consultado. Las aventuras tenidas por ciertas entre la gente, y que Camilo no desmiente, confirman en cierto modo las preguntas que se han sugerido. ¿Pero no será que a ella le complacen esas calumnias? Su belleza particular no ha dejado de ejercer influjo en su fama; se ha valido de ella, lo mismo que de su fortuna y su posición, para mantenerse en el centro de la atención del mundo.

Cuando un escritor quiera hacer una estatua admirable que represente a la Bretaña, podrá copiar a la señorita De Las Touches. Su temperamento sanguíneo, bilioso, es el único que puede resistir a la acción del tiempo. La pulpa continuamente

nutrida de una piel que parece barnizada es la única arma que la naturaleza ha dado a las mujeres para resistir a las arrugas, que además en Camilo hallaban como preventivo la impassibilidad del semblante.

III BIOGRAFÍA DE CAMILO MAUPIN

En 1817 la señorita De las Touches abrió su casa a los artistas, los autores de fama, los sabios y los publicistas, hacia quienes sus inclinaciones la llevaban. Tuvo un salón parecido al del barón Gérard, donde la aristocracia se mezclaba con las personas ilustres, al que acudió la flor de las parisienses. Las relaciones de parentesco que allí tenía y su fortuna, aumentada con la herencia de su tía religiosa, la protegieron en la empresa, tan difícil en París, de crearse un círculo social. Su independencia fue una de las causas de su éxito. Muchas madres ambiciosas concibieron la esperanza de casarla con sus hijos, cuya fortuna estaba en desproporción con la nobleza de sus blasones. Algunos pares de Francia, al olor de las ochenta mil libras de renta, seducidos por aquella casa magníficamente montada, llevaban allí a sus padres, por ariscos y difíciles que fueran. El mundo diplomático, que busca los goces del ingenio, allá fue también y se encontró muy complacido. La señorita De las Touches, rodeada de tantos intereses, pudo estudiar bien las diferentes farsas que la pasión, la avaricia y la ambición hacen representar a todos los nombres, aun a los más elevados. Vio desde el primer momento el mundo tal como es, y fue bien afortunada al no experimentar de improviso ese amor completo que absorbe el espíritu y las facultades todas de la mujer, impidiéndole el juzgar cuerdamente. De ordinario, la mujer siente, goza y juzga en tiempos sucesivos: son tres edades distintas, la última de las cuales coincide con la triste época de la vejez. Para la señorita De las Touches el orden fue alterado. Su juventud estuvo envuelta en las nieves de la ciencia y los fríos de la reflexión. Esta transposición explica la originalidad de su existencia y la índole de su talento. Observaba a los hombres a la edad en que las mujeres están absortas en uno sólo, despreciaba lo que ellas admiran, descubría mentiras en las lisonjas que las demás aceptan por verdaderas, se reía de lo que los hace graves. Este contrasentido duró mucho tiempo, pero tuvo un fin terrible: hubo de descubrir en ella, joven y fresco, el primer amor en el momento en que las mujeres se ven sometidas por la naturaleza a renunciar al amor.

Su primer enredo amoroso fue tan secreto que nadie lo conoció. Felicidad, como todas las mujeres entregadas a los dictados del corazón, juzgó la belleza de un alma por los atractivos del cuerpo, se vio cautivada por una figura y conoció toda la estupidez de un hombre afortunado en estas lides y que no vio en ella más que una mujer. Tardó bastante tiempo en reponerse de su repugnancia por aquella relación insensata. Otro hombre adivinó su dolor y la consoló sin pensar en más, o a lo menos supo calcular sus miras. Felicidad creyó hallar la nobleza de corazón y el talento que faltaban en el «dandy».

Este hombre poseía uno de los ingenios más originales de nuestro tiempo. También escribía bajo seudónimo, y los primeros escritos anunciaron un adorador de

Italia. Felicidad debía viajar si no quería perpetuar la única faceta de ignorancia que le quedaba. Aquel hombre escéptico e irónico se llevó a Felicidad para conocer la patria de las artes. El célebre desconocido puede pasar por ser el maestro y el creador de Camilo Maupin. Puso en orden los inmensos conocimientos de Felicidad, los aumentó con el estudio de las obras maestras que llena Italia, la prestó ese tono ingenioso y fino, epigramático y profundo que caracteriza su talento, siempre un poco extraño en la forma, pero que Camilo Maupin modificó por la delicadeza de sentimiento y el giro espontáneo propios de las mujeres; él le inculcó el gusto por las obras de la literatura inglesa y alemana, y le hizo aprender estas dos lenguas durante el viaje. En Roma, en 1820, la señorita De las Touches fue desbancada por una italiana. Tal vez sin esta desgracia no hubiera llegado jamás a ser célebre. Napoleón llamó al infortunio padre del genio. Aquel suceso inspiró para siempre a la señorita De las Touches ese desprecio hacia la humanidad que la hace tan fuerte. Felicidad murió y Camilo nació.

Regresó a París con Conti, el gran músico, para quien escribió dos libretos de ópera; pero carecía ya de ilusiones y se convirtió, a espaldas del mundo, en una especie de don Juan femenino sin deudas ni conquistas. Animada por el éxito, publicó sus dos volúmenes de piezas de teatro, que, de golpe, pusieron el nombre de Camilo Maupin entre los ilustres anónimos. Relató su pasión frustrada en una pequeña novela admirable, una de las obras maestras de la época. La delicadeza de su metamorfosis literaria permanece todavía incomprendida. Algunos espíritus finos ven allí sólo una maestra de generosidad, que entrega a un hombre a la crítica y salva a la mujer de la gloria, permitiéndole permanecer en la oscuridad. Pese a su deseo, su celebridad aumentó de día en día tanto por el influjo de mi salón como por sus ocurrencias, la exactitud de sus juicios y la solidez de sus conocimientos. Adquirió autoridad, sus dichos eran repetidos y no pudo renunciar a las funciones de que se vio investida por la sociedad parisiense. Se transformó en una excepción admitida. El mundo se inclinó ante el talento y la fortuna de aquella mujer original; reconoció, sancionándola, su independencia: las mujeres admiraron su ingenio y los hombres su belleza. Su conducta se sometió entonces a todas las conveniencias sociales. Sus amistades aparentaron ser puramente platónicas. No tenía nada de la mujer-auto. La señorita De las Touches se mostraba encantadora como una mujer del gran mundo, intencionadamente débil, ociosa, coqueta, ocupada en cosas de tocado y en las naderías que seducen a las mujeres y los poetas. Se percató muy bien de que al lado de la señora Staël no había lugar en este siglo para una Safo, y que Ninon no podría subsistir en París sin grandes señores y una corte voluptuosa. Ella es la Ninon de la inteligencia; adora el arte y los artistas, va del poeta al músico, del escultor al prosista. Es de una nobleza y generosidad que llega al exceso, tan llena está de piedad por el desgraciado y de desdén por las gentes afortunadas. Vive, desde 1830, en un círculo escogido, con amigos probados que se aman tiernamente y se aprecian. Tan alejada del ruido que rodea a la señora Staël como de las contiendas políticas, se

burla con donaire de Camilo Maupin, ese hermano menor de Jorge Sand a quien llama su hermano Caín por esa gloria reciente que ha hecho olvidar la suya. La señorita De las Touches admira a su afortunada rival con un angélico dejar ir las cosas, sin sentir envidia ni reservas mentales.

Hasta el momento en que comienza esta historia tuvo la existencia más dichosa que puede imaginar una mujer lo suficientemente fuerte para protegerse a sí misma. Entre 1817 y 1834 había venido cinco o seis veces a Las Touches. El primer viaje tuvo lugar, tras la primera decepción, en 1818. Su casa de Las Touches era inhabitable; envió a su administrador a Guérande y se aposentó en Las Touches. No tenía entonces la menor sospecha de su gloria venidera, se hallaba triste, no vio a nadie: deseaba algo así como contemplarse a sí misma tras aquel gran desastre. Escribió sus propósitos a una de sus amigas de París respecto al mobiliario necesario para habilitar Las Touches. El mobiliario descendió en un barco hasta Nantes, un barquichuelo lo trajo a Croisic y desde allí, con grandes dificultades, fue transportado a través de los arenales hasta Las Touches. Hizo venir a obreros de París y arregló Las Touches, cuyo conjunto le agradó de modo extraordinario. Quería meditar allí sobre los sucesos de la vida como en una cartuja particular.

A comienzo del invierno partió para París. La pequeña ciudad de Guérande se sintió entonces conmovida por una curiosidad diabólica: no se hablaba más que del lujo asiático de la señorita De las Touches. El notario, que era quien se cuidaba de sus asuntos, empezó a conceder permisos para ir a ver Las Touches. Venían curiosos de las aldeas de Batz, Croisic y Savenay. Aquella curiosidad proporcionó en dos años una cantidad enorme a la familia del portero y del jardinero, diecisiete francos. La señorita no volvió a Las Touches hasta dos años después, a su regreso de Italia, y llegó por Croisic. Durante algún tiempo apenas se supo de su presencia en Guérande, donde estaba con Conti el compositor. Las sucesivas apariciones que fue haciendo excitaban poco la curiosidad de la pequeña ciudad. Sólo su administrador o cuanto más el notario estaban en el secreto de la gloria de Camilo Maupin.

En los momentos en que estamos, sin embargo, el contagio de las nuevas ideas había hecho algunos progresos en Guérande: ya eran varias personas las que conocían la doble personalidad de la señorita De las Touches. El jefe de correos recibía cartas dirigidas a Camilo Maupin en Las Touches. Al fin el velo se descorrió. En un país esencialmente católico; atrasado, lleno de prejuicios, la extraña vida de aquella mujer ilustre forzosamente había de causar las murmuraciones que espantaron al padre Grimont, y nunca podía ser comprendida: apareció monstruosa ante todos los espíritus. Felicidad no estaba sola en Las Touches; tenía un huésped: era Claudio Vignon, el escritor desdeñoso y soberbio que, no ejercitándose más que en la crítica, halló el medio de dar al público y a los literatos la idea de una cierta superioridad.

Felicidad, que desde siete años atrás venía recibiendo a este escritor como a centenares de otros autores, periodistas, artistas y gentes del gran mundo, que conocía su carácter sin vigor interno, su pereza, su profunda miseria y su asco hacia todo, no

parecía sino que quería hacerlo su marido por la manera con que lo trataba. Su proceder, incomprensible para sus amigos, lo explicaba ella como ambición, por el espanto que le provocaba la vejez; quería contar el resto de su vida a un hombre superior para quien su fortuna sería un estribo y que perpetuaría su importancia en el mundo poético. Por lo tanto, se había llevado a Claudio Vignon de París a Las Touches como un águila lleva en sus garras un cabrito, para estudiarlo y adoptar alguna decisión tajante; pero a un mismo tiempo se burlaba de Calixto y de Claudio: no pensaba en absoluto en el casamiento; estaba sumida en las más violentas convulsiones que pueden agitar un alma tan fuerte como la suya al verse como la víctima de su propio talento, al descubrir demasiado tarde la vida iluminada por el sol del amor, brillante como brilla a los veinte años. Veamos ahora cómo era la cartuja de Camilo.

IV LAS TOUCHES

A unos cientos de pasos de Guérande acaba el suelo de Bretaña y empiezan las marismas salinas, las dimas. Se penetra en el desierto de arena que el mar ha dejado como un margen entre él y la tierra por un camino movedizo que jamás ha visto pasar un coche. Ese desierto contiene arenales estériles, las lagunas de forma irregular bordeadas de crestas enfangadas donde se deseca la sal, y el pequeño brazo de mar que separa del continente la isla de Croisic. Aunque geográficamente Croisic sea una península, como su unión a Bretaña es sólo a través de los arenales que la ligan a la aldea de Batz, arenas áridas y móviles difíciles de franquear, puede pasar por una isla.

En el punto en que el camino de Croisic a Guérande desemboca en la carretera de tierra firme se halla una casa de campo rodeada de un gran huerto, notable por unos pinos torcidos y atormentados, unos abiertos como una sombrilla, otros escasos de ramaje, pero todos mostrando sus troncos rojizos por los muchos sitios en que su corteza ha sido arrancada. Esos árboles, víctimas de los huracanes, que crecieron allí contra viento y marea, locución para ellos bien exacta, preparan el ánimo para el espectáculo triste y singular de las marismas salinas y dunas, que semejan un mar cuajado.

La casa, muy bien construida con piedra pizarrosa y mortero, sobre sillares de granito, aunque sin ninguna traza arquitectónica, muestra a la vista irnos muros secos, regularmente abiertos por los huecos de las ventanas. Éstas son de grandes cristaleras en el primer piso y de vidrios pequeños en la planta baja. Sobre el piso alto se extienden los graneros bajo un enorme techo, elevado, puntiagudo, a dos vertientes, con dos grandes lucernas a cada fachada. Bajo el ángulo del tejado, a cada lado, una ventana abre su ojo de cíclope, al oeste sobre el mar, al este sobre Guérande. Una fachada de la casa está orientada al camino de Guérande y la otra al desierto a cuyo extremo se eleva Croisic. Más allá de este pequeño pueblo se extiende el mar abierto. Un arroyo escapa por una abertura del muro del parque, que sigue a lo largo del camino de Croisic, lo atraviesa y va a perderse en los arenales o en el pequeño lago de agua salada cercado de dunas, por las marismas, y creado por la irrupción del brazo de mar. Un camino de varias toesas, practicado en esta brecha del terreno, conduce al sendero de la casa. En ella se entra por una gran puerta. El patio está rodeado de construcciones rurales muy modestas, que son una cuadra, un cobertizo y una casita de jardinero, inmediata a la cual hay un corral con sus dependencias.

Los tonos grisáceos de esta casa armonizan admirablemente con el paisaje que domina. Su parque es el oasis de aquel desierto, a cuya entrada el viajero se encuentra con una garita en medio del descampado, donde vigilan los aduaneros. Esta casa sin tierras, o cuyas tierras se encuentran en el término de Guérande, obtiene de las salinas un beneficio de diez mil libras de renta y el resto en granjas explotadas en aparcería y

diseminadas por tierra firme. Tal es el señorío de Las Touches, al que la Revolución quitó sus beneficios feudales. Hoy día Las Touches son una simple heredad; pero los salineros siguen llamándola *el castillo*.

Cuando Felicidad decidió restaurar Las Touches se guardó bien, como gran artista, de variar nada en el exterior desolado que daba cierto aire de prisión a aquella edificación solitaria. Tan sólo la puerta de entrada se vio adornada con dos columnas de ladrillos que sostienen una galería por debajo de la cual podría pasar un coche. El jardín fue replantado.

La distribución de la planta baja es la misma de las casas de campo construidas hace cien años. Evidentemente la casa fue edificada sobre las ruinas de algún pequeño castillo puesto allí como un eslabón que unía Croisic y Batz a Guérande y que enseñoreaba las marismas. Un peristilo se levanta en el arranque de la escalera. A la entrada se ve primeramente una gran antecámara con suelo entarimado, en la que Felicidad ha instalado un billar; luego, un inmenso salón con seis ventanales, de los que dos, transformados en puertas, permiten descender al jardín por una decena de escalones y corresponden, en la distribución del salón, a las puertas que conducen al billar de un lado y al comedor de otro; la cocina, situada al otro extremo, comunica con el comedor por un peristilo que la señorita hizo inmediatamente desaparecer, abriendo otra al patio. La altura de los techos y la amplitud de las piezas permitieron a Camilo desplegar una noble simplicidad en la planta baja. Se ha guardado muy bien de instalar allí muebles preciosos. El salón, pintado enteramente en color gris, está amueblado con un antiguo mueble de caoba y seda verde, cortinas de *calicó* blanco con festón verde en las ventanas, dos consolas y una mesa redonda; en el centro, una alfombra a grandes cuadros; sobre la vasta chimenea con cristal enorme, un reloj que representa el carro del sol, entre dos candelabros de estilo Imperio. El billar tiene cortinas de *calicó* gris con festones verdes y dos divanes. El mobiliario del comedor se compone de cuatro aparadores de caoba, una mesa, doce sillas de caoba tapizadas con tejido de crin y magníficos grabados de Audran encuadrados en marcos de caoba. Del centro del techo cuelga una elegante lámpara, digna de la escalera de una gran mansión. Todos los techos, de vigas salientes, están pintados de color madera. La vieja escalera, de madera con grandes balaustradas, está cubierta de arriba abajo con una alfombra verde.

El primer piso tiene dos departamentos separados por la escalera. Camilo ha reservado para ella el que da vista a las marismas, el mar y las dimas, y lo ha distribuido en un pequeño salón, un gran dormitorio y dos gabinetes, uno para tocador y otro para trabajo. En la otra parte de la casa halló modo de hacer dos alojamientos para huéspedes, formado cada uno de una antecámara y un gabinete. Los cuartos de los criados estaban en los sotabancos. Los dos departamentos para huéspedes no tenían más que lo estrictamente necesario. El lujo artístico que se trajo de París lo reservó para sus propias dependencias. Quiso poseer en aquella sombría y melancólica mansión, ante aquel sombrío y melancólico paisaje, las creaciones más

fantásticas del arte. En su pequeño salón cuelgan tapices de Gobelinos, encuadrados por los más maravillosos marcos tallados. Las ventanas las guarnecen los más gruesos cortinajes de los tiempos viejos, de un magnífico brocado de dobles reflejos, oro y rojo, amarillo y verde, que caen en pliegues vigorosos, ornadas de cordones reales rematados con bellotas dignas de los más espléndidos palios de la Iglesia. Hay en dicho salón un viejo arcón que le encontró su administrador y que hoy valdrá siete u ocho mil francos, una mesa de ébano tallado, un *secretair* incrustado con arabescos de marfil, traído de Venecia, y los más bellos muebles góticos. Se ven allí cuadros, estatuas, lo mejor que un pintor pudo elegir para sus amigos en las casas de los marchantes de curiosidades, los cuales, en 1818 no sospechaban el precio que más tarde adquirirían tales tesoros. Sobre las mesas ha colocado hermosos vasos del Japón de las formas más fantásticas. La alfombra es de Persia, metida de contrabando por las dunas.

Su dormitorio es del estilo Luis XV más puro: la cama de madera tallada, barnizada de blanco, con la cabecera curvada, remontada por amercillos que echan flores, acolchada, tapizada de seda blanca, y el cielo ornado de cuatro penachos de plumas; las colgaduras auténticamente persas, aderezadas con cordones de seda; la guarnición de la chimenea en estilo «rocaille»; el reloj de oro, entre dos grandes vasos del primer azul de Sévres, montados en cobre dorado; el espejo enmarcado con el mismo gusto; el tocador Pompadour con sus bordados y su espejo; y luego, otros muebles torneados, la «chaise longue», el pequeño canapé, la butaquita de respaldo acolchado, el biombo de laca, las cortinas de seda formando juego con las del mueble, forradas de satín rosa; la alfombra de la Savonnerie, en fin, todos los detalles elegantes, ricos, suntuosos, delicados, en medio de los cuales las lindas mujeres del siglo XVIII hacían el amor.

El gabinete, enteramente moderno, opone a las galanterías del siglo de Luis XV un encantador mobiliario en caoba: la biblioteca está llena; parece esta pieza un *boudoir*; en ella se ve un diván. Las deliciosas futilidades de la mujer la colman y la mirada va recorriendo caprichos modernos: libros «con secreto», cajas para pañuelos y guantes, pantallas ilustradas, estatuillas, ídolos chinos, escribanía, uno o dos álbumes, prensapapeles, en fin, las innumerables invenciones de la moda. Los curiosos descubrían allí con intranquila sorpresa algunas pistolas, un narguile, una fusta, una hamaca, una escopeta de caza, tabaco, una mochila de soldado, bizarra mezcla que pinta a Felicidad.

Toda alma sensible que allí llegue se sentirá cautivada por las bellezas originales del paisaje, que despliega sus sábanas detrás del parque, última vegetación del continente; los tristes bancales de agua salitrosa, divididos por pequeños senderos blancos, por los que se pasean los salineros, vestidos todos de blanco, para rastrillar y recoger la sal y meterla en capazos; ese espacio, que las emanaciones salinas vedan a los pájaros atravesarlo, asfixian también todos los esfuerzos de la botánica; esos arenales, en los que la vista, sólo se siente consolada por una pequeña manta de

hierba dura, persistente, de pequeñas flores rosadas; ese lago de agua marina, la arena de las dimas y la vista de Croisic, miniatura de ciudad parada como Venecia en medio del mar; y al fondo, el inmenso océano bordeado por arrecifes de granito y peñas que emergían en formas fantásticas, espectáculo que eleva el pensamiento y lo entristece, y algo conduce a la sensación de lo sublime, que despierta sentimiento de pena por cosas desconocidas, entrevistas por el alma a alturas desesperantes. Por eso, esas salvajes armonías sólo convienen a los grandes espíritus y a los grandes dolores. Ese desierto lleno de accidentes, en el que a veces los rayos del sol reflejados por las aguas o por la arena blanqueaban la aldea de Batz o reverberaban sobre los tejados de Croisic, despidiendo destellos cegadores, ensimismaban entonces a Camilo durante días enteros. Rara vez se volvía hacia las deliciosas y frescas vistas, hacia los bosquecillos y praderas floridas que envolvían a Guérande, como a una desposada, de flores, de encajes, de cintas y de festones. Ella sufría por entonces horribles dolores ignorados.

En cuanto Calixto divisó por encima de los setos que bordeaban el camino y de las copas torcidas de los pinos las veletas que coronaban el tejado de Las Touches, sintió aligerarse su paso. Guérande le parecía una prisión; su verdadera vida estaba en Las Touches. ¿Quién no se hará cargo de los atractivos que allí encontraba un joven cándido? El amor, semejante al de Querubín, que le había hecho caer a los pies de una persona en quien vio algo grandioso antes de descubrir una mujer, pervivía en el fondo, pese a las incomprensibles repulsas de Felicidad. Ese sentimiento, que es antes necesidad de amar que amor, sin duda no había escapado al terrible análisis de Camilo Maupin, y de ahí tal vez provenían sus repulsas, nobleza incomprensida por Calixto. Además, brillaban allí las maravillas de la civilización moderna con el mayor esplendor que le daban el contraste con todo lo de Guérande, en donde la pobreza de los Du Guénic era magnificencia. Se desplegaban en aquella casa, ante los ojos deslumbrados de un joven ignorante, que no conocía más que las retamas de Bretaña y las zarzas de la Vendée, las riquezas parisienses de un mundo nuevo; lo mismo que si se le revelase un lenguaje desconocido, sonoro, Calixto oyó los acentos poéticos de la más bella música, la sorprendente música del siglo XIX, en la que la armonía lucha de poder a poder, en la que el canto y la instrumentación han llegado a perfecciones inauditas. Vio allí las obras de la más pródiga pintura, la de la escuela francesa, heredera hoy de las de Italia, España y Flandes, en la que el talento ha llegado a ser tan común, que todos los ojos, todos los corazones fatigados ya de talentos llaman a grandes gritos al genio. Leyó allí esas obras de imaginación, esas asombrosas creaciones de la literatura moderna que causaron todo su efecto sobre un corazón nuevo. En fin, nuestro gran siglo XIX se le apareció con todas sus magnificencias colectivas, su crítica, sus esfuerzos de renovación de todo género, sus tentativas inmensas, casi todas de la talla del gigante que acuna en sus banderas la infancia de este siglo y le canta himnos acompañados con el terrible contrapunto del cañón. Iniciado por Felicidad en tales grandezas, que posiblemente escapen a la mirada de quienes las ponen en escena y son sus obreros, Calixto daba satisfacción en Las Touches al gusto por lo maravilloso, tan poderoso a su edad, a esa ingenua admiración, el primer amor de la adolescencia, que se irrita tanto con la crítica. ¡Es tan natural que la llama suba! Al oír cualquier donaire parisiense, alguna elegante sátira que le revelaba el ingenio francés, se despertaban en él mil ideas adormecidas por el dulce torpor de su vida de familia.

Para él, la señorita De las Touches era la madre de su inteligencia, una madre a la que podía amar sin malicia. ¡Era tan buena como él! Una mujer es siempre adorable para el hombre a quien inspira amor, aunque ella no parezca corresponderlo. Por entonces Felicidad le daba lecciones de música. Aquellas piezas de la planta baja,

aumentadas en su extensión por la hábil disposición del césped y los macizos del parque; aquella caja de la escalera, decorada con las obras maestras de la paciencia italiana, maderas talladas, mosaicos venecianos o florentinos, bajorrelieves en marfil y mármol, curiosidades encargadas a las hadas de la edad media; aquel departamento íntimo, tan coquetón, tan voluptuosamente artístico, estaban para él animados, vivificados por una luz, un espíritu y un aire sobrenaturales, extraños, indefinibles. El mundo moderno, con sus poesías, se oponía vivamente al mundo triste y patriarcal de Guérande, colocando dos sistemas en oposición. De un lado, los mil efectos del arte; de otro, la austeridad de la salvaje Bretaña.

Nadie se preguntaba ya, pues, por qué el pobre chico, fastidiado como su madre con los lances de la mosca, temblaba siempre al entrar en aquella casa, al llamar a su puerta, al atravesar el patio. Es de notar que estas conmociones no turban a los hombres hechos, quebrados por los obstáculos de la vida, a quien nada sorprende y que lo espera todo. Al abrir la puerta Calixto oyó los sonos del piano y creyó que Camilo Maupin estaba en el salón; pero, al entrar en el billar, la música no llegó a sus oídos. Camilo tocaba sin duda en el pequeño piano vertical que le había llegado de Inglaterra, traído por Conti y colocado en su salón del piso alto. Al subir la escalera, cuya espesa alfombra ahogaba el ruido de los pasos, Calixto fue retardando los pasos. Advirtió algo extraordinario en aquella música. Felicidad tocaba para ella sola, se entretenía consigo misma. En vez de entrar, el joven se sentó sobre un banco gótico cubierto de terciopelo verde que se hallaba en el descansillo bajo una ventana artísticamente enmarcada con madera tallada. Nada más misterioso y melancólico que la improvisación de Camilo: habríase dicho que era un alma implorando un *De profundis* a Dios desde el fondo de la tumba. El joven amante reconoció en aquellas notas la plegaria del amor llevado a la desesperación, la ternura de la queja sumisa, los gemidos de una aflicción reprimida. Camilo variaba, dándole diversidad y extensión, la introducción de la cavatina de *Grâce pour toi, grâce pour moi*, que es casi todo el cuarto acto de *Roberto el Diablo*. De repente rompió a cantar ese trozo de un modo desgarrador y se interrumpió. Calixto entró y vio el motivo de aquella interrupción. La pobre Camilo Maupin, la bella Felicidad, le mostró sin ninguna coquetería un rostro bañado en lágrimas, tomó su pañuelo, se las enjugó y le dijo simplemente:

—Buenos días.

Estaba seductora con su *toilette* de mañana. Llevaba en la cabeza una redecilla de terciopelo rojo entonces de moda, que dejaba escapar los sedosos mechones de cabellos negros. Un redingote muy corto, especie de túnica griega moderna, dejaba ver un pantalón de batista con vueltas doradas y las más lindas pantuflas turcas, rojo y oro.

—¿Qué tiene usted? —le dijo Calixto.

—Él no ha vuelto —contestó ella, en pie ante la ventana y mirando los arenales, el brazo de mar y las marismas.

Tal respuesta explicaba su *toilette*. Camilo, al parecer, esperaba a Claudio Vignon, estaba inquieta como una mujer que ha hecho inútiles dispendios sentimentales. Un hombre de treinta años lo hubiera visto en seguida. Calixto sólo vio el dolor de Camilo.

—¿Está usted inquieta? —le preguntó.

—Sí —contestó ella con una melancolía que el pobre chico no podía comprender. Calixto salió con presteza.

—Pero... ¿adónde va usted?

—A buscarlo —contestó él.

—¡Pobrecito!... —dijo ella cogiéndole una mano para retenerle y echándole una de esas húmedas miradas que constituyen para las almas jóvenes la más dulce de las recompensas—. ¿Está loco?... ¿Dónde lo iba a encontrar por esos acantilados?

—Lo encontraré.

—Su madre padecería angustias mortales. Además, quédese. Vamos, se lo mando —dijo ella, obligándole a sentarse en el diván—. No se enterezca por mí. Las lágrimas que ha visto son de esas que casi nos complacen. Tenemos nosotras una facultad de la que carecen los hombres, la de abandonamos a nuestra naturaleza nerviosa y dejar ir los sentimientos hasta el extremo. Figurándonos ciertas situaciones y dejádonos llevar de la imaginación, llegamos fácilmente al llanto y a veces a estados graves, a verdaderos desórdenes. Para nosotras, las fantasías no son juegos del entendimiento, sino del corazón. Ha llegado usted muy oportunamente, porque la soledad no me conviene. No voy a ser la víctima del capricho suyo de ir a ver sin mí Croisic y sus rocas, Batz y sus arenales, y las marismas saladas. Ya sabía yo que emplearía en ello más de un día. Él mismo ha querido dejarnos solos: es celoso o, mejor dicho, juega a serlo. Usted es joven y guapo.

—¿Será necesario que no vuelva más?... ¡No me lo diga! —exclamó Calixto, sin poder contener una lágrima que rodó por su mejilla y que emocionó vivamente a Felicidad.

—¡Es usted un ángel! —contestó.

Y en seguida se puso a cantar alegremente el *Restate qui*, de Matilde, en *Guillermo Tell*, para quitar toda gravedad a aquella magnífica respuesta de la princesa a su vasallo.

—Ha pretendido con esto —prosiguió— aparentarme más amor del que verdaderamente siente por mí. Sabe perfectamente lo bien que le quiero —siguió, mirando atentamente a Calixto—, pero tal vez se sienta humillado al hallarse inferior a mí en esto. Puede ser también que haya caído en sospechas sobre usted y quiera sorprendemos. Pero, aunque no fuera culpable más que de haber ido a gozar los placeres de ese selvático paseo sin mí, de no haberme asociado a sus correrías, a las sensaciones que le inspirarán los espectáculos que contemple, y de haberme proporcionado estas inquietudes, ¿no es ya bastante? No me siento amada por ese gran cerebro más de lo que lo fui por el músico, el «dandy» y el militar. Steme tiene

razón: los hombres significan algo, y el mío representa la más cruel burla. Moriré sin haber hallado en un hombre el amor que llevo en el corazón, la poesía que encierro en el alma.

Quedó con los brazos caídos, la cabeza apoyada en un cojín, la mirada perdida en sus reflexiones, fija en un rosetón de la alfombra. Los sufrimientos de los espíritus superiores tienen algo de grandioso e impotente, revelan inmensas extensiones de alma por donde el pensamiento del espectador se pierde. Esas almas comparten los privilegios de la realeza, cuyas afecciones se extienden a un pueblo y hieren entonces a todo el mundo.

—¿Por qué usted me ha...? —dijo Calixto, sin poder terminar la frase. La bella mano de Camilo Maupin se posó ardiente sobre la suya y con una presión elocuente lo interrumpió.

—La naturaleza cambió para mí sus leyes al concederme todavía cinco o seis años de juventud. Rechacé a usted por egoísmo. Más pronto o más tarde, la edad nos hubiera separado. Tengo trece años más que él, y esto ya es también demasiado.

—¡Usted aún será hermosa a los sesenta años! —exclamó heroicamente Calixto.

—¡Dios le oiga! —contestó ella sonriendo—. Por lo demás, mi querido amigo, quiero amarle. Pese a su insensibilidad, su falta de imaginación, su pereza y la envidia que le devora, creo que posee alguna grandeza bajo tales andrajos; espero galvanizar su corazón, salvarlo de sí mismo, ganármelo... ¡Ya ve! Yo tengo el entendimiento clarividente y el corazón ciego.

Se sintió espantada de la claridad que arroja Da sobre sí misma. Sufría y analizaba su sufrimiento, como Cuvier y Dupuytren explicaban a sus amigos la marcha fatal de su enfermedad y el progreso que en ellos hacía la muerte. Camilo Maupin conocía tan bien su pasión como aquellos dos sabios conocían su anatomía.

—Vine aquí para juzgarle bien; él ya se cansa. Le falta París, le dije; siente nostalgia de la crítica, no tiene aquí a ningún autor que desplumar, ni sistema que horadar, ni pobre poeta a quien desesperar, ni osa entregarse aquí a ningún exceso, en medio del cual pudiera descargar el fardo de sus pensamientos. ¡Ya ve! Mi amor no es, tal vez, lo bastante verdadero como para hacerle perder la cabeza... ¡Yo no le enloquezco, vaya!... Póngase esta tarde usted a beber con él, anímele... Yo me fingiré indispuesta y me quedaré en mi cuarto; sabré así que no me equivoco.

Calixto se puso encarnado como una cereza, rojo de la frente a la barbilla, y sus orejas despedían fuego.

—¡Dios mío!... —exclamó ella—. ¡Qué depravaciones digo sin reparar en su inocencia de muchacha! Perdóneme, Calixto. Cuando ame, ya sabrá que se es capaz de prender fuego al Sena para dar gusto el *objeto amado*, como dicen las echadoras de cartas.

Calló irnos momentos.

—Hay caracteres soberbios y consecuentes que al llegar a cierta edad proclaman: «¡Si volviese a empezar la vida, haría lo mismo que hice!» Yo, que no me creo débil,

digo en cambio: «Sería una mujer como una madre, Calixto». Poseer un Calixto... ¡qué fortuna! Aunque hubiese tomado por marido al más tonto de los hombres, habría sido mujer humilde y sumisa. Sin embargo, no he cometido faltas para con la sociedad: sólo he obrado mal conmigo misma. ¡Ya ve, querido! La mujer no puede ir a solas en la sociedad más que en lo que se llama estado primitivo. Los afectos que no están en armonía con las leyes sociales o naturales, los afectos, en fin, que no nos vienen impuestos, nos huyen. ¿Qué me importan a mí los hijos de mis primas Faucombe, que ya ni siquiera son Faucombe, que hace más de veinte años que no veo y que, además, se han casado con gente de dinero? Usted es un hijo que no me ha causado las pesadumbres de la maternidad: yo le dejaría mi fortuna y usted por mí sería dichoso, al menos en ese aspecto, tesoro querido de belleza, de gracia, que nada debe alterar ni marchitar.

Tras estas palabras, dichas en un tono de voz profundo, cerró sus bellos párpados para que nada se pudiese leer en sus ojos.

—Usted no ha querido nada de mí —dijo Calixto—. Yo entregaría su fortuna a sus herederos.

—¡Chiquillo!... —dijo Camilo con el mismo tono de voz profundo, dejando correr las lágrimas por las mejillas—. ¿Nada me salvará, entonces, de mí misma?

—Usted tiene algo que decirme y una carta que... —dijo el generoso muchacho para alejar aquella pena. Pero no acabó la frase, pues ella le atajó la palabra.

—Usted tiene razón: ante todo hay que cumplir lo prometido. Ayer era demasiado tarde, pero creo que hoy tendremos tiempo de sobra —dijo, con tono entre festivo y amargo—. Para saldar mi promesa voy a ponerme de manera que pueda contemplar el camino que va al acantilado.

Calixto le colocó en aquella dirección un gran sillón gótico y abrió las vidrieras de la ventana. Camilo, que tenía muy arraigados los gustos orientales, fue a buscar un magnífico narguile persa que le había regalado un embajador: cargó de pachulí su chimenea, limpió el *bocchettino*, perfumó el cañón de pluma que le adaptaba y que no usaba más que una vez, prendió fuego a las hojas amarillas, colocó el recipiente de largo cuello esmaltado en azul y oro de aquel bello instrumento de placer a algunos pasos de distancia, y llamó para pedir té.

—¿Quiere usted cigarrillos?... ¡Ah! Siempre olvido que usted no fuma. ¡Es tan rara una pureza como la suya!... Diría que para acariciar el vello satinado de sus mejillas sería necesaria la mano de una Eva acabada de salir de las de Dios...

Calixto enrojeció y fue a sentarse en un taburete; no advirtió la profunda emoción que coloreó el rostro de Camilo.

VI LA MARQUESA BEATRIZ

—La persona de quien ayer recibí esa carta, y que tal vez mañana esté aquí, es la marquesa de Rochefide —dijo Felicidad—. Luego de haber casado a su hija mayor con un gran señor portugués establecido para siempre en Francia, el viejo Rochefide, cuya estirpe no es tan antigua como la de usted, quiso emparentar a su hijo con la alta nobleza para lograr así que adquiriera la alcurnia que él no pudo obtener por sí mismo. La condesa de Montcornet le indicó en el departamento del Orne una señorita, Beatriz Maximiliana Rosa de Casteran, hija menor del marqués de Casteran, que quería casar a sus dos hijas sin dote para reservar toda su fortuna a su hijo, el conde de Casteran. Los Casteran proceden, a lo que parece, de la costilla de Adán. Beatriz, nacida y educada en el castillo de Casteran, tenía entonces —el matrimonio se celebró en 1828— unos veinte años. Se distinguía por eso que los provincianos llamáis originalidad y que no es otra cosa que superioridad en las ideas, exaltación, sentimiento de la belleza, una cierta inclinación y entendimiento del arte. Crea a una pobre mujer que se ha dejado ir por esas pendientes: no hay nada más peligroso para una mujer. Siguiéndolas, se llega adonde usted me está viendo y adonde ha llegado la marquesa..., a verdaderos abismos. Los hombres son los únicos en poseer el bastón con que se puede uno sostener bordeando esos precipicios, una fuerza que nos falta y que hace de nosotras monstruos cuando la alcanzamos. Su vieja abuela, la usufructuaria de Casteran, la vio con satisfacción casarse con un hombre al que ella era superior en nobleza e ideas. Los Rochefide hicieron muy bien las cosas y Beatriz no tuvo para con ellos más que motivos de alabanza; e igualmente los Rochefide debieron quedar muy contentos de los Casteran, que, emparentados con los Vemueil, D'Esgrignon y Troisville, obtuvieron para su yerno el título de par en aquella última gran hornada de pares hecha por Carlos X, anulada luego por la Revolución de julio. Rochefide es muy tonto; no obstante, ha comenzado por tener un hijo; y como ha importunado muchísimo a su mujer, ella ha acabado por hartarse. Los primeros días de matrimonio son un escollo tanto para los espíritus apocados como para los grandes amores. En su condición de tonto, tomó la ignorancia de su mujer por frigidez, clasificó a Beatriz entre las mujeres linfáticas y frías —es rubia—, y de ahí partió para quedar en la más completa seguridad, vivir como un soltero y contar con la supuesta frigidez de la marquesa, su pundonor y su orgullo, basado en una manera de vivir grandiosa que rodea de mil barreras a una mujer en París. Usted comprenderá lo que le quiero decir cuando visite aquella ciudad. Los que contaban con aprovecharse de su descuidada tranquilidad le decían: «Es usted bien dichoso: se ha casado con una mujer fría que no tendrá nunca otras pasiones que las de la cabeza; se contenta con brillar y sus fantasías son puramente artísticas; sus anhelos se verán colmados si logra abrir un salón en que se reúnan todos los grandes ingenios; se contentará con orgías

de música y literatura...» Y el marido no se daba cuenta de estas burlas con que en París se engaña a los memos. Sin embargo, Rochefide no es un tonto vulgar; tiene tanta vanidad y orgullo como un hombre de ingenio, con la diferencia de que las gentes de ingenio se recubren de modestia y hacen como los gatos, os acarician para ser acariciados, mientras que Rochefide tiene un robusto amor propio, fresco y colorado, que se advierte al primer vistazo y siempre está sonriente. Su vanidad se refocila en la cuadra y se alimenta a dos carrillos en el pesebre comiendo su pienso. Hay defectos que no son conocidos más que por quienes pueden juzgarlos en la intimidad, que sólo se notan en la sombra y el misterio de la vida privada, mientras que en el mundo y para el mundo, quien los posee es una persona encantadora. Rochefide debe ser insoportable en cuanto se sienta amenazado en su sosiego porque tiene unos celos mezquinos. Creía engañar a su mujer y la temía, dos causas de tiranía, cuando se apercibía de que la marquesa le hacía la caridad de mostrarse indiferente a sus infidelidades. Le voy analizando este carácter para mejor explicar la conducta de Beatriz. La marquesa sintió por mí la más viva admiración; pero de la admiración a los celos no hay más que un paso. Yo tengo uno de los más notables salones de París, y ella, que trataba de hacerse otro, buscaba arrebatarme mi mundo. Yo no sé retener a los que quieren abandonarme. Ella logró a esas gentes superficiales que son amigos de todo el mundo por ociosidad, cuyo afán es salir de un salón apenas han entrado en él; pero ella no ha tenido tiempo de fundar una sociedad. En aquellos tiempos yo la supuse devorada por el deseo de lograr una celebridad, fuera por lo que fuera. No obstante, posee grandeza de alma, rectitud real, grandes ideas y una facilidad maravillosa para concebirlo y emprenderlo todo: le hablará de metafísica o de música, de pintura o de teología; pero hay en ella un poco de afectación: le gusta demasiado mostrar que sabe cosas difíciles, el chino o el hebreo, que no duda ante un jeroglífico y que puede explicar los papiros que envuelven a una momia.

«Beatriz es una de esas rubias al lado de las cuales la rubia Eva parecería una negra. Es delgada y tiesa como un cirio y blanca como una hostia; tiene un rostro largo y puntiagudo, una tez muy variable, hoy del color del percal, mañana grisáceo y manchado bajo la piel por mil limares, como si la sangre acarrease polvo durante la noche; su frente es magnífica, tal vez demasiado audaz; sus pupilas, de un verde pálido, nadan en el blanco del ojo bajo cejas finísimas y párpados perezosos. Con frecuencia tiene los ojos medio cerrados. Su nariz, que describe un cuarto de círculo, está plena de delicadeza, aunque tenga un cierto aire impertinente. La boca tiene un corte austríaco, con el labio superior más pronunciado que el inferior, que cae con expresión desdeñosa. Sus mejillas, siempre pálidas, sólo una emoción muy viva logra colorear. Su barbilla es bastante carnosa; la mía no es delgada, y no sé si cometeré un error diciéndole que las mujeres que tienen el mentón carnoso son exigentes en amor. Posee uno de los más hermosos talles que yo haya visto, una espalda de deslumbrante blancura; era demasiado plana, mas ahora, según he oído, se ha rellenado y desarrollado; pero el busto no es tan afortunado como los hombros y los brazos le han

quedado demasiado delgados. Tiene, sin embargo, un porte, unas maneras desenvueltas que compensan lo que pueda tener de defectuoso y realzan admirablemente sus bellezas. La naturaleza le ha dado ese aire de princesa que jamás se adquiere y que revela al instante la mujer noble, en armonía, además, con unas caderas delgadas, pero del más delicioso contorno, con el más lindo pie del mundo, con esa cabellera de ángel que el pincel de Girodet ha plasmado tantas veces y que parecen ondas de luz. Sin ser irreprochablemente hermosa ni bonita, produce, cuando lo quiere, impresiones inefables. No tiene más que vestirse con terciopelos cereza, adornarse con encajes y tocarse con rosas rojas, y está divina. Si, por un artificio cualquiera, pudiera ella llevar el atuendo de aquellos tiempos en que las mujeres iban con corpiños en punta, con amplias faldas de brocado que caían en gruesos pliegues, orladas con volantes plisados, ocultando sus brazos en mangas ahuecadas, con puños de puntilla, de los que salía la mano como el pistilo de un cáliz, y con los mil bucles de la cabellera recogidos en un moño sujeto con alfileres de pedrería, Beatriz lucharía con ventaja contra las bellezas ideales que usted viera vestidas así.»

Felicidad mostró a Calixto una bella copia del cuadro de Mieres en que se ve a una mujer vestida de seda blanca, en pie, sosteniendo un papel de música en la mano y cantando junto a un señor brabanzón, mientras un negro vierte en una copa viejo vino de España y una criada prepara unos bizcochos.

—Las rubias —continuó— tienen sobre nosotras las morenas la ventaja de una preciosa diversidad: hay cien maneras distintas de ser rubia, y una sola de ser morena. Las rubias son más mujeres que nosotras: las morenas francesas nos parecemos demasiado a los hombres. Pero, a todo esto, ¿no irá usted a enamorarse de Beatriz por el retrato que acabo de trazarle, igual que no me acuerdo qué príncipe de *Las mil y una noches*? Llegaríais demasiado tarde, pequeño. Pero consuélate: aquellos huesos están para el primero que llegue.

Estas palabras fueron dichas con especial intención. La admiración que se pintaba en el rostro del joven respondía más a la pintura que al pintor, cuyo designio quedaba frustrado.

—Pese a su condición de rubia —continuó Felicidad—, Beatriz carece de dulzura; sus líneas son severas, es elegante y dura; su rostro presenta un diseño seco y se diría que en su alma hay ardores meridionales. Es un ángel que arde y deseca. Sus ojos revelan sed. Como mejor está es de frente: de perfil, su figura parece haber sido cogida entre dos puertas. Ya verá si yo me equivoco. Le contaré ahora lo que nos hizo íntimas amigas. Durante tres años, de 1828 a 1831, Beatriz, mientras gozaba de las últimas fiestas de la Restauración, visitando los salones, yendo a la corte y adornando con su presencia los bailes de disfraces del Elíseo-Borbón, juzgaba a los hombres, las cosas, los sucesos y la vida desde la altura del pensamiento. Tenía absorto el entendimiento. Ese aturdimiento inicial provocado por el mundo impidió el despertar de su corazón y además se vio distraída por las primeras pesadumbres del

matrimonio: el nacimiento de un hijo, los afanes de la maternidad, que yo detesto. No soy mujer para eso. Los niños me resultan insoportables; son causa de zozobras e inquietudes constantes. Consideré que uno de los mayores beneficios de la sociedad moderna, del que nos hemos visto privadas por ese gran hipócrita de Juan Jacobo, era el de dejarnos libres de ser o no madres. Seré la única en proclamarlo así, aunque desde luego no la única en pensarlo. De 1830 a 1831, Beatriz fue a pasar la tempestad en las posesiones de su marido y aburrirse allí como un santo en su asiento del paraíso. Al regresar a París, la marquesa juzgó seguramente con acierto que la revolución, en apariencia política a los ojos del vulgo, iba a ser una revolución moral. El mundo al que ella pertenecía, que no logró reconstruirse durante el inesperado triunfo de los quince años de la Restauración, iba a deshacerse en migas bajo los golpes de ariete asestados por la burguesía. La gran frase de Lainé «¡Los reyes se van de aquí!» la entendió ella perfectamente. Creo bien que esa opinión no dejó de ejercer influjo en su conducta. Algo participó en las nuevas doctrinas que pulularon durante tres años, tras de lo de julio, como moscardones al sol, y que trastornaron más de una cabeza de mujer; pero, como todos los nobles, aun hallando estupendas tales novedades, quería salvar la nobleza. Viendo que ya no había lugar para las superioridades de casta, al percatarse de que la nobleza iniciaba otra vez la oposición sorda que había hecho a Napoleón, a lo que se limita su papel bajo el imperio de la acción y de los hechos, pero que en una época moral equivale a presentar la dimisión, ella prefirió la felicidad a ese mutismo.

«Cuando pudimos respirar un poco, la marquesa encontró en mi casa el hombre con quien yo creí acabar mis días, Genaro Conti, el gran compositor de origen napolitano, aunque nacido en Marsella. Conti tiene mucho ingenio, posee talento como compositor, aunque nunca puede llegar a la primera fila; si no estuviera Meyerbeer y Rossini, puede que pasara por un hombre de genio. Pero tiene sobre ellos una ventaja: es en la música vocal lo que Paganini es con el violín o Liszt con el piano, Taglione en la danza y, en fin, lo que era el famoso Garat, a quien recuerda, según los que lo oyeron. Lo suyo no es una voz, amigo mío, es un alma. Cuando su canto responde a ciertos sentimientos, a disposiciones difíciles de describir y en las cuales se halla a veces una mujer, ésta se pierde oyendo a Genaro. La marquesa concibió por él la más loca pasión y me lo arrebató. El rasgo fue muy provinciano, pero lo hizo en buena lid. Se ganó mi estima y mi amistad por el modo de portarse conmigo. Suponía que yo era mujer dispuesta a defender lo mío: ignoraba que, para mí, la cosa más ridícula del mundo es, en semejante situación, el objeto mismo de la lucha. Se presentó en mi casa; esa mujer tan orgullosa estaba tan perdida por él que me confesó su secreto y me hizo árbitro de su destino. Estuvo adorable: se mostró mujer y marquesa en una pieza. Le diré, amigo mío, que las mujeres son a veces malas, pero que tienen grandezas secretas que los hombres no serán nunca capaces de apreciar. Así, con la sinceridad con que podría hacer mi testamento de mujer ante la

vejez que la espera, le digo que yo era fiel a Conti y que lo hubiese sido hasta la muerte, y sin embargo lo conocía bien. Es un carácter cautivador en apariencia, pero detestable en el fondo. Es un charlatán en las cosas de corazón. Hay sombras, como Nathan, de quien ya le he hablado, que son charlatanes manifiestos y de buena fe. Son capaces de mentirse a sí mismos. Montados sobre sus zancos, se creen que pisan con sus propios pies y hacen sus títeres con verdadera inocencia; llevan en la sangre la vanidad; son comediantes natos, presuntuosos, extravagantes de forma como un tabor chino; puede ser que se rían hasta de sí mismos, pero su personalidad es generosa y, como el brillo de los vestidos reales de Murat, atrae el peligro. La doblez de Conti sólo puede ser conocida de sus amantes. Tiene los célebres celos italianos que llevaron a Carlone a asesinar a Piola, que le valieron a Paisiello una puñalada. Esta envidia terrible la oculta bajo la capa de la camaradería más fraterna: no tiene el coraje de mostrar su vicio. Sonríe a Meyerbeer y le colma de adulaciones, cuando quisiera hacerlo jirones. Conoce su debilidad y la recubre con apariencia de fuerza. Además es de una vanidad que le hace fingir los sentimientos más alejados a su corazón. Se las da de artista que recibe la inspiración del cielo. Para él, el arte es algo santo y sagrado. Es fantástico y sublime en sus burlas con las gentes del gran mundo; posee una elocuencia que parece partir de las convicciones más profundas. Es un vidente, un demonio, un dios, un ángel. En fin, aunque prevenido con cuanto le digo, Calixto, será usted su irrisión. Ese hombre meridional, ese artista férvido, es frío como la cuerda de un pozo. Escúchele: el artista es un misionero, el arte una religión que necesita sus sacerdotes y debe tener sus mártires. Una vez remontado, Genaro llega al pathos más desmelenado con que jamás profesor alguno de filosofía alemana haya asombrado a su auditorio. Usted admirará sus convicciones, pero él no cree en nada. Mientras lo arrebatara hasta el cielo con un canto que parece un fluido misterioso que trasciende amor, echa sobre usted una mirada estática; pero está vigilando su atención y admiración, y se pregunta: «¿Le pareceré, efectivamente, un dios?» Y tal vez al mismo tiempo esté diciendo en sus adentros: «He comido demasiados macarrones». A usted le parecerá que le quiere, pero en realidad le odia, y nunca sabrá por qué; pero yo sí que lo sé: porque la víspera había visto a una mujer, porque ama por capricho, y me insultaba con su falso amor; con sus caricias hipócritas me hacía pagar cara su forzada fidelidad. En fin, tiene un ansia insaciable de aplausos, todo en él es comedia y de todo se ríe; provoca la alegría lo mismo que el dolor. Pero en todo es admirable. Lo dejé odiando su voz, a la que debe más triunfos que a su talento como compositor; prefiere ser hombre de genio, como Rossini, a ser un ejecutante de la talla de Rubini. Cometí la falta de ligarme a él; me había resignado a mimar a este ídolo hasta el fin de mis días. Conti, como otros muchos artistas, es refinado: le gustan sus comodidades, sus placeres; es presumido, atildado; pues bien, yo halagaba todas sus pasiones, amaba aquel carácter débil y astuto. Me sentía envidiada, y en mis adentros sonreía de lástima. Apreciaba su coraje: es bravo, y la bravura, según se dice, es la única virtud que no admite hipocresías. Durante nuestros

viajes, en alguna situación peligrosa, lo he visto puesto a prueba: supo arriesgar una vida que ama mucho; pero, ¡cosa extraña!, en París le he visto cometer lo que llamo yo cobardías de pensamiento.

»—Amigo mío, sabía yo muy bien todo esto. Dije a la pobre marquesa:

»—No sabe usted en qué abismo pone el pie. Es usted el Perseo de una pobre Andrómeda: viene a rescatarme de la roca. Si él la quiere a usted, ¡tanto mejor! Pero lo dudo: no ama a nadie más que a él.

»Genaro se remontó al séptimo cielo del orgullo. Yo no era marquesa, no soy una Casteran, y me vi olvidada en un día. Y me entregué al salvaje placer de bucear hasta el fondo de aquel carácter. Segura del desenlace, me puse a observar las sinuosidades de Conti. Y vi en una semana horrores del sentimiento, payasadas infames. No quiero adelantarle nada: usted verá aquí a ese hombre. Ahora que, como sabe que le conozco bien, hoy me odia. Si impunemente pudiera apuñalarme, no dudaría dos segundos. Jamás he dicho una palabra a Beatriz. Pero el último y constante insulto de Genaro es creerme capaz de transmitir mis tristes experiencias a la marquesa. Se ha vuelto celoso, está siempre inquieto, porque no cree en los buenos sentimientos de nadie. Aún representa conmigo la farsa de sentirse desgraciado por haberme abandonado. Usted verá en él un hombre lleno de las amabilidades más exquisitas: es cariñoso, caballeroso. Hay que haber vivido mucho tiempo en su compañía para penetrar en el secreto de su falsa bondad y descubrir el hilo invisible de sus mixtificaciones. Con su aspecto de profunda buena fe engañaría al mismo Dios. Usted también se verá envuelto entre sus modales gatunos y jamás creería en la profunda y rápida aritmética de sus miras egoístas. Dejémosle. Por mi parte, llevé la indiferencia hasta el punto de recibirles en mi casa. Gracias a ello conseguí que la gente más perspicaz, la de París, no se enterara de nuestro enredo. Genaro, odre ebrio de orgullo, tenía sin duda necesidad de ponerse por encima de Beatriz: obró con un disimulo admirable. Me sorprendió, porque esperaba verle originar un escándalo. Fue la marquesa quien se comprometió, tras un año de felicidad, a someterse a todas las vicisitudes, a todos los azares de la vida parisiense. No veía a Genaro desde hacía unos días y yo lo invité a comer en mi casa, adonde ella debía de venir luego. Rochefide no recelaba nada; pero Beatriz conocía tan bien a su marido, que hubiera preferido, según me decía con frecuencia, las mayores miserias a la vida que le esperaba cerca de ese hombre si tuviese pretexto pura despreciarla o atormentarla. Yo había escogido el día de la velada de nuestra amiga la condesa de Montcornet. Cuando vio que le servían el café a su marido, Beatriz salió «Id salón para ir a vestirse, aun cuando ella no acostumbraba a empezar su *toilette* muy temprano.

»—Tu peluquero no ha llegado todavía —observó Rochefide cuando supo la causa de que su mujer se retirara del salón.

»—Teresa me peinará —contestó ella.

»—¿Pero, entonces, adónde vas? No será a casa de la Montcornet a las ocho de la tarde.

»—No, pero oiré el primer acto en *Les Italiens*.

»El baile preguntón del *Hurón* de Voltaire es un mudo comparado con los maridos celosos. Beatriz huyó para no verse más preguntada, y no oyó que su marido le contestaba:

»—Bien, pues iremos juntos.

»No había en su propósito ninguna malicia, no tenía razón alguna para sospechar de su mujer; ¡gozaba ella de tanta libertad! Su marido se esforzaba en no estorbarla en nada; lo hacía cuestión de amor propio. La conducta de Beatriz, por lo demás, no ofrecía el menor resquicio a la crítica más exigente. Seguro que el marqués pensaba irse luego sabe Dios dónde, tal vez a casa de su amante. Se había vestido ya antes de comer, y no necesitaba más que coger, los guantes y el sombrero, cuando oyó rodar el coche de la marquesa hasta parar bajo la marquesina de la entrada. Fue a buscarla a su gabinete y la encontró dispuesta, pero con gran asombro a su vez pronto a salir.

»—¿A dónde vas? —le preguntó.

»—¿Pero no te dije que te acompañaba a Los Italianos?

»La marquesa reprimió las muestras de una violenta contrariedad, pero sus mejillas se enrojecieron vivamente como si se hubiera puesto colorete.

»—Pues bien, en marcha.

»Rochevide la siguió sin reparar en la emoción que revelaba la voz de su mujer, devorada por la cólera más reconcentrada.

»—¡A Los Italianos! —dijo el marido.

»—¡No! A casa de la señorita De las Touches —replicó ella; y añadió, cuando se cerró la portezuela—. Tengo que decirle unas palabras.

»El coche se puso en marcha.

»—Pero, si quieres —siguió—, te llevaré primero a Los Italianos e iré luego a su casa.

»—No; si son sólo unas palabras lo que vais a hablar te esperaré en el coche; son las siete y media.

»Si Beatriz hubiese dicho a su marido: «Vete a Los Italianos y déjame tranquila», seguro que él hubiese obedecido; pero, como toda mujer inteligente, tuvo miedo de despertar sospechas al sentirse culpable y se resignó. Cuando quiso marcharse de Los Italianos para venir a mi casa, su marido la acompañó. Entró trémula de cólera y de impaciencia. Se me acercó y me dijo al oído, como quien no dice nada:

»—Querida Felicidad, mañana partiré para Italia con Conti; dígale que haga sus preparativos y que esté aquí con el pasaporte y un coche.

»Salió con su marido. Las pasiones violentas ansian a cualquier precio su libertad. Beatriz venía padeciendo desde hacía un año al sentirse cohibida y por la escasez de sus entrevistas: se consideraba como ligada a Genaro. Por eso nada me sorprendió. En su lugar, con mi carácter, hubiese obrado de la misma manera. Se resolvió a dar semejante escándalo al verse contrariada del modo más inocente. Quiso evitar la desgracia con una desgracia mayor. Conti mostró un contento que me apené; sólo su

vanidad estaba en juego.

»—¡Esto es ser amado, esto! ¡Cuántas mujeres serían capaces de perder así toda su vida, su fortuna, su reputación!

»—¡Sí, ella le quiere, pero no usted a ella! —le dije.

»Se puso furioso y me hizo la gran escena: se puso a perorar, me pintó su amor asegurando que jamás se creyó capaz» de amar tanto. Permanecí impasible y le presté el dinero que necesitaba para un viaje de improviso. Beatriz dejó una carta para Rochefide y en la tarde del siguiente día partió para Italia. Permaneció allí dos años; me escribió varias veces y sus cartas muestran hacia mí una tierna amistad; la pobre chica se aferra a mí como a la única mujer que la comprende. Según dice, me adora. La necesidad de dinero obligó a Genaro a componer una ópera, pues no encontró en Italia los recursos pecuniarios que los compositores tienen en París.

»Aquí están las cartas de Beatriz; le permitirán a usted comprenderla si a su edad se pueden ya analizar las cosas del corazón.»

En aquel instante entró Claudio Vignon.

VII CLAUDIO VIGNON

La inesperada aparición dejó por unos momentos mudos a Calixto y Felicidad, a ella por la sorpresa, a él por una vaga inquietud. La frente inmensa, ancha y alta de aquel joven, calvo a los treinta y siete años, parecía oscurecida de nubes. Su boca firme y juiciosa expresaba una fría ironía. Claudio Vignon es imponente, pese a las degradaciones precoces de un rostro antes magnífico y que se ha ido volviendo lívido. Entre los dieciocho y los veintiocho años casi parecía el divino Rafael; pero la nariz, rasgo de la cara que más cambia, aparece como cortada en punta; su fisonomía se ha comprimido, por decirlo así, bajo misteriosas presiones; los rasgos han adquirido una plenitud de mal color, pues los tonos plomizos predominan en aquella tez fatigada, sin que se conozcan las fatigas de ese joven, envejecido seguramente por una amarga soledad y por los abusos de la lectura. Escruta el pensamiento ajeno sin fin ni sistema; el pico de su crítica demuele siempre y no construye nunca. Así, su cansancio es el del cavador y no el del arquitecto. Los ojos, de un azul pálido, en otro tiempo brillantes, están velados por penas desconocidas, o enternecidos por una tristeza mortal. El desarreglo en su vida se marca por un tinte negruzco en las sobrecejas. Las sienes han perdido lozanía. La barbilla, de una distinción incomparable, tiene ahora una papada sin nobleza. Su voz, ya poco sonora, se ha debilitado más; sin ser no afónica ni ronca del todo, está entre la ronquera y la extinción. La impasibilidad de aquella hermosa cabeza, la fijeza de la mirada, cubren una irresolución, una debilidad que se trasluce en una sonrisa espiritual y burlona. Esta debilidad afecta a la voluntad, no al pensamiento: se descubren las huellas de una comprensión enciclopédica en su frente, en los gestos de su cara infantil y soberbia a la vez. Es un detalle que puede explicar las bizarrías de su carácter. Es hombre de alta talla, ligeramente encorvado ya, como todos los que llevan sobre sí un mundo de ideas. Nunca esos cuerpos largos han sido notables por una energía continua, por una actividad creadora. Carlomagno, Belisario y Constantino son excepciones excesivamente notadas. Sin duda, Claudio Vignon ofrece misterios que descifrar. Al principio parece muy simple y muy fino en conjunto. Cuando cae en los excesos con la facilidad de una cortesana, su mente permanece inalterable. Esta inteligencia, que puede criticar las artes, la ciencia, la literatura, la política, es inhábil para gobernar la vida exterior. Claudio se contempla a sí mismo en la grandeza de su reino intelectual y descuida las formas con una despreocupación digna de Diógenes. Satisfecho de penetrarlo todo, de comprenderlo todo, desprecia a los materialistas; pero asido por la duda desde que empieza a moverse para crear, ve los obstáculos sin sentirse atraído por las bellezas y, a fuerza de discutir los medios, queda con los brazos colgando, sin resultados. Es el turco de la inteligencia, adormecida por la meditación. La crítica es su opio, y su harén de libros ya hechos le enerva la acción

para emprender cualquier obra. Indiferente a todo, a las cosas grandes como a las pequeñas, se ve obligado, por el mismo peso de su cabeza, a caer en el desorden para abdicar durante algunos momentos del poder fatal de su omnipotente análisis. Anda demasiado preocupado en lo que es el envés del genio, y se puede comprender que Camilo Maupin tratara de ver si lo encauzaba por el derecho. La tarea era seductora. Claudio Vignon se creía tan gran político como literato; pero ese Maquiavelo inédito se ríe del primero de los ambiciosos. Sabe lo que puede, toma instintivamente medida de su porvenir juzgándolo por sus facultades, mira los obstáculos, se considera grande, se percatado la tontería de los recién llegados, se asusta o se desanima y deja pasar el tiempo sin ponerse a la obra. Como Esteban Lousteau, el folletinista; como Nathan, el célebre autor dramático, como Blondet, otro periodista, salió del seno de la burguesía, a la cual se debe la mayor parte de los grandes escritores.

—¿Por dónde ha llegado usted? —le dijo la señorita De las Touches, ruborizándose de contento o de la sorpresa.

—Por la puerta —contestó secamente Claudio Vignon.

—Ya sé que no es usted hombre capaz de entrar por las ventanas.

—La escalada es una especie de cruz de honor para las mujeres amadas.

—Muy amadas —dijo Felicidad.

—¿Estorbo?... —dijo Claudio Vignon.

—Señor —dijo el ingenuo Calixto—, esta carta...

—Guárdesela, no pregunto nada; *a nuestras edades, esas cosas se comprenden* —dijo con aire burlón interrumpiendo u Calixto.

—Pero señor... —exclamó Calixto con acento indignado.

—Cálmese, joven: con los sentimientos soy de una indulgencia excesiva.

—Querido Calixto... —dijo Camilo queriendo hablar.

—¿Querido?... —interrumpió Vignon.

—Claudio bromea —continuó Camilo dirigiéndose a Calixto—. Le confunde a usted, que no sabe nada de las burlas parisienses.

—No sabía yo que bromeara —apostilló Vignon con acento serio.

—¿Por qué camino vino usted? Hace dos horas que no dejo de mirar hacia Croisic.

—No miraba usted siempre —contestó Vignon.

—Está usted insoportable con sus burlas.

—¿Me burlo yo?...

Calixto se levantó.

—No está usted aquí tan mal como para irse —le dijo Vignon.

—Al contrario —dijo el fogoso joven, a quien Camilo Maupin tendió una mano que él besó, en vez de estrecharla, dejando en ella una lágrima ardiente.

—Me gustaría ser ese joven —dijo el crítico sentándose y cogiendo su pipa—. ¡Cómo debe de amar!

—Demasiado, porque entonces no será él amado —dijo la señorita De las

Touches—. La señora De Rochefide llegará mañana aquí.

—¡Bien! ¿Con Conti?

—Ella se quedará sola, pero él la acompaña.

—¿Hay enfado?

—No.

—Tóqueme una sonata de Beethoven; no conozco nada de la música que escribió para piano.

Claudio se puso a cargar de tabaco turco la chimenea de su pipa, mirando a Camilo mucho más de lo que ella imaginaba. Un pensamiento horrible lo ocupaba: se creía cogido en la trampa por una mujer de buena fe. La situación era nueva.

VIII

LA CARTA DE BEATRIZ

Mientras se iba, Calixto no pensó más en Beatriz ni en su carta. Estaba furioso con Claudio Vignon, se indignaba con lo que tomaba por indelicadeza, compadecía a la pobre Felicidad. ¿Cómo se concebía ser amado por aquella sublime mujer y no adorarla de rodillas, no creerla bajo la fe de una mirada o por una sonrisa? Tras haber sido testigo privilegiado de los sufrimientos que la espera causaba a Felicidad y haberla visto con la cabeza vuelta hacia Croisic, había experimentado deseos de destrozar a aquel espectro pálido y frío, ignorante, como le había dicho Felicidad, de los juegos de ideas en que sobresalen los satíricos de la prensa. Para él, el amor representaba una religión humana. Al verlo aparecer por el patio, su madre no pudo reprimir una exclamación de alegría e inmediatamente la vieja señorita Du Guénic llamó con un silbido a Mariotte.

—Mariotte, aquí está el niño; prepara la lubina.

—Ya lo he visto, señorita —contestó la cocinera.

La madre, un poco inquieta por la tristeza que ensombrecía su frente, sin poder sospechar que la provocaba el supuesto mal trato de Vignon a Felicidad, volvió a su labor. La vieja tía también reanudó su calceta. El barón cedió el sillón a su hijo y se puso a pasear por la sala para desentumecer las piernas antes de ir a dar una vuelta por el huerto. Nunca se vio un cuadro flamenco u holandés representando un interior con un tono tan pardo, animado por unas figuras tan armoniosamente suaves: el hermoso joven vestido de terciopelo negro, la madre aún tan bella y los dos viejos, todos enmarcados por aquella antigua sala que reflejaba las más emotivas armonías domésticas. Bien hubiera querido Fanny interrogar a Calixto, pero él había sacado del bolsillo la carta de Beatriz, que tal vez iba a destruir toda la felicidad de que gozaba la noble familia. Mientras la desdoblaba, la viva imaginación de Calixto le mostró a la marquesa vestida tal como fantásticamente se la había pintado Camilo Maupin.

CARTA DE BEATRIZ A FELICIDAD

«Génova, 2 de julio.

»No he vuelto a escribirle desde nuestra estancia en Florencia, querida amiga; pero Venecia y Roma han colmado mi tiempo y, usted lo sabe bien, la dicha lo absorbe todo en la vida. Ni una ni otra variamos por una carta de más o de menos. Estoy un poco cansada. He querido verlo todo y cuando no se tiene un alma fácil de embotar, la repetición de los goces causa fatiga. Nuestro amigo ha obtenido grandes triunfos en la Scala, en la Fénice y en estos últimos días en San Carlos. ¡Tres óperas italianas en dos años! No dirá que el amor le vuelve perezoso. Por todas partes hemos sido acogidos muy bien, pero yo hubiera preferido el silencio y la soledad. ¿No es

ésta la única manera de vivir conveniente a las mujeres en oposición con el mundo? Yo creía que sería así. El amor, querida, es un amo más exigente que el matrimonio, ¡pero es tan dulce de obedecer!

»Después de haber hecho del amor mi vida toda, no sabía que fuera necesario volver de nuevo a ver la gente de mundo, y las atenciones de que se me rodeó las he sentido como si fuesen heridas. No estaba ya en plan de igualdad con las mujeres elevadas. Cuantos más miramientos se me tenían, en mayor inferioridad me veía. Genaro no ha comprendido estas delicadezas; pero él era tan dichoso, que hubiera sido en mí mezquindad no inmolar minúsculas vanidades a una cosa tan grande como es la vida de un artista. Nosotras no vivimos más que para el amor, mientras que los hombres viven para el amor y para la acción. De otra forma, no serían hombres. Sin embargo, para nosotras las mujeres hay grandes desventajas en la posición en que yo me he colocado, y que usted evitó: usted permaneció grande ante la faz del mundo, que ningún derecho tenía sobre usted; conservó su libertad y yo no tengo la mía. Usted podía obrar a su libre albedrío y yo no tengo el mío. No hablo de esto más que refiriéndome a las cosas del amor y no a las conveniencias sociales, de las cuales hice completo sacrificio. Usted podía mostrarse coqueta y libre por su voluntad, poseer todas las gracias de la mujer que ama y puede conceder o rehusar a su talante; usted conservó el privilegio de sus caprichos, incluso en interés de su amor y del hombre que os gustase. En fin, aun hoy tiene usted su propio albedrío, mientras que yo carezco de la libertad de corazón, que me parece siempre preciosa en el amor, aun cuando la pasión sea eterna. Yo carezco de ese derecho a disputar riendo, al que somos tan dadas y con tanta razón: ¿no es acaso la sonda con que interrogamos los corazones? Yo no puedo hacer ninguna amenaza; he de extraer todos los lazos de una obediencia y una dulzura sin límites, he de imponerme por la grandeza de mi amor. Antes quisiera morir que abandonar a Genaro, ya que mi perdón está en la santidad de mi pasión. Entre la dignidad social y mi pequeña dignidad, que es un secreto para mi conciencia, no he dudado. Si tengo algunas melancolías parecidas a esas nubes que surcan los cielos más puros, a las que las mujeres tanto nos gusta entregarnos, me las callo; parecerían penas. He comprendido tan bien la extensión de mis obligaciones, que me he armado de la más completa indulgencia; pero hasta el presente Genaro no ha soliviantado en lo más mínimo la suspicacia de mis celos.

»En fin, que no descubro por dónde ese querido gran genio podrá fallarme. Creo que me estoy pareciendo a esas beatas que platican sin Dios; pero ¿no es a usted a quien debo mi dicha? No dudará, por lo tanto, que con frecuencia pienso en usted. He visto Italia como usted la vio, como debe verse, iluminada nuestra alma por el amor, como ella lo está por su hermoso sol y sus obras maestras. Me apiado de quienes se sienten continuamente conmovidos por las adoraciones que reclaman a cada paso y no tienen una mano amiga que estrechar, un corazón donde arrojar la exuberancia de las emociones para que se calmen y se extiendan. Estos dos años representan para mí una vida entera y mis recuerdos obtendrán de ellos ricas cosechas. ¿No pensó usted,

como yo, en comprar un palacio en Venecia, una casita en Sorrento, una villa en Florencia? ¿Acaso no rehuyen a la gente todas las mujeres amantes? Pues yo entonces, que me veo arrojada por todos fuera del mundo, ¿cómo no iba a anhelar enclaustrarme ante un hermoso paisaje, en un jardín florido, de cara a un mar riente o a un valle desde el que el mar se divise, como aquel que encontramos en Fiésole? ¡Pero qué ilusiones! Somos pobres artistas, y el dinero obliga a retomar a París a los dos bohemios. Genaro no quiere que yo me percate de que he abandonado el lujo en que vivía y acaba de reponer en París una obra nueva, una gran ópera. Comprenderá muy bien, mi bienhechora, que no me atreva a poner los pies en París. A costa de mi amor no quisiera encontrarme con una de esas miradas de hombre o mujer que me impulsarían al asesinato. Sí, cortaría en pedazos al que me dispensara su lástima, me hiciera la merced de concederme su gracia, como aquella adorable Châteuneuf que, bajo Enrique II, si mal no recuerdo, atropelló con su caballo al preboste de París por un hecho semejante. Le escribo, por lo tanto, para decirle que no tardaré en reunirme con usted en Las Touches y esperar en esa cartuja a nuestro Genaro. ¡Ya ve lo atrevida que soy con mi bienhechora y hermana! Es que la grandeza de las obligaciones no me llevará, como a ciertos corazones, a la ingratitud. Tanto me ha hablado usted de las dificultades de la carretera que voy a tratar de llegar a Croisic por mar. Se me ocurrió esta idea al enterarme aquí de que hay un pequeño navío danés ya cargado de mármol que va a cargar algo de sal y volverse al Báltico. Por esta vez evito las fatigas y los gastos de un viaje por la posta. Sé que no está usted sola y me alegro en el alma: mi felicidad me causaba ciertos remordimientos. Es usted la única persona con la cual podría permanecer sola y sin Conti. ¿Y no será también para usted una satisfacción el tener cerca una mujer que comprenderá su dicha sin sentirse celosa? El viento es favorable: parto enviándole un beso.»

IX
PRIMERA CONFIDENCIA

—También ella ama —se dijo Calixto doblando la carta con aire triste.

Su tristeza caía sobre el corazón de la madre como si un relámpago le hubiera iluminado un abismo. El barón acababa de salir. Fanny fue a echar el cerrojo de la torrecilla y volvió a apoyarse en el respaldo del sillón en que se sentaba su hijo, tal como está la hermana de Dido en el cuadro de Guérin, y le besó la frente, diciéndole:

—¿Qué es lo que te pasa, Calixto? Me prometiste explicarme tus visitas a Las Touches. ¿Debo, como dices, bendecir a la dueña?

—Y tan cierto —dijo él—. Ella me demostró, querida madre, la insuficiencia de mi educación en irnos tiempos en que los nobles deben conquistar una valía personal para poner su vida a tono con su nombre. Estaba yo tan alejado de mi siglo como Guérande lo está de París. Ella ha sido algo así como la madre de mi inteligencia.

—Pues no es por eso por lo que yo habré de bendecirla —contestó la baronesa, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Mamá —exclamó Calixto con la frente regada por aquellas lágrimas cálidas, dos perlas de la maternidad dolorida—, no llores más, porque no hace una hora que yo quería, para prestarle un servicio, recorrer la costa desde la caseta de los aduaneros hasta la aldea de Batz, y ella me dijo: «¡Con qué inquietud quedaría tu madre!»

—¿Eso dijo? Pues entonces sí que puedo perdonarle muchas cosas.

—Felicidad no quiere más que mi bien: muchas veces retiene palabras de esas vivas o dudosas que se escapan de boca de los artistas para no quebrantar en mí una fe que ella no sabe que es inquebrantable. Me ha referido la vida en París de algunos jóvenes de la más alta nobleza, procedentes de una provincia, como puedo yo salir de ésta, abandonando una familia sin fortuna, y conquistando con la fuerza de su voluntad y de su inteligencia una gran posición. Yo puedo hacer lo mismo que ha hecho el barón de Rastignac, hoy en el Ministerio. Me da lecciones de piano, me enseña el italiano, me inicia en mil secretos de la vida social que en Guérande nadie ni sospecha siquiera. No ha podido darme los tesoros del amor, pero me da los de su vasta inteligencia, su gracia, su ingenio. No quiere ser un placer, sino una luz para mí; no me quita ninguna de mis convicciones: tiene fe en la nobleza, ella ama a Bretaña, ella...

—Ella ha cambiado a nuestro Calixto —dijo la vieja ciega interrumpiéndole— porque yo no entiendo nada de todas esas palabras. Tú tienes una casa sólida, querido sobrino, viejos padres que te adoran, buenos y antiguos criados; puedes casarte con una buena chica bretona, religiosa y honesta, que te hará dichoso, y puedes reservar tus ambiciones para tu hijo primogénito, que será tres veces más rico que tú si sabes vivir tranquilo, con economía, en la sombra, en la paz del Señor, para administrar las tierras de nuestra casa. Esto es sencillo como un corazón bretón. No llegarás tan

pronto, pero sí con mayor solidez, a ser un rico gentilhombre.

—Tu tía tiene razón, ángel mío; siempre se preocupó de ti con tanta solicitud como yo. Si yo no lograra casarte con miss Margaret, la hija de tu tío lord Fitz-William, es casi seguro que la señorita De Pen-Hoël dejará su herencia a la que tú quieras de sus sobrinas.

—Y además aquí mismo se encontrarán algunos escudos... —dijo la vieja tía en voz baja y con aire misterioso.

—¿Yo, casarme a mi edad?... —dijo él echando sobre su madre una de esas miradas que hacen vacilar la razón de las madres.

«¿Me iba yo a quedar sin bellos y locos amores? ¿Nunca podría temblar, palpitar, temer, respirar, acostarme bajo implacables miradas y enternecerlas? ¿Iba a ignorar la belleza libre, las fantasías del alma, las nubes que corren por el cielo de la felicidad y que el soplo del placer disipa? ¿Jamás andaría por sinuosos senderos, húmedos de rocío? ¿No estar bajo el chorro de un canalón sin enterarse de que llueve, como los enamorados vistos por Diderot? ¿No podría ponerme, como el duque de Lorena, un carbón ardiente en la palma de la mano? ¿No iba a subir a ventanas con escalas de seda? ¿Me quedaría yo sin esconderme en armarios o bajo una cama? ¿Iba a conocer de la mujer la sumisión conyugal, el amor que la llama de su lámpara iguala? ¿Todas mis curiosidades habrían de verse marchitas antes de satisfechas? ¿Iba a vivir sin experimentar esas rabias del corazón que engrandecen el poder del hombre? ¿Voy a convertirme en un monje conyugal? ¡No! Ya he mordido la manzana de la civilización parisiense. ¿No veis que con las castas e ignorantes costumbres familiares habéis preparado el fuego que me devora, y que me vería consumido sin haber adorado la divinidad que veo en todas partes, en los follajes verdes como en los arenales abrasados por el sol, y en todas las mujeres hermosas, nobles, elegantes, descritas en los libros, en los poemas devorados en casa de Camilo? ¡De esas mujeres no hay más que una en Guérande, y es usted, mi madre! Los hermosos pájaros azules de mis sueños vienen de París, salen de entre las páginas de lord Byron, de Scott: ¡son Parisina, Effie, Minna! ¡Es, en fin, la real duquesa que vi en las landas, a través de los matorrales, y cuya figura agolpaba toda mi sangre en el corazón!»

La baronesa vio todos estos pensamientos más claros, más bellos, más vivos, de lo que el arte deja entrever al que los lee: Los captó rápida, lanzados por aquella mirada como las flechas de un carcaj que se vuelca. Sin haber leído nunca a Beaumarchais, pensó, con todas las mujeres, que sería un crimen casar a aquel querubín.

—¡Oh, niño querido —dijo cogiéndole entre sus brazos, estrechándolo y besándole en sus hermosos cabellos, que eran todavía suyos—, cástate cuando quieras, pero sé feliz! Mi papel no es el de atormentarte.

Mariotte vino a poner la mesa. Gasselin había salido para pasear al caballo de Calixto, al que no montaba desde hacía dos meses. Las tres mujeres, la madre, la tía y Mariotte, rivalizaban con la astucia propia de las mujeres en contentar a Calixto

cuando comía en casa. La pobreza bretona, armada con los recuerdos y costumbres de la infancia, trataba de luchar con la civilización parisiense tan fielmente representada a dos pasos de Guérande, en Las Touches. Mariotte pugnaba por hacer olvidar a su joven amo las sabias preparaciones de la cocina de Camilo Maupin, mientras su madre y su tía competían en cuidados para encerrar al muchacho en las redes de su ternura y hacer imposible toda comparación.

—¡Ah! Usted tiene una lubina, señor Calixto, y becasas, y croquetas que sólo aquí se pueden hacer —dijo Mariotte con aire triunfal, mirándose en el blanco mantel, que parecía una verdadera nevada.

Después de comer, cuando la vieja tía volvió a su calceta, y el cura de Guérande y el caballero Du Haiga aparecieron preparados para su partida de mosca, Calixto salió para volver a Las Touches pretextando que tenía que devolver la carta a Beatriz.

X UN MOMENTO DE FELICIDAD

Claudio Vignon y la *señorita* De las Touches estaban todavía en la mesa. El gran crítico tema cierta propensión a la glotonería y este vicio era halagado por Felicidad, que sabía bien cómo una mujer se hace indispensable con sus complacencias. El comedor, completo desde hacía un mes con adiciones importantes, anunciaba la delicadeza y la solicitud con que una mujer se adapta al carácter, hace suyas las pasiones y los gustos del hombre que ama o quiere amar. La mesa ofrecía el rico y brillante aspecto que el lujo moderno ha impreso al servicio, ayudado por los perfeccionamientos de la industria. La pobre y noble casa de Guénic ignoraba a qué adversario tenía que hacer frente, qué fortuna era necesaria para contender con la vajilla de plata reformada en París y traída por la señorita De las Touches, con sus porcelanas, apropiadas para el campo, su bella mantelería, su plata dorada, sus adornos de mesa y la ciencia de su cocinero. Calixto rehusó tomar unos licores contenidos en un magnífico juego de barriletes de maderas preciosas que parecía un tabernáculo.

—Aquí está tu carta —dijo con inocente ostentación, mirando a Claudio, que paladeaba una copa de licor de las Islas.

—Y bien, ¿qué me dice? —le preguntó la señorita De las Touches mientras echaba la carta a través de la mesa a Vignon, que se puso a leerla entre sorbos de la diminuta copa.

—Pues... que las mujeres de París son bien dichosas: tienen a todos los hombres de genio para amar y ser amadas.

—¡Vaya! Todavía está usted en su pequeña aldea —dijo riendo Felicidad—. Pero ¿no ha visto que ella ama ya menos y que...?

—¡Evidente! —dijo Claudio Vignon, que aún no había recorrido del todo la primera carilla—. Cuando verdaderamente se ama ¿se para uno a observar la propia situación? ¿Se es tan sutil como la marquesa? ¿Se calcula y distingue tanto? Nuestra querida Beatriz está ligada a Conti por el orgullo y condenada a amar por esa razón.

—¡Pobre mujer! —dijo Camilo.

Calixto tenía los ojos fijos en la mesa sin ver nada. La hermosa mujer vestida con el atuendo fantástico descrito aquella mañana por Felicidad se le había aparecido, brillante de luz: se sonreía y agitaba su abanico; y la otra mano, emergiendo de un mar de puntillas y de terciopelo nacarado, caía blanca y pura sobre los pliegues de su espléndido vestido.

—Podría ser su asunto... —dijo Claudio Vignon dirigiendo una sonrisa sardónica a Calixto.

Calixto se sintió herido con la palabra *asunto*.

—No sugiera a este querido muchacho la idea de una intriga semejante. Usted no

sabe cómo son de peligrosas estas burlas. Conozco a Beatriz: tiene el carácter demasiado entero para cambiar y, además, Conti estará aquí.

—¡Ah! ¿Un pequeño acceso de celos?... —dijo con sorna Vignon.

—¿Lo cree usted? —contestó con orgullo Camilo.

—Es usted más perspicaz que una madre.

—¿Pero es eso posible? —preguntó Camilo señalando a Calixto.

—Pues, de todas formas, harían buena pareja. Ella tiene diez años más que él, aunque parecen tener la misma edad.

—Una chica, señor, que ya ha sufrido dos veces el fuego en la Vendée. Sólo con que se hubieran encontrado veinte mil chicas semejantes...

—Hacía su elogio —replicó Vignon—, lo que es mucho más fácil que hacerle la barba.

—Pues tengo yo una espada que se la hace a los que la tienen demasiado larga —contestó Calixto.

—Y yo hago muy buenos epigramas —dijo Vignon sonriendo—. Somos franceses; el asunto puede solucionarse.

La señorita De las Touches echó sobre Calixto una mirada suplicante que lo calmó al momento.

—¿Por qué —dijo Felicidad para romper aquella cuestión— los jóvenes como Calixto empiezan por amar a mujeres de cierta edad?

—No conozco ningún otro sentimiento más generoso y espontáneo —contestó Vignon—. Es efecto de las adorables cualidades de la juventud. Por otra parte, ¿cómo acabarían las mujeres de cierta edad sin este amor? Usted es joven y hermosa, y lo será aún dentro de veinte años —añadió, dirigiendo una intencionada mirada a la señorita De las Touches—. Por de pronto, las semi-viudas a quienes se dirigen los muchachos saben amar mucho mejor que las mujeres jóvenes. Un adulto parece demasiado a una mujer joven para que una mujer joven le plazca. Una tal pasión rompe la fábula de Narciso. Además de esta repugnancia, hay entre ellos, creo yo, una inexperiencia mutua que los separa. Así, la razón que hace que el corazón de las jóvenes no pueda ser comprendido más que por hombres cuya habilidad se esconde tras una pasión verdadera o fingida es la misma, aparte la diferencia de los espíritus, que hace a una mujer de cierta edad más apta para seducir a un muchacho: él siente admirablemente que triunfará con ella, y las vanidades de la mujer se ven admirablemente halagadas por su persecución. Por último, es muy propio de la juventud el lanzarse sobre las frutas, y el otoño de la mujer las ofrece admirables y muy sabrosas. ¿Es que no son nada esas miradas a la vez atrevidas y recatadas, intencionadamente lánguidas, animadas con los últimos destellos del amor, tan cálidas y suaves? La sabia elegancia de palabra, los magníficos hombros dorados, tan noblemente desarrollados; las redondeces tan plenas, el perfil del cuerpo, relleno y como ondulante; las manos, marcadas de hoyuelos; esa piel, pulposa y nutrida; la frente llena de sentimientos abundantes, en la que la luz se detiene; esa cabellera, tan

bien cuidada, tan bien dispuesta, en donde se dibujan admirablemente estrechas rayas blancas de carne blanca, y esos cuellos de pliegues soberbios, esas nuca provocadoras en las que se despliegan todos los recursos del arte para hacer brillar los contrastes entre la cabellera y el tono de la piel, para poner de relieve toda la insolencia de la vida y del amor. Las mismas morenas toman entonces tonos rubios, los colores de ámbar de la madurez. Luego esas mujeres revelan en sus sonrisas y despliegan en sus palabras la ciencia del gran mundo: saben charlar, saben arrancar sonrisas, tienen rasgos de dignidad y orgullo sublimes, lanzan gritos de desesperación capaces de hendir el alma, adioses al amor que saben luego hacer inútiles y que reavivan las pasiones; recobran juventud al tratar las cosas más desesperadamente simples; se sobreponen en todo momento con coquetería a su decadencia proclamada, y la embriaguez causada con sus triunfos es contagiosa; su entrega es absoluta: os escuchan, os aman, se aferran al amor como el condenado a muerte a los más pequeños detalles de la vida; se parecen a esos abogados que suplican en sus causas sin cansar al tribunal; usan de todos sus medios y, en fin, sólo por ellas se conoce el amor absoluto. No concibo que se las pueda olvidar nunca, como nunca se olvida lo que es grande, sublime. Una joven sufre mil distracciones; esas mujeres no tienen ninguna; no tienen amor propio, ni vanidad, ni mezquindad. Su amor es como el Loira en su desembocadura: es inmenso, engrandecido con todas las decepciones, con todos los afluentes de la vida, y diré por qué... Se ha quedado muda la niña —dijo al ver la actitud extática de la señorita De las Touches, que estrechaba con fuerza una mano de Calixto, tal vez como agradecimiento por haber sido la ocasión de tamaño monumento, de un elogio tan pomposo, que no pudo ver en él ninguna trampa.

Durante el resto de la velada, Claudio Vignon y Felicidad se mostraron chispeantes de ingenio, relataron anécdotas y pintaron para Calixto el mundo parisiense de un modo que sedujo a Calixto, ya que el ingenio ejerce sus seducciones sobre todo en la gente joven.

—No me extrañaría ver desembarcar mañana a la marquesa de Rochefide y a Conti, que sin duda la acompaña —dijo Claudio al término de la velada—. Cuando salí de Croisic, los marinos habían avistado un pequeño navío danés, sueco o noruego.

Esta frase tiñó de púrpura las mejillas de la impasible Camilo. Aquella noche la señora Du Guénic tuvo que esperar hasta la una de la madrugada a su hijo, sin poder comprender qué es lo que podía hacer en Las Touches si Felicidad no le amaba.

—Tiene que estorbarles —se decía la adorable madre—. ¿Pero de qué habéis hablado tanto? —le preguntó al verle entrar.

—¡Oh, madre mía! Nunca había pasado una velada tan deliciosa. El genio es una cosa bien grande y sublime... ¿Por qué no me has dado genio? Con genio se debe poder escoger entre las mujeres aquella a quien se ama: seguramente te pertenecerá.

—Pero tú eres guapo, Calixto.

—La hermosura sólo cuadra bien en vosotras. Además, Claudio Vignon es guapo.

Los hombres de genio tienen frentes luminosas, ojos de donde brotan relámpagos; y yo, desdichado, yo no sé más que amar.

—Se dice que con eso hay bastante, ángel mío —le dijo besándole en la frente.

—¿Es eso cierto?

—Me lo han dicho; yo no lo he probado nunca.

Ahora es cuando Calixto besó tiernamente la mano de su madre.

—Yo te amaré por todos aquellos que te hubieran adorado —dijo.

—Niño querido, estás obligado a ello; has heredado todos mis sentimientos. No seas, por tanto, imprudente: trata de amar a mujeres nobles si es preciso que ames.

XI

PRIMERA ENTREVISTA

¿Cuál sería el hombre lleno de amor desbordante y de vida retenida que no hubiera tenido la idea victoriosa de ir a Croisic a ver desembarcar a la señora Rochefide, a fin de conocerla de incógnito? Calixto sorprendió grandemente a sus padres, que nada sabían de la llegada de la bella marquesa, al verlo salir muy de mañana sin querer desayunar. ¡Sólo Dios sabe con qué ligereza el bretón movía los pies! Parecía que una fuerza misteriosa le ayudaba. Al pasar junto a Las Touches se pegó al muro para no ser visto. Aquel adorable niño tenía vergüenza de su ardor y un temor horrible de provocar burlas: ¡Felicidad y Claudio Vignon eran tan perspicaces! Además, en casos como éste los jóvenes imaginan tener la frente transparente. Siguió las revueltas del camino a través del dédalo de las marismas saladas, llegó a los arenales y los atravesó como en un vuelo, pese al ardor del sol que allí rebrillaba. Llegó a la orilla de la ría, defendida por un dique, al pie del cual hay una casa donde los viajeros encuentran un abrigo contra las tempestades, los vientos del mar, la lluvia y los huracanes. No siempre es posible atravesar el pequeño brazo de mar, pues no siempre se encuentran barcas, y mientras llegan al puerto, es con frecuencia conveniente tener a cubierto los caballos, los asnos, las mercancías o los equipajes de los viajeros.

Desde allí se divisa el mar abierto y el pueblo de Croisic; pronto vio Calixto llegar dos barcas llenas de efectos, paquetes, baúles, sacos de noche y cajas cuya forma y disposición anunciaron a los naturales del país cosas extraordinarias que sólo podían pertenecer a viajeros distinguidos. En una de las barcas venía una joven con sombrero de paja y velo verde, acompañada de un hombre. Su barca abordó a la primera. Calixto se estremeció: pero, por su aspecto, reconoció en ellos a un criado y una camarera, a los que no osó preguntar.

—¿Viene usted a Croisic, señor Calixto? —preguntaron los marineros, que le conocían y a los que con un movimiento de cabeza contestó negativamente, muy avergonzado de haberse oído nombrar.

Calixto se alegró a la vista de una caja cubierta con un hule, sobre la cual se leía: «Señora marquesa de Rochefide». Este nombre brilló a sus ojos como un talismán, notó en él algo de fatal; sabía, sin poderlo dudar, que amaría a aquella mujer; las más pequeñas cosas que le concernían ya le intrigaban, excitaban su curiosidad. ¿Por qué? En el ardiente desierto de sus deseos infinitos y sin objeto, ¿no manda la juventud todas las fuerzas sobre la primera mujer que se le presenta? Beatriz era la heredera del amor que había desdeñado Camilo. Calixto estuvo contemplando cómo se hacía el desembarco, echando de cuando en cuando una mirada a Croisic, con la esperanza de divisar una barca que salía del puerto y se acercaba al pequeño promontorio en que rugía el mar mostrándole aquella Beatriz que había llegado a ser en su pensamiento lo

que Beatriz fue para Dante, una eterna estatua de mármol de cuyas manos colgaría flores y coronas. Estaba con los brazos cruzados, sumido en las meditaciones de la espera. Un hecho digno de notar, y que sin embargo no ha sido percibido en absoluto, es cómo nosotros sometemos muchas veces nuestros sentimientos a la voluntad, cómo nos comprometemos con nosotros mismos y creamos así nuestra suerte: la casualidad no tiene en ella tan gran parte como creemos.

—No veo ningún caballo —dijo la camarera sentada sobre una maleta.

—Ni yo tampoco veo camino practicable —dijo el criado.

—Sin embargo, por aquí pasaron caballos —dijo la camarera mostrando las pruebas de su presencia; y añadió, dirigiéndose a Calixto—: Señor, ¿es éste el camino que lleva a Guérande?

—Sí; ¿qué es lo que usted espera?

—Se nos dijo que vendrían a buscarnos de casa de Las Touches. Si tardan, no sé cómo podrá vestirse la señora marquesa —dijo al criado—. Usted debía ir a casa de la señorita De las Touches. ¡Que país de salvajes!

Calixto tuvo una vaga sospecha de la falsedad de su situación.

—¿Su señora va entonces a Las Touches? —preguntó.

—La señorita vino esta mañana a las siete a buscarla. ¡Ah!, ya llegan los caballos.

Calixto se precipitó hacia Guérande con la velocidad y la ligereza de un corzo, dando un esguince de liebre para no ser reconocido por la servidumbre de Las Touches; pero se encontró con dos criados en el estrecho camino de las marismas por donde pasó.

«¿Entraré?... ¿No entraré?», pensaba al ver balancearse los pinos de Las Touches.

Tuvo miedo, y volvió cabizbajo y contrito a Guérande; se puso a pasear por la alameda, reanudando sus deliberaciones. Temblaba al mirar Las Touches, contemplando las veletas.

«Ella no puede imaginar mi agitación», se decía; sus pensamientos caprichosos eran otros tantos garfios que se hundían en su corazón y en él clavaban a la marquesa. Calixto no había sufrido esos terrores y esas alegrías con Camilo; la encontró por primera vez a caballo, y su deseo nació como a la vista de una hermosa flor que quisiera coger. Tales incertidumbres son como poemas compuestos por las almas tímidas. Caldeadas por las primeras llamas de la imaginación, esas almas se elevan, se exaltan, amenguan para animarse otra vez, y llegan en medio del silencio y la soledad al más alto grado del amor antes de haber abordado el objeto de tantas ansias. Calixto descubrió a lo lejos en la alameda al caballero Du Haiga que se paseaba con la señorita De Pen-Hoël, oyó pronunciar su nombre y se ocultó. El caballero y la dama, creyéndose solos en la alameda, hablaban en alta voz.

—Pues si Carlota de Kergarouët viene —decía el caballero—, téngala aquí tres o cuatro meses. ¿Cómo quiere que se muestre atractiva con Calixto? Nunca está aquí tiempo suficiente para cautivarlo; mientras que si se ven a diario, los dos chicos acabarán por enamorarse y usted los casará el próximo invierno. Sólo con que usted

diga dos palabras acerca de sus intenciones a Carlota, ésta en seguida le dirá más de cuatro a Calixto, y seguro que una chica de dieciséis años dará buena cuenta de una mujer de cuarenta y tantos.

Los dos personajes dieron media vuelta para volver sobre sus pasos: Calixto no oyó nada más, pero había penetrado las miras de la señorita De Pen-Hoël. En la situación de alma en que se encontraba, nada podía serle más fatal. ¿Cómo se puede imponer a un joven que acepte en matrimonio a una muchacha en medio de las esperanzas de otro amor que alborea? Calixto, para quien era indiferente Carlota de Kergarouët, se sintió inmediatamente dispuesto a repelerla: Acostumbrado desde su infancia a la mediocridad de vida de la casa paterna, era inaccesible a las consideraciones de fortuna y, además, ignoraba las riquezas de la señorita De Pen-Hoël al verla llevar una vida tan pobre como la de los Guénic. Por último, un joven elevado, como él era, no debía de hacer caso más que a sus sentimientos, y el pensamiento entero lo tenía puesto en la marquesa. Ante el retrato que le había dibujado Camilo, ¿qué significaba la pequeña Carlota, la compañera de su infancia, a la que trataba como a una hermana? No apareció por casa hasta las cinco. Cuando entró en la sala, su madre, con triste sonrisa, le tendió una carta de la señorita De las Touches:

«Mi querido Calixto: la bella marquesa de Rochefide ha venido; contamos con usted para festejar su llegada. Claudio, siempre burlón, asegura que usted será *Bice* y ella *Dante*. Está empeñado el honor de Bretaña y de los Guénic en recibir como se merece a una Casteran. Hasta pronto, por tanto.

»Su amigo

»CAMILO MAUPIN.

»Venga sin ceremonias, tal como esté. De otro modo resultaríamos ridículos.»

Calixto enseñó la carta a su madre y partió.

—¿Quiénes son los Casteran? —preguntó ella al barón.

—Una vieja familia de Normandía, aliada de Guillermo el Conquistador —contestó él—. Llevan, *terciado en faja de azur, gules y sable, un caballo en oro*. La hermosa criatura por quien Le Gars se hizo matar en Fougères, en 1800, era hija de una Casteran, que se hizo religiosa en Sèez y llegó a abadesa después de haber sido abandonada por el duque de Verneuil.

—¿Y los Rochefide?

—No conozco ese nombre; tendría que ver su blasón.

La baronesa quedó un poco menos inquieta al saber que la marquesa Beatriz de Rochefide pertenecía a un viejo linaje; pero no por eso dejó de experimentar cierto temor al imaginar a su hijo expuesto a nuevas seducciones.

A Calixto lo asaltaban mientras andaba sentimientos a la vez violentos y dulces;

notaba la garganta como apretada, el corazón repleto, el cerebro trastornado. La fiebre lo devoraba. Quería refrenar la marcha, pero una fuerza superior le impulsaba hacia adelante. Esta impetuosidad de los sentimientos, excitada por una vaga esperanza, todos los jóvenes la han conocido: un fuego sutil arde en su interior e irradia a su alrededor, como esos nimbos pintados en torno a los personajes divinos, en los cuadros religiosos, y a través de ellos ven la naturaleza encendida y la mujer radiante. ¿Acaso no están ellos, como los santos, llenos de fe, esperanza, ardor y pureza? El joven bretón halló la reunión en la pequeña salita del departamento de Camilo. Eran en aquel momento las seis: el sol poniente derramaba por la ventana sus rayos rojizos, rotos por los árboles; el aire estaba en calma y reinaba en la sala esa penumbra que a las mujeres tanto gusta.

—Aquí está la representación de Bretaña —dijo sonriendo Camilo Maupin a su amiga mostrándole a Calixto cuando éste levantó la cortina de la puerta—. Es exacto como un rey.

—¿Lo había usted reconocido por los pasos? —dijo Claudio Vignon a la señorita De las Touches.

Calixto se inclinó ante la marquesa, que le saludó con un movimiento de cabeza; él no la miró siquiera. Cogió la mano que le tendió Claudio Vignon y la estrechó.

—He aquí al grande hombre de quien tanto hemos hablado, Genaro Conti —le dijo Camilo sin contestar a Vignon.

Y mostró a Calixto un hombre de mediana talla, endeble y delgado, de cabellos castaños, ojos casi rojos, de tez blanca y marcada con manchas rojizas, con una cabeza tan igual a la de lord Byron, que la pintura resultaría superflua. Conti estaba muy orgulloso de este parecido.

—Estoy encantado de ver al señor en este día que paso en Las Touches —dijo Genaro.

—Eso mismo he de decir yo de usted —contestó Calixto con mucha soltura.

—Es bello como un ángel —dijo la marquesa a Felicidad.

Colocado entre el diván y las dos mujeres, Calixto oyó confusamente estas palabras, aunque fueron murmuradas al oído. Se sentó en un sillón y echó al descuido algunas miradas a la marquesa. En el dulce resplandor del ocaso vio entonces, recostada en el diván como si algún escultor la hubiese puesto allí, una forma blanca y serpentina que le causó vértigos. Sin saberlo, Felicidad, con su descripción, favoreció a su amiga. Beatriz era superior al retrato poco halagüeño que la víspera le trazó Camilo. ¿Acaso no sería en atención al invitado por lo que Beatriz había adornado su regia cabellera con ramilletes de florecillas azules, que resaltaban el tono pálido de sus bucles, dispuestos para componer su figura en tirabuzones que caían por sus mejillas? La órbita de los ojos, ojerosa por la fatiga, semejava el nácar más puro, más irisado, y su color tenía el brillo de sus ojos. Bajo la blancura de su piel, fina como la película satinada de un huevo, la vida latía en las venas azuladas. La delicadeza de los trazos era inaudita. La frente parecía ser diáfana. La cabeza, suave y

dulce, admirable mente colocada sobre un largo cuello de maravilloso diseño, se prestaba a las expresiones más diversas. El talle, que se podría abarcar con las manos, se movía con una lánguida ondulación hechizante. El busto, hábilmente resaltado, aunque cubierto con un *fichú* claro, dejaba percibir dos contornos de una exquisita sobriedad. Los hombros descubiertos destacaban en la sombra como una camelia en una cabellera negra. El vestido de muselina blanca sembrado de flores azules, las amplias mangas, el corpiño apuntado y sin cinturón, los zapatos de tacón, abrochados sobre medias de hilo de Escocia, denotaban una admirable ciencia de la *toilette*. Unos pendientes en filigrana de plata, milagro de la orfebrería genovesa que sin duda iban a ponerse de moda, estaban perfectamente en armonía con el rubio desvaído de aquella cabellera estrellada de flores. En una sola ojeada, la mirada ávida de Calixto captó estas bellezas y las grabó en su alma. La rubia Beatriz y la morena Felicidad ofrecían esos contrastes de *keepsake* tan rebuscados por los grabadores y los dibujantes ingleses. Eran la fuerza y la debilidad de la mujer en todo su apogeo, una perfecta antítesis. Aquellas mujeres jamás podían ser rivales; cada una tenía su imperio. Eran una delicada azucena o una flor de lis junto a un suntuoso y brillante clavel rojo, una turquesa al lado de un rubí. En un instante Calixto se sintió poseído de un amor que coronó la obra secreta de sus esperanzas, temores e incertidumbres. La señorita De las Touches había despertado sus sentidos. Beatriz le inflamaba el corazón y el pensamiento. El joven bretón sintió elevarse dentro de sí una fuerza capaz de vencerlo todo, de no despertar nada. Así lanzó sobre Conti la mirada cargada de envidia, odio, rencor y despecho de la rivalidad, que nunca tuvo para Claudio Vignon. Calixto empleó toda su energía en procurar contenerse, aunque pensando en sus adentros que los turcos tenían razón al encerrar a sus mujeres y que debía estarles prohibido a tan bellas criaturas mostrarse con su excitante coquetería ante jóvenes abrasados de amor. Este fogoso huracán se amansó en cuanto los ojos de Beatriz se posaron en él y su dulce voz se dejó oír. Sonó la hora de ir a cenar.

—Calixto, dé el brazo a la marquesa —dijo la señorita De las Touches poniendo a Conti a su derecha, Vignon a su izquierda y apartándose para dejar pasar a la joven pareja.

Descender de este modo la vieja escalera de la mansión de Las Touches era para Calixto como librar una primera batalla: el corazón le fallaba, no encontraba palabras que pronunciar, el sudor perlaba su frente y le bañaba la espalda; su brazo temblaba tanto, que en el último peldaño la marquesa le dijo:

—¿Qué le pasa a usted?

Y él contestó con voz estrangulada:

—Pues que jamás había visto yo una mujer tan hermosa como usted, salvo mi madre, y no soy dueño de mis emociones.

—¿Pero no tiene aquí a Camilo Maupin?

—¡Oh, qué diferencia! —exclamó ingenuamente Calixto.

—Bien, Calixto —le susurró Felicidad al oído—. ¡Cuando yo le decía que usted

me olvidaría como si no hubiera existido! Póngase allá, cerca de ella, a su derecha, y Vignon a su izquierda. A ti, Genaro, te guardo para mí —añadió riendo—. Nosotros vigilaremos sus coqueterías.

El acento singular que puso Camilo en estas palabras hirió a Claudio, que le dirigió una mirada solapada y como distraída que en él envolvía una observación atenta. No cesó de examinar a la señorita De las Touches durante toda la cena.

—No me faltan motivos para mostrarme ufana —dijo la marquesa quitándose los guantes y mostrando sus magníficas manos—. A un lado —añadió señalando a Claudio—, tengo a un poeta y al otro la poesía.

Genaro Conti dirigió a Calixto una mirada llena de lisonjas. A la luz de las lámparas, Beatriz apareció aún más hermosa que antes. La blanca claridad de las bujías producía satinados reflejos en su frente, encendía como brillantes lentejuelas sus ojos de gacela y traspasaba sus bucles sedosos, haciendo resplandecer algunas hebras de oro. Dejó caer su *écharpe* de gasa con gracioso gesto y descubrió el cuello. Calixto vio entonces una nuca delicada y blanca como la leche, ahuecada por un surco vigoroso que se separaba en dos ondas desvanecidas hacia cada hombro con una mórbida y armoniosa simetría. Estas mutaciones en su aspecto que se permiten las mujeres causan poco efecto entre la gente de mundo, cuyas miradas ya están extenuadas, pero provocan crueles conmociones en las almas nuevas como era la de Calixto. Aquel cuello, tan dispar del de Camilo, denotaba en Beatriz otro carácter muy distinto. Se reconocían en él el orgullo de raza, una tenacidad propia de la nobleza y un algo de indefinible dureza en la doble nervadura, que tal vez sea el último vestigio de la fuerza de los antiguos conquistadores.

Calixto padeció mil penas esforzándose en aparentar que comía: experimentaba un desasosiego nervioso que le quitaba el apetito. Como en todos los jóvenes, su naturaleza era presa de las convulsiones que preceden al primer amor y lo graban tan profundamente en el alma. A esa edad el ardor del corazón, contenido por el ardor moral, desencadena un combate interior que explican las prolongadas dudas respetuosas, las profundas meditaciones de ternura, la ausencia de todo cálculo, atractivos particulares de los jóvenes cuyo corazón y vida son puros. Mientras estudiaba, aunque disimuladamente, para no despertar las sospechas celosas de Genaro, los detalles que hacían a la marquesa tan noblemente bella, Calixto se vio en seguida oprimido por la majestad de la mujer amada: se sintió empequeñecido ante la altivez de ciertas miradas, la expresión imponente de aquel rostro que desbordaba sentimientos aristocráticos, por un cierto orgullo que las mujeres revelan con ligeros movimientos, con actitudes de la cabeza, con admirable solemnidad de los gestos, y que son efectos menos plásticos, menos estudiados de lo que se cree. Estos hechiceros detalles de su cambiante fisonomía corresponden a las delicadezas, a las mil agitaciones de su alma. En cada una de esas expresiones se refleja un sentimiento. La falsa situación en que se hallaba Beatriz la obligaba a vigilarse a sí misma, a mostrarse imponente sin caer en el ridículo, y las mujeres del gran mundo saben todas

alcanzar ese fin, escollo para las mujeres vulgares.

En las miradas de Felicidad adivinó Beatriz la adoración interior que inspiraba a su vecino y que era indigno de ella enardecerla; le dirigió, por tanto, en ocasiones oportunas, una o dos miradas represivas que cayeron sobre él como aludes de nieve. El cuitado se quejó a la señorita De las Touches con una mirada en que se traslucían las lágrimas guardadas en su corazón con una energía sobrehumana, y Felicidad le preguntó, con voz afectuosa, por qué no comía. Calixto, obediente, empezó a engullir y aparentó interesarse por la conversación. Pero le martilleaba en el cerebro la idea de parecer importuno en vez de agradar. Acabó de hundirle en la mayor vergüenza descubrir detrás del sillón de la marquesa al criado que había visto por la mañana en el desembarcadero y que, sin duda, habría comentado su curiosidad. Contrito o dichoso, la señora De Rochefide no prestó la menor atención a su vecino. La señorita De las Touches abordó el tema del viaje a Italia y ella encontró ocasión de contar con mucho donaire la pasión fulminante con que la había distinguido un diplomático ruso en Florencia, riéndose de los jovenzuelos que se arrojan sobre las mujeres como saltamontes sobre las verduras. Provocó las risas de Claudio Vignon, de Genaro, de la misma Felicidad, aunque aquellos rasgos irónicos traspasaran el corazón de Calixto, quien, a través del zumbido que resonaba en sus oídos y en su cerebro, no percibía más que las palabras sueltas. El pobre chico no se juraba a sí mismo, como ciertos testarudos, el conseguir a aquella mujer por encima de todo; no, él no sentía cólera; sufría simplemente. Cuando descubrió en Beatriz la intención de inmolarlo a los pies de Genaro, se dijo: «¡Que le sirva yo para algo!», y se dejó maltratar con mansedumbre de cordero.

—Y usted, que tanto admira la poesía —dijo Claudio Vignon a la marquesa—, ¿cómo es que la acoge tan mal? Esas ingenuas admiraciones, tan bonitas en su expresión, sin miras ocultas, con una total entrega, ¿no son la poseía del corazón? Confiéselo, les dejan un sentimiento de placer y de bienestar.

—Cierto —dijo ella—; pero seríamos nosotras muy infortunadas y muy indignas si cediéramos a las pasiones que inspiramos.

—Si ustedes no eligiesen —dijo Conti—, no estaríamos nosotros tan orgullosos de ser amados.

«¿Y cuándo me veré yo elegido y distinguido por una mujer?», se preguntó Calixto, que difícilmente reprimió la emoción cruel que le embargaba.

Enrojeció entonces como un enfermo a quien un dedo lastima por descuido en su herida. La señorita De las Touches se inmutó por la expresión que se pintaba en la cara de Calixto y trató de consolarlo con una mirada llena de simpatía. Claudio Vignon sorprendió aquella mirada. Desde ese instante el escritor mostró una alegría que expandía en sarcasmos: sostuvo con Beatriz que el amor sólo existía en el deseo, que la mayor parte de las mujeres se equivocaban al amar, que aman por razones casi siempre desconocidas de los hombres y de ellas mismas, que a veces quieren deliberadamente equivocarse, que aun la más noble de todas resulta artificiosa.

—Ocúpese de los libros; no someta a crítica nuestros sentimientos —le dijo Camilo con una mirada imperiosa.

La cena dejó de ser alegre. Las ocurrencias de Claudio Vignon dejaron pensativas a las dos mujeres. Calixto sentía un sufrimiento horrible en medio de la felicidad que le causaba la visión de Beatriz. Conti trataba de adivinar los pensamientos de Beatriz en sus ojos. Cuando la cena acabó, la señorita De las Touches tomó del brazo a Calixto, dejó los otros dos hombres a la marquesa y esperó a que se adelantaran para poder decir al joven bretón:

—Querido niño, si la marquesa le ama, echará por la ventana a Conti; pero se está usted conduciendo como para estrechar más sus lazos. Aunque ella se sintiese arrebatada por su adoración, ¿iba a demostrarlo? Repórtese usted.

—Ha estado muy dura conmigo; no me amaré —dijo Calixto—, y si ella no me ama, yo moriré.

—¡Morir!... ¿Usted, mi querido Calixto?... Es usted un niño. ¿Entonces no se moriría... por mí?

—Usted es mi amiga —contestó él.

XII LOS DOS AMORES

Tras las charlas que suscita siempre el café, Vignon rogó a Conti que cantara una pieza. La señorita De las Touches se sentó al piano. Camilo y Genaro cantaron el *Dunque il mio bene tu mia sarai*, el último de *Romeo y Julieta*, de Zingarelli, una de las páginas más patéticas de la música moderna. El pasaje *Di tanti palpiti* expresa el amor en toda su grandeza. Calixto, sentado en el sillón en que Felicidad le había contado la historia de la marquesa, oía religiosamente. Beatriz y Vignon estaban a cada lado del piano. La voz sublime de Conti sabía casar con la de Felicidad. Ambos habían cantado muchas veces este trozo, dominaban todos sus efectos y se entendían a maravilla para hacerlos valer. Fue aquella interpretación exactamente lo que el músico quiso crear, un poema de melancolía divina, el adiós de dos cisnes a la vida. Cuando el dúo terminó, todos se sentían presa de sensaciones que no se pueden traducir en vulgares aplausos.

—¡Ah, la música es la reina de las artes! —exclamó la marquesa.

—Camilo coloca delante la juventud y la belleza, la primera de todas las poesías —dijo Claudio Vignon.

La señorita De las Touches miró a Claudio disimulando una vaga inquietud. Beatriz, al no ver a Calixto, volvió la cabeza para advertir el efecto que aquella música le causaba, menos por interés hacia él que por satisfacción de Conti: vio bajo la ventana un rostro pálido cubierto de gruesas lágrimas. Ante esto, como si un vivo dolor la hiriese, tomó la vista a Genaro. La música no sólo se había alzado ante Calixto: lo había tocado con su varita divina, lo había arrebatado en su creación, despojándose de sus velos; pero sobre todo estaba aturdido por el genio de Conti. Pese a lo que Camilo Maupin le había contado sobre su carácter, él lo creía entonces un alma hermosa, un corazón lleno de amor. Su canto penetraba en el alma como otra alma. El pobre chico estaba tan abrumado por la poesía como por la desesperación: ¿Cómo luchar con semejante artista? ¿Cómo una mujer iba a dejar de adorarlo? ¡Se veía tan poca cosa! Esta acusación ingenua de su insignificancia brotaba mezclada a su admiración. No se apercibió del ademán de Beatriz, que, atraída hacia Calixto por el contagio de los sentimientos sinceros, lo mostró con un gesto a la señorita De las Touches.

—¡Oh, corazón adorable! —dijo Felicidad—. Conti, jamás recogerá usted aplausos que valgan lo que el homenaje de este chico. Cantemos ahora un trío. ¡Beatriz, querida, venga acá!

Cuando Beatriz, Camilo y Conti se pusieron al piano, Calixto se levantó sin darse cuenta de lo que hacía, se fue el dormitorio, cuya puerta estaba abierta, y se echó sobre uno de los sofás, hundido en su desesperación.

—¿Qué tiene usted, amigo mío? —le dijo Claudio Vignon, que se colocó

silenciosamente tras Calixto y le tomó la mano—. Que ama y se cree desdeñado; pero no hay nada de esto. Dentro de pocos días tendrá usted aquí el campo libre y remarará a sus anchas; y se verá amado por más de una persona; en fin, que si se sabe conducir bien, estará aquí como un sultán.

—¡Qué me dice usted! —exclamó Calixto levantándose y llevándose con un gesto a Claudio a la biblioteca—. ¿Pues quién me ama aquí?

—Camilo —contestó Claudio.

—¡Amarme Camilo! ¿Y usted, entonces?...

—Yo —siguió Claudio—, yo...

Y no dijo más. Se sentó y con profunda melancolía reclinó la cabeza en un cojín.

—Yo estoy aburrido de la vida y no tengo valor para dejarla —dijo tras irnos momentos de silencio—. Quisiera estar equivocado en lo que acabo de decirle; pero desde hace unos días lo veo con perfecta claridad. ¡No me he ido a pasear sobre mi propia alma por las rocas de Croisic por puro gusto! El amargor de mis palabras, a mi regreso, cuando le sorprendí charlando con Camilo, tenía su fuente en mi amor propio herido. Pienso explicarme en seguida con Camilo. Dos espíritus tan clarividentes como el suyo y el mío no podrán equivocarse. Entre dos duelistas de profesión, la lucha no puede ser larga. Así, puedo adelantarle el anuncio de mi marcha. Sí, abandonaré Las Touches, tal vez mañana, en unión de Conti. Seguro que cuando no estemos aquí pasarán cosas extrañas, a lo mejor terribles, y sentiré no asistir a esos debates de la pasión, tan raros en Francia y tan dramáticos. Usted es bien joven para esa lucha peligrosa: me interesa. Si no fuera por el disgusto que me causan las mujeres, me quedaría para ayudarle a jugar esta partida: es difícil y puede perderla; tiene que habérselas con dos mujeres extraordinarias, y usted está ya demasiado enamorado de una para servirse de la otra. El carácter de Beatriz debe poseer obstinación, y Camilo tiene grandeza. A lo mejor, como cosa débil y delicada, queda usted tronzado entre esos dos escollos, arrastrado por los torrentes de la pasión. Ande con cuidado.

La estupefacción de Calixto al oír estas palabras permitió a Claudio Vignon decirles y dejar al joven bretón, que quedó como un viajero a quien, en los Alpes, un guía le demuestra la profundidad de un abismo lanzando en él una piedra. ¡Saber de boca de Claudio que él, Calixto, era objeto del amor de Camilo, en el momento en que empezaba a sentirse enamorado de Beatriz para toda la vida! Había en esta situación una carga demasiado fuerte para un alma joven tan ingenua. Oprimido por una inmensa pena que lo abrumaba en el pasado, con el presente muerto por la dificultad de su posición entre Beatriz, a quien amaba, y Camilo, a quien no quería, pero de quien era amado según Claudio, estaba perplejo, perdido en sus pensamientos. Trataba inútilmente de descubrir las razones que pudo tener Felicidad para rechazar su amor y correr a París en busca de Claudio Vignon. La voz de Beatriz empezó a llegar, pura y fresca, a sus oídos, provocándole las violentas emociones que quiso evitar abandonando la salita. Varias veces le pareció imposible no sentirse

dueño de reprimir una feroz ansia de arrebatarla y llevársela consigo. ¿Qué iba a suceder? ¿Volvería él a Las Touches? Sabiéndose amado de Camilo, ¿cómo podría abandonar a Beatriz? Insensiblemente, el silencio reinó en la casa. Oyó, sin prestar atención, el ruido de varias puertas al cerrarse. Luego, de pronto, contó las doce campanadas de la medianoche en el reloj del cuarto inmediato, en el que las voces de Camilo y Claudio le despertaron de la entumecida contemplación de su porvenir, en el que brillaba una luz en medio de tinieblas. Antes de que él se presentara pudo oír las terribles palabras pronunciadas por Vignon:

—Usted llegó a París perdidamente enamorada de Calixto; pero se sentía aterrada por las consecuencias de tal pasión a su edad; ¡la llevaba a un abismo, a un infierno, al suicidio tal vez! El amor sólo puede subsistir creyéndose eterno y usted se sabía en la vida a pocos pasos de una separación horrible: el hastío y la vejez terminan súbitamente un poema sublime. Usted se acordó de *Adolfo*, atroz desenlace de los amores de la señora de Staël y Benjamín Constant, los cuales, sin embargo, estaban más proporcionados en edad de lo que está usted con Calixto. Usted me tomó entonces como un saco terrero para resguardarse del enemigo. Porque si usted quiso traerme a las Touches, ¿no sería para pasarse los días en la adoración secreta de su dios? Para realizar su plan, innoble y sublime a la vez, debía haber buscado un hombre vulgar u otro tan preocupado en sus altos pensamientos que pudiera ser fácilmente engañado. Usted me ha creído un simple o fácil de manejar como suelen ser los hombres de genio; pero parece ser que yo soy solamente un hombre de ingenio: le he calado las intenciones. Cuando ayer le hacía el elogio de las mujeres de su edad, explicándole por qué Calixto la amaba, ¿se cree que tomé por mías sus miradas conmovidas, brillantes, encantadoras? ¿Es que acaso no había yo leído en su alma?

Los ojos me miraban a mí, pero el corazón latía por Calixto. Usted jamás ha sido amada, mi pobre Maupin, y ya no lo será nunca, luego de rechazar el hermoso fruto que la suerte le ofreció a las puertas del infierno de las mujeres, que giran los goznes puestos por la cifra 50.

—¿Y por qué entonces el amor me huyó siempre? —dijo ella con voz alterada—. ¡Dígamelo, usted que todo lo sabe!...

—Porque usted no es amable, porque no se doblega al amor, sino que él debe doblegarse a usted; podrá entregarse a las malicias y a los gozos de los golfos, pero carecerá su corazón de la ingenuidad de la niñez; hay demasiada profundidad en su alma, que en usted no ha sido jamás sencilla, y no va a empezar ahora a serlo. Su gracia proviene del misterio, es abstracta y no activa. Por último, su fuerza aleja a las personas muy fuertes, que prevén una lucha. Su potencia puede agrandar a las almas jóvenes que, como la de Calixto, ansían verse protegidas; pero, a la larga, fatiga. Usted es grande y sublime y habrá de padecer los inconvenientes de estas dos cualidades: aburren.

—¡Qué sentencia!... —exclamó Camilo—. ¿Acaso no podré ser mujer?... ¿Soy

un monstruo?

—Tal vez —dijo Claudio.

—¡Lo veremos! —exclamó la mujer, herida en lo vivo.

—Adiós, querida; mañana me marchó. No la quiero mal, Camilo; me parece la más grande de las mujeres; pero si siguiera sirviéndole de biombo o pantalla —dijo Claudio con intencionadas inflexiones de voz— me despreciaría de manera singular. Podemos separarnos sin pena ni remordimientos: no tenemos ni dichas que añorar ni esperanzas frustradas. Para usted, como para algunos hombres de genio muy raros, el amor no es lo que la naturaleza ha dispuesto: una necesidad imperiosa, a cuya satisfacción acompañan vivos, aunque fugaces placeres, y que se extingue; usted lo ve tal como lo ha creado el cristianismo: un reino ideal, lleno de nobles sentimientos, de grandes fatigas, de poesía, de sensaciones espirituales, de abnegaciones, de flores morales, de armonías seductoras, y situado muy por encima de las groseras vulgaridades, donde llegan dos criaturas reunidas en un ángel, elevadas por las alas del placer. Eso es lo que yo esperaba: creía apoderarme de una de las llaves que nos abren la puerta cerrada para tantas gentes y por donde uno se lanza al infinito. ¡Usted ya estaba allí!... Así que me ha engañado. Vuelvo a la miseria, en mi vasta prisión de París. Me hubiera bastado este desengaño en los comienzos de mi carrera para hacerme huir de las mujeres; hoy me causa en el alma un desencanto que me hunde para siempre en una soledad espantosa, en la que me hallaré sin la fe que *ayudaba* a los monjes a poblarla de imágenes sagradas. Ved ahí, mi querida Camilo, adonde nos lleva la superioridad del espíritu: ambos podemos cantar el dúo terrible que un poeta pone en boca de Moisés dirigiéndose a Dios:

«¡Señor, me habéis hecho poderoso y solitario!»

En aquel momento Calixto apareció.

—No debo ocultarles que yo estaba aquí —dijo.

La señorita De las Touches expresó la impresión más viva: un rubor súbito coloreó su faz impasible hasta darle la coloración del fuego. Durante toda esta escena estuvo más hermosa que en ningún otro momento de su vida.

—Creíamos que se había marchado —dijo Claudio—, pero esta indiscreción involuntaria por ambas partes no ofrece riesgo alguno: tal vez se halle usted más a gusto en Las Touches conociendo a Felicidad tal como es. Su silencio demuestra que no me había equivocado acerca del papel que me destinaba. Le ama a usted, como ya se lo había dicho, pero le ama por usted y no por ella, sentimiento que pocas mujeres son capaces de concebir y de aceptar: pocas de ellas conocen la voluptuosidad de los sufrimientos sostenidos por el deseo, que es una de las magníficas pasiones reservadas a los hombres, ¡aunque ella es un poco hombre! —añadió ironizando—. Su pasión hacia Beatriz le causará a la vez dolor y placer.

Las lágrimas brotaron de los ojos de la señorita De las Touches, que no osaba

mirar ni al terrible Claudio Vignon ni al ingenuo Calixto. Estaba anonadada al verse comprendida; no creía posible que un hombre, por grande que fuese su perspicacia, alcanzara a adivinar una sutileza tan cruel, un heroísmo tan elevado como el suyo. Al verla tan humillada de sentir sus grandezas al desnudo, Calixto participó de la emoción de aquella mujer, a la que había puesto tan alto y ahora contemplaba tan abatida. Con un movimiento irresistible, Calixto se lanzó a los pies de Camilo y se puso a besarle las manos, ocultando en ellas su rostro bañado en llanto.

—Claudio —dijo ella—, no me abandone. ¿Qué va a ser de mí?

—¿Y qué es lo que teme? —contestó el crítico—. Calixto ya ama a la marquesa como un loco. Seguro que usted nunca hallaría una barrera más segura entre él y usted como este amor excitado por usted misma. Esa pasión me complace. Ayer aún había peligro para usted y para él; pero a partir de hoy todo en usted será felicidad maternal —dijo con una mirada sarcástica—. Usted quedará orgullosa de sus triunfos.

La señorita De las Touches miró a Calixto, que al oír las últimas palabras levantó la cabeza con brusco movimiento. Claudio Vignon, como única venganza, gozaba contemplando la confusión de Calixto y Felicidad.

—Usted lo empujó hacia la señora De Rochefide —siguió Vignon— y ahora está bajo sus hechizos. Ha cavado su misma tumba. Si hubiese confiado en mí, habría evitado las desgracias que la esperan.

—¡Desgracias! —exclamó Camilo Maupin tomando la cabeza de Calixto, elevándola hasta ella y besándola en los cabellos, que regó con abundantes lágrimas—. ¡No, Calixto! ¡Olvide todo lo que acaba de oír y no me hable de ello jamás!

Se puso en pie, se irguió ante aquellos dos hombres y los aterró con los relámpagos que despidieron sus ojos, en los que brilló toda su alma:

—Mientras Claudio me hablaba concebí la hermosura, la grandeza de un amor sin esperanza. ¿No es éste acaso el único sentimiento que nos acerca a Dios? No me ame nunca, Calixto. ¡Yo le querré como ninguna otra mujer pueda hacerlo!

Fue como el grito más salvaje que jamás un águila herida lanzó en el aire. Claudio dobló una rodilla, tomó la mano de Felicidad y la besó.

—Separémonos, amigo mío —dijo la señorita De las Touches al joven—. Su madre estará inquieta.

Calixto regresó a Guérande con pasos lentos, volviéndose para ver la luz que brillaba en las ventanas del cuarto de Beatriz. A él mismo sorprendió sentir poca compasión por Camilo: casi la miraba con resentimiento por haberle quitado quince meses de felicidad. Luego sintió alguna vez los estremecimientos que Camilo acababa de causarle y las lágrimas que había dejado en sus cabellos, apenándose de su pena, creyendo oír los gemidos que seguramente estaría lanzando aquella gran mujer, tan deseada pocos días antes. Al abrir la puerta de la casa paterna, en la que reinaba el más profundo silencio, divisó a través de la ventana, a la luz de aquella lámpara de tan rústica hechura, a su madre trabajando mientras lo esperaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas ante aquella visión.

—¿Pues qué es lo que ha pasado? —preguntó Fanny, cuyo semblante expresaba una horrible inquietud.

Por toda respuesta, Calixto cogió a su madre entre sus brazos y la besó en las mejillas, en la frente, en el cabello, con una efusión apasionada de esas que conmueven a las madres y las penetran de las sutiles llamas de la vida que ellas han dado.

—Es a ti a quien yo quiero —dijo Calixto a su madre, casi avergonzada y ruborosa—. A ti, que no vives más que para mí y a quien quisiera hacer feliz.

—Pero tú no estás hoy en tus cabales, hijo mío —dijo la baronesa contemplando a su hijo—. ¿Qué es lo que te ha pasado?

—Camilo me ama y yo no la quiero.

La baronesa atrajo a sí a Calixto, le besó en la frente, y Calixto oyó en el silencio profundo de aquella vieja sala sombría y tapizada los golpes de una viva palpación del corazón de su madre. La irlandesa estaba celosa de Camilo y presentía la verdad. Aquella madre, durante sus veladas esperando el retomo del hijo, había ido penetrando la pasión de Felicidad: guiada por las luces de una meditación obstinada, había calado el corazón de aquella mujer y, sin podersele explicar, había imaginado en él una fantasía de maternidad. El relato que le hizo Calixto espantó a la sencilla e ingenua madre.

—Pues bien —dijo tras una pausa—, ama a la señora De Rochefide, que no me causará ninguna pena.

Beatriz no era libre y no descomponía ninguno de los proyectos ideados para la felicidad de Calixto, o así al menos lo suponía Fanny: vislumbraba una especie de nuera a querer y no otra madre rival que combatir.

—¡Pero Beatriz no me quiere! —se lamentó Calixto.

—Tal vez —contestó la baronesa con aire astuto—. ¿Pero no me dijiste que mañana ya iba a estar sola?

—Sí.

—¡Pues anda, hijo mío! —siguió la madre, ruborizándose—. Los celos están en el fondo de todos nuestros corazones, y un día yo no sabía hallarlos en el fondo del mío, porque nunca pensé que se me pudiese disputar el cariño de mi Calixto. Creía —siguió tras un suspiro— que el matrimonio sería para ti lo mismo que para mí. ¡Qué claridad has dado a mi alma desde hace dos meses! ¡Con qué reflejos se colorea tu amor tan natural, ángel mío! Pues anda, finge ahora amar a tu señorita De las Touches: la marquesa se sentirá celosa y la tendrás.

—¡Oh, madre buena! ¡Camilo nunca me hubiera dicho eso! —exclamó Calixto abrazando a su madre por la cintura y besándola en el cuello.

—Tú me haces bien perversa, mal hijo —contestó ella, dichosa al ver la radiante expresión de esperanza que iluminaba la cara de Calixto, el cual subió alegremente la escalera de la torrecilla.

TERCERA PARTE
LA RIVALIDAD

I
TRES MUJERES POR UNA

A la mañana siguiente, Calixto mandó a Gasselin que se pusiera de centinela en el camino de Guérande a Saint-Nazaire para vigilar el paso del coche de la señorita De las Touches y contar las personas que fueran en él.

Gasselin volvió cuando toda la familia estaba reunida en el desayuno.

—¿Qué es lo que ocurre? —dijo la señorita Du Guénic—. Gasselin corre como si hubiera fuego en Guérande.

—Será que atrapó al ratón —dijo Mariotte, que venía con el café, la leche y las tostadas.

—Viene del pueblo, no del huerto —contestó la señorita Du Guénic.

—Es que el ratón tenía el agujero detrás del muro, del lado de la plaza —dijo Mariotte.

—¡Señorito, eran cinco! Cuatro dentro y el cochero.

—¿Dos señoras en el fondo? —preguntó Calixto.

—Y dos caballeros delante —contestó Gasselin.

—Ensilla el caballo de mi padre, sal corriendo: llégate a Saint-Nazaire cuando el barco parta para Palmboeuf y, si los dos hombres se embarcan, vuelve a decírmelo a rienda suelta.

Gasselin salió.

—Nieto, ¡tienes el diablo metido en el cuerpo! —dijo la vieja Ceferina.

—Déjale que se divierta, hermana —contestó el barón—; estaba triste como un búho y mírale ahora alegre como un jilguero.

—¿Acaso le has dicho que llega nuestra querida Carlota? —preguntó la anciana volviéndose hacia su cuñada.

—No —contestó la baronesa.

—Pensé que querría correr a su encuentro —dijo maliciosamente la vieja señorita.

—Si Carlota está tres meses en casa de su tía, tendrá tiempo de sobra para verla —dijo la baronesa.

—¡Pero hermana!... ¿Qué es lo que ha sucedido desde ayer? Estabas muy contenta al saber que la señorita De Pen-Hoël iba esta mañana a buscar a su sobrina.

—Jacqueline quiere casarme con Carlota para arrancarme de la perdición, tía —

dijo Calixto riéndose, mientras cambiaba con su madre una mirada de inteligencia—. Estaba yo en la alameda cuando la señorita De Pen-Hoël hablaba de esto con el caballero Du Haiga. Pero ella no piensa que sería una perdición mucho mayor para mí el casarme a mi edad.

—Está escrito en lo alto —dijo la anciana interrumpiendo a Calixto— que yo no moriré tranquila ni dichosa. Hubiera querido ver nuestra familia con sucesión y rescatadas algunas de nuestras tierras, pero no habrá nada. ¿Puedes decirme, querido nieto, qué razones tienes frente a esos deberes?

—¿Acaso es esa señorita De las Touches quien ha de impedir a Calixto que se case cuando haga falta? —dijo el barón—. Pues tengo que ir a verla.

—Puedo asegurarle, padre mío, que Felicidad no será ningún obstáculo para mi casamiento.

—No veo en esto nada claro —comentó la anciana ciega, que no sabía nada de la súbita pasión de su sobrino nieto por la marquesa de Rochefide.

La madre guardó a su hijo el secreto; en tales materias el silencio es instintivo en las mujeres. La anciana cayó en una profunda meditación, poniendo todas sus potencias en oír, espionando las voces y los ruidos para poder adivinar el misterio que se le ocultaba. Gasselin volvió pronto y dijo a su joven amo que no había tenido necesidad de llegar a Saint-Nazaire para saber que la señorita De las Touches y su amiga volverían solas, pues lo averiguó en el mismo pueblo, en casa de Bemus, el recadero, quien se había encargado de los bultos de los dos señores.

—¡Volverán solas! —exclamó Calixto—. Ensilla mi caballo.

En la voz de su joven amo entendió Gasselin que ocurría algo importante; se fue a ensillar los dos caballos, cargó las pistolas sin decir nada a nadie y se vistió para acompañar a Calixto. Calixto estaba tan contento de saber que Claudio y Genaro se habían marchado, que no caía en la cuenta del encuentro que iba a tener en Saint-Nazaire: sólo pensaba en el placer de acompañar a la marquesa. Cogió las manos de su viejo padre y las estrechó con ternura, abrazó a su madre y apretó a su vieja tía por el talle.

—En fin, prefiero verlo así que triste —dijo Ceferina.

—¿Y adónde vas, caballero? —le preguntó su padre.

—A Saint-Nazaire.

—¡Peste! ¿Y cuándo es la boda? —dijo el barón, que creyó a su hijo ansioso por volver a ver a Carlota de Kergarouët—. Ya me impaciento por ser abuelo; va siendo tiempo.

Cuando Gasselin se presentó dispuesto a acompañarle, el joven pensó que podría regresar en el coche de Camilo con Beatriz, dejando a Gasselin su caballo, y le dijo dándole una palmada en el hombro:

—Has sido listo.

—Así lo creo —contestó Gasselin.

—Muchacho —dijo el padre, que se llegó con Fanny hasta lo alto de la escalinata

—, lleva bien los caballos, que tienen que andar doce leguas.

Calixto partió tras cambiar con su madre la más penetrante mirada.

—¡Qué tesoro! —dijo ella al verle doblar la cabeza bajo la cimbra de la puerta de entrada.

—¡Que Dios lo proteja! —contestó el barón—. No podríamos volverlo a hacer.

Esta expresión, muy en el tono libre de los gentilhombres de provincias, hizo estremecer a la baronesa.

—Mi nieto no quiere a Carlota como para ir corriendo a verla —dijo la vieja señora a Mariotte, que levantaba los manteles.

—Es que ha llegado una gran dama, una marquesa, a Las Touches, y allá va él. ¡Bah! Son cosas de su edad —dijo Mariotte.

—Esas señoras nos lo van a matar —dijo la señorita Du Guénic.

—Eso no lo matará, señorita: al contrario —contestó Mariotte, que parecía muy dichosa con la felicidad de Calixto.

Calixto iba a una marcha como para reventar el caballo, por lo que Gasselin preguntó muy oportunamente a su amo si es que trataba de llegar antes de la partida del barco, lo que distaba mucho de ser su propósito: no quería que lo vieran Conti y Claudio. El joven refrenó entonces su caballo y se puso a contemplar muy complacido los carriles trazados por las ruedas de la calesa en los trechos arenosos del camino. Se sentía poseído de una alegría loca sólo con pensar: «Ella ha pasado por aquí; por aquí ha de volver; sus miradas se han posado en ese bosque, en esos árboles».

—Es delicioso este camino —dijo a Gasselin.

—¡Ah, señor! Bretaña es el país más hermoso del mundo —contestó el criado—. ¿Dónde se encuentran flores en los setos y caminos sombreados tan bonitos como éstos?

—En ninguna parte, Gasselin.

—Por allí viene la diligencia de Bernus.

—Vendrán en ella la señorita De Pen-Hoël y su sobrina. Escondámonos —dijo Calixto.

El vehículo, que en efecto subía una cuesta muy arenosa de regreso de Saint-Nazaire, apareció a las miradas de Calixto con la rústica sencillez de su construcción bretona.

Con gran asombro de Calixto, el coche venía completamente lleno.

—Hemos dejado a la señorita De Pen-Hoël, su hermana y su sobrina para que volvieran por sus propios medios; los de la aduana habían tomado todas las plazas —dijo el conductor a Calixto.

—¡Estoy perdido! —se lamentó Calixto.

El coche venía lleno, en efecto, de empleados que sin duda iban a relevar a los de las salinas. Cuando Calixto llegó a la pequeña explanada que se extiende alrededor de la iglesia de Saint-Nazaire, desde donde se divisa Paimbouef y la majestuosa

desembocadura del Loira luchando con el mar, vio allí a Camilo y la marquesa agitando sus pañuelos para decir un último adiós a los viajeros que iban en el barco de vapor. Beatriz estaba seductora con el rostro suavizado por la luz que tamizaba a través de un sombrero de paja de arroz, adornado con flores de adormidera y anudado bajo la barbilla con una cinta color malva, vestida de muselina rameada, avanzando uno de sus breves pies calzados con botines verdes y su bella mano bien enguantada apoyada en la frágil sombrilla. Nada resulta tan grandioso a la vista como una mujer en lo alto de una roca, igual que una estatua sobre su pedestal. Conti pudo ver en aquel momento cómo Calixto se acercaba a Camilo.

—Pensé —dijo el joven a la señorita De las Touches— que ustedes volverían solas.

—Ha hecho muy bien, Calixto —contestó ella estrechándole la mano.

Beatriz se volvió, vio a su joven amante y le dirigió la más dura mirada de su repertorio. Pero una sonrisa que la marquesa sorprendió en los elocuentes labios de Camilo le dio a entender toda la vulgaridad de ese medio, digno de una provinciana. La señora De Rochefide dijo entonces a Calixto, con una sonrisa.

—¿No le parece una pequeña impertinencia suponer que yo podía aburrir a Camilo por el camino?

—Querida, un hombre no está nunca de más para dos viudas —dijo la señorita De las Touches cogiendo a Calixto por el brazo y dejando a Beatriz ocupada en contemplar el barco.

En aquel instante Calixto oyó por la calle en pendiente, que baja a lo que con más o menos propiedad se llama el puerto de Saint-Nazaire, las voces de la señorita De Pen-Hoël, Carlota y Gasselin, parlotando todos a un tiempo como urracas. La vieja señorita preguntaba a Gasselin para indagar por qué su amo se encontraba en Saint-Nazaire; el coche de la señorita De las Touches lo pregonaba. Antes de que el joven tuviese tiempo de escabullirse fue descubierto por Carlota.

—¡Allí está Calixto! —exclamó la pequeña bretona.

—Vaya a ofrecerles mi coche; su camarera puede ir con el cochero —dijo Camilo, que sabía ya que la señora De Kergarouët, su hija y la señorita De Pen-Hoël se habían quedado sin sitio en la diligencia.

Calixto, que no podía evitar el obedecer a Camilo, se acercó a trasladar el ofrecimiento. En cuanto supo que iba a viajar con la marquesa de Rochefide y la célebre Camilo Maupin, la señora De Kergarouët cerró los oídos a las reticencias de su hermana mayor, que rehusaba aprovecharse de lo que llamaba la carroza del diablo. En Nantes, situado en una latitud ya algo más civilizada que Guérande, se admiraba a Camilo, que representaba la musa de Bretaña y un honor para el país, provocando tanta curiosidad como envidia. La absolución que en París le habían dado el gran mundo y la moda se veía consagrada por la gran fortuna de la señorita De las Touches y seguramente también por sus primeros éxitos en Nantes, que se vanagloriaba de haber sido la cuna de Camilo Maupin. Así que la vizcondesa, llena

de curiosidad, arrastró tras sí a su hermana sin atender a sus jeremiadas.

—Buenos días, Calixto —saludó la pequeña Kergarouët.

—Buenos días, Carlota —contestó Calixto sin ofrecerle el brazo.

Ambos turbados, ella de tanta frialdad y él de su crueldad, subieron la rampa pedregosa que en Saint-Nazaire se llama calle y siguieron en silencio a las dos hermanas. En un instante vio la pequeña chica de dieciséis años derrumbado el castillo en España que había levantado y amueblado con sus esperanzas novelescas. Se consideraba tan ligada a Calixto, con quien tanto había jugado en la infancia, que creyó su porvenir inatacable. Había acudido como llevada por una felicidad aturdida, igual que un pájaro que se abate sobre un campo de trigo, y se vio detenida en su vuelo sin poder sospechar el obstáculo.

—¿Qué te pasa, Calixto? —le preguntó tomándole la mano.

—Nada —contestó el joven, que desasíó su mano con horrible desazón, acordándose de los proyectos de su tía y de la señorita De Pen-Hoël.

Los ojos de Carlota se humedecieron de lágrimas. Miró sin Odio al bello Calixto, pero pronto iba a experimentar la primera sacudida de los celos y sentir la rabia espantosa de la rivalidad a la vista de las dos hermosas parisienses, sospechando que eran la causa de la frialdad de Calixto.

De talla ordinaria, Carlota de Kergarouët mostraba una vulgar lozanía, una cara pequeña y redonda animada por dos hermosos ojos negros que traslucían un entendimiento despierto, abundante cabellera oscura, espalda plana brazos delgados, y tenía el hablar breve y decidido de las chicas de provincias que no quieren parecer ñoñas. Era la niña mimada de la familia, por la predilección que su tía tenía por ella. Llevaba aún puesto en aquellos momentos el mantón de merino escocés a grandes cuadros, forrado de seda verde, con que iba en el barco de vapor. Su vestido de viaje, en *stoff* muy ordinario, castamente cerrado hasta el cuello, iba a parecerle horrible a la vista de los frescos atuendos de Beatriz y Camilo. Sin duda padecía al ver sus medias blancas sucias con las salpicaduras de las rocas y las barcas por donde había saltado, y sus malos zapatos de cuero, escogidos adrede para no estropear nada bueno en el viaje, según los usos y costumbres de la gente de provincias. En cuanto a la vizcondesa de Kergarouët, era el tipo perfecto de la provinciana. Alta, seca, ajada, llena de presunciones ocultas que sólo se mostraban cuando eran heridas, hablando por los codos y luciendo a fuerza de hablar alguna idea, como en el billar se hacen carambolas por chiripa, lo que le daba cierta reputación de ingeniosa, buscando siempre humillar a los parisienses con la supuesta franqueza y cordura departamental y con un falso bienestar continuamente metido por los ojos; siempre rebajándose para hacerse enaltecer y furibunda si se la dejaba de rodillas; con el pergeño descuidado y exagerado a la vez; dada a tomar la falta de afabilidad por impertinencia, y creyéndose que causaba mucho embarazo a la gente si no se le dispensaba ninguna atención; rehusando lo que más deseaba para hacérselo ofrecer dos veces y aparentar que había sido rogada hasta el último extremo; ocupada en lo de que ya nadie se

acuerda y muy asombrada de no estar al corriente de la moda; y por último, incapaz de pasar una hora sin mentar a Nantes, lamentándose de la suerte de Nantes, y criticando a Nantes, tomando por testimonio de censura las frases arrancadas por condescendencia a quienes, distraídos, le seguían la conversación. Sus modales, su lenguaje y sus ideas habían influido sobre todas sus hijas en mayor o menor medida. Conocer a Camilo Maupin y a la marquesa de Rochefide representaba para ella todo un porvenir, el tema de cien conversaciones... Así iba hacia la iglesia como si fuera a tomarla al asalto, agitando su pañuelo, que desplegó para mostrar las puntas recargadas de bordados caseros y orlado de una puntilla inválida. Tenía un modo de andar algún tanto desenvuelto, que en una mujer de cuarenta y siete años era ya sin mayores consecuencias.

—El caballero —dijo a Camilo y Beatriz señalando a Calixto— nos ha comunicado su amable ofrecimiento, pero nosotras tememos causarles molestias.

—No seré yo, hermana, quien moleste a estas señoras —dijo con acritud Jacqueline— porque encontraré con facilidad un caballo para regresar.

Camilo y Beatriz cambiaron un mirada sorprendida por Calixto y que bastó para aniquilar todos los recuerdos de su infancia, su crédito en los Pen-Hoël-Kergarouët y romper para siempre los proyectos concebidos por las dos familias.

—Podemos muy bien ir cinco en el coche —contestó la señorita De las Touches, a quien Jacqueline volvió la espalda—. Por muy incómodas que estuviéramos, lo que no es presumible por la delgadez de ustedes, siempre me sentiría compensada con la satisfacción de servir a los amigos de Calixto. Su camarera, señora, también tendrá sitio, y lo mismo los bultos, si los traen, pues podrán ir atrás; yo no traje criado.

La vizcondesa se deshizo en muestras de agradecimiento y reprochó a su hermana Jacqueline el haber llamado con tanta prisa a su sobrina, con lo que no le permitió venir con su coche por el camino de tierra; porque la verdad era que el recorrido en posta resultaba no sólo largo, sino caro; ella tenía que regresar en seguida a Nantes, donde dejó otros tres cachorritos que la esperaban con impaciencia —dijo acariciando el cuello de Carlota, que adoptó aire de víctima, y elevando los ojos a su madre hizo pensar con la expresión de su mirada que la vizcondesa aburría prodigiosamente a sus cuatro hijas, poniéndolas en juego con tanta frecuencia como el cabo Trim su gorro en *Tristan Shandy*.

—Es usted una madre afortunada y debe... —dijo Camilo, quien se calló pensando que la marquesa tuvo que privarse de su hijo al seguir a Conti.

—¡Oh!... —siguió la vizcondesa—, si tengo la desgracia de pasarme la vida en el campo y en Nantes, también tengo el consuelo de verme adorada por mis niñas. ¿Tiene usted niños? —preguntó a Camilo.

—Yo me llamo señorita De las Touches; la señora es la marquesa de Rochefide.

—Hay que compadecerla entonces por no conocer la mayor felicidad que puede existir para nosotras, pobres y simples mujeres, ¿no es verdad, señora? —dijo dirigiéndose a la marquesa para reparar su falta—. ¡Pero tienen ustedes tantas

compensaciones!

Una cálida lágrima brotó en los ojos de Beatriz, que se volvió bruscamente y se fue hasta el rústico parapeto del acantilado; Calixto la siguió.

—Señora —dijo Camilo al oído de la vizcondesa—, ¿no sabe usted que la marquesa está separada de su marido, que no ve a su hijo desde hace dos años y que no sabe cuándo lo volverá a ver?

—¡Pobre señora! —dijo la señora De Kergarouët—. ¿Es una separación judicial?

—No, voluntaria —contestó Camilo.

—¡Ah!, bien; ya entiendo —dijo intrépidamente la vizcondesa.

La mayor de las Pen-Hoël, desesperada de verse en terreno enemigo, se había retrasado cuatro pasos con su querida Carlota. Calixto, luego de mirar si alguien los observaba, cogió la mano de la marquesa y la besó, dejando en ella una lágrima. Beatriz se volvió, secos los ojos por la cólera: iba a lanzar alguna expresión terrible, pero no pudo decir nada al ver su llanto reflejado en la hermosa figura de aquel ángel, afectado tan dolorosamente como ella misma.

—Por Dios, Calixto —le dijo Camilo al oído cuando lo vio volver con la señora De Rochefide—, ¿y va a tener a eso por suegra y a esta pobre gansa por mujer?

—Pero su tía es rica —dijo irónicamente Calixto.

El grupo entero se puso en marcha hacia el albergue, y la vizcondesa se creyó obligada a hacer a Camilo una sátira sobre los salvajes de Saint-Nazaire.

—Yo quiero a Bretaña, señora —contestó con gravedad Felicidad—. He nacido en Guérande.

Calixto no podía evitar el admirar a la señorita De las Touches, quien por el tono de su voz, la tranquilidad de sus miradas y la naturalidad de sus maneras parecía hallarse contenta pese a las terribles declaraciones de la escena que había tenido lugar durante la noche. Parecía, sin embargo, un poco fatigada: sus rasgos anunciaban el insomnio padecido, estaban como abotargados, pero la frente dominaba la tempestad interior con una cruel placidez.

—¡Qué reinas! —dijo él a Carlota mostrándole a la marquesa y Camilo y dando el brazo a la pobre chica, con gran asombro de la señorita De Pen-Hoël.

—¿Qué ocurrencia ha tenido tu madre —dijo la vieja señorita, dando también su seco brazo a su sobrina— de ir en compañía de esa réproba?

—¡Oh, tía, si esa mujer es la gloria de Bretaña!

—La vergüenza, pequeña. ¿Vas a adularla tú también?

—Carlota tiene razón: usted no es justa —dijo Calixto.

—¡Claro, usted!... —contestó la señorita De Pen-Hoël—. Si le tiene embrujado...

—Tengo por ella —dijo Calixto— la misma amistad que por usted.

—¿Desde cuándo mienten los Du Guénic?

—Desde que los Pen-Hoël son sordos —replicó Calixto.

—¿Pero tú no estás enamorado de ella? —preguntó, encantada, la vieja señorita.

—Lo estuve, pero ya no lo estoy.

—¡Mal chico! ¿Por qué me has dado tantas zozobras? Ya sabía yo que el amor es una tontería; lo único sólido es el matrimonio —dijo, mirando a Carlota.

Carlota, un poco tranquilizada, concibió la esperanza de reconquistar sus posiciones apoyándose en todos los recuerdos de la infancia, y estrechó el brazo de Calixto, el cual se prometió dar una explicación clara a la pequeña heredera.

—¡Ah, qué buenas partidas de mosca tendremos, Calixto! —dijo ella—. ¡Cómo nos reiremos!

Dispuestos los caballos, Camilo hizo pasar al fondo del carruaje a la vizcondesa y a Carlota, ya que Jacqueline había desaparecido; luego ella se colocó en la parte delantera con la marquesa. Calixto, obligado a renunciar al placer que se prometía, acompañó el coche a caballo, y los caballos, fatigados, fueron tan lentamente que pudo contemplar a sus anchas a Beatriz. La historia ha perdido las extrañas conversaciones de las cuatro personas que el azar había reunido tan singularmente en el interior de aquel vehículo, ya que es imposible admitir las ciento y pico de versiones que corren por Nantes sobre los relatos, las réplicas y los conceptos que la vizcondesa sostuvo con la célebre Camilo Maupin en persona. Se guardó muy bien de repetir, ni de comprender, las respuestas de la señorita De las Touches a todas las preguntas necias que los autores oyen con tanta frecuencia y con las que expían cruelmente sus raros placeres.

—¿Cómo hace usted sus libros? —preguntó la vizcondesa.

—Pues como hace usted sus labores de ganchillo o de bordado.

—¿Y de dónde saca esas observaciones tan profundas y esos cuadros tan seductores?

—¿De dónde saca usted, señora, las cosas ingeniosas que dice? No hay nada más fácil que escribir, y si usted quisiera...

—¡Ah!... ¿Todo está en querer? ¡Nunca lo hubiera creído! ¿Y cuál es de todas sus obras la preferida?

—Es difícil tener predilecciones entre nuestras criaturas...

—Usted ya estará harta de halagos y no sé qué decirle que sea nuevo.

—Crea, señora, que soy sensible a la forma que usted da a los suyos.

La vizcondesa no quiso pasar por que olvidaba a la marquesa y le dijo, mirándola con expresión intencionada:

—No olvidaré nunca este viaje hecho en compañía del ingenio y la belleza.

—Usted me lisonjea, señora —dijo riendo la marquesa—; no es justo resaltar el ingenio donde está el genio, y yo no he dicho todavía grandes cosas.

Carlota, a quien dolía vivamente el ridículo que hacía su madre, le echaba miradas para ver de contenerla, pero la vizcondesa continuó luchando bravamente con las dos burlonas parisienses. El joven bretón, que marchaba con trote lento y abandonado al lado del carruaje, sólo podía ver a las dos mujeres sentadas delante y su mirada iba alternativamente de una a otra, transida de pensamientos dolorosos.

Forzada a dejarse ver, Beatriz evitó constantemente poner sus ojos en él; con una maniobra desesperante para las gentes que aman, llevaba el chal cruzado bajo las manos y parecía sumida en una profunda meditación. En un paraje en que el camino quedaba sombreado, húmedo y verde como un delicioso sendero a través del bosque, donde las hojas de los árboles rozaban la capota del coche y el aire traía aromas balsámicos, Camilo hizo notar este lugar pleno de armonías y apoyó una mano en la rodilla de Beatriz, mostrándole a Calixto:

—¡Qué bien monta a caballo! —comentó.

—¿Calixto?... —dijo en seguida la vizcondesa—. Es un apuesto caballero.

—¡Oh!, Calixto es muy gentil —añadió Carlota.

—¡Hay tantos ingleses que se le parecen!... —dijo indolentemente la marquesa sin acabar la frase.

—Su madre es irlandesa, una O'Brien —replicó Carlota, que se creyó atacada personalmente.

Camilo y la marquesa entraron en Guérande acompañando a la vizcondesa de Kergarouét y a su hija, con gran asombro de toda la ciudad; dejaron a sus compañeras de viaje a la entrada de la callejuela de Guénic, donde poco faltó para que se formara un tumulto. Calixto había apresurado el paso de su caballo para ir a avisar a su tía y su madre de la llegada de los viajeros, esperados para comer. Ya se había convenido en retardar la comida hasta las cuatro. El caballero volvió para ofrecer el brazo a las dos damas; luego besó la mano de Camilo, esperando poder tomar la de la marquesa, pero ésta mantuvo con resolución los brazos cruzados, pese a los vivos ruegos que le dirigió inútilmente con una húmeda mirada.

—Tontito... —le dijo Camilo, rozándole la oreja con un tenue beso pleno de amistad.

—Es verdad —se dijo Calixto mientras el coche daba la vuelta—, olvido las recomendaciones de mi madre, pero me parece que las olvidaré siempre.

II DIPLOMACIA FEMENINA

La señorita De Pen-Hoël, que llegó intrépidamente montada en un caballo de alquiler, la vizcondesa de Kergarouët y Carlota hallaron puesta la mesa y fueron tratadas con cordialidad, si no con lujo, por los Du Guénic. La vieja Ceferina había indicado, en las profundidades de la bodega, los vinos finos que debían servirse y Mariotte se superó en la preparación de sus platos bretones. La vizcondesa, encantada de haber hecho el viaje en compañía de la ilustre Camilo Maupin, trató de explicar la literatura moderna y el puesto que en ella ocupaba Camilo; pero ocurrió con las lecciones de literatura como con las de *whist*: ni los Du Guénic, ni el cura, que luego apareció, ni el caballero Du Haiga entendieron una palabra. El padre Grimont y el viejo marino participaron en los licores que acompañaron a los postres. En cuanto Mariotte, ayudada por Gasselin y la camarera de la vizcondesa, levantó los manteles, resonó un grito de entusiasmo al disponerse a la partida de la mosca. La alegría imperaba en la casa. Todos creían a Calixto libre y lo veían casado dentro de poco con la pequeña Carlota. Calixto permanecía silencioso. Por primera vez en su vida iba estableciendo comparaciones entre las Kergarouët y las dos mujeres elegantes, refinadas, llenas de buen gusto, que en aquellos momentos debían de estar burlándose de las dos provincianas, a juzgar por la primera mirada que cambiaron al verlas. Fanny, que conocía el secreto de Calixto, observaba la tristeza de su hijo, en quien no hacían mella las coqueterías de Carlota ni los halagos de la vizcondesa. Evidentemente, su niño querido se aburría; su cuerpo estaba en aquella sala, donde en otro tiempo también se divirtió con los lances de la mosca, pero su espíritu se paseaba por Las Touches. «¿Cómo lo podría mandar a casa de Camilo?», se preguntaba la madre, que simpatizaba con su hijo, a quien amaba y con quien también se aburría. Su emocionada ternura le avivó el ingenio.

—Te estás muriendo por ir a Las Touches a *verla*, ¿verdad? —le dijo al oído.

El pobre chico respondió con una sonrisa y con un rubor que sacudieron a aquella madre adorable hasta los últimos pliegues de su corazón.

—Señora —dijo a la vizcondesa—, usted irá mañana muy incómoda en el coche del recadero, y sobre todo se verá obligada a madrugar mucho; ¿no sería mejor que fuese en el coche de la señorita De las Touches? Calixto, vete a Las Touches a arreglar esto; pero vuelve pronto.

—¡Me bastará con diez minutos! —exclamó Calixto, que abrazó con locura a su madre en la escalera, hasta donde ella le siguió.

Calixto corrió con la ligereza de un corzo, y se encontró en el peristilo de Las Touches con Camilo y Beatriz, que salían del gran salón después de comer. Tuvo el acierto de ofrecer el brazo a Felicidad.

—Ha abandonado por nosotras a la vizcondesa y a su hija —dijo ella cogiéndole

el brazo—; nos hacemos bien cargo de la magnitud de su sacrificio.

—¿Esos Kergarouët son parientes de los Pontenduère y del viejo almirante De Kergarouët, cuya viuda casó con Carlos de Vandenesse? —preguntó la marquesa a Camilo.

—La señorita Carlota es la biznieta del almirante —contestó Camilo.

—Es una muchacha encantadora —dijo Beatriz, sentándose en un sillón gótico—. Un buen matrimonio para el señor Du Guénic.

—Ese matrimonio no se celebrará jamás —dijo con viveza Camilo.

Abatido por el tono tranquilo y frío con que la marquesa presentaba a la pequeña bretona como la única criatura que se pudiera emparejar con él, Calixto quedó sin voz ni alma.

—¿Y por qué? —preguntó la señora De Rochefide.

—Querida —siguió Camilo al ver la desesperación de Calixto—, yo no aconsejé nunca a Conti que se casara, y creo haber sido muy amable con él: no es usted generosa.

Beatriz miró a su amiga con una sorpresa mezclada de sospechas indefinibles. Calixto comprendió algo la abnegación de Camilo al ver teñirse sus mejillas con el rubor que en ella denunciaba sus emociones más violentas; se acercó a ella, le tomó la mano y la besó. Camilo se puso descuidadamente a tocar el piano, como una mujer segura de su amiga y del admirador que se imagina tener, volviéndoles la espalda y dejándolos casi solos. Improvisó algunas variaciones sobre algunos temas elegidos a impulsos de su espíritu, ya que resultaron de una melancolía excesiva. La marquesa parecía oír, pero en realidad observaba a Calixto, el cual, demasiado joven e ingenuo para desempeñar el papel que le daba Camilo, estaba en éxtasis ante su verdadero ídolo. Al cabo de una hora, durante la cual la señorita De las Touches se abandonó a sus celos, Beatriz se retiró a su aposento. Inmediatamente Camilo hizo pasar a su cuarto a Calixto para que no pudieran ser oídos, pues las mujeres tienen un admirable instinto de desconfianza.

—Hijo mío —dijo—, aparente que usted me quiere o está perdido. Usted es un niño que no conoce a las mujeres y no sabe más que amar. Amar y ser amado son dos cosas bien distintas. Va derecho a caer en horribles sufrimientos y yo quiero verle dichoso. Si contraría, no el orgullo, sino la terquedad de Beatriz, es capaz de irse a refugiar a unas leguas de París, cerca de Conti. ¿Qué sería de usted entonces?

—La amaría —contestó Calixto.

—Usted no la vería más.

—¡Oh, sí! —dijo él.

—¿Cómo?

—La seguiría.

—¡Pero si tú eres tan pobre como Job, niño!

—Mi padre, Gasselin y yo nos mantuvimos durante tres meses en la Vendée con ciento cincuenta francos, sin parar noche y día.

—Calixto —dijo la señorita De las Touches—, óigame bien. Bien veo que tiene demasiado candor para fingir y no quiero corromper un natural tan hermoso como el suyo: lo echaré todo sobre mí. Usted será amado por Beatriz.

—¿Es posible? —dijo Calixto juntando las manos.

—Sí, pero antes hay que vencer en ella los compromisos que ha tomado consigo misma. Sólo es menester que no estropee nada en la obra muy ardua que voy a emprender. La marquesa posee una astucia aristocrática, es delicadamente desconfianda; nunca cazador alguno se las vio con una presa tan difícil de capturar; aquí, pobre muchacho, el cazador debe obedecer al perro. ¿Me promete una obediencia ciega? Yo seré su «Fox» —dijo, dándose el nombre del mejor lebrél de Calixto.

—¿Y yo qué tengo que hacer? —preguntó el joven.

—Muy poco: vendrá aquí todos los días al mediodía. Como una amante impaciente, estaré yo en una de las ventanas del corredor, desde donde se divisa el camino de Guérande, para verle llegar. Me esconderé en mi cuarto para no ser vista y no darle la medida de una pasión que le resulta cargante, pero alguna vez me verá y me hará señas con el pañuelo. Aparentará en el patio y mientras sube la escalera una expresión de enojo y fastidio. Para esto no tendrás que disimular mucho —añadió, inclinando la cabeza sobre el pecho—, ¿no es verdad, pequeño? No andarás muy de prisa; irás mirando hacia la ventana de la escalera que da al jardín, buscando a Beatriz. Cuando esté allí (acostumbra a pasearse, ¡estáte tranquilo!), si ella te ve, tú entrarás muy lentamente en la salita y, de allí, en mi cuarto. Si me ves en la ventana espiando tus traiciones, te echarás vivamente atrás para que no te sorprenda mendigando una mirada de Beatriz... ¡Ah!... Permaneceremos aquí juntos durante cuatro horas. Usted empleará ese tiempo en leer y yo en fumar; se desesperará un poco de no verla, pero yo le traeré libros amenos. Aún no ha leído nada de Jorge Sand: esta noche enviaré uno de mis criados a Nantes a comprar sus obras y las de los autores que todavía no conoce. Yo saldré la primera y usted no abandonará el libro hasta que nos oiga a Beatriz y a mí charlando en la salita. Siempre que vea un libro de música abierto sobre el piano, pídamle que le deje quedarse. Le permito que sea conmigo hasta grosero, si puede; todo irá bien.

—Yo bien sé, Camilo, que usted siente hacia mí el más extraño de los afectos y me da pena de haber conocido a Beatriz —dijo el joven con una encantadora buena fe—. ¿Pero usted qué es lo que espera?

—En ocho días Beatriz estará loca por usted.

—¡Dios mío! ¿Será eso posible? —dijo Calixto cayendo de rodillas y juntando las manos delante de Camilo, que estaba enternecida, dichosa de proporcionarle una alegría a expensas de la suya.

—Óigame bien —siguió ella—: si usted habla con la marquesa, no ya una conversación seguida, sino simples palabras cambiadas, si se deja interrogar por ella, si no cumple el papel mudo que le doy y que es bien fácil de representar, sépalo bien

—acabó, con grave entonación—, la perderá para siempre.

—¡No entiendo nada de lo que me dice, Camilo! —dijo Calixto, mirándola con una adorable ingenuidad.

—Si tú lo comprendieras, no serías el niño sublime, el noble y bello Calixto —contestó Camilo, cogiéndole una mano y besándola.

Calixto hizo entonces lo que jamás había hecho: abrazó a Felicidad por la cintura y empezó a besarla mimosamente en el cuello, sin pasión, pero con ternura, tal como abrazaba a su madre. La señorita De las Touches no pudo reprimir un torrente de lágrimas.

—Váyase, pequeño, y dígale a su vizcondesa que mi coche está a su disposición.

Calixto intentó quedarse, pero se vio obligado a obedecer el gesto imperativo e imperioso de Camilo; volvió a su casa poseído de la mayor alegría, seguro de verse amado en ocho días por la hermosa Rochefide. Los jugadores de *mosca* volvieron a ver en él el Calixto perdido desde hacía dos meses. Carlota se atribuía el mérito de tal cambio. La señorita De Pen-Hoël abrumó de atenciones a Calixto. El padre Grimont trataba de leer en los ojos de la baronesa la razón del sosiego que en ellos advertía. El caballero Du Haiga se frotaba las manos. Las dos viejas solteras tenían la vivacidad de dos lagartos. La vizcondesa debía cien *sous* por *moscas* acumuladas. La avaricia de Ceferina estaba tan vivamente excitada, que se lamentaba de no poder ver las cartas y regañó con aspereza a su cuñada, en quien provocaba distracciones la felicidad de Calixto, al que en algunas ocasiones intentó interrogar, sin entender nada de las respuestas. La partida duró hasta las once. Hubo algunas defecciones: el barón y el caballero se quedaron dormidos en sus respectivos sillones. Mariotte había hecho hojaldres de trigo sarraceno; la baronesa fue a buscar su tarro de té. La ilustre casa Du Guénic sirvió, antes de que marcharan los Kergarouët, una colación compuesta de mantequilla fresca, frutas y crema, para la cual se extrajeron del arcón la tetera de plata y las porcelanas de Inglaterra enviadas a la baronesa por una de sus tías. Estas apariencias de esplendor moderno en aquella vieja sala, la gracia exquisita de la baronesa, educada como una buena irlandesa, al preparar y servir el té, importante asunto para los ingleses, tuvieron algo de encantador. El lujo más desenfrenado no hubiera conseguido el efecto sencillo, modesto y noble que producía aquel sentimiento de alegre hospitalidad. Cuando quedaron solos en la sala la baronesa y su hijo, la primera miró a Calixto con curiosidad:

—¿Qué te ha sucedido en casa de la señorita De las Touches?

Calixto le contó las esperanzas que Camilo le había metido en el corazón y sus bizarras instrucciones.

—¡Pobre mujer! —exclamó la irlandesa, juntando las manos y rompiendo a llorar por la señorita De las Touches por primera vez.

Momentos después de que marchara Calixto, Beatriz, que lo oyó salir de Las Touches, fue en busca de su amiga, a quien encontró con los ojos húmedos y medio tumbada en un sofá.

—¿Qué tienes, Felicidad? —le preguntó la marquesa.

—¡Tengo cuarenta años, y amo! —contestó con horrible acento de rabia la señorita de las Touches, cuyos ojos se volvieron secos y brillantes—. ¡Si tú supieras, Beatriz, cuántas lágrimas vierto sobre los días perdidos de mi juventud! Verse amada por piedad, saber que sólo se debe la felicidad a esfuerzos penosos, a astucias de gata, a trampas puestas a la inocencia y las virtudes de un niño, ¿no es infame? Afortunadamente, se encuentra entonces una especie de absolución en lo infinito de la pasión, en la intensidad de la dicha, en la certidumbre de estar para siempre por encima de todas las mujeres al grabar su recuerdo en un corazón joven con placeres imborrables, por una entrega insensata. Sí: si él me lo pidiese, yo me tiraría al mar a la primera señal. A veces me sorprendo deseando que lo quiera: sería una ofrenda, no un suicidio... ¡Ah, Beatriz! Me has impuesto una ruda carga al venir aquí. Sé que es difícil apartarlo de ti; pero tú amas a Conti, tú eres noble y generosa y no me engañarás; al contrario, me ayudarás a conservar a mi Calixto. Ya esperaba yo la impresión que ibas a causarle, pero no he querido cometer la torpeza de parecer celosa, lo que sería atizar el fuego. Al contrario, te anuncié pintándote con tan vivos colores, que tú no pudieses nunca realizar el retrato y, por desgracia, aún lo has embellecido.

Esta violenta elegía, en la que a la verdad se mezclaba el embuste, engañó por completo a la señora De Richefide. Claudio Vignon había explicado a Conti la causa de su marcha y, naturalmente, se enteró de todo Beatriz. Por esto, desplegando su generosidad, acentuó la frialdad con Calixto. Pero en aquellos momentos se levantó en su ánimo ese movimiento de alegría que cosquillea en el fondo del corazón de todas las mujeres cuando se saben amadas. El amor que inspiran a un hombre resume los mayores elogios sin hipocresía, halago que es difícil abstenerse de saborear; pero cuando el hombre pertenece a una amiga, sus homenajes producen ya más que alegría, son una delicia celestial. Beatriz se sentó junto a su amiga y empezó a hacerle mimos:

—No tienes ni una cana, ni una arruga, tus sienes aún están frescas, mientras que más de una mujer que conozco a los treinta años se ve obligada a esconder las suyas. Mira, querida —dijo apartando sus bucles—. ¡Fíjate en lo que me ha costado mi viaje!

La marquesa enseñó la leve marchitez que en aquel sitio ajaba la tersura de su piel, tan fina; se subió luego las mangas y mostró también una marchitez parecida en sus muñecas, donde la transparencia del tejido ya lacio dejaba ver la red de vasos dilatados y tres líneas profundas que formaban una pulsera de arrugas.

—¿No son éstos los sitios que no mienten nunca en nosotras, como ha dicho un escritor descubridor de nuestras miserias? Hay que haber sufrido mucho para llegar a reconocer la certeza de esta cruel observación; afortunadamente para nosotras, la mayor parte de los hombres no se han fijado en esto, ni leen a ese infame escritor.

—Tu carta me lo ha revelado todo —contestó Camilo—; la dicha ignora la

fatuidad, y tú alardeabas demasiado de ser feliz. ¿En amor la verdad no es, acaso, muda, sorda y ciega? Por eso, sabiendo en ti tantas razones para abandonar a Conti, temí tu estancia aquí. Querida, Calixto es un ángel, es tan bueno como hermoso, y el pobre inocente no sabría resistir una sola de tus miradas: te admira demasiado para no enamorarse por poco motivo que le des; tu desdén me lo conservará. Te lo confieso con la cobardía de una pasión sincera: quitármelo sería matarme. *Adolfo*, el espantoso libro de Benjamín Constant, nos relata los padecimientos de Adolfo, pero ¿y los de la mujer? ¡Nada!... No han sido suficientemente observados para describirnoslos. ¿Y qué mujer osaría revelarlos? Deshonrarían nuestro sexo, humillarían la virtud, extenderían los vicios... ¡Ah!... Si se fueran a medir por mis lamentaciones, esas penas parecerían las del infierno. Pero, en caso de abandono, mi decisión está tomada.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Beatriz con una viveza que hizo estremecer a Camilo.

Las dos amigas se miraron con la atención de dos inquisidores de Estado venecianos, con una mirada rápida en la que sus almas chocaron y despidieron chispas como si fueran pedernales. La marquesa bajó sus ojos.

—Después del hombre, no queda más que Dios —contestó gravemente la célebre mujer—. Dios es lo desconocido: me lanzaría a Él como a un abismo. Calixto acaba de jurarme que sólo te admirará como se admira un cuadro; pero tú tienes veintiocho años en todo el apogeo de la belleza. Entre él y yo la lucha acaba de empezar por una mentira. Afortunadamente, yo sé cómo he de hacer para triunfar.

—¿Y qué es lo que harás?

—Eso es mi secreto, querida. Déjame las ventajas de mi edad. Si Claudio Vignon me ha lanzado brutalmente a un abismo, a mí, que me creía elevada hasta una altura inaccesible, al menos recogeré todas las flores pálidas, débiles, pero deliciosas, que crecen en el fondo de los precipicios.

El pensamiento de la marquesa iba siendo moldeado como si fuese de cera por la señorita De las Touches, que gozaba un placer salvaje al ir envolviéndola en sus redes. Camilo despidió a su amiga bien picada de curiosidad, vacilando entre los celos y su generosidad, pero ciertamente muy interesada por el bello Calixto.

«Estará entusiasmada si me engaña», se dijo Camilo al darle el beso de despedida.

Luego, cuando quedó sola, el autor cedió el puesto a la mujer: se deshizo en lágrimas, cargó su pipa con tabaco bañado en opio y se pasó fumando casi toda la noche, entumeciendo de este modo los sufrimientos de su amor y viendo a través de las nubes de hubo la deliciosa cabeza de Calixto.

«¡Qué delicioso libro podría escribir contando mis penas! Pero ya está hecho. Safo vivió antes que yo. Safo era joven... ¡Hermosa y conmovedora heroína, más convincente que una mujer de cuarenta años! ¡Fuma tu pipa, pobre Camilo: no te queda ni el recurso de hacer poesía con tu infortunio! ¡Ha llegado al último límite!»

No se acostó hasta clarear el día; su larga meditación, mezclada con lágrimas,

arrebatos de rabia o resoluciones sublimes, recayó algunas veces en los misterios de la religión católica, cosa en que nunca había pensado en su vida de artista inquieta y escritora incrédula.

Al día siguiente, Calixto, a quien su madre había dicho que siguiera estrictamente los consejos de Camilo, vino al mediodía, subió misteriosamente al cuarto de la señorita De las Touches y allí encontró libros nuevos. Felicidad permaneció en un sillón junto a la ventana, ocupada en fumar y contemplando alternativamente el paisaje salvaje de las marismas, el mar y Calixto, con quien cambió algunas palabras cerca de Beatriz. Cuando vio a la marquesa paseando por el jardín, desató las cortinas, procurando que su amiga la viese, y las corrió para tapar la luz, dejando pasar sólo un rayo que iba a iluminar el libro de Calixto.

—Hoy, mi niño, yo te pediré que te quedes a comer y tú rehusarás mirando a la marquesa —dijo, poniendo en desorden los cabellos del muchacho—. No te costará trabajo darle a entender la pena que tienes por no poderte quedar.

Hacia las cuatro, Camilo salió y fue a representar ante la marquesa la atroz comedia de su falsa dicha. Cuando ambas estuvieron en el salón, Calixto salió también del cuarto y comprendió entonces la vergüenza de su posición. La mirada que dirigió a Beatriz, aunque esperada por Camilo, fue más expresiva de lo que podía imaginar. Beatriz se había hecho una *toilette* encantadora.

—¡Con qué coquetería se ha arreglado hoy! —le dijo Camilo cuando Calixto partió.

Esta farsa duró seis días y fue ayudada, sin que Calixto lo supiera, por hábiles conversaciones de Camilo con su amiga. Se libró entre las dos un duelo sin tregua, en el que se sucedieron los asaltos de ficciones, engaños, falsas generosidades, confesiones embusteras, confidencias astutas, en las que una ocultaba y la otra lucía al desnudo su amor; no obstante, el estilete agudo y candente de las traicioneras palabras de Camilo hería en el fondo del corazón a su amiga, excitando alguno de los malos sentimientos que las mujeres honestas reprimen con tanto esfuerzo. Beatriz acabó por ofenderse de la desconfianza que le mostraba Camilo, le parecía poco honorable para una y para otra; se sentía encantada de conocer en la gran escritora las flaquezas de su sexo y quiso gozar del placer de mostrarle dónde acababa su superioridad y cómo podía ser humillada.

—Querida, ¿qué vas a decirle hoy? —preguntó mirando malignamente a su amiga cuando el supuesto amante pidió el favor de quedarse—. El lunes teníamos que conversar nosotras; el martes la comida no valía nada; el miércoles no querías provocar el enfado de la baronesa; el jueves ibas a pasear conmigo; ayer le dijiste adiós en cuanto él abrió la boca: pues bien, hoy quiero que el pobre muchacho se quede.

—¿Ah, sí, pequeña?... —dijo Camilo a Beatriz con mordaz ironía.

La marquesa se ruborizó.

—Quédese, señor Du Guénic —dijo a Calixto la señorita De las Touches con

aires de reina y de mujer picada.

Beatriz se tomó fría y dura, se mostró hiriente y epigramática y mortificó tanto a Calixto, que su supuesta amante lo mandó a jugar la *mosca* con la señorita De Kergarouët.

—Ésa no es peligrosa... —dijo sonriendo Beatriz.

Los jóvenes enamorados son como los hambrientos: los preparativos del cocinero les impacientan, piensan demasiado en el fin para comprender los medios. Al volver de Guérande, Calixto llevaba el alma llena de Beatriz, ignoraba la profunda habilidad femenina que desplegaba Felicidad para, hablando en términos vulgares, acelerar el trámite de su negocio. Durante aquella semana la marquesa no escribió más que una carta a Conti, síntoma de indiferencia que no escapó a Camilo. Toda la vida de Calixto se concentraba en los instantes tan breves en que veía a la marquesa. Aquella gota de agua, en voz de apagar su sed, no hacía más que exaltarla. La promesa mágica «¡Tú serás amado!», dicha por Camilo y aprobada por su madre, era el talismán con que a duras penas lograba contener el fuego de su pasión. Atropellaba el tiempo, no dormía, trataba de engañar el insomnio con la incesante lectura, trayéndose carretadas de libros, según la expresión de Mariotte. Su tía maldecía Las Touches; pero la baronesa, que muchas veces subió al cuarto de su hijo al ver luz en él, conocía el secreto de tales vigiliadas. Aun cuando había quedado en las timideces de la chica ignorante y para ella el amor mantuvo cerrados sus libros, Fanny, llevada por su ternura maternal, se elevaba hasta ciertas ideas; pero la mayor parte de los abismos de ese sentimiento se le aparecían oscuros y cubiertos de niebla y se asustaba mucho del estado en que veía a su hijo, se espantaba del deseo único, incomprendido, que lo devoraba. Calixto no tenía más que un pensamiento, y le parecía tener siempre a Beatriz delante de sí. Por la noche, durante la partida, sus distracciones semejaban la somnolencia de su padre. Al verlo tan diferente de lo que era cuando lo creía amante de Camilo, la baronesa conoció con terror los síntomas del verdadero amor, sentimiento completamente desconocido en aquella vieja mansión. Una irritabilidad febril, un ensimismamiento constante tenían a Calixto como alelado. A veces permanecía horas enteras mirando una figura de tapiz. La madre le aconsejó por la mañana no volver a Las Touches y dejar a las dos mujeres.

—¡No volver más a Las Touches! —exclamó Calixto.

—Vete, vete allá, no te enfado más —le contestó la madre, abrasada por aquellos ojos que le habían echado llamaradas.

En tales circunstancias, Calixto iba a perder el fruto de las sagaces maniobras de Camilo por la furia bretona de su amor, del que ya no fue dueño. Se juró, pese a sus promesas a Felicidad, ver a Beatriz y hablarle. Quería leer en sus ojos, sumergirse en su mirada, examinar los menores detalles de su tocado, aspirar su perfume, oír la música de su voz, seguir la elegante armonía de sus movimientos, abrazar con una ojeada aquel talle, contemplarla, en fin, como un general estudia el campo en que ha de librar la batalla decisiva; la quería como quieren los amantes; era presa de un

deseo que le cerraba los oídos, que le nublaba la inteligencia, que le arrojaba a un estado insano en que no reconocía obstáculos ni distancias, en el que ya no sentía siquiera ni su propio cuerpo. Decidió entonces ir a Las Touches antes de la hora convenida, con la esperanza de encontrar a Beatriz en el jardín. Sabía que se paseaba por él mientras esperaba el desayuno. La señorita De las Touches y la marquesa habían ido a ver por la mañana las salinas y la ría rodeada de playas de fina arena en que el mar penetra y semeja un lago en medio de las dunas; volvían hacia casa y charlaban mientras iban por los pequeños senderos amarillentos de musgo.

—Si ese paisaje le interesa —decía Camilo—, tenemos que ir con Calixto a dar el paseo de Croisic. Se ven allí rocas admirables, cosas sorprendentes por lo caprichosas..., y luego el mar, con millares de fragmentos de mármol, un mundo de entretenimientos. Verá usted a las mujeres haciendo *leña*, esto es, pegando estiércol de vaca a lo largo de los muros para desecarlo; luego, en el invierno, se calientan con esa leña.

—¿Entonces arriesga usted a Calixto? —dijo riendo la marquesa con un tono que denotaba preocupación por el joven.

—¡Ah, querida!... Cuando usted conozca el alma angélica de un muchacho semejante me comprenderá. En él la hermosura no es nada; hay que haber penetrado en aquel corazón puro, en aquella ingenuidad, sorprendida a cada paso que se da por el reino del amor... ¡Qué fe, qué candor, qué gracia! Los antiguos tenían razón cuando rendían culto a la santa belleza. No recuerdo qué viajero me dijo que los caballos salvajes eligen por jefe al más hermoso de ellos. La belleza, querida, es el genio de las cosas: es la enseña que la naturaleza ha puesto en sus creaciones más perfectas, el más verdadero de los símbolos, como es la más grande de las suertes. ¿Se han representado jamás ángeles deformes? ¿No reúnen siempre la gracia y la fuerza? ¿Qué es lo que nos hizo permanecer horas enteras ante ciertos cuadros, en Italia, donde el genio ha pugnado durante años por realizar una de esas casualidades de la naturaleza? ¿No unimos, acaso, el ideal de la belleza a las grandezas morales? Pues bien, Calixto es uno de esos sueños hecho realidad: liene el coraje del león, al que vemos sosegado, sin sospechar su majestad. Cuando se siente tranquilo es ingenioso, y yo amo su timidez de muchacha. Mi alma descansa en su corazón de todas sus corrupciones, de todas las ideas de la ciencia, de la literatura, del mundo, de la política, de todos esos inútiles accesorios con que ahogamos la felicidad. ¡Soy entonces lo que nunca fui, me siento niña! Estoy segura de él, pero quiero hacer la celosa: da gusto. Esto forma parte de mi secreto.

Beatriz marchaba pensativa y silenciosa. Camilo sufría un martirio indecible y lanzaba sobre ella miradas sesgadas que parecían llamas.

—¡Ah, querida! ¡Tú eres dichosa, tú! —dijo Beatriz, apoyando la mano sobre el brazo de Felicidad, como mujer fatigada por algún pesar secreto.

—¡Sí, bien dichosa! —contestó con salvaje amargura la pobre Felicidad.

Las dos mujeres cayeron sobre un banco, ambas agotadas. Jamás ninguna criatura

de su sexo se vio sometida a más maquinaciones ni a tan penetrante maquiavelismo como lo era la marquesa desde hacía una semana.

—¡Pero yo, yo!... ¡Conocer las infidelidades de Conti! ¡Tragármelas!...

—¿Y por qué no lo dejas? —dijo Camilo, descubriendo el momento de asestar un golpe definitivo.

—¿Acaso puedo?

—¡Oh! Pobre niña...

Las dos se pusieron a mirar un grupo de árboles con aire ensimismado.

—Voy a que apresuren el desayuno; este paseo me ha abierto el apetito —dijo Camilo.

—La conversación que tuvimos me ha quitado el mío —contestó Beatriz.

Beatriz, con su atuendo matinal, destacaba como una forma blanca sobre las masas verdes del follaje. Calixto, que había penetrado por el salón en el jardín, tomó un sendero, por el que iba lentamente, para encontrarse con la marquesa como por casualidad; y Beatriz no pudo contener un ligero estremecimiento al descubrirlo.

—Y qué, señora, ¿la enojé ayer? —dijo Calixto, luego de cambiar unas frases triviales.

—Usted ni me desagrada ni me agrada —contestó ella con voz dulcificada.

—Le soy indiferente —dijo con voz turbada por las lágrimas que vinieron a sus ojos.

—¿Es que no debemos sernos indiferentes uno al otro? —contestó la marquesa—. Cada uno de nosotros tiene lazos verdaderos...

—¡Eh! —dijo con viveza Calixto—. Yo amaba a Camilo, pero ya no la quiero.

—¿Y entonces qué hace usted durante todas las mañanas? —dijo ella con una sonrisa perversa—. No imagino que, pese a su pasión por el tabaco, le tome a usted por un cigarro; y tampoco que usted, pese a su pasión por las mujeres autores, se pase cuatro horas leyendo novelas hembras...

—¿Sabe usted entonces...? —dijo ingenuamente Calixto, cuyo semblante estaba iluminado por la felicidad de ver a su ídolo.

—¡Calixto...! —gritó violentamente Camilo, que apareció de súbito, lo interrumpió, lo cogió por un brazo y lo arrastró unos pasos—. Calixto, ¿es esto lo que me había prometido?

La marquesa pudo oír este reproche de la señorita De las Touches, que desapareció riendo y llevándose a Calixto, sin comprender nada. La señora De Rochefide no era tan perspicaz como Claudio Vignon. La verdad del papel horrible y sublime representado por Camilo es una de esas infames grandezas que las mujeres sólo admiten en el último extremo. Entonces se rompen sus corazones, cesan sus sentimientos de mujer y comienza para ellas una abnegación que las hunde en el infierno o las eleva al cielo.

III CORRESPONDENCIA

Durante el desayuno, al que fue invitado Calixto, la marquesa, cuyos sentimientos eran nobles y orgullosos, había vuelto sobre sí misma y ahogaba los gérmenes del amor que nacía en su corazón. Fue con Calixto, no fría y dura, sino de una dulzura indiferente que le colmó de pena. Felicidad puso sobre el tapete la idea de ir dos días después a hacer una excursión por el paisaje pintoresco comprendido entre Las Touches, Croisic y la aldea de Batz. Rogó a Calixto que empleara la mañana siguiente en procurarse una barca y marineros para el caso de hacer el paseo por mar. Ella se encargaría de los víveres, los caballos y de todo lo demás que hiciera falta para hacer cómodo aquel paseo de placer. Beatriz atajó diciendo que ella no accedía a recorrer de ese modo el país. La cara de Calixto, que expresaba la más viva alegría, se cubrió repentinamente con un velo de tristeza.

—¿Y qué es lo que teme, querida? —dijo Camilo.

—Mi posición es demasiado delicada para comprometer no ya mi reputación, sino mi felicidad —dijo con énfasis y mirando al joven bretón—. Usted conoce los celos de Conti; si él supiese...

—¿Y quién se lo va a decir?

—¿Acaso no va a venir a buscarme?

Estas palabras hicieron palidecer a Calixto. Pese a las instancias de Felicidad y del joven bretón, la señora De Rochefide se mantuvo inflexible y mostró lo que llamaba Camilo su terquedad. Calixto, pese a las esperanzas que le dio Felicidad, abandonó Las Touches presa de una de esas penas de enamorado que llegan a la locura. Vuelto a la mansión de los Guénic, no salió de su cuarto más que para comer y allá volvió inmediatamente después. A las diez, su madre, inquieta, fue a verle y lo encontró emborronando cuartillas, en medio de gran cantidad de papeles arrugados y rasgados; escribía a Beatriz, porque desconfiaba de Camilo; la actitud que adoptó la marquesa durante la entrevista en el jardín le había animado grandemente. Jamás ninguna primera carta de amor ha sido, como a primera vista pudiera pensarse, un chorro ardiente del alma. En los jóvenes no corrompidos, semejante carta se acompaña de fervores tan abundantes, tan múltiples, que resulta el elixir destilado de numerosas cartas esbozadas, desistidas, recompuestas. Ved ahora la que tenía a Calixto suspenso y que leyó a su pobre madre asombrada. Al oírla le pareció que la vieja mansión estaba ardiendo, que el amor de su hijo llameaba como el resplandor de un incendio.

CALIXTO A BEATRIZ.

«Señora: yo la amaba cuando aún no era para mí más que un sueño; juzgue el impulso que ha tomado mi amor al verla. El sueño se ha visto superado por la

realidad. Mi pena es no poderle decir nada que no sepa al decirle cuán hermosa es; pero seguramente sus encantos jamás despertaron en nadie tantos sentimientos como levantan en mí. Usted es bella de muchas maneras, y tanto la he estudiado pensando en usted noche y día, que he llegado a penetrar los misterios de su persona, los secretos de su corazón y sus íntimas delicadezas. ¿Ha sido usted nunca comprendida y adorada como merece serlo? Sépalo entonces: ni uno solo de sus rasgos ha dejado de ser grabado en mi corazón. Su dignidad corresponde a la mía; la nobleza de sus miradas, la gracia de su porte, la distinción de sus movimientos, todo en usted se halla en armonía con pensamientos o voces ocultas en el fondo de su alma, que yo adivino y adivinándolos me creo digno de usted. Si no hubiese llegado a ser desde hace unos días como otro yo de usted, ¿le hablaría de mí? El leerme será egoísmo: se trata mucho más de usted que de Calixto. Para escribirle, Beatriz, he impuesto silencio a mis veinte años, he envejecido mi pensamiento, o tal vez lo haya envejecido usted con una semana de horribles sufrimientos, que desde luego usted causó inocentemente. No me crea uno de esos amantes vulgares de los que se burla con tanta razón. ¡El gran mérito de amar a una mujer joven, hermosa, discreta y noble! Yo ni siquiera pienso en merecerla. ¿Qué soy para usted? Un muchacho atraído por el brillo de la belleza y de las grandezas morales, como un insecto se ve atraído por la luz. Usted no puede hacer más que pisar sobre las flores de mi alma, pero toda mi felicidad será sentir cómo las va aplastando con sus pies. Una entrega absoluta, una fe sin límites, un amor insensato, todas esas riquezas de un corazón amante y sincero no son nada: sirven para amar, y no para ser amado. No comprendo cómo un fanatismo tan ardiente no caldeé el ídolo; y, cuando encuentro su mirada severa y fría, me siento helado. Su desdén es el que impera, y no mi adoración. ¿Por qué? Usted nunca alcanzaría a odiarme tanto como yo la quiero: ¿cómo el sentimiento más débil puede prevalecer sobre el más fuerte? Yo amaba a Felicidad con todas las potencias de mi corazón: la olvidé un día, en un momento, en cuanto la vi a usted. Ella era el error y usted la verdad. Usted, sin saberlo, ha destruido mi felicidad, y no le pido nada a cambio. Yo quería a Camilo sin esperanza, y ninguna esperanza tampoco me da usted: no ha cambiado nada más que la divinidad. Antes era idólatra, ahora soy cristiano. Usted tan sólo me ha enseñado que amar es la primera de todas las venturas; ser amado es secundario. Según Camilo, no es amor el que dura unos días: el cariño que no se acrecienta de día en día es una pasión miserable; para crecer no debe de vislumbrar el fin, y ella divisaba la puesta de nuestro sol. Al verla a usted comprendí todos estos conceptos, que yo combatía con mi entera juventud, con todo el fuego de mis deseos, con la austeridad despótica de mis veinte años. La grande y sublime Camilo mezclaba entonces sus lágrimas a las mías. Yo puedo, por tanto, amarla sobre la tierra y en el cielo, como se ama a Dios. Si usted me amase no podría oponerme las razones con que Camilo echaba por tierra mis esfuerzos. Ambos somos jóvenes, podemos volar con las mismas alas, bajo el mismo cielo, sin miedo a la tempestad que asustaba a ese águila. ¿Pero qué le estoy

diciendo? He ido mucho más allá de mis modestos propósitos. Ya no creerá en la sumisión, la paciencia, la muda adoración que acabo de rogarle no lastime inútilmente. Sé, Beatriz, que usted no puede amar sin perder su propia estimación. Por eso no le pido que me corresponda de ningún modo. Camilo decía no hace mucho que hay como una fatalidad innata en los nombres, refiriéndose al suyo. Tal fatalidad la he sentido para mí en el de usted en cuanto, sobre la escollera de Guérande, hirió mis ojos a orillas del océano. Usted pasará por mi vida como Beatriz pasó por la de Dante. Mi corazón servirá de pedestal a una estatua blanca, vindicativa, celosa y opresiva. Le está prohibido amarme; usted sufrirá mil muertes, se verá traicionada, humillada, desgraciada: hay en usted un orgullo de demonio que la ata a la columna que ha abrazado; y allí perecerá, sacudiendo el templo, como hizo Sansón.

»Todas estas cosas yo no las he adivinado porque mi amor es ciego; pero Camilo las ha dicho. No es en esto mi espíritu quien le está hablando, sino el de ella; yo carezco de sentido en cuanto se trata de usted: se elevan de mi corazón borbotones de sangre que oscurecen con sus vapores mi inteligencia, me quitan las fuerzas, paralizan mi lengua, rompen mis rodillas y las hacen doblarse. No puedo hacer otra cosa que adorarla, haga lo que haga. Camilo llama terquedad a mi resolución; yo la defiendo y la creo dictada por la virtud. Usted sólo puede aparecer hermosa a mis ojos. Conozco mi destino: el orgullo de Bretaña está a la altura de la mujer que ha hecho del suyo una virtud. Por tanto, querida Beatriz, sea buena y misericordiosa conmigo. A las víctimas elegidas se las coronaba con flores; usted me debe los ramilletes de la piedad, la música del sacrificio. ¿Acaso no soy yo la prueba de su grandeza, no se elevaría usted a la altura de mi amor desdeñado, pese a su sinceridad, su ardor inmortal? Pregúntele a Camilo cómo me conduje desde el día en que me dijo que amaba a Claudio Vignon. Permanecí mudo, sufrí en silencio. Pues bien, para usted aún hallaría mayores energías si no me desespera, si aprecia mi heroísmo. Un único halago me permitirá soportar los sufrimientos del martirio. Si persiste en ese frío silencio, en ese mortal desdén, dará en pensar que soy de temer. ¡Ah! Sea conmigo tal como en realidad es, encantadora, alegre, ingeniosa, amorosa. Hábleme de Genaro, como Camilo me hablaba de Claudio. Carezco de todo genio, como no sea el del amor, por nada soy temible, y me mostraré ante usted como si no la amase. ¿Rechazará usted el ruego de un amor tan humilde, de un pobre chico que pide por toda gracia que su luz le ilumine, que su sol le caliente? La persona a quien ama la verá siempre: el pobre Calixto tiene pocos días para él, ya que usted se marchará pronto. Así yo volveré mañana a Las Touches, ¿no es verdad? Usted no rechazará mi brazo para ir a visitar las costas de Croisic y la aldea de Batz. Si usted no viene, será eso una respuesta y Calixto la entenderá.»

Seguían aún cuatro páginas con una escritura menuda y apretada, en las que Calixto explicaba la terrible amenaza que en las últimas palabras se encerraba y narraba su juventud y su vida; pero se valía de frases exclamativas; había mucho de

esos recursos empleados por la literatura moderna en los pasajes más peligrosos, como pasarelas ofrecidas a la imaginación del lector para hacerle franquear abismos. Esa cándida descripción no sería más que una repetición en el presente relato; si no había de emocionar a la señora De Rochefide, interesaría medianamente a los amantes de emociones fuertes; pero hizo llorar a la madre, que dijo a su hijo:

—¿Entonces tú no has sido dichoso?

Aquel terrible poema de sentimientos levantados como una borrasca en el corazón de Calixto, y que debía ir como un torbellino a otra alma, espantó a la baronesa: por primera vez en la vida leía una carta de amor. Calixto estaba metido en un gran aprieto, pues no sabía cómo enviar la carta. El caballero Du Haiga se encontraba aún en la sala, donde se jugaban las últimas suertes de una mosca animada. Carlota de Kergarouët, en su desesperación por la indiferencia de Calixto, trataba de agradar a sus padres para asegurarse por esta vía el matrimonio. Calixto siguió a su madre y reapareció en la sala, escondida en el bolsillo la carta, que le quemaba el corazón. Al fin, madre e hijo se fueron al gran salón con el caballero Du Haiga, despidiendo de allí a Mariotte y el pequeño criado de la señorita De Pen-Hoël.

—¿Qué irán a pedir al caballero? —dijo la vieja Ceferina a la vieja señorita De Pen-Hoël.

—Calixto parece loco —contestó ésta—. No ha tenido con Carlota más miramientos que si se tratara de un salinero.

La baronesa había supuesto muy bien que, hacia 1780, el caballero Du Haiga había navegado por los mares de la galantería, y por eso propuso a Calixto que le consultara.

—¿Cuál es el mejor modo de hacer llegar en secreto una carta a la amante? —dijo Calixto al oído del caballero.

—Se pone la carta en mano de la camarera, acompañándola de algunos luises, ya que pronto o tarde una camarera está en el secreto y vale más que lo esté desde el principio —contestó el caballero, cuyo semblante dejó escapar una sonrisa—. Pero lo mejor es entregarla uno mismo.

—¡Unos luises! —exclamó la baronesa.

Calixto entró por el sombrero y a poco corría hacia Las Touches, irrumpiendo como una aparición en la salita donde se oían las voces de Beatriz y Camilo. Ambas estaban en un diván y parecían en perfecta inteligencia. Calixto, con esa prontitud de ánimo que da el amor, se arrojó muy aturdido sobre el diván al lado de la marquesa, tomándole la mano y poniéndole en ella la carta, sin que Felicidad, por muy atenta que estuvo, se apercibiera. El corazón de Calixto se sintió cosquilleado por una emoción aguda y dulce a la vez al sentir su mano apretada por la de Beatriz, quien, sin decir palabra ni mostrar desagrado, escondió la carta en un guante.

—Usted se lanza sobre las mujeres como si fuesen divanes —dijo riendo.

—Sin embargo, no sigue la doctrina de los turcos —replicó Felicidad, que no pudo eludir este epigrama.

Calixto se levantó, cogió la mano de Camilo y la besó; después se acercó al piano e hizo sonar todas las teclas pasando el dedo por encima. Esta alegría vivaz llamó la atención de Camilo, quien lo llamó para hablarle.

—¿Qué ha leído usted? —le preguntó al oído.

—Nada —contestó él.

—Algo pasa entre ellos —se dijo la señorita De las Touches.

La marquesa se mostró impenetrable. Camilo procuró hacer hablar a Calixto, esperando que se traicionara; pero el chico pretextó la inquietud de su madre y marchó de Las Touches a las once, no sin sufrir el fuego de una mirada penetrante de Camilo, quien por primera vez oía aquella disculpa.

Tras la agitación de una noche llena de Beatriz, tras haber ido veinte veces a Guérande por la mañana para adelantarse a una respuesta que no llegaba nunca, la camarera de la marquesa entraba en la mansión de los Du Guénic y puso en manos de Calixto esta carta, que se fue a leer al fondo del jardín, a la sombra del cenador.

BEATRIZ A CALIXTO.

«Es usted un noble niño, pero niño al fin. Usted se debe a Camilo, que lo adora. En mí no encontraría las perfecciones que la distinguen ni la dicha que le prodiga. Aunque otra cosa imagine, ella es joven y yo soy vieja, ella tiene el corazón lleno de tesoros y el mío está vacío, tiene por usted una devoción que usted no estima mucho, carece de egoísmo, no vive más que para usted; y yo estoy llena de dudas, lo arrastraría a una vida hastiada, sin nobleza, a una vida maltrecha por mi falta. Camilo es libre, va y viene por donde quiere; yo soy una esclava. Y, en fin, olvida usted que amo y soy amada. La situación en que me encuentro debería defenderme de toda galantería. Amarme o decirseme que se me ama es, en un hombre, un insulto. Una nueva falta ¿no me pondría al nivel de las peores criaturas de mi sexo? Usted, que es joven y lleno de delicadeza, ¿cómo me obliga a decirle estas cosas, que sólo pueden salir del corazón desgarrándolo? He preferido el relámpago de una desgracia irreparable a la vergüenza de un engaño constante, mi propia pérdida a la de la probidad; pero a los ojos de bastantes personas, cuya estima tengo en mucho, aún soy grande: si cambiase, caería algunos peldaños más. El mundo se muestra aún indulgente con aquellos en quienes la constancia cubre con su manto la irregularidad de su dicha; pero es implacable con las conductas viciosas. No tengo desdén ni enfado; le contesto con franqueza, con sencillez. Usted es joven, ignora el mundo, se ha dejado llevar de la fantasía y es incapaz, como todas las personas cuya vida es pura, de hacerse las reflexiones que sugiere la desgracia. Si aún fuese más lejos: si llegase a ser la mujer más humillada del mundo, si escondiese espantosas miserias, si me viese traicionada y abandonada, y a Dios gracias nada de esto es posible, pero si por una venganza del cielo sucediese así, nadie en el mundo me vería más. Sí; me vería entonces con valor para matar al hombre que me hablara de amor si, en la

situación en que me viera entonces, hombre alguno se pudiera acercarse a mí. Con esto está usted viendo el fondo de mi pensamiento. Tal vez por ello pueda agradecerle que me haya escrito. Después de su carta, y sobre todo después de mi contestación, puede que me encuentre con más desahogo cerca de usted en Las Touches, mostrando al natural mi carácter, como usted lo pide. No le hablo del ridículo amargo que me perseguiría en el caso de que mis ojos dejaran de expresar los sentimientos de que usted se lamenta. Un segundo robo a Camilo sería una prueba de impotencia a la que ninguna mujer se entrega dos veces. Habría de amarle locamente, estar ciega, olvidarme de todo, y siempre repararía en Camilo. Su amor para usted es una de esas barreras demasiado altas para ser franqueadas por fuerza alguna, ni siquiera por las alas de un ángel: sólo un demonio no retrocedería ante esas infames traiciones. Hay sobre esto, niño mío, un mundo de razones que las mujeres nobles y delicadas se reservan y que vosotros, los hombres, no entendéis, aun cuando sean tan parecidos a nosotras como usted lo es en estos momentos. En fin, tiene usted una madre que le ha enseñado lo que debe ser una mujer en la vida; es pura y sin mancha, ha cumplido su destino noblemente; lo que de ella sé ha humedecido de lágrimas mis ojos, y he sentido levantarse impulsos de envidia en el fondo de mi corazón. ¡Yo hubiera podido ser así! Calixto: así debe ser su mujer, y esa debe ser su vida. No le indicaré más con malignidad, como ya lo hice, a la pequeña Carlota, que pronto le causaría hastío, sino a alguna joven divina, digna de usted. Si yo hiciese caso a usted le estropearía la vida. O habría en usted falta de fe y de constancia, o tendría el propósito de consagrarme toda su existencia: y soy franca, yo la tomaría, me lo llevaría no sé adónde, lejos del mundo; lo haría muy desgraciado, soy celosa, veo monstruos en una gota de agua, estoy desesperada por miserias a las que muchas jóvenes se avienen; temo también a pensamientos inexorables, que provendrían de mí, no de usted, y que me herirían mortalmente. Cuando un hombre no se muestra en el décimo año de dicha tan respetuoso y delicado como la víspera del día en que mendigaba un favor, me parece un infame y ello me envilecería a mis propios ojos. Semejante amante no se parece a los Amadises de Ciro de mis sueños. Hoy día el amor puro es una fábula y en usted no veo más que la fatuidad de un deseo que no sabe adónde irá a parar. No tengo cuarenta años, no sé plegar mi orgullo ante la autoridad de la experiencia, no poseo ese amor que inclina a la humildad; soy, en definitiva, una mujer cuyo carácter es todavía demasiado joven para no resultar detestable. No puedo responder de mi humor y en mí la gracia es sólo externa. Puede que no haya sufrido aún lo bastante para adquirir la indulgencia y la ternura absoluta que debemos a los engaños crueles. La felicidad tiene su impertinencia, y yo soy muy impertinente. Camilo será siempre para usted una esclava sumisa, y yo sería un tirano insensato. Además, ¿no ha sido puesta Camilo cerca de usted por su ángel de la guarda, para esperar el momento en que comience la vida a que está llamado y a la que no debe faltar? ¡Conozco a Felicidad! Su ternura es inagotable; ignora, puede ser, las gracias de nuestro sexo, pero despliega una fuerza fecunda, un genio de la constancia y una noble intrepidez

que acaban por imponerse. Ella le guiará, aunque sufra horrible pesares: le elegirá una Beatriz libre, si Beatriz responde a las ideas de usted sobre la mujer y a sus sueños; aplanará todas las dificultades de su porvenir. Con la venta de una heredad que tiene cerca de París desempeñará todas las propiedades de usted en Bretaña, le instituirá heredero; ¿no le ha hecho ya un hijo de adopción? En cambio, ¿qué puedo yo hacer por su felicidad? Nada. No traicione, por tanto, a un amor infinito que se resuelve en los deberes de la maternidad. ¡Me parece Camilo tan dichosa!... La admiración que le inspira la pobre Beatriz es uno de esos pecadillos para los cuales las mujeres de la edad de Camilo están llenas de indulgencia. Cuando están seguras de ser amadas perdonan la constancia de una infidelidad; es para ellas uno de los más vivos placeres triunfar sobre la juventud de sus rivales. Camilo está por encima de las demás mujeres: lo que dije no se refiere a ella, sino que lo expongo para tranquilizar su conciencia. Tengo bien estudiado a Camilo; a mis ojos, es una de las más grandes figuras de nuestro tiempo. Es buena y tiene ingenio, dos cualidades casi inconciliables en las mujeres; es generosa y sencilla, otras dos grandezas que andan raramente juntas. He descubierto verdaderos tesoros en el fondo de su corazón, y parece que Dante, en el *Paraíso*, haya escrito para ella la hermosa estrofa sobre la felicidad eterna que le explicaba el otro día y que acaba con el *Senza brama sicura ricchezza*. Me hablaba de su destino, me contaba su vida, demostrándome que el amor, objeto de nuestros anhelos y sueños, le había huido siempre, yo le contesté que lo que parecía demostrar es la dificultad de emparejar las cosas sublimes, lo que explica muchas desgracias. Usted es una de esas almas angelicales cuya hermana parece imposible de hallar. Ese infortunio, niño querido, Camilo se lo ahorrará; ella le encontrará, aunque le cueste la vida, una criatura con la cual pueda usted ser dichoso en matrimonio.

»Le tiendo una mano amiga, y cuente no con su corazón, sino con su sentido, para que nos podamos encontrar juntos como hermanos y terminar entonces nuestra correspondencia, que entre Las Touches y Guérande resulta cuando menos extraña.

Beatriz de Casterán.»

Emocionada hasta el colmo por los detalles del desarrollo de los amores de su hijo con la bella Rochefide, la baronesa no pudo permanecer en la sala, donde hacía su labor mirando a Calixto a cada momento; se levantó del sillón y se fue hacia él de un modo a la vez humilde y audaz. La madre tuvo en aquellos momentos la gracia de una cortesana que quiere lograr una concesión.

—¿Y qué? —dijo, temblorosa, pero sin osar pedir la carta.

Calixto le mostró el papel y se lo leyó. Aquellas dos candidas almas, tan simples, no descubrieron en la astuta y pérfida respuesta ninguna de las malicias y trampas que había puesto la marquesa.

—¡Qué grande y noble mujer! —dijo la baronesa, cuyos ojos estaban húmedos—.

Rogaré a Dios por ella. ¡No imaginaba que una mujer que abandonó a su hijo y su marido poseyera tantas virtudes! Es digna de perdón.

—¿No tengo razón para adorarla? —dijo Calixto.

—¿Pero adónde te llevará ese amor? —exclamó la baronesa—. ¡Ah, niño mío, qué peligrosas son las mujeres de sentimientos nobles! Las malas son menos de temer. Cásate con Carlota de Kergarouët, desempeña dos tercios de las fincas de la familia. Vendiendo algunas heredades, la señorita De Pen-Hoël logrará ese gran resultado, y esa buena chica se cuidará de hacer valer tus bienes. Puedes dejar a tus hijos un buen nombre y una buena fortuna...

—¿Olvidar a Beatriz? —dijo Calixto con sorda voz y los ojos fijos en tierra.

Dejó a la baronesa y subió a su cuarto para contestar a la marquesa. La señora Du Guénic tenía grabada en el corazón la carta de la señora De Rochefide: quería saber a qué atenerse sobre las esperanzas de Calixto. A aquellas horas el caballero Du Haiga paseaba a su perra por la alameda; la baronesa, segura de encontrarle, se puso un sombrero y su chal y salió. Ver a la baronesa Du Guénic en Guérande fuera de la iglesia, o en los lugares que servían de paseo los días de fiesta, cuando acompañaba a su marido y a la señorita De Pen-Hoël, era un acontecimiento tan notable que dos horas después, a lo largo y a lo ancho de la ciudad, todos se abordaban diciéndose:

—La señora Du Guénic ha salido hoy; ¿la vio usted?

Así, la noticia pronto llegó a oídos de la señorita De Pen-Hoël, que dijo a su sobrina:

—Algo extraordinario sucede en casa de Guénic.

—Calixto está enamorado como un loco de la bella marquesa de Rochefide —dijo Carlota—. Yo debía marcharme de Guérande y volver a Nantes.

Mientras esta conversación se sostenía, el caballero Du Haiga, sorprendido al verse buscado por la baronesa, soltó la correa que sujetaba a «Tisbe», reconociendo la imposibilidad de repartirse.

—Caballero, ¿usted ha practicado la galantería? —preguntó la baronesa.

El capitán Du Haiga se engalló con un ademán de discreta fatuidad. La señora Du Guénic, sin nombrar para nada a su hijo ni a la marquesa, le explicó la carta de amor, preguntándole cuál podía ser el sentido de semejante respuesta. El caballero, con la cara levantada, se acariciaba la barbilla: oía con atención e iba haciendo pequeños mohines; al fin fijó en la baronesa una mirada intencionada:

—Cuando los caballos de raza deben saltar las barreras, se acercan primero a reconocerlas y olfatearlas —dijo—. Calixto será el más afortunado pillo del mundo.

—¡Chitón! —dijo la baronesa.

—Soy mudo. Hubo un tiempo en que para mí no había más que estas cosas —dijo el viejo caballero; y prosiguió, después de una pausa—: El tiempo es bueno; sopla el viento del Nordeste. Rábanos! Si *La Belle-Poule* hubiese tenido un viento como éste el día en que... Pero —se interrumpió— mis oídos zumban y me duelen las falsas costillas; el tiempo cambiará. Sepa usted que el combate de *La Belle-Poule* fue tan

célebre, que las señoras llevaron tocados *a la Belle-Poule*. La señora De Kergarouët fue la primera en aparecer en la Opera con tal peinado. «Usted se ha peinado en conquistadora», le dije yo. La frase se fue repitiendo por todos los palcos.

La baronesa escuchó complacida al anciano, que, fiel a las leyes de la galantería, acompañó a la dama hasta la callejuela de Guénic, abandonando a su «Tisbe». El secreto del nacimiento de «Tisbe» escapó al caballero. «Tisbe» era nieta de la deliciosa «Tisbe», perra de la señora almiranta De Kergarouët, primera mujer del conde de Kergarouët. Esta última «Tisbe» contaba dieciocho años.

La baronesa subió con presteza al cuarto de Calixto, ligera por la alegría que la animaba, como si ella amase por su parte. Calixto no estaba allí, pero Fanny descubrió una carta plegada sobre la mesa, dirigida a la señora De Rochefide, aún sin sellar. Una invencible curiosidad llevó a la inquieta madre a leer la respuesta de su hijo. La indiscreción se vio cruelmente castigada. Experimentó un enorme dolor al entrever el precipicio en que el amor hacía caer a Calixto.

CALIXTO A BEATRIZ

«¡Bah! ¿Y qué me importa a mí, querida Beatriz, en los tiempos en que vivimos, la casa de los Du Guénic? Ni nombre es Beatriz, la felicidad de Beatriz es mi propia felicidad, su vida es mi vida, y toda mi fortuna está en mi corazón. Hace dos siglos que nuestras tierras están empeñadas: pueden continuar así durante otros dos siglos más. Nuestros granjeros las guardan, nadie puede llevárselas. Verla y amarla es mi única religión. ¡Casarme! Esta idea me ha sublevado el corazón. ¿Acaso hay dos Beatrices? Yo sólo me casaría con usted: esperaré veinte años si es preciso; soy joven, y usted será siempre hermosa. Mi madre es una santa y no debo juzgarla. ¡Nunca ha amado! Ahora sé lo que ha perdido y cuántos sacrificios ha hecho. Usted me ha enseñado, Beatriz, a amar a mi madre: la tengo junto con usted en mi corazón; en él no entrará nadie más que ella, es su única rival. ¿No equivale esto a decir que reinará usted sola? Sus razones, por lo tanto, no logran nada sobre mi espíritu. En cuanto a Camilo, no tiene usted más que hacerme una seña y le rogaré que ella misma le diga que yo no la amo; es la madre de mi inteligencia, nada más ni nada menos. Desde que vi a usted ella ha pasado a ser mi hermana, mi amiga o mi amigo, lo que usted quiera; pero no tenemos uno sobre otro más derechos que los de la amistad. La tomé por una mujer hasta el momento en que vi a usted. Me demostró entonces que Camilo es un muchacho: nada, caza, monta a caballo, fuma, bebe, escribe, analiza un corazón o un libro, no muestra la menor debilidad, siempre manifiesta su vigor; no posee sus movimientos delicados, ni su paso, se parece el vuelo de un pájaro, ni su voz amorosa, ni sus miradas suaves, ni su porte gracioso; es Camilo Maupin, en una palabra; no tiene nada de mujer, y usted reúne todas las cosas que yo amo; desde el primer día en que la vi me pareció que era para mí. Se reirá de este sentimiento, pero él no hace más que crecer y ya me parecería monstruoso que fuésemos separados:

usted es mi alma, mi vida, y no sabría vivir donde usted no estuviese. ¡Déjese amar! Huiremos, nos iremos lejos del mundo, a un país en que usted no se pueda encontrar con nadie y donde sólo pueda tenerme a mí y a Dios en el corazón. Mi madre, que también me quiere, vendrá algunas veces a vivir con nosotros. En Irlanda hay castillos, y la familia de mi madre nos prestará seguramente uno. ¡Vayámonos, por Dios! Una barca, algunos marineros, y allí estaríamos antes de que nadie pudiera saber adónde habíamos huido de este mundo que usted tanto teme. Usted no ha sido nunca amada, lo adivino al releer su carta, y creo adivinar también que, si no existiese ninguna de las razones de que me habla, se dejaría amar por mí. Beatriz: un amor santo puede borrar todo lo pasado. ¿Me será posible, viéndola, pensar en nada más que en usted? ¡Ah! La quiero tanto, que desearía verla mil veces infame para demostrarle la potencia de mi amor, adorándola como la más santa de las criaturas. Califica a mi amor de una injuria para usted. ¡Oh, Beatriz, no lo crea! El amor de un noble niño —¿no me llama usted así?— honraría a una reina. Así, mañana iremos como amantes de paseo por las rocas y el mar, ¡y usted andará por las arenas de la noble Bretaña para consagrarlas de nuevo para mí! Deme ese día de felicidad, esa limosna pasajera, y tal vez, sin recuerdo para usted, será para Calixto una riqueza eterna...»

La baronesa dejó caer la carta sin acabarla y se arrodilló sobre un reclinatorio para elevar a Dios una plegaria mental, en la que rogaba que conservase a su hijo el entendimiento, que lo apartara de toda locura, de todo error, y que lo sacara del camino en que lo veía.

—¿Qué haces, madre mía? —dijo Calixto.

—Ruego a Dios por ti —contestó ella, mostrándole los ojos llenos de lágrimas—. Acabo de cometer la falta de leer esa carta. ¡Mi Calixto está loco!

—¡De la más dulce de las locuras! —dijo el joven, abrazando a su madre.

—Quisiera ver a esa mujer, hijo mío.

—Pues bien, mamá; mañana nos embarcaremos para ir a Croisic: estáte en el embarcadero.

Selló su carta y partió para Las Touches. Lo que espantaba a la baronesa por encima de todo era ver cómo el sentimiento llegaba, por la fuerza del instinto, a la perspicacia de una experiencia consumada. Calixto acababa de escribir a Beatriz como si el caballero Du Haiga lo hubiere aconsejado.

IV UN DUELO ENTRE MUJERES

Tal vez constituya uno de los grandes goces que pueden experimentar los espíritus mezquinos o los seres inferiores el jugar con las almas grandes y cogerlas en alguna trampa. Beatriz sabía muy bien que estaba por debajo de Camilo Maupin. Esa inferioridad no consistía solamente en el conjunto de cosas morales llamado *talento*, sino también en las cosas del corazón llamadas *pasión*. En el momento en que Calixto llegaba a Las Touches, con la impetuosidad de un primer amor llevado por las alas de la esperanza, la marquesa experimentaba una viva alegría al saberse amada por aquel adorable joven. No llegaba hasta querer ser cómplice de ese sentimiento, apelaba a su heroísmo para reprimir ese *capriccio*, que dicen los italianos, y creía con ello igualar a su amiga; se sentía afortunada al tener que hacerle un sacrificio. En definitiva, las vanidades que singularizaban a la mujer francesa y que determinan esa célebre coquetería, de donde saca su superioridad, se veían halagadas y plenamente satisfechas en sí mismas: expuesta a inmensas seducciones, resistía, y sus virtudes le cantaban al oído un dulce concierto de alabanzas.

Las dos mujeres, indolentes en apariencia, estaban re costadas sobre el diván de aquella salita llena de armonías, en medio de un mundo de flores y con la ventana abierta, pues el viento del Norte había cesado. Una enervante brisa del Sur rizaba el lago de agua salada que sus ojos alcanzaban a ver y el sol inflamaba las arenas de oro. Sus almas estaban tan agitadas como encalmada la naturaleza, y no menos ardientes. Triturada por los engranajes de la máquina que ella misma estaba poniendo en movimiento, Camilo se esforzaba en vigilarse a sí misma, por la prodigiosa astucia de la amistosa enemiga que había metido en su jaula; mas, para no revelar su secreto, se entregaba a contemplaciones íntimas de la naturaleza; engañaba sus sufrimientos buscando un sentido a los movimientos del mundo, y hallaba a Dios en el sublime desierto del cielo. En cuanto el incrédulo reconoce a Dios, se arroja al catolicismo absoluto que, visto como sistema, es complejo. Por la mañana Camilo había mostrado a la marquesa la frente aún bañada por los destellos de sus rebuscas durante una noche pasada en gemir. Calixto siempre se hallaba erguido ante ella como una imagen celestial.

Miraba al joven a quien se consagraba como a su ángel de la guarda. Pero no era él quien la guiaba hacia las altas regiones en que cesan los sufrimientos bajo el peso de una incomprensible inmensidad. Sin embargo, el aire triunfal de Beatriz inquietó a Camilo. Una mujer no gana sobre otra semejante ventaja sin dejarla traslucir, aun excusándose de haberla logrado. Nada puede imaginarse más bizarro en el sordo combate moral de las dos amigas, ocultándose mutuamente un secreto, creyéndose recíprocamente acreedoras de inmensos sacrificios. Calixto llegó con su carta oculta entre el guante y la mano, atento a deslizarla en la mano de Beatriz. Camilo, a quien

el cambio en las maneras de su amiga no había pasado inadvertido, fingió no observarla, pero la observaba en un espejo en el momento en que Calixto iba a efectuar su entrada. En esa ocasión hay un escollo para todas las mujeres. Las más listas como las más tontas, las más francas como las más astutas, no son dueñas de su secreto, que en esos instantes reluce a los ojos de otra mujer. Demasiada reserva o demasiado abandono, una mirada libre y luminosa, la caída misteriosa de los párpados, todo traiciona entonces el sentimiento más difícil de ocultar, ya que la indiferencia tiene en sí un algo tan completamente frío, que no puede ser jamás simulada. Las mujeres poseen el genio de los matices y usan demasiado de ellos para que no se los sepan todos: y en tales ocasiones sus ojos abarcan a su rival de pies a cabeza; adivinan el más ligero movimiento de un pie bajo el vestido, la más imperceptible contracción en el cuerpo, y conocen la significación de lo que para un hombre es insignificante. Dos mujeres en mutua observación representan una de las más admirables escenas de comedia que se pueda presenciar.

—Calixto ha cometido alguna tontería —pensó Camilo al notar también en él ese aire indefinible de las gentes que se entienden.

Ya no hubo rigidez ni falsa indiferencia en la marquesa; miraba a Calixto como a cosa que le pertenecía. Calixto se mostró entonces explícito: enrojeció como un culpable o como un hombre dichoso. Venía a recibir las instrucciones necesarias para el día siguiente.

—Entonces, ¿viene usted decididamente, querida? —preguntó Camilo.

—Sí —dijo Beatriz.

—¿Y cómo lo sabe usted? —preguntó la señorita De las Touches a Calixto.

—Acabo de saberlo —contestó, obedeciendo a una mirada que le lanzó la señora De Rochefide, que no quería que su amiga tuviese la menor luz sobre su correspondencia.

—Ya se entienden —se dijo Camilo, que captó aquella mirada con el rabillo del ojo—. Todo ha terminado, y no me queda más que desaparecer.

Bajo el peso de este pensamiento mostró su cara tal descomposición que hizo estremecer a Beatriz.

—¿Qué te ocurre, querida? —preguntó.

—Nada. Así, Calixto, que Usted se llevará mis caballos y los suyos para que los encontremos del otro lado de Croisic, y podamos regresar a caballo por la aldea de Batz. Almorzaremos en Croisic y comeremos en Las Touches. Se encargará usted de los remeros. Saldremos a las ocho y media de la mañana. ¡Qué hermosos panoramas! —dijo a Beatriz—. Verá usted a Cambremer, un hombre que hace penitencia sobre una roca por haber matado voluntariamente a su hijo. Está usted en un país primitivo en el que los hombres no tienen sentimientos ordinarios. Calixto le contará esa historia.

Se fue a su cuarto: se ahogaba. Calixto entregó su carta y siguió a Camilo.

—Calixto: usted, según creo, ya es amado; pero me oculta una maniobra y ha

contrariado sin duda mis órdenes.

—¡Amado! —dijo él, cayendo sobre una butaca.

Camilo se asomó a la puerta: Beatriz había desaparecido. Era sorprendente. Una mujer no abandona una habitación donde está la persona que ama y a la que se tiene la certeza de ver si no ha de hacer algo mejor. La señorita De las Touches se dijo: «¿Tendrá una carta de Calixto?» Pero creyó al inocente bretón incapaz de tal atrevimiento.

—Si me has desobedecido, todo se habrá perdido por tu falta —le dijo con grave acento—. Vete a preparar tus alegrías de mañana.

E hizo un gesto al que Calixto no se resistió; hay dolores mudos de una elocuencia despótica. Mientras iba a ver a los marineros, atravesando los arenales y las marismas, Calixto se vio asaltado de temores. Las palabras de Camilo llevaban impreso algo fatal, en que se descubría la doble vista de la maternidad. Cuando cuatro horas después volvió, fatigado, contando con quedarse a cenar en Las Touches, se encontró a la camarera de Camilo de centinela ante la puerta, esperándole para decirle que su ama y la marquesa no podían esperarle aquella tarde. Y cuando Calixto, sorprendido, quiso preguntar a la camarera, ésta cerró la puerta y se escabulló. Las seis daban en el campanario de Guérande. Calixto volvió a su casa, pidió de comer y se puso a jugar a la mosca presa de una sombría meditación. Aquellas alternativas de dicha y desgracia, el aniquilamiento de sus esperanzas siguiendo a la casi certidumbre de ser amado, tronzaban aquella pobre alma, que volaba con alas vigorosas hacia el cielo y llegaba tan alto que la caída tenía que ser horrible.

—¿Qué te pasa, mi Calixto? —le dijo su madre al oído.

—Nada —contestó, mostrando unos ojos en los que la luz del alma y el fuego del amor habían desaparecido.

No es la esperanza, sino la desesperación, lo que da la medida de nuestras ambiciones. El alma se entrega en secreto a los más bellos poemas de la esperanza, mientras que el dolor se muestra sin velos.

—Calixto, no es nada gentil —dijo Carlota, luego de haber ensayado vanamente con él sus pobres garatusas de provinciana, correspondidas siempre con acritudes.

—Estoy cansado —contestó él levantándose y dando las buenas noches a los contertulios.

—Calixto está muy cambiado —dijo la señorita De Pen-Hoël.

—Es que nosotras no llevamos bonitos vestidos guarnecidos de encajes, no sacudimos nuestras mangas así, no nos ponemos en estas posturas, no sabemos mirar de lado, torcer la cabeza —dijo Carlota, imitando y exagerando los ademanes, las actitudes y las miradas de la marquesa—. No tenemos una voz de falsete ni esa tosecilla interesante, *¡ejem, ejem!*, que parece el suspiro de una sombra; tenemos la desgracia de poseer una salud robusta y de querer a nuestros amigos sin coquetería; cuando los miramos, no parece que les pinchemos con un dardo o que los examinemos con una ojeada hipócrita. ¡Tampoco sabemos inclinar la cabeza como un

sauce llorón ni hacemos las amables levantándola así!

La señorita De Pen-Hoël no pudo por menos de reír al ver los gestos de su sobrina; pero ni el caballero ni el barón comprendieron nada de la sátira provinciana contra París.

—Sin embargo, la marquesa de Rochefide es muy hermosa —dijo la vieja señorita.

—Querido, me he enterado de que mañana va a Croisic —dijo la baronesa a su marido—. Iremos por allí de paseo porque quiero conocerla.

Mientras Calixto se rompía la cabeza tratando de adivinar qué es lo que había hecho que se le cerraran las puertas de Las Touches, entre las dos amigas se desarrollaba una escena que iba a influir en los sucesos del siguiente día. La carta de Calixto levantó en el corazón de la señora De Rochefide emociones desconocidas. Las mujeres no son siempre objeto de un amor tan joven, tan cándido, tan sincero y absoluto como el de aquel muchacho. Beatriz había amado más de lo que se había visto amada. Tras haber sido esclava, sentía un deseo inexplicable de ser a su vez tirano. En medio de su alegría, sentía leía y releía la carta de Calixto, se sintió traspasada por la punta de una idea cruel. ¿Qué hacían entonces juntos Camilo y Calixto, luego de la marcha de Claudio Vignon? Si Calixto no amaba a Camilo y si Camilo lo sabía, ¿en qué empleaban los ratos que pasaban juntos? Su memoria, acuciada por su ingenio, se puso maliciosamente a repasar sobre esa pista los discursos de Camilo. Pareció que un diablo sonriente hiciese aparecer en un espejo mágico el retrato de la heroica mujer con ciertos gestos y miradas que acabaron de iluminar a Beatriz. En lugar de ser su igual, se veía aplastada por Felicidad; lejos de jugar con su rival, era un juguete en manos de ella: no era más que un placer que Camilo quería proporcionar a su niño amado, con un amor extraordinario y sin vulgaridad. Para una mujer como Beatriz, este descubrimiento fue como si le cayera un rayo. Repasó minuciosamente la historia de aquella semana.

En un momento, el papel de Camilo y el suyo propio se desplegaron ante sus ojos en toda su extensión: y se vio del todo rebajada. En un acceso de odio y envidia creyó descubrir en Camilo un intento de venganza contra Conti. Sin duda todo lo pasado en los últimos años gravitaba sobre aquellas dos semanas. Puesta ya en la pendiente de la desconfianza, de las sospechas y la cólera, Beatriz no se detuvo: se paseaba por su cuarto, agitada por impetuosas sacudidas del alma, y de cuando en cuando se sentaba, tratando de adoptar una resolución; pero permaneció indecisa hasta la hora de comer y al fin bajó para sentarse a la mesa sin haberse vestido. En cuanto vio entrar a su rival, Camilo lo comprendió todo. Beatriz, sin arreglarse, mostraba una expresión fría en su semblante y una taciturnidad que, para una observadora de la penetración de Maupin, revelaban la hostilidad de un corazón enconado. Camilo salió y dio al instante la orden que tanto había de asombrar a Calixto; pensó que si el ingenuo bretón llegaba con su amor insensato en medio de la tormenta, posiblemente no volviera a ver a Beatriz, comprometiendo el porvenir de su pasión con cualquier

necia espontaneidad; quería ella verse libre de testigos en aquel duelo de astucias. Beatriz, sin auxiliar, se mostraría al natural. Camilo conocía la sequedad de aquella alma, la mezquindad que encerraba su gran orgullo, al que tan justamente había calificado de terquedad. La comida resultó sombría. Ambas tenían suficiente sentido y buen gusto para no disputar ante los criados ni dar ocasión a que las oyesen desde detrás de la puerta. Camilo estuvo dulce e indulgente: ¡se sentía tan superior! La marquesa se mostró dura e hiriente; sabía que la manejaban como a un niño. Hubo durante la comida un combate de miradas, de gestos, de medias palabras, que los extraños no podían comprender y que anunciaban una violenta tempestad. Cuando llegó el momento de volver a subir, Camilo, maliciosamente, ofreció el brazo a Beatriz, quien fingió no reparar en el ademán de su amiga y se lanzó sola escaleras arriba. Una vez que el café estuvo servido, Camilo despidió al ayuda de cámara con un: «¡déjenos!», que fue señal para la batalla.

—Las novelas que usted hace, querida mía, son algo más peligrosas que las que escribe —dijo Beatriz.

—Tienen, sin embargo, una ventaja —contestó Camilo, tomando un cigarrillo.

—¿Cuál? —preguntó la marquesa.

—Que se quedan inéditas, cariño.

—¿Y ésta en que me está metiendo saldrá en algún libro?

—No siento vocación por el oficio de Edipo; usted tiene el ingenio y la belleza de las esfinges, ya lo sé, pero no me proponga enigmas: hablemos claramente, querida Beatriz.

—Cuando, para hacer dichosos a los hombres, divertirlos y disipar su enfado, pedimos al diablo que nos ayude...

—Los hombres nos reprochan luego nuestros esfuerzos y tentativas, y los juzgan dictados por el genio de la depravación —dijo Camilo quitándose de los labios el cigarrillo e interrumpiendo a su amiga.

—Ellos olvidan el amor que nos arrebatava y que justificaba nuestros excesos, porque ¡adónde no llegaríamos!... Pero cumplen entonces con su condición de hombres, son ingratos e injustos —siguió Beatriz—. Las mujeres se conocen entre ellas, saben muy bien cómo su actitud es en todo momento digna, noble y, digámoslo, virtuosa. Pero, Camilo, acabo de conocer la certeza de las críticas de que usted se ha lamentado alguna vez. Sí, querida, usted tiene algo de hombre, se conduce como ellos, nada la detiene y, si no posee todas sus ventajas, sí tiene sus procedimientos y participa de su desprecio hasta nosotras. No tengo motivo, querida, para estar contenta de usted, y soy demasiado franca para ocultarlo. Seguramente nadie me podrá causar en el corazón una herida tan profunda como la que estoy sufriendo. Si usted en el amor no parece siempre una mujer, vuelve a serlo en el terreno de la venganza. Hace falta ser una mujer de genio para saber hallar el punto más sensible de nuestra delicadeza: quiero hablar de Calixto y de las *trampas*, querida (esa es la verdadera palabra), que usted ha empleado contra mí. ¿Hasta dónde, Camilo Maupin,

ha descendido usted, y cuál es su verdadera intención?

—¡Cada vez más en esfinge! —dijo Camilo sonriendo.

—Usted ha pretendido que yo me arrojara en los brazos de Calixto: soy todavía demasiado joven para usar de esos recursos. Para mí el amor es el amor con sus celos atroces y sus voluntades absolutas. Yo no soy autor: me es imposible discernir ideas en los sentimientos...

—¿Usted se cree capaz de amar tontamente? —dijo Camilo—. Tranquilícese. Usted aún tiene demasiado sentido. Se calumnia, querida: es usted lo bastante fría para hacer de su cabeza juez de las altas empresas de su corazón.

Este epigrama hizo enrojecer a la marquesa, que lanzó sobre Camilo una mirada colmada de odio, una mirada venenosa, y halló, sin necesidad de buscarlas, las flechas más aceradas de su carcaj. Camilo oyó fríamente, fumando su cigarrillo, una furiosa tirada salpicada de injurias tan hirientes que es imposible repetirlas. Beatriz, irritada por la calma de su adversaria, recurrió a horribles alusiones a la edad alcanzada por la señorita De las Touches.

—¿Eso es todo? —dijo Camilo, soltando una bocanada de humo—. ¿Ama usted a Calixto?

—En absoluto.

—Tanto mejor. Yo sí le amo, demasiado para mi sosiego. Posiblemente sienta él por usted algún capricho, porque usted es la rubia más delicada del mundo, y yo soy negra como un topo; usted es esbelta, grácil, y yo tengo demasiada dignidad en mi figura; y en definitiva, ¡usted es joven! Esa es la gran razón, y usted no me la ha ahorrado. Ha abusado de sus ventajas de mujer contra mí, ni más ni menos que un periodicucho abusa de los sarcasmos. Hice todo lo posible para impedir que esto llegara —siguió, elevando los ojos al techo—. Por poco femenina que yo sea, aún lo soy lo suficiente, querida mía, para que una rival tenga necesidad de mí misma para robarme... (La marquesa fue alcanzada de lleno en el corazón por esta expresión cruel, dicha del modo más inocente.) Me toma por una mujer bien necia si cree de mí lo que Calixto le haya querido hacer creer. No soy ni tan grande, ni tan insignificante: son mujer y muy mujer. Vaya, disipe ese enfado y deme la mano —dijo Camilo cogiendo la mano de Beatriz—. Usted no ama a Calixto, esa es la verdad, ¿no es cierto? ¡No me lo quite entonces! Sea dura, fría y severa con él mañana y acabará por someterse tras la reprimenda que voy a dirigirle, y sobre todo después de la reconciliación, ya que no he agotado todavía los recursos de nuestro arsenal, y a fin de cuentas el placer es siempre la razón del deseo. Pero Calixto es bretón. Si persiste en hacerle la corte, dígamelo francamente y se irá usted a una casita de campo que tengo a seis leguas de París, donde disfrutará de todas las facilidades y adonde podrá ir a verla Conti. ¡Que Calixto me calumnia! ¡Bah!... El amor más puro miente seis veces al día: sus imposturas denotan su fuerza.

Se traslució en la fisonomía de Camilo una expresión de soberbia frialdad que dejó a Beatriz temerosa y pensativa. No sabía qué responder.

Camilo le asestó el último golpe.

—Yo soy más desconfiada y menos acerba que usted —prosiguió—. No le supongo la intención de ocultar con una recriminación un ataque que comprometería mi vida; me conoce: no sobreviviría a la pérdida de Calixto, y he de perderlo pronto o tarde; además, Calixto me ama, bien lo sé.

—Esto es lo que contestó a una carta en la que sólo le hablaba de usted —dijo Beatriz alargando la carta de Calixto.

Camilo la cogió y la leyó; pero, al leerla, sus ojos se colmaron de lágrimas; lloró como lloran las mujeres en sus dolores más vivos.

—¡Dios mío!... La quiere... ¡Moriré, entonces, sin haber sido comprendida ni amada!

Permaneció algunos momentos con la cabeza apoyada en el hombro de Beatriz: su dolor era verdadero, sentía en sus entrañas el golpe terrible que había recibido la baronesa Du Guénic con la lectura de aquella misma carta.

—¿Tú le amas? —dijo irguiéndose y mirando a Beatriz—. ¿Sientes por él esa adoración infinita que triunfa sobre todos los dolores y sobrevive al desprecio, a la traición, a la certidumbre de no ser ya amado? ¿Lo quieres por él, por el solo placer de quererlo?

—¡Amiga querida!... —dijo la marquesa enternecida—. Estáte tranquila: mañana me marcharé.

—¡No te vayas: él te quiere y yo lo acepto! Le amo tanto, que llegaría a la desesperación si le viera sufriendo, desgraciado. Había ideado muchos proyectos para él; pero si te quiere, todo acabó.

—Yo le quiero, Camilo —dijo entonces la marquesa con una adorable ingenuidad, ruborizándose.

—¿Tú le quieres y puedes resistirle? ¡Ah! No le quieres.

—No sé qué virtudes nuevas ha despertado en mí, pero te aseguro que me ha hecho tener vergüenza de mí misma —dijo Beatriz—. Quisiera ser virtuosa y libre para sacrificarle algo más que los restos de mi corazón y unas cadenas infames. No quiero un destino incompleto para él ni para mí.

—¡Qué cabeza tan fría: amar y calcular! —exclamó Camilo, con una especie de horror.

—Todo lo que quiera, pero no deseo marchitar su vida, ser como una piedra atada a su cuello y constituirme en una eterna pena suya. Si no puedo ser su mujer, tampoco seré su amante. Me ha... ¿No se burlará de mí? ¿No? Pues bien: su adorable amor me ha purificado.

Camilo lanzó sobre Beatriz la más fiera, la más feroz mirada que jamás una mujer celosa haya echado sobre su rival.

—En ese terreno —exclamó— creía estar sola. Beatriz, esas palabras nos han separado para siempre: ya no somos amigas. Empezamos un combate terrible. Pero desde ahora le lo digo: sucumbirás o huirás.

Felicidad se precipitó hacia su cuarto tras haber demostrado a la estupefacta Beatriz la faz de una leona enfurecida.

—¿Vendrá usted mañana a Croisic? —preguntó Camilo levantando la cortina de la puerta.

—Claro que sí —contestó orgullosamente la marquesa—. No huiré ni sucumbiré.

—Juego mis cartas boca arriba: escribiré a Conti —replicó Camilo.

Beatriz se tomó tan blanca como la gasa de su echarpe.

—Las dos nos jugamos la vida —contestó Beatriz, que no sabía qué resolver.

Las violentas pasiones que esta escena levantó en las dos mujeres se aquietaron durante la noche. Ambas reflexionaron y volvieron a las pérfidas contemporizaciones que seducen a la mayor parte de las mujeres: sistema excelente entre ellas y los hombres, malo entre mujeres. Fue en medio de esta última tempestad cuando la señorita De las Touches oyó la gran voz que triunfa sobre los más intrépidos. Felicidad escuchó los consejos de la jurisprudencia mundana y sintió miedo al desprecio de la sociedad. El último embuste de Felicidad, mezclado con los acentos de los celos más atroces, había logrado pleno éxito. El desliz de Calixto fue reparado, pero una nueva indiscreción podía arruinar sus esperanzas para siempre.

Se aproximaba a sus postrimerías el mes de agosto; el cielo era de una magnífica pureza. El océano tenía en el horizonte, como en los mares meridionales, un matiz de plata en fusión, y cerca de la orilla se rizaban pequeñas olas. Una especie de vaho brillante, producido por los rayos del sol que caían a plomo sobre los arenales, creaba una atmósfera comparable a la de los trópicos. Así la sal florecía en pequeños ojos blancos en la superficie de los bancales de las salinas. Los esforzados salineros, vestidos de blanco precisamente para resistir a la acción del sol, estaban desde la mañana en su puesto, armados con sus largos rastrillos, unos apoyados sobre los pequeños muros de barro que separan cada propiedad, observando la labor de aquella química natural, que les era familiar desde su infancia, otros jugando con sus chicuelos y sus mujeres. Los aduaneros fumaban sus pipas tranquilamente. Había algo de oriental en aquel cuadro y seguro que un parisiense, súbitamente trasladado allí, no se hubiera creído en Francia. El barón y la baronesa, que habían tomado como pretexto el ir a ver cómo iba la recogida de sal, estaban en la escollera admirando aquel silencioso paisaje, en el que sólo el mar se dejaba oír con el mugido de sus olas a tiempos regulares, surcado por las barcas y cercado con la cintura verde de las tierras cultivadas, que producía un efecto aún más gracioso por infrecuente en las orillas casi siempre desoladas del océano.

—Amigos míos, quería ver las marismas de Guérande una vez más antes de morir —dijo el barón a los salineros que se arremolinaron a la entrada de las marismas para saludarle.

En aquel momento la caravana salida de Las Touches llegó por el pequeño camino. La marquesa iba sola delante. Calixto y Camilo la seguían dándose el brazo. Veinte pasos detrás venía Gasselin.

—Aquí están mis padres —dijo el joven a Camilo.

La marquesa se detuvo. La señora Du Guénic experimentó la más violenta repulsión al verla, pese a que venía muy favorecida con su atuendo: un sombrero de Italia ornado de florecillas azules y con grandes alas cubriendo su cabellera rizada; un vestido de seda cruda de color grisáceo y un cinturón azul; en fin, con el aspecto de una princesa disfrazada de pastora.

—No tiene corazón —se dijo la baronesa.

—Señorita —dijo Calixto—, le presento a mis padres. Y a continuación dijo al barón y la baronesa:

—La señorita De las Touches y la señora marquesa De Rochefide, de la casa de Casteran.

El barón saludó a la señorita De las Touches, que dirigió un saludo sencillo y lleno de gratitud a la baronesa.

«Esta sí que ama de verdad a mi hijo —pensó Fanny—. Parece agradecerme haber puesto a Calixto en el mundo.»

—Vendrán ustedes a ver si la recogida de sal es buena, como nosotros —dijo el barón—. Pero usted con mayor razón que nosotros, puesto que tiene aquí sus intereses, señorita —añadió, dirigiéndose a Camilo.

—La señorita es la más rica de todos los propietarios —dijo uno de los salineros— y que Dios la conserve, porque es buena ama.

Los dos grupos se saludaron y se separaron.

—No echaría más de treinta años a la señorita De las Touches —dijo el barón a su mujer—. Es muy hermosa. ¿Y Calixto prefiere ese jamelgo de marquesa parisiense a esta excelente señorita bretona?

—¡Ya ves! Así es —contestó la baronesa.

Una barca esperaba arrimada a la escollera y en ella embarcaron los excursionistas sin ninguna alegría. La marquesa se mostraba fría y digna. Camilo había reñido a Calixto por su falta de obediencia, exponiéndole el estado en que se encontraban sus asuntos sentimentales. Camilo, presa de una sombría desesperación, lanzaba sobre Beatriz miradas en las que el amor y la inquina combatían. No se pronunció una palabra durante el corto recorrido desde la escollera de Guérande al extremo del puerto de Croisic, punto donde se carga la sal que unas mujeres llevan en tinajas puestas sobre la cabeza, que sostienen de forma que parecen cariátides. Van esas mujeres descalzas y no llevan más que una falda muy corta. Muchas dejan descuidadamente flotar al viento los pañuelos con que cubren su busto; algunas no llevan más que la camisa y son las más esquivas, porque mientras menos vestidos llevan las mujeres, más púdica nobleza despliegan. El pequeño navío danés acababa su carga. El desembarcadero de las dos hermosas mujeres excitó la curiosidad de las portadoras de sal; y tanto para sustraerse a ella como para favorecer a Calixto, Camilo se fue prontamente hacia las rocas, dejándole con Beatriz. Gasselin interpuso entre él y su amo una distancia de lo menos doscientos metros.

V PASEO POR CROISIC

Por el lado del mar la casi isla de Croisic está bordeada de rocas graníticas cuya forma es tan singularmente caprichosa que no pueden ser apreciadas más que por viajeros ya duchos en establecer comparaciones entre esos grandes espectáculos de la naturaleza salvaje. Tal vez las rocas de Croisic tengan sobre las cosas de ese género la misma superioridad del camino de la Gran Cartuja sobre los demás valles angostos. Ni las costas de Córcega, en las que el granito ofrece arrecifes de los más bizarros, ni las de Cerdeña, donde la naturaleza se ha entregado a efectos grandiosos y terribles, ni las rocas basálticas de los mares del Norte poseen un carácter tan completo. Allí la fantasía se ha entretenido en componer interminablemente arabescos, en los que las más fantásticas figuras se despliegan. Todas las formas se ven allí. La imaginación llega a fatigarse de aquella inmensa galería de monstruosidades entre las que el mar se desliza en sus momentos de furor, acabando por pulir todas sus asperezas. Os veréis bajo una cúpula natural de una audacia imitada de lejos por Brunelleschi, ya que los mayores esfuerzos del arte son siempre un tímido remedo de los esfuerzos de la naturaleza; veréis también una cubeta pulida como una bañera de mármol y tapizada con una capa de arena densa, blanca, fina, en la que os podréis bañar sin temor en cuatro pies de agua tibia. Iréis admirando pequeñas ensenadas, frescas, abrigadas por pórticos groseramente tallados, pero majestuosos, a la manera del palacio Pitti, otra imitación de los caprichos de la naturaleza. Los accidentes son innumerables: nada falta de lo que la imaginación más desenfadada pudiera inventar o desear. Incluso existe, cosa rarísima a orillas del océano y que tal vez constituya la única excepción; un gran matorral de boj. Este boj, la mayor curiosidad de Croisic, donde los árboles no pueden arraigar, se halla a cosa de una legua del puerto, en la punta más avanzada de la costa. Sobre uno de los promontorios formados por el granito, que se elevan por encima del mar a una altura a la que las olas no llegan nunca, aun en los mayores temporales, orientado al mediodía, el capricho de la lluvia ha ido excavando una cuenca de unos cuatro pies de hondo. En esta hendidura, la casualidad, o tal vez el hombre, colocó suficiente tierra vegetal para que un boj achaparrado y recio, sembrado por los pájaros, haya crecido. La forma de sus raíces denota que su existencia data de trescientos años lo menos. Debajo de él la roca está cortada a pico. La conmoción cuyas trazas se ven escritas con caracteres indelebles en toda aquella costa ha lanzado los trozos de granito sabe Dios dónde. El mar llega sin tropezar con escollos hasta el pie de aquel acantilado, donde tendrá lo menos quinientos pies de profundidad. A un lado y otro, algunas rocas a flor de agua, que los torbellinos de espuma denuncian, forman como un gran circo. Se necesita bastante coraje y decisión para llegar hasta la cima de ese pequeño Gibraltar, cuya cabeza es casi redonda y donde se está expuesto a que un golpe de viento precipite a los

curiosos al mar o, lo que sería aún más peligroso, sobre las rocas. Ese gigantesco centinela se parece a las torres de los antiguos castillos, desde donde se podían prevenir los ataques abarcando toda la campiña; desde allí se ven el campanario y los áridos campos de Croisic, las arenas y las dunas que amenazan la tierra cultivada y que han invadido el terreno de la aldea de Batz. Algunos ancianos pretenden que, en tiempos muy remotos, hubo en ese lugar una fortaleza. Los pescadores de sardinas han dado un nombre a aquel peñasco, que en el mar se divisa desde muy lejos; pero hay que perdonarme el olvido de ese nombre bretón, tan difícil de pronunciar como de retener.

Calixto conducía a Beatriz hacia ese punto, desde donde el golpe de vista es soberbio y las decoraciones de granito sobrepasan toda capacidad de asombro. Es innecesario explicar por qué Camilo se había marchado delante; como una bestia salvaje que se sintiera herida, amaba la soledad; se perdía por las grutas, reaparecía en los picachos, sacaba a los cangrejos de sus agujeros o sorprendía en flagrante delito sus costumbres originales. Para no verse dificultada con sus vestidos de mujer, se había puesto unos pantalones con perneras bordadas, una blusa corta, un sombrero de castor y, como bastón de paseo, llevaba una fusta, ya que siempre tuvo la vanidad de su fuerza y agilidad; estaba así cien veces más hermosa que Beatriz: llevaba un pequeño chal de seda roja cruzado sobre el busto, como se le pone a los niños. Durante algún tiempo Beatriz y Calixto la vieron corretear sobre las cimas o sobre los abismos como un fuego fatuo, tratando de ahogar sus penas con la impresión del peligro. Llegó la primera a la roca del boj y se sentó a la sombra en una de sus anfractuosidades, sumiéndose en la meditación. ¿Qué podía hacer de su vejez una mujer como ella, después de haber bebido la copa de la gloria, que todos los grandes talentos, demasiado ávidos para detenerse en los estúpidos goces del amor propio, apuran de un solo trago? Ella misma confesó después que entonces una de esas reflexiones sugeridas por una nimiedad, por uno de esos accidentes que no son nada para las personas vulgares y que ofrecen un abismo de reflexiones a las grandes almas, la había decidido al acto singular con que debía de poner fin a su vida social.

Sacó de su bolsillo una cajita en la que había puesto, para remediar la sed, unas pastillas de fresa; tomó varias; pero, mientras las saboreaba, se puso a pensar en que las fresas, que no existían ya, conservaban no obstante sus propiedades. Dedujo de aquí que lo mismo podía ocurrir con nosotros. El mar que tenía delante le ofrecía una imagen de lo infinito, admitiendo la inmortalidad del alma, sin concluir pensando en un porvenir religioso. Esta idea se le renovó al aspirar de su frasco de agua de Portugal. Su enredo para hacer caer a Beatriz en complicidad con Calixto le pareció entonces cosa bien mezquina: sintió en sí que moría la mujer y que se elevaba la noble y angélica criatura hasta entonces ocultada por la carne. Su inmenso talento, su saber, sus conocimientos, sus amores, ¿con quién iban a enfrentarla? ¿Quién se lo hubiese dicho? Con la madre fecunda, consoladora de los afligidos, la Iglesia Romana, tan dulce con los arrepentidos, tan poética con los poetas, tan cándida con

los niños, tan profunda y misteriosa con los espíritus inquietos y salvajes, que en ella pueden siempre profundizar para satisfacer su insaciable curiosidad, sin cesar excitada. Echó una mirada sobre las sinuosidades que Calixto le había hecho seguir y las comparó con el camino tortuoso que iba entre aquellos peñascos. Calixto se le aparecía siempre como el hermoso mensajero del cielo, un conductor divino. Ahogó el amor terrestre en el amor divino.

Luego de haber andado durante un trecho en silencio, Calixto no pudo evitar, ante una exclamación de Beatriz acerca de la belleza del océano, que difiere mucho de la del Mediterráneo, el comparar, por su pureza, por su extensión, por su agitación, por su profundidad, aquel mar que veían con su amor.

—Pero está rodeado de un acantilado —dijo riendo Beatriz.

—Cuando me habla así —contestó él lanzándole una mirada divina— la veo, la oigo, y puedo tener la paciencia de los ángeles; pero cuando estoy solo, usted tendría lástima de mí si pudiera verme. Mi madre llora entonces ante mi pena.

—Oiga, Calixto: es preciso acabar —dijo la marquesa, volviendo al camino enarenado—. Puede que hayamos venido al único lugar propicio para decir ciertas cosas, ya que nunca en mi vida había visto una naturaleza más en armonía con mis pensamientos. He visto Italia, donde todo habla de amor; he visto Suiza, donde todo respira frescura y una verdadera felicidad, una felicidad laboriosa, donde los prados, las aguas tranquilas, las aldeas más risueñas se sienten oprimidos por los Alpes coronados de nieve; pero nada había visto que pinte mejor la ardiente aridez de mi vida como esta pequeña llanura desecada por los vientos del mar, corroída por los vapores marinos, donde una triste agricultura lucha de cara al inmenso océano, de espaldas a los jardines de Bretaña, donde se elevan las torres de Guérande. Eso, Calixto, es Beatriz. No intente unirse a ella. Yo le quiero, pero no le perteneceré nunca de manera alguna, porque tengo conciencia de mi desolación interior. No puede imaginarse hasta qué punto soy dura conmigo misma al hablarle así. No, no verá usted a su ídolo, si es que soy su ídolo, derrumbado; no caerá jamás de la altura en que usted lo ponga. Siento ahora horror por una pasión que el mundo y la religión reprueban, no quiero verme humillada ni ocultar mi felicidad; permaneceré atada como estoy, seré el desierto pedregoso y sin vegetación, sin flores ni verdor, que ahí ve.

—¿Y si usted se viera abandonada?

—Pues iría a mendigar mi perdón, me humillaría ante el hombre a quien he ofendido, pero nunca correría el riesgo de entregarme a una felicidad que sé que ha de acabar.

—¡Acabar! —exclamó Calixto.

La marquesa interrumpió el ditirambo a que iba a entregarse su amante repitiendo «¡Acabar!» en un tono que le impuso silencio.

Esta negativa levantó en el joven uno de esos mudos furores internos que sólo conocen bien quienes hayan amado sin esperanzas. Beatriz y él recorrieron irnos

trescientos pasos en profundo silencio sin mirar al mar, ni las rocas, ni los campos de Croisic.

—¡Yo la haría tan dichosa! —dijo Calixto.

—Todos los hombres empiezan por prometernos la felicidad y nos legan la infamia, el abandono, el hastío. No tengo nada que reprochar a aquel a quien debo ser fiel; no me ha prometido nada, yo me fui con él; mas el único medio que me queda para aminorar mi falta es hacerla eterna.

—¡Diga usted, señora, que no me ama! Yo, que la quiero, sé por experiencia que el amor no discute, que sólo se ve a sí mismo. No hay sacrificio que yo no hiciera. Mándeme e intentaré lo imposible. Aquel que una vez volvió la espalda a su amante porque había arrojado su guante entre los leones y le mandaba que fuera a buscarlo, no amaba... Desconocía el derecho de las mujeres a sometemos a pruebas para estar seguras de nuestro amor y no rendir sus armas más que ante grandezas sobrehumanas. Yo le sacrificaré mi familia, mi nombre, mi porvenir.

—¡Qué insultantes esos ofrecimientos de sacrificio! —dijo ella con un tono de reproche que dio a entender a Calixto la torpeza de su expresión.

No hay nadie como las mujeres que aman de verdad o las coquetas para saber aprovecharse de un dicho como punto de apoyo y lanzarse a una altura prodigiosa: el sentimiento y el ingenio obran entonces del mismo modo; sólo que la mujer amante se aflige y la coqueta desprecia.

—Tiene razón —dijo Calixto, dejando rodar dos lágrimas—. Eso no se puede decir más que de los rigores que usted me exija.

—Cállese —dijo Beatriz, conmovida por una respuesta en la que por primera vez Calixto pintaba bien su amor—, yo he cometido muchas faltas, no me tiente.

Se hallaban en aquellos momentos al pie de la roca del boj. Calixto sintió la más embriagadora sensación de dicha al sostener a la marquesa para ayudarla en la ascensión por aquellas peñas, a cuya cima quería llegar. Sujetar su cintura, sentir junto a sí aquella mujer trémula representó para el pobre muchacho como el último favor que podía alcanzar: ¡Ella tenía necesidad de su ayuda! Este placer inesperado le hizo perder la cabeza, no reparó en nada y abrazó a Beatriz por el talle.

—¡Pero qué es esto! —dijo ella con acento imponente.

—¿No será nunca mía? —preguntó el joven con voz ahogada por una oleada de sangre.

—Jamás: sólo puedo ser para usted, Beatriz, un sueño. ¿Y no es algo muy dulce? No sentiremos amargura, pena ni arrepentimiento.

—¿Y volverá con Conti?

—Es preciso.

—Entonces... ¡no serás nunca de nadie! —dijo Calixto; y empujó a la marquesa con frenética violencia.

Quiso oír su caída antes de precipitarse en pos de ella, pero sólo percibió un ruido sordo, el estridente desgarró de una tela y el golpe seco de un cuerpo que cae en

tierra. En vez de desplomarse cabeza abajo, Beatriz giró sobre sí misma y quedó atravesada sobre el boj; pero de todas formas habría rodado hasta el fondo del mar si su vestido no se hubiera enganchado en un pico y, al desgarrarse, amortiguado el peso del cuerpo sobre el arbusto. La señorita De las Touches, que vio toda la escena, no pudo gritar: su sobrecogimiento fue tal, que sólo con un gesto pudo indicar a Gasselin que acudiese en socorro de la marquesa. Calixto se asomó, movido por una especie de feroz curiosidad, y al ver la situación de Beatriz se estremeció: la marquesa parecía implorar, creía morir, sentía que el arbusto estaba próximo a ceder. Con la habilidad repentina que da el amor, con la agilidad sobrenatural que la juventud halla ante el peligro, Calixto se dejó resbalar desde una altura de nueve pies, agarrándose a algunas asperezas, hasta el borde de la peña, y pudo levantar a tiempo a la marquesa, tomándola en sus brazos, con peligro inminente de caer los dos al mar. Cuando cogió a Beatriz estaba ella sin conocimiento; pero él podía creerla enteramente suya en aquel lecho aéreo, donde iban a permanecer mucho tiempo solos, y su primera impresión fue una impresión de placer.

—Abra los ojos, perdóneme —dijo Calixto— o moriremos juntos.

—¿Morir? —dijo ella, abriendo los ojos y desplegando apenas sus pálidos labios.

Calixto saludó esta palabra con un beso, y entonces sintió en la marquesa un estremecimiento convulsivo que le arrebató. En aquel instante se oyeron por arriba las suelas claveteadas de Gasselin. El bretón venía seguido de Camilo, y ambos miraban la manera de salvar a los dos amantes.

—No hay más que uno, señorita —dijo Gasselin—. Voy a bajar para que se suban sobre mis hombros, y usted les dará la mano.

—¿Y tú? —preguntó Camilo.

El criado pareció sorprenderse de que se le tuviera en cuenta en medio del peligro que corría su joven amo.

—Es mejor ir a buscar una escalera a Croisic.

«¡Cuidado que es precavida!», se dijo Gasselin mientras emprendía el descenso.

Beatriz pidió con voz desmayada que se la echase, porque se sentía desfallecer. Calixto la acostó entre la roca y el boj, sobre la tierra fresca.

—Le he visto, Calixto —dijo Camilo—. Muera o se salve Beatriz, esto ha de ser un accidente.

—Ahora me odiará —dijo Calixto con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Te adorará —contestó Camilo—. Se acabó ya el paseo: hay que llevarla a Las Touches. ¿Y qué habría sido de ti si ella hubiera muerto?

—La habría seguido.

—¿Y tu madre?...

Luego, tras una pausa:

—¿Y yo? —dijo débilmente.

Calixto se quedó pálido, apoyada la espalda contra la roca, inmóvil, silencioso. Gasselin volvió pronto de una de las pequeñas granjas esparcidas por el campo,

corriendo con una escalera que había encontrado. Beatriz había recobrado algunas fuerzas. Una vez Gasselin hubo colocado la escalera, la marquesa pudo, ayudada por Gasselin, que; pidió a Calixto que pasara bajo los brazos de Beatriz el chal rojo de Camilo y que le alcanzara un extremo, llegar sobre la plataforma redonda, donde Gasselin la cogió en sus brazos como si fuera una niña y la bajó a la playa.

—No me habría negado a la muerte, ¡pero los sufrimientos!... —dijo a la señorita De las Touches con voz débil.

La debilidad y el quebrantamiento que padecía Beatriz obligaron a Camilo a que se la llevase a la granja donde Gasselin había encontrado la escalera. Calixto, Camilo y Gasselin se despojaron de cuantos vestidos pudieron, hicieron con ellos una colchoneta que pusieron encima de la escalera y colocaron en ella a Beatri, llevándola como en unas parihuelas. Los granjeros ofrecieron su lecho. Gasselin corrió al sitio donde esperaban los caballos, montó en uno y fue al galope a buscar al cirujano de Croisic, luego de encargar a los marineros que fueran con la barca a la ensenada más próxima a la granja. Calixto, sentado en un taburete, respondía con movimientos de cabeza y raros monosílabos a Camilo, cuya inquietud iba en aumento por el estado de Beatriz y Calixto. Tras una sangría, la enferma se encontró mejor; pudo hablar, consintió en embarcar y, hacia las cinco de la tarde, pudo ser llevada de la escollera de Guérande a Las Touches, donde el médico la esperaba. El rumor del suceso se extendió por aquel país solitario y casi deshabitado con una inexplicable rapidez.

Calixto pasó la noche en Las Touches, al pie del lecho de Beatriz, en compañía de Camilo. El médico había prometido que al día siguiente la marquesa no tendría más que un leve quebranto. A través de su desesperación, brillaba para Calixto una alegría intensa: estaba al pie de la cama de Beatriz y la veía, somnolienta o despierta; podía examinar su pálido rostro y sus menores movimientos. Camilo sonreía con amargura al advertir en Calixto los síntomas de una de esas pasiones que marcan para siempre el alma y las facultades de un hombre impregnándose en su vida, en una edad en que ningún trabajo ni cuidado contrariaban su cruel labor interior. Calixto no había de ver nunca la verdadera mujer que era Beatriz. ¡Con qué candidez el joven bretón dejaba leer sus más secretos pensamientos!... Se imaginaba, al verse en su cuarto, que aquella mujer era suya, admirándola en el desorden del lecho. Espiaba con extática atención los más ligeros movimientos de Beatriz; mostraba una curiosidad tan simpática, su felicidad se revelaba de una manera tan ingenua, que hubo un momento en que las dos mujeres se miraron sonriendo. Cuando Calixto vio los bellos ojos verde mar de la enferma expresando una mezcla de confusión, amor y broma, enrojeció y tomó la cabeza.

—¿No le había dicho yo, Calixto, que los hombres nos empiezan prometiendo la felicidad y acaban arrojándonos a un precipicio?

Al oír esta burla, dicha con un tono encantador, que anunciaba algún cambio en el corazón de Beatriz, Calixto se puso de rodillas, tomó una de las manos sudorosas, que ella dejó coger, y la besó con sumisión.

—Tiene usted derecho a rechazar para siempre mi amor, y yo no lo tengo ni para dirigirle una palabra.

Camilo, al ver la expresión pintada en la cara de Beatriz, y comparándola con la que habían logrado los esfuerzos de su diplomacia, exclamó:

—¡Ay, el amor, por sí solo, tendrá siempre más ingenio que todo el mundo reunido! Tome su calmante, querida amiga, y duerma.

Aquella noche, que Calixto y Camilo pasaron juntos, leyendo ésta libros de teología mística mientras aquél leía *Indiana*, la primera obra de la célebre rival de Camilo, donde se encuentra la cautivadora imagen de un joven que ama con idolatría y abnegación, con una tranquilidad misteriosa y para toda su vida, a una mujer que está en la falsa situación en que se hallaba Beatriz, obra que fue un ejemplo fatal para él; aquella noche dejó trazos imborrables en el corazón del joven, a quien Felicidad hizo comprender que, a menos de ser un monstruo, una mujer sólo se podía sentir dichosa y halagada en todas sus vanidades al verse víctima de un crimen.

—¡Usted nunca me hubiera arrojado a mí al agua! —dijo la pobre Camilo, enjugándose una lágrima.

VI CONTI

Al llegar el día, Calixto, agotado, quedó dormido en un sillón. Le llegó a la marquesa el turno de contemplar a aquel seductor muchacho, pálido por las emociones y por su primera vela de amor; le oyó murmurar su nombre en sueños.

—Ama mientras duerme —dijo a Camilo.

—Hay que mandarlo a su casa a que se acueste —dijo Felicidad, despertándole.

En la mansión de Guénic estaban tranquilos porque la señorita De las Touches había escrito unas letras a la baronesa. Calixto volvió para comer a Las Touches y encontró a Beatriz levantada, pálida, débil, lánguida, pero sin la menor dureza en sus palabras y miradas. Tras aquella velada, colmada de música por Camilo, que se sentó al piano para dejar a Calixto que cogiera y estrechara las manos de Beatriz, sin que ni uno ni otra pudieran hablar, no hubo más tormentas en Las Touches. Las mujeres frías, delicadas, duras y finas como es la señora De Rochefide, esas mujeres cuyo cuello muestra una inserción ósea que les da un vago parecido con la raza felina, tienen el alma pálida como el color de sus ojos grises o verdes; así, para fundir, para vitrificar esos guijarros, es necesario un rayo. Para Beatriz, la rabia de amor y el atentado de Calixto habían sido como una centella, a la que nada resiste y cambia las naturalezas más rebeldes. Beatriz se sentía interiormente contrita; el amor puro y verdadero le bañaba el corazón con sus blancos y fluidos ardores. Vivía en una dulce y tibia atmósfera de sentimientos desconocidos en la que se veía engrandecida, elevada; entraba en los cielos donde ha vivido siempre la mujer en Bretaña. Saboreaba la adoración respetuosa de aquel muchacho, cuya dicha le costaba bien poco, ya que un gesto, una mirada, una palabra, bastaban a Calixto. El alto valor dado por el corazón a tales naderías la conmovían grandemente. Su guante apenas rozado podía representar para aquel ángel más de lo que toda su persona era para aquel por quien ella debió ser adorada. ¡Qué contraste! ¿Qué mujer hubiera podido resistir a esta constante deificación? Estaba segura de ser obedecida y comprendida. Si hubiese dicho a Calixto que arriesgara su vida por el menor de sus caprichos, no hubiera reflexionado un momento. Así adquirió Beatriz un no sé qué de noble e imponente; descubría el amor por el lado de sus grandezas, y buscaba un punto de apoyo para mostrarse la más magnífica de todas las mujeres a los ojos de Calixto, sobre quien quería tener imperio eterno. Sus coqueterías fueron entonces tanto más tenaces cuanto más débil se sentía. Jugó a la enfermita durante una semana entera con una deliciosa hipocresía. ¡La de veces que se paseó por la alfombra de césped que se extendía delante de la fachada de Las Touches apoyada en el brazo de Calixto! Devolvía entonces a Camilo los padecimientos que ella le había dado durante la primera semana de estancia allí.

—Querida, le estás obligando a dar demasiadas vueltas y revueltas —dijo la

señorita De las Touches a la marquesa.

Antes de la excursión a Croisic, una tarde las dos mujeres charlaban sobre el amor y se reían de los diferentes modos que tienen los hombres para hacer sus declaraciones, confesándose a sí mismas que los más hábiles y naturalmente los menos amantes no se entretienen paseándose por el laberinto de la sensiblería, de modo que los que mejor aman eran durante un tiempo los peor tratados.

—¡Lo hacen igual que La Fontaine para ir a la Academia! —dijo entonces Camilo.

Ahora reprochaba a la marquesa su maquiavelismo. La señora De Rochefide tenía un poder absoluto para contener a Calixto en los límites en que ella quería que se mantuviese, recordándole con un gesto o una mirada su horrible violencia a orillas del mar. Los ojos del pobre mártir se llenaban de lágrimas, se callaba y devoraba sus quejas, sus razones y sus sufrimientos con un heroísmo que sin duda hubiera conmovido a cualquier otra mujer. Con su infernal coquetería lo llevó a tal grado de desesperación que un día se arrojó en los brazos de Camilo pidiéndole consejo. Beatriz, armada con la carta de Calixto, en la que había subrayado el pasaje en que decía que amar era la principal dicha y lo de ser amado venía después, se valía de este axioma para reducir su pasión a aquella idolatría respetuosa que la halagaba. Le placía tanto dejarse acariciar el alma por aquellos dulces conciertos de alabanzas y muestras de adoración que la naturaleza sugiere a los jóvenes, hay tanto arte sin rebusca, tanta seducción inocente en sus exclamaciones, en sus ruegos, en sus llamamientos a sí mismos, en las hipotecas que ofrecen sobre el porvenir, que Beatriz se guardaba bien de responder. ¡Ya había dicho que estaba en duda! No se trataba entonces de la felicidad, sino del permiso para amar que todos los días pedía el muchacho, que se obstinaba en tomar la plaza por el lado más fuerte, el de la moral. La mujer más enérgica en palabras es con frecuencia muy débil en acción. Luego de haber visto el progreso logrado arrojando a Beatriz al mar, es extraño que Calixto no continuara buscando la felicidad por el camino de la violencia; pero el amor en los jóvenes es de tal modo extático y religioso, que quiere conseguirlo todo de la convicción moral; de ahí viene su sublimidad.

No obstante, un día el bretón, exaltado al extremo por el deseo, se lamentaba vivamente a Camilo de la conducta de Beatriz.

—Yo quise curarte haciéndotela conocer pronto —contestó la señorita De las Touches— y tú lo echaste todo a perder con tu impaciencia. Hace diez días eras su amo: hoy eres su esclavo, mi pobre chico. De modo que nunca tendrás libertad para llevar a cabo mis disposiciones.

—¿Y qué debo hacer?

—Hallar en su rigor motivo de riña. Una mujer se deja llevar fácilmente de la lengua: haz que te maltrate y no vuelvas a Las Touches hasta que ella te llame.

En todas las enfermedades violentas hay un momento en que el paciente acepta los más crueles remedios y se somete a las operaciones más horribles. Calixto había

llegado a esa situación. Oyó el consejo de Camilo y permaneció dos días en su casa; pero, al tercero, arañaba tímidamente la puerta de Beatriz para anunciarle que Camilo y él la esperaban para comer.

—¡Otra vez un remedio malogrado! —le dijo Camilo al verle llegar tan apocado.

Durante aquellos dos días, Beatriz se asomó frecuentemente a la ventana desde donde se veía el camino de Guérande. Cuando Camilo la sorprendía, se decía entretenida en contemplar el efecto producido por las retamas del camino, cuyas flores de oro estaban iluminadas por el sol de septiembre. Camilo penetró el secreto de Beatriz, y no tenía más que decir una palabra a Calixto para hacerlo feliz, pero no se la dijo: era aún demasiado mujer para empujarle a esa acción de que se espantan los corazones jóvenes que parecen poseer conciencia de lo que va a perder su ideal. Beatriz hizo esperar mucho a Camilo y Calixto. A otro que no fuera él, este retardo hubiera resultado significativo, ya que el tocado de la marquesa pregonaba el afán de fascinar a Calixto, impidiendo una nueva ausencia. Luego del almuerzo, ella fue a pasear por el jardín y trastornó de alegría a aquel muchacho, ya trastornado de amor, al manifestarle el deseo de volver a ver con él la roca donde estuvo a punto de perecer.

—¿Iremos solos? —preguntó Calixto con voz turbada.

—Si me negara, le haría pensar que es usted peligroso. ¡Vaya! Se lo he dicho ya mil veces: pertenezco a otro y no puedo ser de nadie más que de él; lo elegí sin conocer para nada el amor. La falta es doble, y doble ha de ser el castigo.

Cuando hablaba así, humedecidos los ojos por las escasas lágrimas que esa índole de mujeres vierten, Calixto sintió una compasión que ablandó su ardiente furor; la adoraba en aquel momento como a una madona. No hay que pedir a caracteres diferentes que se parezcan en la expresión de un mismo sentimiento, como no hay que exigir los mismos frutos a árboles distintos. Beatriz se veía en aquellos momentos combatida por sentimientos diversos; dudaba entre ella misma y Calixto; entre el mundo, al que esperaba retomar algún día, y la felicidad completa; entre perderse para siempre con una segunda pasión imperdonable y el perdón social. Empezaba a oír, sin enojo, incluso complacida, las palabras de un amor ciego; se dejaba acariciar por las dulces manos de la piedad. Ya varias veces se había sentido conmovida hasta el llanto al oír a Calixto prometiéndole el amor por compensación de todo lo que perdiese a los ojos del mundo, y lamentando que permaneciera ligada a un hombre tan falso como Conti. Más de una vez había contado a Calixto las miserias y sufrimientos — que la habían abrumado en Italia al ver que no estaba sola en el corazón de Conti. Sobre este punto Camilo había dado más de una lección a Calixto, y éste las aprovechaba.

—Yo la amaré de modo absoluto —le decía—. En mí no hallará los triunfos del arte ni los goces que da una multitud emocionada por las maravillas del talento; mi único talento lo mostraré amándola, no tendré más goces que los suyos; no me parecerá merecedora de recompensa la admiración de ninguna otra mujer; no habrá

de temer odiosas rivalidades; usted no se verá ignorada, y allí donde me aceptéis querría ser admitido todos los días.

Ella oía estas razones con la cabeza baja, dejándose besar las manos, confesando silenciosamente, pero de buen grado, que tal vez fuese un ángel que se veía negado.

—Me siento demasiado humillada —contestó—; mi pasado quita a mi porvenir toda seguridad.

Fue para Calixto una hermosa mañana la del día en que, llegando muy temprano a Las Touches, vio a Beatriz en una ventana, tocada con el mismo sombrero de paja que llevaba el día de la anterior excursión. Sintió como un deslumbramiento. Esas pequeñeces de la pasión parece que engrandecen el mundo. Seguramente nadie como las francesas poseen el secreto de esos efectos teatrales: los deben a la gracia de su ingenio, saben mezclarlos con el sentimiento en el punto necesario para que no pierdan nada de su fuerza. ¡Qué ligera parecía apoyándose en el brazo de Calixto! Ambos salieron por la puerta del huerto que daba a las dimas. A Beatriz le parecieron bonitos los arenales; descubrió entonces esas plantas duras, de flores rosa, que allí crecen, y recogió algunas, a las que añadió claveles de los cartujos, que también se encuentran en aquellas áridas arenas, y las repartió de una manera significativa con Calixto, para quien esas flores habían de ser una eterna y sombría imagen.

—Añadiremos ramas de boj —dijo sonriendo.

Permaneció algún tiempo sobre la escollera, donde Calixto, mientras esperaban la barca, le contó su chiquillada del día en que llegó.

—Esa travesura, que supe, fue la causa de mi severidad el primer día.

Durante aquel paseo mostró ese tono ligeramente complaciente de la mujer que ama, e incluso tuvo muestras de ternura y confianza. Calixto podía creerse amado. Pero cuando, yendo a lo largo del acantilado por la arena, descendieron a una de esas deliciosas calas en las que las olas han formado los más extraordinarios mosaicos compuestos de los mármoles más extraños, donde se pusieron a jugar como niños a la rebusca de piedras bonitas; cuando Calixto, en el colmo de la embriaguez, le propuso claramente huir a Irlanda, ella volvió a tomar un aire digno y misterioso, le pidió el brazo y continuaron el camino hacia la roca que ella había apodado su roca Tarpeya.

—Amigo mío —dijo mientras ascendía a paso lento el magnífico bloque de granito en que había de hacerse un pedestal—, no tengo valor para ocultarle lo que usted representa para mí. Desde hace diez años no he sentido felicidad comparable a la que acabamos de disfrutar entre esas peñas a flor de agua buscando conchas, dándonos uno a otro pedrezuelas con las que yo me mandaré hacer un collar que será para mí más valioso que si estuviese compuesto de los más bellos diamantes. Acabo de sentirme niña, una jovencita, tal como era a los catorce o dieciséis años, digna entonces de usted. El amor que he tenido la fortuna de inspirarle me ha realzado a mis propios ojos. Entienda esta expresión en toda su magia. Usted ha hecho de mí la más orgullosa de las mujeres, la más dichosa de mi sexo, y seguramente vivirá usted en mi recuerdo mucho más que yo en el de usted.

Había llegado a la cima de la roca, desde donde se veía el inmenso océano a un lado, de otro Bretaña con sus islas de oro, sus torres feudales y sus matorrales de aulaga. Nunca una mujer se vio sobre más hermoso teatro para hacer tan grande confesión.

—Pero no me pertenezco —prosiguió—. Me siento más ligada por la voluntad de lo que lo estaba por la ley. Siéntase, por tanto, castigado también por mi infortunio y contétese con saber que sufriremos juntos. Dante no volvió a ver jamás a Beatriz, Petrarca no poseyó jamás a su Laura. Esos desastres no afligen más que a las grandes almas. ¡Ah!... Si me veo abandonada, si desciendo mil peldaños más en la vergüenza y la infamia, si tu Beatriz es cruelmente menospreciada por el mundo, que le resultaría horrible; si llega a ser la última de las mujeres..., entonces, niño adorado —dijo tomándole la mano—, tú sabrás que ella es la primera de todas, que podrá elevarse hasta el cielo apoyándose en ti; pero entonces, amigo —siguió, echándole una mirada sublime—, cuando quieras precipitarla, que no falle tu golpe: ¡después de tu amor, la muerte!

Calixto tenía a Beatriz por la cintura y la apretó contra su corazón. Para confirmar sus dulces palabras, la señora De Rochefide depositó sobre la frente de Calixto el más casto y tímido de todos los besos. Luego descendieron y regresaron lentamente, hablando como personas que se han entendido perfectamente; ella, creyendo haber logrado la paz; él, sin dudar de su dicha; y ambos, equivocándose. Calixto, por las observaciones de Camilo, esperaba que Conti se vería encantado ante aquella ocasión de dejar a Beatriz. La marquesa se abandonaba a lo incierto de su posición, esperando algo del azar. Calixto era demasiado ingenuo y estaba demasiado enamorado para inventar ese azar. Los dos llegaron a la más deliciosa situación de ánimo y entraron en Las Touches por la puerta del jardín. Calixto llevaba la llave. Eran las seis de la tarde. Los aromas embriagadores, la tibia atmósfera, los tonos dorados del sol del atardecer, todo armonizaba con su estado de ánimo y sus tiernos discursos. Su paso era igual y armonioso, como lo es la marcha de los amantes; su ritmo denotaba la unión de su pensamiento. Reinaba en Las Touches un silencio tan completo que el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse resonó y debió de dejarse oír en todo el jardín. Como Calixto y Beatriz se lo habían dicho todo y su paseo pleno de emociones los había cansado, marchaban sin hablar palabra. De repente, en la vuelta de un sendero, Beatriz sufrió el más horrible sobresalto, ese horror contagioso que provoca la vista de un reptil y que heló a Calixto antes de que él divisase la causa. Sobre un banco, bajo un fresno de ramas colgantes, Conti charlaba con Camilo Maupin. El temblor interior y convulsivo de la marquesa fue más franco de lo que ella hubiese deseado. Calixto supo entonces cuánto era querido por aquella mujer que acababa de levantar una barrera entre ambos, sin duda para procurarse aún unos días de coquetería antes de franquearla.

—Seguramente no me esperaba tan pronto —dijo el artista a Beatriz ofreciéndole el brazo.

La marquesa no pudo eludir soltar el brazo de Calixto y tomar el de Conti. Esta innoble transición imperiosamente ordenada y que humillaba el nuevo amor abrumó a Calixto, que fue a dejarse caer en el banco junto a Camilo, luego de haber cambiado un frío saludo con su rival. Notaba multitud de sensaciones contrarias: al saber cuán amado era por Beatriz, por un momento quiso arrojarse sobre el artista diciéndole que Beatriz le pertenecía; pero la convulsión interior de la pobre mujer, que denotaba todo lo que sufría, pues había pagado en un momento el precio de todas sus faltas, le había emocionado tan profundamente, que se quedó como estúpido, herido, como ella, por una implacable necesidad. Estos dos movimientos contrarios desencadenaron en él la más violenta de las tempestades a que se vio sometido desde que amaba a Beatri. La señora De Rochefide y Conti paseaban ante el banco en que yacía Calixto al lado de Camilo: la marquesa miró a su rival y le echó una de esas miradas terribles con las que las mujeres saben decirlo todo; evitó los ojos de Calixto y aparentaba escuchar a Conti, que parecía bromear.

—¿Qué podrán decirse? —preguntó Calixto a Camilo.

—Querido niño, tú no conoces aún los derechos espantosos que un amor extinguido deja a un hombre sobre una mujer... Beatriz no ha podido rehusarle su mano; él se burla sin duda de sus amores, que habrá adivinado en vuestra actitud y en el modo en que os mostrasteis a su vista.

—¿Que él se burla?... —dijo el impetuoso joven.

—Cálmate, o perderás las posibilidades que aún te quedan. Si él lastima demasiado el amor propio de Beatriz, ella lo pisoteará como un gusano. Pero es astuto y sabrá andar con picardía. No sospechará que la orgullosa señora De Rochefide le haya podido traicionar. ¡Sería demasiada depravación amar a un hombre por su belleza! Sin duda te pintará ante ella como un mozalbete engreído por la vanidad de ser amado por una marquesa y hacerse árbitro de la suerte de dos mujeres. En fin, hará sonar la artillería mortificante de las suposiciones más injuriosas. Beatriz se verá entonces obligada a oponer negativas engañosas, de las que se aprovechará para quedar como amo de la situación.

—¡Ah, no la quiere! —dijo Calixto—. Yo la dejaría libre: el amor exige una elección hecha a cada momento, ratificada día a día. Cada mañana ha de confirmar la dicha de la víspera y acrecer el tesoro de la felicidad. Unos días más que hubieran pasado, y ya no nos encuentra. ¿Quién lo traería acá?

—Un sarcasmo de periodista —dijo Camilo—. La ópera con cuyo éxito contaba se ha hundido, pero como un plomo. La ocurrencia «¡Es duro perder a la vez la reputación y la amante!» que alguien dijo en un entreacto, posiblemente Claudio Vignon, le hirió sin duda en todas sus vanidades. El amor basado sobre sentimientos mezquinos es implacable. Yo le pregunté, pero ¿quién puede conocer un carácter tan falso y embustero? Se mostró fatigado de su miseria y de su amor, hastiado de la vida. Se ha lamentado de estar ligado tan públicamente con la marquesa, y me hizo, hablándome de su antigua felicidad, un poema melancólico demasiado espiritual para

ser verdadero. Sin duda esperaba sorprenderme el secreto de vuestro amor en medio de la alegría que sus lisonjas me provocaran.

—¿Y qué? —dijo Calixto mirando a Beatriz y Conti que se acercaban y no oyendo ya nada más.

Camilo, por prudencia, se mantuvo a la defensiva y no traicionó el secreto de Calixto ni el de Beatriz. El artista era hombre capaz de enredar al mundo entero y la señorita De las Touches encareció a Calixto que desconfiara de él.

—Niño querido —le dijo—, éste es el momento más crítico para ti; se precisan una prudencia y una habilidad que te faltan, y vas a ser juguete de un hombre de los más marrulleros del mundo, ya que ahora nada podré hacer por ti.

La campana anunció la cena. Conti vino a ofrecer el brazo a Camilo. Beatriz tomó el de Calixto. Camilo dejó pasar delante a la marquesa, que pudo mirar a Calixto y recomendarle una discreción absoluta poniéndose un dedo sobre los labios. Conti exteriorizó una alegría excesiva durante la cena. Puede que fuese un modo de sondear a la señora De Rochefide, que representó mal su papel. Coqueta, hubiera podido engañar a Conti; pero amante, fue adivinada. El ladino músico, lejos de azararla, no pareció apercibirse de su apuro. A los postres sacó la conversación de las mujeres y alabó la nobleza de sus sentimientos. «Una mujer dispuesta a abandonarnos en la prosperidad nos lo sacrifica todo en la desgracia», decía. Las mujeres tienen sobre los hombres el mérito de la constancia; hay que golpearlas mucho para conseguir despegarlas de un primer amante, al que se aferran como a su honor; un segundo amor les parece vergonzoso, etc. Fue de una moralidad perfecta, e incensaba el altar sobre el cual sangraba un corazón traspasado por mil puñaladas. Sólo Camilo y Beatriz comprendían la acritud de los epigramas acerados que disparaba con cada elogio. En algunos momentos las dos enrojecieron, pero se veían forzadas a contenerse. Se dieron el brazo para subir a los aposentos de Camilo y pasaron, de común acuerdo, por el gran salón, donde no había luz, lo que les permitía permanecer solas un momento.

—Me es imposible dejarme pisotear por Conti, darle la razón en contra de mí —dijo Beatriz en voz baja—. Como un presidiario, he de estar siempre bajo el dominio de mi compañero de cadena. Estoy perdida, y habré de volver al presidio del amor. ¡Y es usted quien me ha arrojado a él! ¡Ah!... Usted lo ha hecho venir demasiado tarde o demasiado pronto por un solo día. Reconozco su infernal talento de autor: la venganza es completa y el desenlace perfecto.

—Pude llegar a decirle que escribiría a Conti, ¡pero de eso a hacerlo!... ¡Soy incapaz! —exclamó Camilo—. Estás sufriendo y te perdono.

—¿Qué será de Calixto? —dijo la marquesa con un admirable candor de amor propio.

—¿Entonces, Conti se la lleva? —preguntó Camilo.

—¡Ah! ¿Cree usted triunfar? —exclamó Beatriz.

Con rabia, descompuesta su hermosa fisonomía, dijo la marquesa a Camilo estas

horribles palabras. Felicidad trató de ocultar su contento con una falsa expresión de tristeza; pero el brillo de sus ojos desmentía la contracción de su máscara, ¡y Beatriz era muy ducha en muecas! Así, cuando se vieron a plena luz, al sentarse en el sofá en que desde hacía tres semanas se venía representando tanta comedia, y donde también había tenido comienzo la tragedia íntima de tantas pasiones contrariadas, las dos se contemplaron por última vez: se sintieron entonces separadas por un odio profundo.

—Te quedas con Calixto —dijo Beatriz al ver los ojos de su amiga—. Pero estoy metida en su corazón y ninguna mujer me echará de él.

Camilo contestó repitiendo con inimitable acento de ironía, que llegó al alma de la marquesa, las célebres palabras de la sobrina de Mazarino a Luis XIV: «Tú reinas, tú amas y tu te vas».

Durante esta escena, que fue muy viva, ni una ni otra se apercibió de la ausencia de Calixto y Conti. El artista se había quedado en la mesa con su rival, pues le apremió a que le hiciera compañía para acabar con una botella de vino de Champaña.

—Tenemos que hablar —dijo el artista para prevenir toda excusa por parte de Calixto.

En la situación en que se hallaban, el joven bretón se vio forzado a obedecer a este requerimiento.

—Querido —dijo el músico con voz zalamera en cuanto el pobre muchacho hubo bebido dos copas de vino—, somos dos buenos chicos y podemos hablarnos con el corazón en la mano. No he venido aquí por andar con sospechas. Beatriz me quiere —afirmó con un gesto lleno de fatuidad—. Pero yo no la quiero a ella; no he venido a llevármela, sino para romper con ella y dejarle los honores de la ruptura. Usted es joven y no sabe lo útil que es parecer víctima cuando sé siente uno verdugo. Los jóvenes echan rayos y centellas, abandonan a una mujer con estrépito, muchas veces la desprecian y se hacen odiar; pero los hombres prudentes se hacen despedir y adoptan una actitud humillada que deja en las mujeres cierta pena y el dulce sentimiento de su superioridad. El disfavor de la divinidad no es irreparable, mientras que una abjuración no tiene remedio. No sabe aún, afortunadamente para usted, en qué medida nos vemos estorbados en nuestras existencias por las promesas insensatas que las mujeres tienen la tontería de aceptar cuando la galantería nos obliga a cogernos en esos nudos corredizos para alcanzar la holganza del placer. En esas ocasiones se jura pertenecer uno al otro eternamente. Si se tiene alguna aventura con una mujer, no falta el decirle tiernamente que se quiere pasar la vida entera con ella; se aparenta esperar con mucha impaciencia la muerte de un marido, aunque en realidad se le desea la más perfecta salud. Y si el marido muere, hay provincianas u obcecadas tan tontas o tan burlonas como para acudir a uno exclamando: «¡Ya soy libre!» Nadie de nosotros es libre. Ese muerto resucita y cae en medio del más bello de nuestros triunfos o de la mejor preparada de nuestras dichas. He visto que usted amaría a Beatriz, y yo la dejaba por de pronto en una situación en que podría coquetear con usted sin perder nada de su sagrada majestad, aunque no fuese más que

para mortificar a ese ángel de Camilo Maupin. Pues bien, queridísimo amigo, ámela usted: me hace un gran servicio. Quisiera que se mostrara atroz conmigo. Temo a su orgullo y su virtud. Tal vez, pese a mi buena voluntad, se necesite algún tiempo para esta partida de ajedrez. En estas situaciones, todo está en que nadie quiere empezar. Antes, de pronto, mientras dábamos vueltas sobre el césped, decidí decirle que lo sabía todo y felicitarle por su fortuna. ¡Pues ya ve! Se enfadó. Ahora yo estoy enamorado perdidamente de la más joven de nuestras cantantes, la señorita Falcon, de la Opera. ¡Quiero casarme con ella! Sí, en ésas estoy; pero cuando usted venga a París verá que he cambiado la marquesa por una reina.

Un halo de felicidad cercaba el rostro del cándido Calixto, que confesó su amor, y esto era todo lo que Conti quería saber. No hay hombre alguno en el mundo, por estragado y depravado que pueda ser, cuyo amor no se reanime en cuanto lo vea amenazado por un rival. Se desea abandonar a una mujer, pero nunca verse abandonado por ella. Cuando los amantes llegan a este extremo, hombres y mujeres se esfuerzan en conservar la prioridad, tan profunda es la herida que causa en el amor propio. Tal vez juegue en todo esto lo que ha creado la sociedad en torno a este sentimiento, mirando menos al amor propio que a la vida misma, atacada en su porvenir: parece que se va a perder el capital y no la renta. Interrogado por el artista, Calixto contó todo lo que había pasado en Las Touches durante aquellas tres semanas y quedó encantado con Conti, que ocultaba su rabia bajo una grata campechanía.

—Subamos —dijo—. Las mujeres son muy desconfiadas y no comprenderán que estemos aquí mano a mano sin tiramos de los pelos: podrían venir a escucharnos. Arriba voy a ayudarle, joven amigo. Me mostraré insoportable, celoso, grosero con la marquesa, sospecharé continuamente de sus traiciones, lo que es el mejor medio para determinar a una mujer a que nos traicione; usted será dichoso y yo quedaré libre. Represente esta noche el papel de un enamorado contrariado; yo fingiré el de un hombre suspicaz y celoso. Laméntese ante ese ángel de que pertenece a un hombre sin delicadeza, llore. Usted puede llorar porque es joven. Yo no puedo llorar ya, lo que es una gran desventaja.

Calixto y Conti subieron. El músico, a ruegos de su joven rival, cantó la más grande obra maestra que existe para los ejecutantes, el famoso *Primache spunti l'aurora*, que el mismo Rubini no ataca sin temblar y que constituyó muchas veces el gran triunfo de Conti. Nunca estuvo como en aquellos momentos, en que tantos sentimientos hervían en su pecho. Calixto estaba extático. A las primeras palabras de la cavatina, el artista lanzó sobre la marquesa una mirada que daba a la letra una significación cruel perfectamente entendida. Camilo adivinó la intención del mensaje, que hizo bajar la cabeza a Beatriz; miró a Calixto y pensó que el muchacho había caído en alguna trampa a pesar de sus advertencias. Tuvo la certeza cuando el feliz bretón se acercó a despedirse de Beatriz, besándole la mano y estrechándosela con cierto aire confiado y significativo. Mientras Calixto llegaba a Guérande, la camarera y los mozos cargaban el coche de viaje de Conti, quien, *antes que rayara el alma*,

como había dicho, se llevó hasta la posta a Beatriz con los caballos de Camilo. Las tinieblas permitieron a la señora De Rochefide mirar a Guérande, cuyas torres, clareadas por la luz, brillaban en medio del crepúsculo, y entregarse a su profunda tristeza: allí dejaba una de las más bellas flores de la vida, un amor como el que sueña la más pura de las muchachas. Los miramientos humanos rompían el único amor verdadero que aquella mujer podía y debía concebir en toda su vida. La mujer de mundo obedecía a las leyes del mundo, inmolaba el amor a las conveniencias sociales, como algunas mujeres lo inmolan a la religión o al deber. A veces el orgullo se eleva a la altura de la virtud. Vista así, esta horrible historia es la de muchas mujeres. Al siguiente día, Calixto llegó a Las Touches hacia el mediodía. Al llegar a la revuelta del camino desde donde la víspera había divisado a Beatriz en la ventana, descubrió a Camilo, que corrió a su encuentro. Al pie de la escalera le dijo estas crueles palabras:

—¡Se ha marchado!

—¿Beatriz?... —contestó Calixto fulminado.

—Ha sido usted juguete de Conti; no me dijo nada y nada pude hacer.

Se llevó al pobre muchacho a su saloncito; se arrojó sobre el diván en que tantas veces habla visto a la marquesa y se deshizo en lágrimas. Felicidad no le dijo nada: se puso a fumar su pipa, sabiendo que no se puede oponer nada a los primeros accesos de esa clase de dolor, siempre sordo y mudo. Calixto, sin saber qué determinar, permaneció toda la tarde sumido en un aturdimiento profundo. Momentos antes de cenar, Camilo trató de decirle algunas palabras, luego de rogarle que la escuchara.

—Amigo mío, tú me causaste a mí sufrimientos más violentos, sin que tuviese yo por delante para consolarme, como tú, toda una vida. Para mí no hay primavera en la tierra ni amor en el alma. Por eso, para hallar consuelo, debo remontarme más alto. Aquí mismo, la víspera de la llegada de Beatriz, te tracé su retrato; me habrás supuesto celosa, pero de ningún modo quise desmerecerla a tus ojos. Oye hoy la verdad: la señora De Rochefide no es en absoluto digna de ti. El escándalo de su caída no era necesario; sin el alboroto que armó, no hubiera sido nada, y lo hizo para darse un papel: es de esas mujeres que prefieren el ruido de una falta a la tranquilidad de la dicha, que insultan a la sociedad para lograr la fatal limosna de una murmuración, que quieren a cualquier precio que se hable de ellas. Estaba roída de vanidad. Su fortuna, su ingenio, no le habían podido dar la realeza femenina que trataba de conquistar entronizándose en un salón; creyó entonces que podía lograr la celebridad de la duquesa de Langeais y de la vizcondesa de Beauséant; pero el mundo es justo, y no concede el honor de su atención más que a los sentimientos sinceros. Beatriz, representando su comedia, lo ha hecho como una actriz de segundo orden. Su fuga no estaba justificada por ninguna contrariedad. La espada de Damocles no brillaba en medio de sus fiestas y, por otra parte, es muy fácil en París ser feliz a escondidas cuando se ama bien y sinceramente. Además, si fuera amante y tierna, esta noche no hubiera seguido a Conti.

Camilo habló largo tiempo y muy elocuentemente; pero este esfuerzo resultó inútil, y se calló ante un gesto con el que Calixto expresaba su entera fe en Beatriz; le obligó a bajar y asistir a su cena, ya que a él le era imposible comer. Sólo en la extrema juventud se producen éstas como contracciones de los órganos. Más adelante han adquirido sus hábitos y están ya endurecidos. La reacción de lo moral sobre lo físico no es tan violenta como para determinar una enfermedad mortal si el sistema orgánico no conserva su primitiva delicadeza. Un hombre maduro resiste una pena violenta, que mataría a un joven, y no es así por la debilidad de la impresión, sino por el vigor de sus órganos. Por esto la señorita De las Touches se sintió desde el primer momento asustada por la actitud tranquila y resignada que adoptó Calixto tras su primera efusión de lágrimas. Antes de marcharse quiso ver el cuarto de Beatriz, y fue a hundir su cabeza en la almohada donde la de ella había reposado.

—Hago locuras —dijo agarrando entre sus manos las de Camilo y yéndose con una profunda melancolía.

Volvió a su casa, halló la terrible tertulia de costumbre ocupada en la partida de *mosca* y permaneció el resto de la velada cerca de su madre. El cura, el caballero Du Haiga y la señorita De Pen-Hoël sabían la marcha de la señora De Rochefide y todos estaban contentos de ello: Calixto volvería al redil. Le miraban casi con soma y lo veían un poco taciturno. Nadie, en aquella vieja mansión, podía imaginar el fin de ese primer amor de un corazón tan cándido, tan sincero como el de Calixto.

VII EL JOVEN ENFERMO

Durante algunos días Calixto siguió yendo regularmente a Las Touches; daba vueltas sobre el césped por donde se había paseado llevando del brazo a Beatriz. Con frecuencia se llegaba a Croisic y subía hasta la roca donde intentó precipitarla en el mar: permanecía horas enteras acostado sobre el boj, ya que a fuerza de estudiar los puntos de apoyo que había en aquella resquebrajadura había aprendido a bajar y subir por ella con seguridad. Sus recorridos solitarios, su silencio y su sobriedad acabaron por inquietar a su madre. Luego de una quincena de días, durante los cuales duró este trajín, parecido al de un animal encerrado en su jaula (la jaula de aquel enamorado en su desesperación era, según el dicho de La Fontaine, *los lugares honrados por el paso, iluminados por los ojos de Beatriz*), Calixto dejó de pasar el pequeño brazo de mar; ya no se sentía con fuerzas más que para arrastrarse hasta el camino de Guérande, al punto desde donde había divisado a Beatriz en la ventana. La familia, contenta con la marcha de los parisienses, para emplear la expresión provinciana, no veía nada funesto ni enfermizo en Calixto. Ceferina y la señorita De Pen-Hoël, de acuerdo con el cura, perseveraban en su plan y habían retenido en Guérande a Carlota de Kergarouët, quien, por las tardes, hacía sus garatusas a Calixto, sin lograr por respuesta más que consejos sobre el juego de la mosca. Durante toda la velada Calixto permanecía entre su madre y la novia bretona, observado por el cura y la tía de Carlota, quienes comentaban su mayor o menor abatimiento y volvían a sus casas. Tomaban la indiferencia del desgraciado muchacho por una sumisión a sus proyectos. Porque una noche Calixto, fatigado, se acostó temprano, todos dejaron los naipes sobre la mesa y se miraron unos a otros cuando el joven cerró la puerta de su cuarto. Se atendió al ruido de sus pasos con ansiedad.

—A Calixto le pasa algo —dijo la baronesa enjugándose los ojos.

—No tiene nada —contestó la señorita De Pen-Hoël—. Hay que casarlo pronto.

—¿Cree usted que eso le distraerá? —preguntó el caballero.

Carlota miró con severidad al señor Du Haiga, que aquella noche le pareció de muy mal tono, inmoral, depravado, sin religión y ridículo con su perra, pese a las observaciones de su tía, que defendía al viejo marino.

—Mañana llamaré a capítulo a Calixto —dijo el barón, a quien creían dormido—; no quisiera irme de este mundo sin haber visto a mi nieto, un Guénic blanco y sonrosado, cubierto con un gorrito bretón en su cuna.

—No dice nunca una palabra —dijo la vieja Ceferina—; no se sabe lo que tiene; jamás ha comido tan poco. ¿De qué vivirá? Si come en Las Touches, la cocina del diablo no le aprovecha gran cosa.

—Es que está enamorado —dijo el caballero, aventurando esta opinión con excesiva timidez.

—¡Vaya! Viejo veterano —dijo la señorita De Pen-Hoël—, usted no ha metido su postura en la cesta. Cuando piensa en sus buenos tiempos se olvida de todo.

—Venid mañana a almorzar con nosotros —dijo Ceferina a Carlota y Jacqueline—; mi hermano traerá a razón a su hijo y lo convendremos todo. Un clavo saca otro clavo.

—No entre bretones —dijo el caballero.

Al día siguiente Calixto vio venir a Carlota, arreglada desde la mañana con un esmero extraordinario, en el Instante en que el barón acababa en el comedor un discurso matrimonial al que no sabía qué responder: conocía bien la ignorancia de su tía, de su padre, de su madre y de sus amigos; él cosechaba los frutos del árbol de la ciencia y se veía en completo aislamiento, sin hablar la lengua doméstica. Se limitó a pedir unos días a su padre, que se frotó las manos de contento y devolvió la vida a la baronesa cuando le dijo al oído la buena nueva. La comida fue alegre. Carlota, a quien el barón había hecho un guiño, estuvo bulliciosa y vivaracha. Por toda la ciudad se difundió, llevada por Gasselin, la noticia de un acuerdo entre los Du Guénic y los Kergarouët. Luego del almuerzo, Calixto salió por la escalinata de la gran sala y fue al jardín, adonde le siguió Carlota; él le dio el brazo y la llevó bajo el cenador, al fondo. Los padres estaban en la ventana y los miraban con verdadera ternura. Carlota se volvió hacia la bonita fachada, muy inquieta por el silencio de su prometido, y aprovechó esta circunstancia para entablar la conversación, diciendo a Calixto:

—¡Nos están mirando!

—Pero no nos oyen —contestó él.

—No, pero nos ven.

—Sentémonos, Carlota —replicó dulcemente Calixto mientras la cogía por la mano.

—¿Es verdad que en otro tiempo vuestra enseña flotaba en esta columna torcida? —preguntó Carlota, contemplando la casa como suya—. ¡Haría muy bonito! ¡Qué felices vivirían entonces! Usted cambiará algunas cosas en el interior de su casa, ¿no es verdad, Calixto?

—No tendré tiempo, querida Carlota —dijo el joven, tomándole las manos y besándolas—. Voy a confiarle mi secreto. Amo demasiado a una persona, que usted conoce y que me ama, para hacer la felicidad de ninguna otra mujer, y sé que desde nuestra infancia se nos había destinado al uno para el otro.

—Pero esa mujer está casada, Calixto —observó Carlota.

—Esperaré.

—Yo también —dijo Carlota, con los ojos llenos de lágrimas—. No podría amar mucho tiempo a esa mujer que, según dicen, se ha ido con un cantante.

—Cásese usted, querida Carlota —siguió Calixto—. Con la fortuna que le destina su tía y que en Bretaña es enorme podrá elegir algo mejor que yo... Encontrará algún hombre con título. No la he traído acá para decirle lo que ya sabía, sino para pedirle, en nombre de nuestra amistad de la infancia, que sea usted quien decida la ruptura y

me rechace. Diga que no quiere en absoluto a un hombre cuyo corazón no es libre, y mi pasión servirá al menos para no causarle un daño. ¡No sabe cuánto me pesa la vida! No puedo soportar ninguna lucha, estoy debilitado, como un hombre sin alma, abandonado por el principio mismo de la vida. Si no fuera por la pena que mi muerte causaría a mi madre y mi tía, ya me habría tirado al mar, y no he vuelto a las rocas de Croisic desde el día en que la tentación se me hacía irresistible. No diga nada de esto. Adiós, Carlota.

Cogió entre sus manos la cabeza de la muchacha, la abrazó por la cabellera, salió por la puerta de escape y se fue a casa de Camilo, donde estuvo hasta la media noche.

Al volver a la una de la madrugada halló a su madre ocupada en su labor esperándole. Entró dulcemente, le estrechó la mano y le dijo:

—¿Se ha marchado Carlota?

—Parte mañana con su tía, ambas desesperadas. Vente a Irlanda, Calixto.

—¡Cuántas veces he pensado en huir allá!

—¡Ah...! —se asombró la baronesa.

—Con Beatriz —añadió él.

Algunos días después de la marcha de Carlota, Calixto acompañaba al caballero Du Haiga en su paseo por la alameda, y se sentó al sol en un banco desde donde sus ojos abarcaban desde las veletas de Las Touches hasta los arrecifes cuya presencia revelaban las sábanas espumosas que se extienden por encima de los escollos durante la marea. Por entonces Calixto estaba ya delgado y pálido, sus fuerzas disminuían, comenzaba a sentir algunos escalofríos que denotaban la fiebre. Sus ojos hundidos tenían el brillo que a los solitarios da el estar poseídos por una idea fija, o el ardor del combate a los audaces luchadores de nuestra civilización actual. El caballero era la única persona con quien cambiaba algunas ideas: había adivinado en el anciano un apóstol de su religión y reconocido en él los vestigios de un eterno amor.

—¿Amó usted a muchas mujeres en su vida? —le preguntó la segunda vez que hicieron, según la expresión del marino, *viaje en conserva* por la alameda.

—A una sola —contestó el capitán Du Haiga.

—¿Estaba ella libre?

—No. ¡Ay, cuánto he sufrido! Era la mujer de mi mejor amigo, de mi protector, de mi jefe; ¡pero nos amamos tanto!

—¿Ella le quería?

—¡Apasionadamente! —contestó el caballero con una vivacidad que no era en él acostumbrada.

—¿Fue usted dichoso?

—Hasta su muerte; murió a los cuarenta y nueve años, durante la emigración, en San Petersburgo, cuyo clima la mató. ¡Cuánto frío debe de padecer en la tumba! Muchas veces pensé en ir a buscarla para que repose en nuestra querida Bretaña, cerca de mí. ¡Aunque en realidad, yace en mi corazón!

El caballero se enjugó los ojos. Calixto le tomó las manos y las estrechó.

—Quiero a esta perra más que a mi vida —dijo mostrándole a «Tisbé»—. Es absolutamente igual a la que acariciaban sus bellas manos y que ponía sobre sus rodillas. Nunca miro a «Tisbe» sin ver las manos de la señora almiranta.

—¿Vio usted a la señora De Rochefide?

—No —contestó el caballero—. Hace ahora cuarenta y ocho años que no presto atención a ninguna mujer, excepto a su madre, que tiene algo en la tez de la señora almiranta.

Tres días después el caballero decía, también en la alameda, a Calixto:

—Pequeño, tengo para una necesidad ciento cuarenta luises. Cuando sepa dónde está la señora De Rochefide, venga a buscarlos a mi casa para ir a verla.

Calixto dio las gracias al anciano, cuya existencia le causaba envidia. Pero de día en día se fue volviendo más indiferente; parecía no querer a nadie, que todo el mundo le enojaba; sólo con su madre se mostraba dulce y bueno. La baronesa seguía con una inquietud creciente los progresos de esta locura y únicamente a fuerza de ruegos conseguía que tomara algún alimento. A comienzos de octubre el joven enfermo cesó de ir a la alameda en compañía del caballero, que inútilmente venía a buscarle para el paseo con halagos de viejo.

—Habla de la señora De Rochefide —decía—. Le contaré mi primera aventura. Su hijo está muy malo —dijo a la baronesa el caballero Du Haiga el día en que sus instancias resultaron inútiles.

Calixto respondía a todas las preguntas que él se encontraba perfectamente y, como todos los jóvenes melancólicos, hallaba placer en saborear la muerte; no salía de casa, andaba por el jardín o se calentaba al pálido y tibio sol de otoño sentado en un banco, solo con sus pensamientos, huyendo de toda compañía.

Cuando Calixto dejó de ir a su casa, Felicidad rogó al cura de Guérande que fuera a verla. La asiduidad del padre Grimont, que pasaba en Las Touches casi todas las mañanas y a veces allí comía, constituyó una gran noticia: se comentó en todo el país e incluso en Nantes. Sin embargo, no faltó una sola velada en la mansión de Guénic, donde reinaba la desolación. Amos y criados, todos estaban afligidos por la obstinación de Calixto, aunque sin suponerlo en peligro: no entraba en la cabeza de aquellas gentes que el pobre joven pudiera morir de amor. El caballero no conocía ejemplo de muerte semejante en sus viajes o en sus recuerdos. Todos atribuían la delgadez de Calixto a la falta de alimentación. Su madre se le puso de rodillas suplicándole que comiera. Calixto se esforzó en vencer la repugnancia para complacer a su madre. El alimento tomado a disgusto aceleró la fiebre que devoraba al hermoso joven.

En los últimos días de octubre el niño querido no subió ya más a acostarse al segundo piso; tenía su cama en la sala baja y permanecía la mayor parte del tiempo en medio de su familia, que al fin acudió al médico de Guérande. El doctor trató de cortar la fiebre con quinina, y la fiebre cedió por unos días. El médico había ordenado que Calixto hiciese ejercicio y que se le distrajese. El barón recobró algunas energías

y salió de su apatía; volvió a sentirse joven cuando su hijo parecía hacerse viejo. Salió con Calixto, Gasselin y los dos hermosos perros de caza. Calixto obedeció a su padre y, durante algunos días, los tres se dedicaron a la caza; fueron al bosque o a visitar a sus amigos en los castillos vecinos; pero Calixto no tenía alegría alguna, nadie podía arrancarle una sonrisa, su máscara lívida y contraída denotaba un ser puramente pasivo. El barón, vencido por la fatiga, cayó en una horrible laxitud y se vio obligado a volver a casa, trayéndose a Calixto en el mismo estado. Pocos días después del regreso, padre e hijo cayeron tan gravemente enfermos que hubo necesidad de llamar, a petición misma del médico de Guérande, dos de los más afamados doctores de Nantes. El barón quedó como fulminado por el cambio visible de Calixto. Dotado de la espantosa lucidez que la naturaleza da a los moribundos, temblaba como un niño al ver su casta extinguida: no decía palabra; juntas las manos, imploraba a Dios en el sillón en que su debilidad lo mantenía clavado. Se volvía hacia el lecho ocupado por Calixto y lo miraba sin cesar. Al menor movimiento de su hijo le asaltaba una viva emoción, como si la llama de su vida se viera agitada.

La baronesa no abandonaba nunca la sala, donde la vieja Ceferina hacía ganchillo con una inquietud horrible: se le pedía leña, porque tanto el padre como el hijo tenían frío; se atacaban sus provisiones: por eso había decidido entregar las llaves, porque no se sentía lo bastante ágil para seguir a Mariotte; pero quería saberlo todo, interrogaba en voz baja a cada momento a Mariotte y a su cuñada; los llevaba aparte para saber del estado de su hermano y su sobrino. Cuando una tarde, durante un adormecimiento de Calixto y su padre, la vieja señorita De Pen-Hoël les dijo que era menester resignarse a ver morir al barón, cuyo rostro se había vuelto completamente blanco y tomaba tonos de cera, dejó caer su ganchillo, revolvió en su faltriquera, sacó un viejo rosario negro y se puso a rezarlo con un fervor que daba a su figura vetusta y desecada un esplendor tan vigoroso, que la otra anciana soltera imitó a su amiga; luego todos, a unas seña del cura, se unieron a la elevación mental de la señorita Du Guénic.

—Yo fui la primera en rogar a Dios —dijo la baronesa, acordándose de la fatal carta escrita por Calixto—, y no me ha atendido.

—Tal vez fuese conveniente —dijo el cura— rogar a la señorita De las Touches que viniese a ver a Calixto.

—¡Ella, la autora de todos nuestros males! —exclamó la vieja Ceferina—. ¡Quien lo apartó de la familia, nos lo robó, le dio a leer libros impíos que le han enseñado un lenguaje herético! ¡Maldita sea, y que Dios no la perdone nunca! Ha deshecho a los Du Guénic.

—Puede que vuelva a rehacerlos —dijo el cura con dulce voz—. Es una santa y virtuosa mujer, yo lo aseguro, y no tiene más que buenas intenciones para él. ¡Ojalá pueda realizarlas!

—Adviértame del día en que vaya a poner los pies aquí para marcharme —siguió la vieja—. Ha matado al padre y al hijo. ¿Creéis que yo no oigo la débil voz de

Calixto? Apenas tiene fuerza para hablar.

Esto decía en el momento en que los tres médicos entraban; cansaron a Calixto con preguntas; pero en cuanto al padre, el examen duró poco; su convicción fue completa al instante: estaban sorprendidos de que todavía viviera. El médico de Guérande anunció tranquilamente a la baronesa que, por lo que hacía a Calixto, probablemente sería necesario ir a París a consultar a los más experimentados hombres de ciencia, ya que su desplazamiento a Guérande costaría más de cien luis.

—Se puede morir de muchas cosas, pero de amor... Eso no es nada —dijo la señorita De Pen-Hoël.

—¡Ay! Cualquiera que sea la causa, Calixto se muere —dijo la baronesa—. Veo en él todos los síntomas de la consunción, la más horrible de las enfermedades de mi país.

—¡Calixto muere! —dijo el barón abriendo los ojos, de los que brotaron dos gruesas lágrimas que descendieron lentamente, retardadas por los pliegues numerosos de su rostro y quedaron debajo de sus mejillas, las dos únicas lágrimas que sin duda vertió en toda su vida.

Se levantó sobre sus piernas y dio algunos pasos hacia el lecho de su hijo, le cogió las manos y lo contempló.

—¿Qué quiere, padre mío? —preguntó Calixto.

—¡Que vivas! —exclamó el barón.

—Yo no podría vivir sin Beatriz —contestó Calixto al anciano, que se desplomó en su sillón.

—¿Dónde encontrar cien luis para que vengan los médicos de París? Aún es tiempo —dijo la baronesa.

—¡Cien luis! —exclamó Ceferina—. ¿Lo salvarían?

Sin aguardar la respuesta de su cuñada, la anciana metió la mano por la abertura de sus faltriqueras y soltó el refajo, que produjo un ruido pesado al caer. Conocía tan bien los sitios en que había cosido sus luis, que los iba descosiendo con una presteza que tenía algo de mágica. Las piezas de oro iban cayendo una a una, tintineando, sobre su falda. La vieja Pen-Hoël la veía hacer mostrando un asombro estúpido.

—¡Que la están viendo...! —dijo al oído de su amiga.

—Treinta y siete —replicó Ceferina, continuando su cuenta.

—Todo el mundo sabrá lo que tiene.

—Cuarenta y dos...

—Luises dobles, todos nuevos. ¿Cómo los consiguió, usted que no ve bien?

—Los palpaba; aquí hay ciento cuatro luis. ¿Será bastante?

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó el caballero Du Haiga, que llegaba en aquel momento y no pudo explicarse la actitud de su vieja amiga mostrando su falda llena de monedas de oro.

En dos palabras la señorita De Pen-Hoël explicó el caso al caballero.

—Lo sabía —dijo— y venía a ofrecerles ciento cuarenta luises que guardaba para Calixto; él ya lo sabe.

El caballero sacó del bolsillo dos cartuchos de monedas y los abrió. Mariotte, al ver tales riquezas, gritó a Gasselin que cerrara la puerta.

—El oro no le devolverá la salud —dijo la baronesa entre sollozos.

—Pero tal vez le sirva para correr junto a su marquesa —contestó el caballero—. ¡Vamos, Calixto!

Calixto se incorporó y dijo alegremente:

—¡En camino!

—Vivirá y entonces podré yo morirme —dijo el barón con voz penosa—. Id a buscar al cura.

Estas palabras difundieron el espanto. Calixto, al ver palidecer a su padre, afectado por las emociones crueles de esta escena, no pudo contener las lágrimas. El cura, que conocía la sentencia pronunciada por los médicos, había ido a buscar a la señorita De las Touches, pues tan grande como había sido su repugnancia hacia ella, era ahora la admiración que le mostraba, y la defendía como un pastor debe defender a una de sus ovejas preferidas.

VIII MUERTE Y CASAMIENTO

A la noticia del estado desesperado en que se encontraba el barón, una gran multitud se agolpó en la callejuela: campesinos, salineros y vecinos de Guérande se arrodillaban en el patio mientras el padre Grimont administraba los Sacramentos al viejo guerrero bretón. Toda la ciudad se conmovió al saber que el padre moría junto al hijo enfermo. Se miraba como una calamidad pública la extinción de esta antigua estirpe bretona. La ceremonia afectó a Calixto. El dolor hizo callar en él durante un momento al amor; durante la agonía del heroico defensor de la monarquía permaneció arrodillado, observando los progresos de la muerte y llorando. El anciano expiró en un sillón, rodeado de toda su familia.

—Muero fiel al rey y la religión —dijo—. ¡Dios mío, como premio a mis fatigas, haz que Calixto viva!

—Viviré, padre mío, y le obedeceré —contestó el joven.

—Si quieres hacerme la muerte tan dulce como Fanny me hizo la vida, júrame que te casarás.

—Se lo prometo, padre mío.

Fue un espectáculo emocionante ver a Calixto, o mejor dicho su fantasma, apoyado en el viejo caballero Du Haiga —un espectro conduciendo a una sombra— siguiendo el féretro del barón y presidiendo el duelo. La iglesia y la pequeña plaza que se halla ante la portada se vieron llenas de una multitud de gente que acudió de diez leguas a la redonda.

La baronesa y Ceferina se sumieron en un vivo dolor al ver que, pese a sus esfuerzos para obedecer a su padre, Calixto continuaba en un estupor de funesto augurio. El día en que la familia inició el luto, la baronesa llevó a su hijo a un banco, en el fondo del jardín, y allí le interrogó. Calixto contestaba con dulzura y sumisión, pero sus respuestas eran desesperantes.

—Madre mía —le decía—, ya no hay vida en mí: lo que como no me alimenta, el aire que entra en mis pulmones no me refresca la sangre; el sol me parece frío y cuando ilumina la fachada de nuestra casa, allí donde tú ves las estatuas inundadas de resplandores, yo no veo más que formas indistintas envueltas por una neblina. Si Beatriz estuviera aquí, todo recobraría su brillo. No hay más que una cosa en el mundo que tenga su color y su forma: estas flores y estas hojas —dijo sacando de su seno y enseñándolo el ramo marchito que le había dejado la marquesa.

La baronesa ya no quiso preguntar más a su hijo: sus respuestas denotaban una locura mayor que el dolor que anunciaba su silencio. Sin embargo, Calixto se estremeció al descubrir a la señorita De las Touches a través de los ventanales que se correspondían: Felicidad le recordaba a Beatriz. Fue precisamente a Camilo a quien las dos desoladas mujeres debieron el único movimiento de alegría que brilló en

medio de su luto.

—¡Hala, Calixto —dijo la señorita De las Touches al verle—, el coche está dispuesto! ¡Vamos juntos a buscar a Beatriz!

La faz delgada y pálida del joven enlutado se coloreó al punto, y una sonrisa animó sus rasgos.

—Le salvaremos —dijo la señorita De las Touches a la madre, que apretó su mano llorando de alegría.

La señorita De las Touches, la baronesa Du Guénic y Calixto partieron para París a los ocho días de la muerte del barón, dejando a la vieja Ceferina el cuidado de la casa.

La ternura de Felicidad para con Calixto había preparado al pobre muchacho el más bello porvenir. Ligada con la familia de los Grandlieu, cuya rama ducal acababa en cinco hijas, había escrito a la duquesa de Grandlieu la historia de Calixto y anunciándole que vendía su casa de la *rue du Mont-Blanc*, por la que algunos especuladores ofrecían dos millones y medio de francos. Su administrador acababa de reemplazar esta mansión por uno de los mejores hoteles de la *rue de Bourbon*, comprada en setecientos mil francos. Del resto del precio de su casa de la *rue de Mont-Blanc* dedicó un millón a rescatar las tierras de la casa Du Guénic, y disponía de su fortuna a favor de las cinco señoritas De Grandlieu. Felicidad conocía los proyectos de los duques, que destinaban la última de sus cinco hijas al vizconde de Grandlieu, heredero de sus títulos; sabía que Clotilde-Federica, la segunda, quería permanecer soltera, aunque sin hacerse monja como la mayor, y no quedaba por casar más que la penúltima, la linda Sabina, que entonces contaba veinte años, a quien encargaba ella de curar a Calixto de su pasión por la señora De Rochefide.

Durante el viaje, Felicidad puso a la baronesa al corriente de estos tratos. Se amueblaría en su momento el hotel de la *rue de Bourbon*, que destinaba a Calixto, en el caso de que sus proyectos se lograsen. Los tres descendieron ante el hotel de Grandlieu, donde la baronesa fue recibida con toda la distinción que merecían sus apellidos. Naturalmente, la señorita De las Touches incitó a Calixto a que fuese a conocer París mientras ella trataba de averiguar dónde se encontraba Beatriz en aquellos momentos, entregándole así a las seducciones de toda especie que allí le esperaban. La duquesa, sus hijas y sus amigos hicieron a Calixto los honores de París en el momento en que la temporada de las fiestas iba a empezar. El movimiento de París proporcionó violentas distracciones al joven bretón. Halló algún parecido espiritual con la señora De Rochefide en Sabina de Grandlieu, que ciertamente era entonces una de las más encantadoras muchachas de la sociedad parisiense, y desde entonces prestó a sus coqueterías una atención que ninguna otra mujer había podido obtener de él. Sabina de Grandlieu jugó perfectamente su papel porque Calixto le gustó. Las cosas se llevaron tan bien que, durante el invierno de 1837, el joven barón Du Guénic, que había recobrado la lozanía y los colores de la juventud, oyó sin repugnancia que su madre le recordase la promesa hecha a su padre moribundo,

hablándole de casamiento con Sabina de Grandlieu. Pero, aunque fuese fiel a su promesa, ocultaba una indiferencia secreta que la baronesa conocía, si bien esperaba ver que se disipara con las dichas de un matrimonio afortunado. El día en que la familia de Grandlieu y la baronesa, acompañada en esta ocasión por sus parientes venidos de Inglaterra, se reunían en el gran salón del hotel de los Grandlieu para oír al notario de la familia, Leopoldo Hannequin, la exposición del contrato matrimonial antes de leerlo, Calixto, sobre cuya frente todos podían descubrir algunas sombras, rehusó rotundamente aceptar los beneficios que le concedía la señorita De las Touches; contaba todavía con el favor de Felicidad, a quien imaginaba ocupada en la busca de Beatriz. En aquel instante, en medio de la estupefacción de las dos familias, entró Sabina vestida de modo que, pese a ser morena, recordaba a la marquesa de Rochefide y entregó a Calixto la carta siguiente:

CAMILO A CALIXTO

«Calixto: antes de entrar en mi celda de novicia se me consiente echar una mirada al mundo que voy a abandonar para entregarme al mundo de la oración. Esa mirada se dirige entera a usted, que en los últimos tiempos ha sido para mí el mundo entero. Si mis cálculos no yerran, mi voz le llegará en medio de una ceremonia a la que me es imposible asistir. El mismo día en que usted se hallará ante un altar, dando su mano a una joven encantadora, a la que podrá amar a la faz del cielo y de la tierra, yo estaré en un convento, en Nantes, también ante un altar, pero desposada para siempre con quien no engaña ni traiciona a nadie. No pretendo entristecerle, sino solamente rogarle que no dificulte con cualquier falsa delicadeza el beneficio que he querido hacerle desde que lo vi. No me dispute unos derechos a tan alto precio adquiridos. Si el amor es sufrimiento, ¡ay!, le he querido mucho, Calixto; pero no tenga por ello remordimientos; las únicas dichas que he gustado en mi vida se las debo, y los dolores proceden de mí misma. Recompéñeme, por tanto, todos esos dolores pasados dándome una alegría eterna. Permita al pobre Camilo, que ya no es nadie, que participe un poco de la felicidad material que usted disfrutará todos los días. Déjeme, querido, que sea algo así como un aroma en las flores de su vida, mezclarme entre ellas, sin jamás ser importuna. Yo le deberé, sin duda, la felicidad de la vida eterna: ¿no me va a permitir que se lo compense con la donación de algunos bienes frágiles y temporales? ¿No va a tener esa generosidad? ¿No ve que esto no es más que la última mentira de un amor desdeñado? Calixto: el mundo, sin usted, no representaba nada para mí; me había condenado a la más espantosa de las soledades, y ha llevado al incrédulo Camilo Maupin, el autor de libros y piezas que solemnemente desapruébo, ha arrojado a esa mujer audaz y perversa, con los pies y las manos atadas, ante Dios. Hoy soy lo que había debido ser, una niña plena de inocencia. Sí, he lavado mi vestido en el llanto del arrepentimiento, y puedo llegar a los altares presentada por un ángel, ¡por mi bien amado Calixto! ¡Con qué dulzura le

doy este nombre, que mi resolución ha santificado! Le quiero sin ningún interés propio, como una madre quiere a su hijo, como la Iglesia ama a un niño. Podré rogar por usted y por los suyos sin mezclar ningún otro deseo que el de su felicidad. Si conociese la tranquilidad sublime en que vivo, luego de haberme elevado con el sentimiento por encima de los mezquinos intereses mundanos, y cuán dulce es el sentimiento de haber cumplido con el deber, según su noble divisa, usted entraría con paso decidido, sin mirar alrededor ni atrás, en su bella vida. Le escribo, por tanto, sobre todo para rogarle que sea fiel con usted mismo y con los suyos. Querido, la sociedad en que debe vivir no podría existir sin la religión del deber, y usted la desconocería, como yo la desconocí, de dejarse llevar de la pasión, de la fantasía, tal como yo lo hice. La mujer no es igual al hombre más que haciendo de su vida una continua ofrenda, como la del hombre es una perpetua acción. Pero mi vida ha sido como un largo acceso de egoísmo. Por eso tal vez Dios le haya puesto, hacia la tarde, a la puerta de mi casa como mensajero encargado de mi castigo y de mi gracia. Escuche esta confesión de una mujer para quien la gloria ha sido como un faro, cuyo resplandor le ha mostrado el verdadero camino. Muéstrese grande, inmoles su fantasía a sus deberes de jefe, de esposo y de padre. Levante la abatida enseña de los antiguos Du Guénic, muestre a este siglo sin religión y sin principios al noble en toda su gloria y esplendor. Niño querido de mi alma, déjeme jugar un poco a ser madre: la adorable Fanny no se sentirá celosa de una mujer muerta para el mundo y de la cual usted no recibirá más que las manos siempre elevadas al cielo. Hoy más que nunca la nobleza necesita de la fortuna: acepte, por consiguiente, una parte de la mía, Calixto, y haga de ella un buen uso. No es una donación, sino un fideicomiso. He pensado más en sus hijos y en su antigua estirpe bretona que en usted mismo al dejarle las ganancias que el tiempo me ha ido dando con mis bienes de París.»

—Firmemos —dijo el joven barón, con gran satisfacción de los reunidos.

(El padre Grimont, en quien recaía el honor de la conversión de esta mujer célebre, fue nombrado vicario general de la diócesis.

Calixto, rico y casado con la mujer más hermosa *de París*, conservó un fondo de tristeza que nada ha disipado, ni siquiera el nacimiento de un hijo, ocurrido en Guérande en 1838, con gran alegría de Ceferina Du Guénic. Beatriz vivió siempre en el fondo de su corazón y es imposible prever qué desastres provocaría en el joven matrimonio un reencuentro de Calixto con la señora De Rochefide.)

LA LUNA DE MIEL

PRIMERA PARTE
LOS ADÚLTEROS BAJO LA ROCA

I

DE LOS VIAJES EN SUS RELACIONES CON EL MATRIMONIO

En la semana siguiente, tras la misa nupcial que según el uso de algunas familias del *faubourg Saint-Germain* se celebró a las siete en Santo Tomás de Aquino, Calixto y Sabina montaron en un bonito coche de viaje, en medio de los abrazos, felicitaciones y lágrimas de una veintena de personas agrupadas bajo la marquesina de la mansión de los Grandlieu. Las felicitaciones provenían de los cuatro testigos y demás hombres; las lágrimas se veían en los ojos de la duquesa de Grandlieu y de su hija Clotilde, que temblaban agitadas por un mismo pensamiento.

—¡Allá va, lanzada a la vida! Pobre Sabina, que está a merced de un hombre que no se ha casado completamente a gusto.

El matrimonio no se compone únicamente de placeres tan fugitivos en ese estado como en cualquier otro, sino que implica la conformidad de humores, simpatías físicas y concordancia de caracteres que hacen de esta necesidad social un eterno problema. Las muchachas solteras, lo mismo que las madres, conocen los términos y los peligros de esta lotería; esta es la razón de que las mujeres lloren cuando asisten a una boda, mientras que los hombres sonrían; los hombres creen que no aventuran nada; las mujeres saben bastante bien lo que arriesgan.

En otro coche, que precedía al de los novios, iba la baronesa Du Guénic, a quien la duquesa se acercó a decirle:

—Usted es madre, aunque no haya tenido más que un solo hijo; ¡procure reemplazarme cerca de mi querida Sabina!

En el pescante de este coche se veía un lacayuelo que servía de mandadero, y en la parte de atrás iban dos camareras. Los cuatro postillones, vestidos con sus mejores uniformes —ya que cada coche iba tirado por cuatro caballos—, llevaban todos ramos en los ojales y cintas en los sombreros, que el duque de Grandlieu trató con mil fatigas que se quitaran, incluso pagándoles; el postillón francés es muy inteligente, pero propende a estas chanzas; aquéllos tomaron el dinero y traspasada la barrera volvieron a ponerse sus cintas.

—¡Vamos, adiós, Sabina! —dijo la duquesa—. Acuérdate de tu promesa y escríbeme con frecuencia. ¡Calixto, no puedo decirle nada, pero compréndame!

Clotilde apoyada sobre su hermana más pequeña, a la que el vizconde Justo de Grandlieu sonreía, echó sobre la novia una mirada intencionada a través de las

lágrimas, y siguió con los ojos el coche, que desapareció en medio de los restallidos de cuatro látigos más estruendosos que pistolas de tiro.

En pocos segundos el alegre convoy llegó a la explanada de los Inválidos, entró por el *quai* en el puente de Jena, pasó la barrera de Passy, enfiló la carretera de Versalles y por fin rodó por el gran camino de Bretaña.

¿No resulta por lo menos singular que los artesanos de Suiza y Alemania, como las grandes familias de Francia e Inglaterra, sigan la misma costumbre y emprendan un viaje después de la ceremonia nupcial?

Los poderosos se meten en una caja que rueda. Los pequeños van alegremente por los caminos, se detienen en los bosques, celebran sus comilonas en todas las posadas, mientras dura la alegría o, mejor, su dinero. El moralista se vería en gran embarazo para decidir dónde se encuentra la más bella calidad del pudor: en la que se oculta al público para inaugurar el hogar y el tálamo, como hacen los buenos burgueses, o en la que se oculta de la familia para publicarse a plena luz por los caminos ante los desconocidos. Las almas delicadas deben desear la soledad y huir igualmente del mundo y de la familia. El rápido amor que inicia un matrimonio es un diamante, una perla, un joyel cincelado por la primera de las artes, un tesoro que se debe enterrar en el fondo del corazón.

¿Quién podrá referir una luna de miel si no es la misma novia? ¡Y cuantas mujeres convendrán que esta temporada de duración incierta (¡las hay de una sola noche!) es el prefacio de la vida conyugal!

Las tres primeras cartas de Sabina a su madre acusaron una situación que, desgraciadamente, no será nueva para algunas recién casadas y muchas señoras. No todas las que se encontraron, por así decirlo, enfermeras de un corazón, se percataron de ello tan pronto como Sabina. Pero las muchachas del *faubourg Saint-Germain*, cuando salen listas, son ya mujeres hechas por la reflexión. Antes del casamiento han recibido del mundo y de su madre el bautismo de las buenas maneras.

Las duquesas, celosas de legar sus tradiciones, ignoran muchas veces el alcance de sus lecciones cuando dicen a sus hijas: «Ese ademán no se hace. No te rías de esto. Nunca se tira uno sobre un diván: se sienta. ¡Deja esos malos modales! ¡Pero eso no se hace, querida! etc.» Así, unas críticas burguesas han rechazado injustamente la inocencia y unas virtudes a muchachas que, como Sabina, son únicamente vírgenes perfeccionadas por el ingenio, por el hábito de los grandes modales, por el buen gusto y que, desde los dieciséis años, saben servirse de los gemelos. Sabina, que posiblemente se prestó a las combinaciones inventadas por la señorita De las Touches para casarle, debía de ser de la escuela de la señorita De Chaulieu. Esta sagacidad innata, estas dotes de raza harán tal vez a esta joven tan interesante como la heroína de las *Memorias de dos jóvenes recién casadas*, desde que vea la inutilidad de sus ventajas sociales en las grandes crisis de la vida conyugal, en las que, con frecuencia, se ven anuladas bajo el doble peso de la desgracia o de la pasión.

II UNA CARTA MODELO

A la señora duquesa de Grandlieu:

«Guérande, abril de 1838.

»Querida madre: comprenderá por qué no he podido escribirle durante el viaje; nuestros ánimos estaban igual que las ruedas. Pero henos desde hace dos días en Guérande, en plena Bretaña, en la mansión de los Guénic. Pese a las atenciones afectuosas de la familia de Calixto, siento un vivo deseo de volar hacia usted y contarle una multitud de cosas que, bien lo sé, no se dicen más que a una madre. Calixto se casó, querida mamá, conservando en su corazón una gran pena: nadie lo ignoraba y usted no me ocultó las dificultades con que habría de tropezar; pero, ¡ay!, son mucho más grandes de lo que usted suponía. Querida mamá, ¿qué experiencia podemos adquirir en unos días, y aun diría que en unas horas? Todas sus recomendaciones han resultado inútiles y adivinaré de qué modo con esta única frase: quiero a Calixto como si él no fuese mi marido. Es decir, que si casada con otro, viajase con Calixto, lo querría y odiaría a mi marido. Considere, por tanto, a un hombre amado tan completamente, involuntariamente, absolutamente, y todos los demás adverbios que quiera añadir. De tal modo se ha establecido mi servidumbre a despecho de sus buenos consejos. Usted me recomendó que me mantuviera grande, noble, digna y altiva para lograr de Calixto sentimientos que no se verían sujetos a ningún cambio en la vida: el aprecio, la consideración que deben santificar a una mujer en medio de la familia. Usted tiene prevención, con razón sin duda, a las jóvenes señoras de hoy, que bajo pretexto de vivir bien con sus maridos comienzan por la vía de la facilidad, de la complacencia, la campechanía, la familiaridad, un abandono, según usted, demasiado *chic* (una palabra, se lo confieso, que todavía no he llegado a comprender, pero sobre esto volveremos luego) y que, si hemos de creerla, son como etapas para llegar rápidamente a la indiferencia y puede ser que al desprecio.

»«¡Acuérdate siempre de que eres una Grandlieu!» —me dijo al oído—. Estas recomendaciones, plenas de la maternal elocuencia de Dédalus, tuvieron la suerte de todas las cosas mitológicas. Querida madre amada, ¿podía suponer que yo iba a comenzar por esa catástrofe con que, según usted, acaba la luna de miel de las mujeres de hoy?

»Cuando Calixto y yo nos vimos solos en el coche, nos sentimos como tontos al comprender todo el valor de la primera palabra o de la primera mirada, y los dos, aturcidos por el sacramento, nos pusimos a mirar por la ventanilla. Aquello resultaba tan ridículo que, al pasar la barrera, mi señor me ha espetado, con voz turbada, un discurso, sin duda preparado como todas las improvisaciones, que escuché con el

corazón palpitante y ahora me tomo la libertad de abreviarlo.

»—Mi querida Sabina, soy muy dichoso contigo y quiero ante todo que tú seas dichosa a tu manera. Por eso, en la situación que estamos, en lugar de engañarnos mutuamente acerca de nuestros caracteres y sobre nuestros sentimientos con nobles complacencias, mostrémonos los dos tal como seremos de aquí a unos años. Figúrate que tienes un hermano en mí, como yo quiero ver una hermana en ti.

»Aunque esto estuvo lleno de delicadeza, no vi en ese primer *speech* el amor conyugal que debía corresponder al arrebató de mi alma, y quedé pensativa luego de haber contestado que estaba animada de los mismos sentimientos. Tras esta declaración de nuestros derechos a una mutua frialdad, hemos hablado de la lluvia y del buen tiempo, del polvo de los relevos de caballos y del paisaje, con la mayor gracia del mundo, yo riéndome con una risilla forzada, él muy pensativo.

»Al salir de Versalles pregunté por las buenas a Calixto, a quien llamaba *mi querido Calixto*, como él me llamaba *mi querida Sabina*, si podía contarme los sucesos que le habían puesto a dos dedos de la muerte y a los que debía yo la fortuna de ser su mujer. Dudó durante mucho tiempo; constituyó el tema de una discusión que se sostuvo durante tres relevos, yo esforzándome en aparecer como una chica voluntariosa y dispuesta a enfadarme, y él meditando sobre la fatal pregunta formulada por los periódicos a Carlos X: *¿Cederá el rey?* Al fin, después del relevo de Verneuil y luego de cambiar juramentos bastantes a contestar a tres dinastías, de no reprocharle nunca aquella locura; de no tratarle con frialdad, etc., me describió su amor por la señora De Rochefide.

»—No quiero —dijo al terminar— que haya secretos entre nosotros.

»El pobre Calixto ignoraba, como es natural, que su amiga la señorita De las Touches y usted se habían visto obligadas a confesármelo todo, y que no se disfrazaba a una joven como yo me disfracé el día de la firma de las capitulaciones sin imponerla de su papel. Se le debe decir lodo a una madre tan tierna como usted. Pues bien, me sentí profundamente preocupada al ver que había obedecido mucho menos a mis súplicas que a sus ganas de hablar de esta pasión desconocida. ¿Me reñirá usted, madre querida, porque haya deseado reconocer la extensión de esa pena, de esa llaga viva en el corazón que usted me ha destinado? En conclusión, que a las ocho horas de haber sido bendecida por el cura de Santo Tomás de Aquino, su Sabina se encontraba en la muy falsa situación de una recién desposada oyendo de boca misma de su marido las confidencias de un amor engañado, las fechorías de una rival. Sí, me veía en la situación dramática de saber oficialmente que debía mi matrimonio a los desdenes de una vieja rubia; Con este relato he ganado lo que buscaba. «¿Qué?», preguntará usted. ¡Ah, madre querida! He visto demasiados amorcillos solazándose unos con otros en los relojes de sobremesa o en los frisos de chimenea para no saber poner esas enseñanzas en práctica... Calixto remató el poeta de sus recuerdos con la más calurosa protesta de un eterno olvido de lo que él mismo ha llamado su locura. Toda protesta formal tiene necesidad de ser firmada; el venturoso infortunado me

tomó la mano, la llevó a sus labios y la retuvo entre las suyas largo tiempo. Una declaración siguió luego. Me pareció más conforme con nuestro estado civil que la primera, aunque nuestras bocas no dijeron ni una palabra. Debí esta dicha a mi verbosa indignación por el mal gusto de una mujer lo bastante necia para no haber amado a mi hermoso, a mi encantador Calixto...

»Me llaman para jugar a un juego de naipes que no he logrado comprender todavía; continuaré mañana. Dejarla en ese instante para sentarme a la mesa de la *mosca* son cosas que sólo pueden pasar en plena Bretaña...»

III
HASTA QUE PUNTO, SEGÚN M. SCRIBE, EL SENTIMIENTO VA DE PRISA EN
COCHE

«3 de mayo.

»Reemprendo el curso de mi odisea. A la tercera jornada, sus hijos abandonaron definitivamente el *usted* ceremonioso por el *tú* de los amantes. Mi suegra, encantada de vernos dichosos, se ha esforzado en sustituir a usted, querida madre, y como sucede con todos los que emprenden una función con el afán de borrar recuerdos, se ha mostrado tan encantadora, que para mí casi ha llegado a ser usted. Sin duda adivinó lo de heroico que hay en mi conducta, ya que, al comienzo del viaje, ocultaba demasiado sus inquietudes para no hacerlas visibles con el exceso de precauciones.

»Cuando vi aparecer las torres de Guérande, dije a su yerno:

»—¿La has olvidado del todo?

»Mi marido, que ahora es *mi ángel*, sin duda ignoraba la riqueza de un cariño cándido y sincero, ya que estas pocas palabras casi lo han vuelto loco de alegría. Por desgracia, el deseo de hacerle olvidar a la señora De Rochefide me han llevado demasiado lejos. ¡Qué quiere usted! Yo amo, soy casi portuguesa, ya que tengo más de usted que de mi padre. Calixto lo ha aceptado todo de mí, como aceptan los niños mimados, y él es hijo único además.

»Dicho sea entre nosotras, yo no daría una hija, si alguna vez tengo una hija, a un hijo único. Mala cosa es someterse a un tirano, y un hijo único es como varios tiranos juntos. Así ocurre que nosotros hemos invertido los papeles y yo soy la que me comporto como una persona consagrada a su ídolo. Hay ciertos peligros en una consagración así, de la que el ídolo se aprovecha: siempre se pierde algo de dignidad. Le anuncio el naufragio de esta semi virtud. La dignidad no es más que una pantalla puesta por el orgullo, tras la cual nuestro gozo está rabiando. ¡Qué quiere usted, mamá!... Usted no estaba aquí, yo me veía ante un abismo... Si me hubiera mantenido en mi dignidad, me habría visto ante el frío dolor de una especie de fraternidad que, sin ninguna duda, habría acabado en indiferencia. ¿Y cuál sería entonces mi porvenir? Mi entrega total ha dado como resultado el que ahora sea esclava de Calixto. ¿Saldré de esta situación? Ya lo veremos; de momento estoy contenta. Quiero a Calixto, lo quiero de manera absoluta, con la locura de una madre que halla bueno todo lo que hace su hijo, incluso cuando se ve maltratada por él.»

«15 de mayo.

»Hasta el presente, mamá querida, el matrimonio se presenta para mí de la manera más deliciosa. Yo despliego toda mi ternura hacia el más bello de los hombres, que una imbécil ha desdeñado por un musicastro, ya que esa mujer es sin

duda una necia y una necia fría, la peor especie de las necias. Soy caritativa con mi pasión legítima; he curado una herida, causándome a mí otras eternas. Sí, mientras más quiero a Calixto más me persuado de que moriré de pena si nuestra felicidad actual se acaba. Por lo demás, me veo adorada por toda esta familia y por la tertulia que se reúne en la mansión de los Du Guénic, personajes todos arrancados de un tapiz antiguo para demostrar que existe lo imposible.

»Un día en que esté sola le pintaré a mi tía Ceferina, la señorita De Pen-Hoël, el caballero Du Haiga, las señoritas De Kergarouët, etc. No hay nadie, incluidos los dos criados, Mariotte y Gasselin, que me miran como un ángel bajando del cielo y aun tiemblan cuando les hablo y a quienes espero poder llevar a París, que no sea una figura digna de guardarla en una vitrina.

»Mi suegra nos ha instalado solemnemente en los departamentos que ocupó ella con su difunto marido. La escena fue emocionante:

»—Toda mi vida de casada la viví aquí muy dichosa —nos dijo—. ¡Qué esto sea para vosotros un presagio de ventura, hijos queridos!

»Y se quedó para sí el antiguo cuarto de Calixto.

»La santa mujer parece que quiere desposeerse de todos sus recuerdos y de su noble vida conyugal para investimos con todo ello.

»La provincia de Bretaña, esta ciudad, esta familia de anticuadas costumbres, todo, pese a las cosas ridículas que en realidad sólo existen para nosotros, los burlones parisienses, tiene algo de inexplicable, de grandioso hasta en sus minucias, que no se puede definir más que con la palabra *sagrado*. Todos los colonos de las vastas posesiones de la casa de Guénic, propiedades que fueron rescatadas, como bien sabe usted, por la señorita De las Touches, a quien tenemos que ir a ver en su convento, han venido en formación a saludarnos. Las buenas gentes, con sus trajes de fiesta, exteriorizando una viva alegría al saber que Calixto volvía a ser de modo efectivo su señor, me ha hecho comprender a Bretaña, el feudalismo, la antigua Francia. Fue una fiesta que no quiero describirla por escrito, se la contaré. La base de todos los arriendos fue propuesta por ellos mismos: les firmaremos después de la inspección que vamos a efectuar por nuestras tierras empeñadas desde hace cincuenta años... La señorita De Pen-Hoël nos ha dicho que los colonos llevaban la cuenta de las rentas con una veracidad que no creerían las gentes de París.

»Saldremos dentro de tres días e iremos a caballo. Al regreso, querida madre, le escribiré; ¿pero qué podré decirle, si mi felicidad ha llegado ya al límite? Le escribiré, por tanto, de lo que usted ya sabe, esto es, de cuanto yo la quiero.»

IV ENTRE NOVICIAS

(De la misma a la misma.)

«Nantes, junio.

»Luego de haber representado el papel de una castellana adorada por sus vasallos, como si la revolución de 1789 y la de 1830 no hubieran abatido las enseñas señoriales; tras cabalgadas a través de los bosques, detenciones en las granjas, comidas sobre viejas mesas y mantelerías centenarias, plegadas bajo enormes fuentes homéricas, servidas en vajillas antediluvianas; después de haber bebido vinos exquisitos en vasos como los que manejan los jugadores de manos, y los tiros de escopeta a los postres, y los «¡vivan los Guénic!», y bailes en los que la orquesta se reduce a una gaita, en la que un hombre sopla durante diez horas seguidas; y ramos de flores, y jóvenes desposados que se hacen bendecir por nosotros, y grandes cansancios, cuyo remedio se halla en la cama, con sueños que yo no conocía y despertares deliciosos en los que el amor aparece radiante como el sol relumbra sobre uno y centellea con mil moscas que zumban en bajo bretón...; en fin, luego de una grotesca estancia en el castillo de Guénic, donde las ventanas son como puertas de cochera y donde las vacas podrían pastar la hierba que crece en el suelo de los salones, pero que nosotros hemos jurado reparar y acondicionar para venir todos los años a recibir las aclamaciones de los colonos del clan de Guénic, uno de los cuales portaba nuestra divisa, ¡uf!, he llegado a Nantes...

»¡Ah, qué jornada la de nuestra llegada a Guénic! Apareció el rector con su clero, todos coronados de flores, a recibimos, a bendecimos, demostrando tal alegría... se me saltan las lágrimas al escribirlo... Y este altivo Calixto, que representaba su papel de señor como un personaje de Walter Scott. El señor recibía los homenajes como si estuvieran en pleno siglo XIII. Oía cómo las muchachas y las mujeres decían:

»—¡Qué lindo señor tenemos!— igual que en un coro de ópera cómica.

»Los viejos discutían el parecido de Calixto con los Du Guénic que ellos habían conocido. ¡Ah, la noble y sublime Bretaña, qué país de fe y religión! Pero el progreso la va estropeando; ya se hacen puentes, carreteras; llegarán las nuevas ideas, ¡y adiós lo sublime! Seguro que los campesinos no serán nunca tan libres ni tan orgullosos de sí mismos como yo los vi, cuando se les pruebe que ellos son iguales a Calixto, si es que alguna vez llegan a creerlo. Tras el poema de esta restauración pacífica y firmados los contratos, abandonamos este seductor país, siempre florecido, alegre, sombrío y desierto, todo a la vez, y hemos venido a prosternar nuestra felicidad ante la persona a quien la debemos. Calixto y yo sentíamos la necesidad de dar las gracias a la novicia de la Visitación. En memoria de ella cuartelará su escudo con el de Las

Touches, que es *partido cortado, tallado en oro y sinople*. Tomará una de las águilas de plata para uno de los soportes y le pondrá en el pico esta bonita divisa de mujer: «¡Acuérdate!»

»Fuimos ayer, por lo tanto, al convento de las señoras de la Visitación, adonde nos llevó el padre Grimont, un amigo de la familia de Guénic, que nos dijo que su querida Felicidad, mamá, es una santa; no puede ser otra cosa para él, puesto que esta ilustre conversión le valió ser nombrado vicario general de la diócesis. La señorita De las Touches no quiso recibir a Calixto y no me ha visto más que a mí. La hallé un poco cambiada, pálida y delgada; pero en mi visita me pareció bien dichosa.

»—Dile a Calixto —me advirtió en voz baja— que si no quiero verlo es por caso de conciencia y obediencia, puesto que no me lo han permitido; pero prefiero no adquirir esos minutos de contento al precio de meses de sufrimiento. ¡Ah! Si tú supieses cuánto me cuesta responder a la pregunta «¿en qué está pensando?» La directora de las novicias no quiere comprender el número y profundidad de los pensamientos que me pasan por la mente como torbellinos. De momento, vuelvo a ver Italia o París con todos sus espectáculos, pensando en Calixto, que —según dijo con esa expresión poética tan admirable que usted conoce— es el sol de mis recuerdos... Era ya demasiado mayor para entrar en las Carmelitas y me he entregado a la orden de San Francisco de Sales únicamente porque él dijo: «¡Os descalzaré la cabeza en lugar de descalzaros los pies!», repudiando esas austeridades que quebrantan el cuerpo. En efecto, es la cabeza lo que peca. ¡El santo obispo hizo por eso muy bien en establecer su regla austera para la inteligencia y terrible para la voluntad!... Eso es lo que yo quería, porque mi cabeza es la verdadera culpable; me ha engañado el corazón hasta la edad fatal de los cuarenta años en que, si se es durante algunos momentos cuarenta veces más feliz que las mujeres jóvenes, se es luego cincuenta veces más desgraciada que ellas... ¿Y qué, mi niña, estás contenta? —me preguntó, dejando de hablar de sí misma con visible satisfacción.

»—Me ve usted en medio del encantamiento del amor y de la felicidad —le contesté.

»—Calixto es tan bueno y cándido como noble y bello —me dijo gravemente—. Te he instituido mi heredera; posees, además de mi fortuna, la pareja ideal que había soñado... Me aplaudo a mí misma por esta determinación —dijo tras una pausa—. Ahora, niña, no abuses. Has cogido bien fácilmente la felicidad, pues no tuviste más que tender la mano para recibirla, pero piensa ahora en conservarla. Aunque no hubieses venido aquí más que para llevarte los consejos de mi experiencia, tu viaje sería bien aprovechado. Calixto siente por ti en estos momentos una pasión comunicada, tú no la has inspirado; para hacer duradera tu felicidad trata, pequeña, de unir esta causa a la primera. En el interés de ambos, procura ser caprichosa, sé coqueta, un poco dura, es necesario. No te aconsejo cálculos odiosos ni la tiranía, sino la ciencia. Entre la avaricia y la prodigalidad está la economía. Aprende a adquirir honestamente un cierto imperio sobre Calixto. Estas son las últimas palabras

mundanas que yo pronunciaré, que tenía guardadas para ti, puesto que en el interior de mi conciencia temblaba por si te había sacrificado para salvar a Calixto: sujétale bien a ti, que tenga hijos, que en ti respete a su madre... En fin —me dijo con voz emocionada—, arréglate de modo que no vuelva a ver nunca más a Beatriz...

»Este nombre nos sumió a ambas en una especie de toipor, y nos quedamos mirándonos mutuamente a los ojos, cambiando la misma vaga inquietud.

»—¿Volvéis a Guérande? —me preguntó.

»—Sí —le dije.

»—Pues bien, no vayáis jamás a Las Touches... Estuve equivocada al regalaros esa finca.

»—¿Por qué?

»—¡Niña! Las Touches son para ti el cuarto de Barba Azul, ya que allí sólo hay riesgos de despertar una pasión dormida.

»Le doy en sustancia, querida madre, el sentido de nuestra conversación. Si la señorita De las Touches me hizo charlar, aún me hizo más pensar, puesto que en la embriaguez de mi viaje y de las seducciones de la compañía de Calixto había olvidado la grave situación moral de que le hablaba en mi primera carta.»

«Después de haber admirado bien Nantes, una encantadora y magnífica ciudad, y de haber ido a ver en la plaza de Bretaña el sitio en que Charette cayó tan noblemente, pensamos volver por el Loira a Saint-Nazaire, puesto que ya habíamos hecho por tierra el camino de Nantes a Guérande. Decididamente, ir en barco de vapor no es lo mismo que ir en coche. El viaje en transporte público es una invención del monstruo moderno, el monopolio. Dos jóvenes señoras de Nantes, muy bonitas, se contoneaban por el puente, afectas de lo que yo llamo el Kergarouëtismo, un dicho que usted comprenderá cuando yo le explique cómo son los Kergarouët. Calixto se portó muy bien. Como un verdadero caballero, no me ha dejado en evidencia. Aunque contenta de su buen gusto, como lo está un niño al que se le regala el primer tambor, pensé que tenía una magnífica ocasión para ensayar el sistema recomendado por Camilo Maupin, ya que no fue ciertamente la novicia quien me habló. Adopté un cierto aire enfurruñado, y Calixto se alarmó en seguida, muy solícito. A la pregunta «¿qué te pasa?», que me hizo al oído, contesté yo con mucha verdad:

»—¡No tengo nada!

»Y advertí al punto el escaso éxito que obtiene de momento la verdad. La mentira es un arma decisiva cuando la celebridad deba salvar a las mujeres y los imperios. Calixto se mostró inquieto, muy apremiante. Lo llevé a la proa del barco y allí, sobre una aduja, con voz llena de alarma, ya que no de lágrimas, le expuse mis desdichas, los temores de una mujer cuyo marido es el más guapo de los hombres...

»—¡Ah, Calixto! —me lamenté—. Hay en nuestra unión una espantosa desgracia: ¡Tú no me has amado, no me has escogido! ¡No te quedaste parado como una estatua al verme por primera vez! Es mi corazón, mi afecto, mi ternura lo que solicita tu cariño y tú me castigarás cualquier día por haber sido yo misma quien te llevó los tesoros de mi pureza, mi involuntario amor de muchacha... Debería ser mala, coqueta, pero me siento sin fuerza contra ti... Si esa horrible mujer que te ha desdeñado se encontrara en mi lugar, aquí, tú no te habrías fijado en esas dos espantosas bretonas que un consumidor de París clasificaría entre el ganado...

»Calixto, madre mía, vertió dos lágrimas de sus ojos y se volvió para ocultármelo; descubrió entonces los bajos del Indres y corrió a pedir al capitán que nos desembarcase allí. No hay nada que oponer a respuestas como ésta, sobre todo si van seguidas de una estancia de tres horas en una miserable posada de la desembocadura del Indre, donde comimos pescado fresco en un pequeño cuarto como los que pintan los pintores de género y por cuyas ventanas penetraba el mugido de las fraguas de Indret, por encima de la hermosa sábana del Loira. Al ver cómo resultaban las experiencias de la Experiencia, exclamé:

»—¡Ah, amada Felicidad!...

»Incapaz de sospechar los consejos de la religiosa y la duplicidad de mi conducta, Calixto hizo un divino «quid pro quo» y me cortó la palabra diciéndome:

»—¡Conservemos su recuerdo! Enviaremos un artista para copiar este paisaje.

»Me puse a reír, querida mamá, hasta desconcertar a Calixto, a quien vi bien cerca del enfado.

»—¡Pero si hay de este paisaje y de esta escena —le dije— un cuadro en mi corazón que no se borrara nunca y tiene un colorido inimitable!

»¡Ay, madre mía! Me es imposible mezclar mi amor con apariencias de guerra o enemistad. Calixto hará de mí todo lo que quiera. Esta lágrima es la primera que me ofrenda; y pienso: ¿no vale más que la segunda declaración de mis derechos?... Una mujer sin corazón se habría hecho señora y amante tras la escena del barco; yo he vuelto a perderme. Con arreglo a su sistema, mientras más me vuelvo mujer, más me hago *chica*, pues estoy tan espantosamente reblandecida con la felicidad, que no puedo resistir a una mirada de mi señor. ¡No! No me abandono al amor: me agarro a él, como una madre aprieta a su hijo contra su seno, temiendo cualquier desgracia.»

VI
¡YA!

(De la misma a la misma.)

«Guérande, julio.

»¡Ay, querida mamá! ¡Al cabo de tres meses conozco los celos! Tengo el corazón bien colmado; siento en él un odio profundo y un profundo amor. ¡Soy peor que traicionada, porque no soy amada!... ¡Qué afortunada me siento al tener una madre, un corazón en el que desahogarme a mis anchas!... A las mujeres que somos aún algo chiquillas basta que se nos diga: «Esta es una llave herrumbrosa de recuerdos entre todas las llaves de tu palacio; penetra en todas partes, disfruta de todo, ¡pero guárdate de ir a Las Touches!», para que vayamos allá, con los ojos iluminados por la curiosidad de Eva. ¡Qué irritación había puesto en mi amor la señorita De las Touches! Pues ¿por qué prohibirme ir a Las Touches? ¿Acaso una dicha como la mía iba a depender de un paseo, de entrar en una residencia de Bretaña? ¿Y qué es lo que tenía que temer? En fin, añada a las razones de la señora de Barba Azul el deseo que corroe a todas las mujeres de saber si su poder es precario o sólido, y comprenderá cómo un día pregunté, mostrando un tono indiferente:

»—¿Qué es eso de Las Touches?

»—Los Touches te pertenecen —me dijo mi divina suegra.

»—¡Si Calixto no había puesto jamás los pies en Las Touches! —exclamó mi tía Ceferina meneando la cabeza.

»—Pero él no sería mi marido... —dijo a mi tía.

»—¿Sabes entonces lo que pasó allí? —me preguntó mi suegra.

»—Ese es un lugar de perdición —dijo la señorita De Pen-Hoël—. La señorita De las Touches cometió allí muchos pecados, por los que ahora pide perdón a Dios.

»—¿Y eso no ha salvado el alma de esa noble señorita, y hecho la fortuna de un convento? —exclamó el caballero Du Haiga—. El padre Grimont me dijo que la señorita De las Touches donó cien mil francos a las damas de la Visitación.

»—¡No, no! —dije vivamente.

»Esta pequeña escena ¿no le parece la página de cualquier drama diabólico? Se reprodujo bajo veinte pretextos. Al fin, mi suegra me dijo:

»—Comprendo por qué no quieres ir a Las Touches; tienes razón.

»Comprenderá, mamá, que esta puñalada, involuntariamente asestada, la habría decidido a saber si su felicidad descansaba sobre base tan endeble que podría sucumbir a cualquier embate. Hay que hacer justicia a Calixto proclamando que jamás se propuso visitar esta cartuja, que hoy es dominio suyo. Somos criaturas desprovistas del menor sentido desde el momento en que amamos, porque ese silencio, esa reserva, me picaron y un día le dije:

»—¿Qué temor tienes a ver Las Touches, que eres el único en no hablar de ir?

»—Pues vamos —contestó.

»Me vi, por lo tanto, atrapada, como todas las mujeres que se quieren perder y se encomiendan al azar para deshacer el nudo gordiano de su indecisión. Y los dos nos encaminamos a Las Touches.

»Aquello es delicioso, de un gusto profundamente artístico, y me solacé en aquel abismo al que la señorita De las Touches tanto me había prohibido ir. Todas las flores venenosas son deliciosas. Satán las ha sembrado, porque hay flores del diablo y flores de Dios. No tenemos más que recogernos en nuestro interior para convencernos de que ambos han creado el mundo por mitad. ¡Qué acres delicias en aquella situación, en que yo jugaba no con fuego, sino con sus cenizas!... Observaba a Calixto, porque se trataba de saber si todo estaba bien extinguido, y estaba atenta a las corrientes de aire, créamelo. Espiaba igual que los niños que andan buscando una cosa escondida. Calixto me pareció pensativo, pero al principio creí que había vencido. Me sentí lo bastante fuerte para hablar de la señora De Rochefide. En fin, fuimos a ver el famoso boj que salvó a Beatriz cuando él la lanzó al mar para que no fuese de nadie.

»—Debe de ser muy ligera para haberse quedado ahí —dije yo riendo.

»Calixto guardó silencio.

»—Respetemos los muertos —añadí.

»Calixto permaneció silencioso.

»—¿Te he disgustado?

»—No, pero deja de galvanizar esta pasión —contestó.

»¡Qué frase!... Calixto, que me vio triste, redobló sus atenciones y ternuras para conmigo.»

«Agosto.

»Yo estaba, ¡ay!, en el fondo de un abismo y me entretenía en coger allí flores, como los inocentes de todos los melodramas. De repente un pensamiento horrible ha cabalgado sobre mi felicidad, como el caballo a través de la balada alemana. He creído adivinar que el amor de Calixto iba aumentando de sus reminiscencias, que volvía sobre mí las tempestades que yo reviví en él recordándole las coqueterías de esa horrible Beatriz. ¡Cómo osa llamarse Beatriz esa naturaleza malsana y fría, persistente y blanda, que tiene de molusco y de coral a la vez!... Heme ya, madre querida, forzada a andar con el ojo sobre una sospecha cuando mi corazón es todo de Calixto. ¿Y no es una verdadera catástrofe que el ojo la haya llevado al mismo corazón, que la sospecha se haya visto confirmada? Vea cómo.

»—Me gusta este sitio —dije a Calixto una mañana—, ya que le debo mi felicidad; de modo que te perdono que a veces me tomes por otra...

»El leal bretón rugió, y yo me abracé a su cuello; pero salí de Las Touches y no volveré allí jamás.

»Por la fuerza del odio que me hace ansiar la muerte de la señora De Rochefide (¡oh, Dios mío!, naturalmente, de una fluxión de pecho, de un accidente cualquiera) he medido la magnitud, la potencia del amor que siento por Calixto. ¡Esa mujer ha venido a perturbar mis sueños, la veo dormida! ¿Debo buscarla? ¡Ay!, la novicia de la Visitación estaba en lo cierto: Las Touches son un lugar fatal. Calixto volvió a encontrar allí sus antiguas impresiones, que son más fuertes que las delicias de nuestro amor. Entérese, querida madre, si la señora De Rochefide está en París, porque entonces yo me quedaría en nuestras tierras de Bretaña. ¡Pobre señorita De las Touches, que se arrepiente ahora de haberme hecho vestir de Beatriz el día de las capitulaciones para que resultara su plan! Si supiese ahora hasta qué punto acabo de ser vencida por nuestra odiosa rival, ¿qué diría? ¡Pero esto es una prostitución! Estoy fuera de mí, siento vergüenza. Me siento poseída por más ganas furiosas de huir de Guérande y de los arenales de Croisic.»

VII CONCLUSIÓN

«25 de agosto.

»Decididamente, vuelvo a las ruinas de Guénic. Calixto, muy preocupado por mi inquietud, me lleva. O sabe poco de mundo si no adivina nada, o si conoce la causa de mi huida, no me quiere. Tiemblo tanto de hallar una espantosa certidumbre si la busco, que como los niños pongo la mano delante de los ojos para no oír un estampido. ¡Oh, madre mía! No soy amada con el mismo amor que yo siento en mi corazón. Calixto se muestra encantador, es la verdad; pero ¿qué hombre, de no ser un monstruo, no se mostraría como él, amable y gentil, al recibir todas las flores que brotan en el alma de una muchacha de veinte años educada por usted, pura como yo lo soy, y que muchas mujeres os han dicho que es hermosa?...»

«Guénic, 18 de septiembre.

»¿La ha olvidado? Estas son las palabras que continuamente resuenan como un remordimiento en mi alma. ¡Ah, querida mamá!, ¿todas las mujeres se habrán visto, como yo, en la necesidad de combatir con recuerdos? ¡Sólo se deberían casar jóvenes inocentes y muchachas puras! Pero eso es una ilusoria utopía. Vale más tener rivales en el pasado que en el porvenir. ¡Compadézcase de mí, madre mía, aunque en estos momentos sea dichosa como una mujer que tiene miedo de perder su ventura y que a ella se aferra!... Una manera de matarla en ocasiones, según dijo la profunda Clotilde.

»Me doy cuenta de que desde hace cinco meses no pienso más que en mi, es decir, en Calixto. Dígale a mi hermana Clotilde que a veces me vienen a las mientes las reflexiones de su triste sabiduría; ella es bien dichosa al permanecer fiel a un muerto, pues no puede temer ninguna rival. Un abrazo para mi querida Atenea; veo que Justo es un loco. A juzgar por lo que me dice en la última carta, tiene miedo a que no se la concedan. Cultiven este temor como una flor preciosa. Atenea será la dueña, y yo, que temblaba por no obtener a Calixto de sí mismo, seré la esclava. Mil ternezas, querida mamá. ¡Ay, si mis temores no resultaran vanos, Camilo Maupin me habría vendido su fortuna a muy alto precio!... Mis afectuosos respetos a mi padre.»

VIII

DONDE SE PRUEBA QUE J. J. ROUSSEAU, EN SU SISTEMA, NI PENSÓ EN LOS PELIGROS DEL DESTETE

Estas cartas explican perfectamente la situación secreta de la mujer y el marido. Donde Sabina veía un matrimonio de amor, Calixto sólo veía uno de conveniencia. Durante la estancia de los dos desposados en Bretaña, los trabajos de restauración y las disposiciones del amueblamiento del hotel de los Guénic fueron dirigidos por el célebre arquitecto Grindot, bajo la vigilancia de Clotilde y de los duques de Grandlieu. Todo estaba dispuesto para que en el mes de diciembre de 1838 el joven matrimonio pudiera regresar a París, y Sabina se instaló en la *rue de Bourbon* con agrado, menos por jugar al ama de casa que para saber lo que su familia pensaba de su matrimonio.

Calixto, en el papel de guapo indiferente, se dejó guiar gustoso en el gran mundo por su cuñada Clotilde y por su suegra, que le agradecieron esa docilidad. Logró el lugar correspondiente a su nombre, su fortuna y su enlace. El éxito de su mujer, tenida por una de las más seductoras; las distracciones que proporciona la alta sociedad, los deberes que cumplir y las diversiones del invierno en París proporcionaron alguna fuerza a la felicidad del hogar, determinando a la vez excitantes e intermedios.

Sabina, a quien hallaron contenta su madre y hermana, que vieron en la frialdad de Calixto un efecto de su educación inglesa, abandonó sus aprensiones; oyó envidiar su suerte por tantas mujeres mal casadas, que mandó sus terrores al país de las quimeras. Y por último, el embarazo de Sabina completó las garantías ofrecidas por esta unión del género neutro, una de esas que las mujeres experimentadas reciben con buenos augurios. En octubre de 1839 la joven baronesa Du Guénic tuvo un hijo, y cometió la locura de amamantarlo, según la opinión de todas las mujeres en semejante caso. ¿Cómo no ser madre por completo cuando se tiene un hijo de un marido verdaderamente idolatrado?

Hacia el fin del verano siguiente, en agosto de 1840, Sabina, iba, por consiguiente, a esperar el fin de la lactancia de su primer hijo. Durante su estancia de dos años en París, Calixto se había ido despojando por completo de aquella inocencia cuyos prestigios habían decorado sus comienzos en el mundo de las pasiones. Calixto, convertido en camarada del joven duque Jorge de Maufrigneuse, recientemente casado como él con una heredera, Berta de Cinq-Cygne; del vizconde Sabiniano de Portenduère, de los duques de Rhétoré y de Lenoncourt-Chaulieu, de todos los habituales del salón de su suegra, descubrió las diferencias que separan la vida de provincia de la vida parisiense. La riqueza tiene horas funestas, ocios que París sabe, mejor que ninguna otra capital, entretener, alegrar, interesar. Al contagio de aquellos jóvenes maridos, que dejaban las más nobles, las más bellas criaturas por

las delicias del cigarro y del *whist*, por las sublimes conversaciones del club o por las preocupaciones del *turf*, bastantes virtudes domésticas se vieron afectadas en el joven gentilhomme bretón. El maternal deseo de una esposa que no quiere aburrir a su marido viene siempre en ayuda de las disipaciones de los jóvenes casados. ¡Se siente tan orgullosa una mujer al ver volver a ella a un hombre a quien deja en completa libertad!...

Una noche, en octubre de este año, para huir de los gritos de un niño en destete, Calixto, en quien su mujer no podía ver sin pena una arruga en la frente, fue, aconsejado por ella, al teatro de Varietés, donde se representaba una pieza nueva. El ayuda de cámara, encargado de comprar una butaca de platea, la había tomado muy cerca de esa parte de la sala llamada de proscenio. En el primer entreacto, al mirar en tomo suyo, Calixto descubrió en uno de los palcos del proscenio, en la planta baja, a cuatro pasos de él, a la señora De Rochefide... ¡Beatriz en París! ¡Beatriz en público! Las dos ideas atravesaron el corazón de Calixto como dos flechas. ¡Volverla a ver de repente al cabo de tres años! ¡Cómo explicar el sobresalto que se produjo en el alma de un amante que, lejos de olvidar, había imaginado algunas veces tan bien desposada a Beatriz en su mujer, que su mujer se había apercibido! ¿A quién se podría explicar que el poema de un amor perdido, desdeñado, pero siempre vivo en el corazón del marido de Sabina, oscureció en él las suavidades conyugales, las ternuras inefables de la joven esposa? ¡Beatriz fue la luz, el día, el movimiento, la vida, lo desconocido; mientras que Sabina fue el deber, las tinieblas, lo previsto! La una representó en aquel momento el placer, la otra el enojo. Fue como un rayo.

IX
EL PRIMER ATAQUE A LENGUA ARMADA

Con su lealtad, el marido de Sabina tuvo el noble pensamiento de abandonar la sala. A la salida de la platea vio la puerta del palco entreabierta y los pies le llevaron allá en contra de su voluntad. El joven bretón encontró a Beatriz entre dos hombres de los más distinguidos, Canalis y Nathan, un político y un literato. Después de cerca de tres años que Calixto llevaba sin verla, la señora De Rochefide había cambiado asombrosamente; mas, aun cuando su metamorfosis hubiera afectado a la mujer, de ella resultaba más poética y atrayente para Calixto. Hasta la edad de treinta años, las bonitas mujeres de París no piden más que un vestido para su *toilette*; pero al pasar bajo el pórtico fatal de la treintena buscan armas, embellecimiento, seducciones en los adornos del tocado. Re componen sus gracias con ellos, hallan recursos, los aprovechan para darse un carácter peculiar, para rejuvenecerse, estudian los más pequeños accesorios, pasan, en conclusión, de la naturaleza al arte. La señora De Rochefide acababa de sufrir las peripecias de un drama que en esta historia de las costumbres francesas en el siglo XIX se llama *La mujer abandonada*. Plantada por Conti, se comprende bien que se hubiese hecho una gran artista en *toilette*, en coquetería, en flores artificiales de toda especie.

—¿Y cómo no está aquí Conti? —preguntó muy bajo Calixto a Canalis, luego de hacerse mutuamente los saludos triviales con que comienzan las más solemnes entrevistas cuando tienen lugar públicamente.

El anciano gran poeta del *faubourg Saint-Germain*, dos veces ministro y por cuarta vez parlamentario aspirante a un nuevo ministerio, se puso significativamente un dedo sobre los labios. Este gesto lo explicó todo.

—Estoy muy contenta de verle —dijo Beatriz a Calixto con mohín gatuno—. Me decía ahí fuera, cuando al fin le reconocí, que usted no me renegaría... ¡Ah, Calixto mío! ¿Por qué se ha casado? —le dijo al oído—. Y con una tontita además...

En cuanto una mujer habla al oído a un recién llegado a su palco, haciéndole sentar a su lado, los hombres de mundo encuentran siempre un pretexto para dejarla sola con él.

—¿Viene conmigo, Nathan? —dijo Canalis—. La señora marquesa me permitirá que vaya a decirle unas palabras a D'Arthez, a quien veo ahora con la marquesa de Cadignan; se trata de una combinación de tribuna para la sesión de mañana.

Esta salida de buen gusto permitió a Calixto reponerse del choque que acababa de sufrir; pero acabó de perder el alma y todas sus fuerzas al aspirar el aroma, para él embriagador, aunque venenoso, de la poesía compuesta con su persona por Beatriz.

X DEFINICIÓN DEL YO NO SÉ QUÉ

La señora De Rochefide, que se había vuelto huesuda y fibrosa, cuya tez se había casi descompuesto, delgada, marchita, los ojos ojerosos, aquella noche había enflorado las ruinas prematuras con las concepciones más ingeniosas del *artículo París*. Había pensado, como todas las mujeres abandonadas, en darse aires de virgen, recordando, con tantos tules blancos, las chicas en *a* de Ossian tan poéticamente descritas por Girodet. Su cabellera rubia bordeaba su largo rostro con oleadas de tirabuzones, en los que parecían fluir destellos de entre los bucles, provocados por el lustre de un aceite perfumado. Su frente pálida resplandecía. Se había puesto un toque imperceptible de colorete, cuyo brillo engañaba al ojo sobre la blancura desabrida de su tez rehecha con agua de salvado. Un *echarpe*, de una finura tal como para dudar que los hombres hubiesen podido trabajar así la seda, rodeaba su cuello de forma que disimulara su largura, ocultándolo, y que no dejara ver más que imperfectamente los tesoros hábilmente montados por el corsé. Su busto era una obra maestra de composición. En cuanto a su actitud y ademanes, una sola expresión basta: valían toda la pena que ella se tomaba en buscarlos. Sus brazos, delgados, endurecidos, apenas se veían entre los artificios, muy calculados, de sus amplias mangas. Ofrecía en suma esa mezcla de falsos resplandores y sedas brillantes, de gasas *flou* y cabellos postizos, de vivacidad, calma y movimiento que se ha llamado el *yo no sé qué*. Todo el mundo sabe en qué consiste el *yo no sé qué*. Tiene mucho de distinción, de gusto, de temperamento.

Beatriz era, por consiguiente, una pieza de decoración prodigiosamente compuesta. La representación de estos juegos de magia, que está muy hábilmente conseguida, vuelve locos a los hombres dotados de franqueza, ya que ellos sienten, por la ley de los contrastes, un deseo desenfrenado de jugar con artificios. Todo eso es falso y sugestivo; es rebuscado, aunque agradable; y ciertos hombres adoran a las mujeres que juegan a la seducción como se juega a las cartas. Y sepamos por qué. El deseo de un hombre es un silogismo que, partiendo de esa ciencia exterior, concluye en los secretos teoremas de la voluptuosidad. El pensamiento se dice sin palabras: «Una mujer que sabe proporcionarse a sí misma tal belleza debe de poseer otros muchos recursos en su pasión». Y esto es verdad. Las mujeres abandonadas son las que aman, las conservadoras son las que saben amar. Ahora bien, si esta lección del italiano había sido cruel para el amor propio de Beatriz, era ella de una naturaleza demasiado artificiosa de suyo para no saberla aprovechar.

—No se trata de quererles —decía ella momentos antes de que Calixto entrase—; hay que atormentarles bien cuando los tenemos a ustedes; ahí está el secreto de las que quieren conservarles. ¡Los dragones guardianes de un tesoro están armados con garras y alas!

—Se podría hacer un soneto con su pensamiento —contestaba Canalis en el instante en que Calixto apareció.

XI
CUANDO UNA MUJER ES ASTUTA

Con una sola mirada adivinó Beatriz el estado de Calixto; encontró frescas y coloradas las marcas del collar que le había puesto en Las Touches. Calixto, herido por las palabras dichas sobre su mujer, dudaba entre su dignidad de marido, la defensa de Sabina y arrojar una palabra dura contra un corazón que exhalaba para él tantos recuerdos, un corazón que él suponía sangrante todavía. La marquesa observaba esta duda; sólo había dicho aquellas palabras para saber hasta dónde llegaba su imperio sobre Calixto; al verlo tan débil, acudió en su ayuda para sacarlo de su embarazo.

—Bien, amigo mío; me encuentra usted sola —dijo cuando los dos cortesanos hubieron marchado—. ¡Sí, sola en el mundo!

—¿Entonces no había pensado en mí?

—¡Usted! ¿No está casado? —contestó ella—. Ése fue uno de mis sufrimientos en medio de los muchos que he tenido desde que no nos vimos más. «No sólo pierdo el amor —me decía—, sino también una amistad que me imaginaba ser bretona.» Se acostumbra una a todo. Ahora sufro menos, pero estoy tronzada. Ésta es desde hace mucho tiempo la primera efusión de mi corazón. Obligada a mostrarme altiva ante los indiferentes, arrogante como si no hubiese caído ante los hombres que me hacen la corte, perdida mi cara Felicidad, no encontraba un pecho en que depositar estas palabras: «¡Estoy sufriendo!» Así podré ahora decirle cuál fue mi angustia al verle a cuatro pasos de mí sin que me reconociera, y cuál mi alegría al verle cerca de mí... Sí —añadió, como respuesta a un gesto de Calixto—, ¡esto está cerca de la fidelidad! ¡Así ocurre a los desgraciados! Una simple visita lo es todo para ellos. ¡Ah, usted sí que me amaba como yo merecía serlo por quien se ha complacido en pisotear los tesoros que yo ponía en él! Y para mi desdicha yo no sé olvidar, yo amo, y quiero permanecer fiel a un pasado que no volverá más.

Mientras soltaba esta tirada, improvisada ya cien veces, se esforzaba en corroborar con los gestos el efecto de sus palabras, que parecían arrancadas del fondo de su alma por la fuerza de un torrente largo tiempo representado. Calixto, en vez de hablar, dejaba correr las lágrimas que le brotaban de los ojos. Beatriz le tomó una mano, se la estrechó y le hizo palidecer.

—Gracias, Calixto; gracias, mi pobre niño; así es cómo un verdadero amigo corresponde al dolor de un amigo... Nosotros nos comprendemos. ¡Vaya, no añada ni una palabra!... Váyase, nos están mirando, y podría darle pena a su mujer si por una casualidad se le dijera que nos hemos visto, aunque bien inocentemente, a la vista de mil personas... Adiós, yo soy fuerte, ¡séalo usted!

Se enjugó los ojos, haciendo lo que en retórica femenina se debe llamar una antítesis en acción.

—Déjeme reír con la risa de los condenados, de los indiferentes que me divierten —prosiguió—. Trato a artistas, escritores, el mundo que conocí en casa de nuestra pobre Camilo Maupin, que es posible haya tenido razón. Enriquecer al que se ama, y desaparecer diciéndose: «¡Soy demasiado vieja para él!», es acabar como mártir. Que es lo mejor que se puede hacer cuando no se puede acabar como virgen.

Se puso a reír, como para desvanecer la impresión triste que debió de provocar en su adorador.

—Pero ¿dónde puedo verla? —dijo Calixto.

—Me he escondido en la *rue de Courcelles*, ante el parque de Monceaux, en un pequeño hotel apropiado a mi fortuna, y allí me atiborro la cabeza de literatura, pero para mí sola, para distraerme. ¡Dios me guarde de la manía de esas señoras!... Vaya, salga, déjeme; no quiero que se ocupe más de mí la gente: ¿qué dirán al vernos? Además, sépalo, Calixto: si se queda un momento más me echaré a llorar.

Calixto se retiró, pero después de haber tendido su mano a Beatriz y haber sentido por segunda vez la sensación «extraña, profunda, de una doble presión llena de cosquilleos seductores.

—¡Dios mío, Sabina jamás me ha sabido remover así el corazón! —fue el pensamiento que le asaltó en el corredor.

Durante el resto de la función la marquesa De Rochefide apenas dirigió tres miradas directas a Calixto; pero recibió algunas miradas al sesgo que fueron otros tantos desgarrones del alma para un hombre firme en su primer amor rechazado.

XII

LOS INCONVENIENTES DE LA INGENUIDAD

Cuando el barón de Guénic se vio en su casa, el esplendor de sus dependencias le hizo pensar en la mediocridad de que había hablado Beatriz, y sintió odio hacia su fortuna porque no podía pertenecer al ángel derrotado. Cuando supo que Sabina hacía tiempo que se había acostado, se sintió muy dichoso de sentirse dueño de toda una noche para vivir con sus emociones. Maldijo entonces la especie de adivinación que el amor proporcionaba a Sabina. Cuando por ventura un hombre es adorado por su mujer, ella lee en la cara de él como en un libro, conoce los menores estremecimientos de sus músculos, sabe de dónde procede la calma, se pide cuentas de la más ligera tristeza, indaga si es ella la causa, estudia los ojos; para ella los ojos se tiñen del pensamiento dominante: aman o no aman. Calixto se sabía objeto de un culto tan profundo, tan ingenuo, tan celoso, que dudó de poder aparentar sosiego para encubrir el cambio sobrevenido en su ánimo.

—¿Qué haré mañana?... —se dijo al dormirse, temiendo la especie de inspección a que se entregaba Sabina.

Al llegar Calixto, o incluso a veces durante el día, Sabina le preguntaba: «¿Me quieres siempre?» O bien: «¿Te aburro?» Interrogaciones graciosas, variadas, según el carácter o el ingenio de las mujeres, y que ocultan sus angustias, imaginadas o reales.

Salen a la superficie de los corazones más nobles y puros salpicaduras de fango levantadas por las tormentas. Así, a la mañana siguiente, Calixto, que ciertamente quería a su hijo, temblaba de alegría al saber que Sabina indagaba las causas de unas convulsiones, temiendo el *crup*, y que no quería separarse del pequeño Calixto. El barón pretextó un asunto y salió eludiendo el desayunar en casa. Escapó como escapan los presos, dichoso de andar a pie, de ir por el puente de Luis XVI y por los Campos Elíseos, hacia un café del bulevar, donde disfrutó desayunando como un soltero.

XIII CUESTIONES GRAVES

¿Qué hay entonces en el amor? ¿La naturaleza se encabrita bajo el yugo social? ¿Quiere la naturaleza que el arranque de la vida comunicada sea espontáneo, libre como el curso de un torrente fogoso, roto por las rocas de la contradicción, de la coquetería, en lugar de ser como el agua que discurre mansamente entre las orillas de la alcaldía y la iglesia? ¿Tiene sus designios cuando incuba esas erupciones volcánicas a las que tal vez se deban los grandes hombres?

Es difícil hallar un joven educado más santamente que Calixto, de costumbres más puras, menos manchado de irreligión; y brincaba de gozo al ir hacia una mujer indigna de él, cuando un clemente, radiante azar, le había ofrecido en la baronesa Du Guénic una muchacha de belleza verdaderamente aristocrática, de ingenio fino y delicado, piadosa, amante, afecta únicamente a él, de una dulzura angélica, aún enternecida por el amor, por un amor apasionado a pesar del matrimonio, como era el suyo por Beatriz.

Puede que incluso los más grandes hombres guarden en su constitución algo de arcilla, que el fango les agrade aún. El ser menos imperfecto sería según eso la mujer, pese a sus faltas y sinrazones. No obstante, la señora De Rochefide, en medio del cortejo de pretensiones poéticas que la rodeaba y pese a su caída, pertenecía a la más alta nobleza; mostraba una naturaleza más etérea que fangosa, y ocultaba la cortesana que se proponía ser bajo las apariencias más aristocráticas. Así, esta explicación no daría razón de la extraña pasión de Calixto. Tal vez se encontrase en una vanidad tan profundamente enterrada, que los moralistas no han descubierto aún ese lado del vicio.

Hay hombres llenos de nobleza como Calixto, bellos como Calixto, ricos y distinguidos, bien educados, que se cansan, ignorándolo tal vez, de un matrimonio con persona de carácter semejante al suyo, seres en que la nobleza no se admira de la nobleza, a los que la grandeza y la delicadeza consonantes con las suyas dejan indiferentes y que van a buscar en naturalezas inferiores o caídas la sanción de su superioridad, si es que a veces no van a mendigar elogios. El contraste de la decadencia moral y de lo sublime comparte sus miradas. ¡La pureza brilla en la proximidad de lo impuro! Esta contradicción entretiene. Calixto no tenía nada que proteger en Sabina: era irreprochable; las energías perdidas en su corazón iban todas a vibrar junto a Beatriz. Si algunos grandes hombres han representado ante nosotros ese papel de Jesús levantando la mujer adúltera, ¿por qué las gentes ordinarias iban a ser más prudentes?

XIV
EL NIDO DEL ÁNGEL ABATIDO

Calixto esperaba que dieran las dos viviendo con la frase «¡Voy a volver a verla!» un poema muchas veces repetido en viajes de setecientas leguas... Fue con paso vivo hasta la *rue de Courcelles*, reconoció la casa aunque nunca la había visto, y se quedó, rico como era, noble como los Borbones, yerno del duque de Grandlieu, al pie de la escalera, detenido por la pregunta de un viejo criado:

—¿El nombre del señor?

Calixto comprendió que debía dejar a Beatriz su libre arbitrio, y contempló el jardín, los muros surcados por las líneas negras y amarillas que producen las lluvias sobre los enlucidos de París.

La señora De Rochefide, como casi todas las grandes señoras que rompen su cadena, había huido dejando a su marido su fortuna, y luego no quiso tender la mano suplicante al tirano. Conti y la señorita De las Touches habían ahorrado a Beatriz los enojos de la vida material, a quien por lo demás su madre le hizo llegar en repetidas ocasiones algunas sumas. Al verse sola se sintió obligada a economías demasiado rudas para una mujer habituada al lujo. Había trepado, por consiguiente, hasta la cima de la colina donde se extiende el parque de Monceaux, refugiándose en una pequeña casa de gran señor situada sobre la calle, pero que tenía un delicioso jardín y cuyo alquiler no sobrepasaba de mil ochocientos francos. Sin embargo, servida siempre por un viejo criado, una camarera y una cocinera de Alençon unidos a su infortunio, su miseria hubiera constituido la opulencia para muchos burgueses ambiciosos.

Calixto subió por una escalera cuyos peldaños de piedra habían sido lijados y cuyos descansillos estaban llenos de flores. En el primer piso, el viejo criado abrió, para introducir al barón en el departamento, una doble puerta forrada de terciopelo rojo, con losanges de seda roja y clavos dorados. La seda y el terciopelo tapizaban las piezas por las cuales Calixto pasó. Tapices de colores serios, colgaduras entrecruzadas en las ventanas, las cortinas de las puertas, todo contrastaba con la mezquindad del exterior, mal cuidado por el propietario.

Calixto esperó a Beatriz en un salón de estilo sobrio, donde el lujo se había hecho simple. Esta pieza, recubierta de terciopelo color granate realzado con seda de un amarillo mate, con alfombra rojo oscuro, cuyas ventanas parecían invernaderos, tantas flores abundaban en los tiestos, estaba iluminada por luz tan suave, que apenas pudo ver Calixto sobre la chimenea dos antiguos vasos de celedón, entre los que brillaba una copa de plata atribuida a Benvenuto Cellini que Beatriz había traído de Italia. Los muebles de madera dorada tapizados de terciopelo, las magníficas consolas, sobre una de las cuales había un curioso reloj, la mesa con tapete de Persia, todo atestiguaba una antigua opulencia cuyos restos habían sido bien dispuestos. Sobre un pequeño mueble vio Calixto, algunas figurillas, un libro empezado a leer en

el que brillaba el mango ornado de pedrería de un puñal que servía de plegadera, símbolo de la crítica. Por último, colgadas de la pared, diez acuarelas ricamente enmarcadas, todas las cuales representaban los dormitorios de las diversas moradas donde en su vida errante había pernoctado Beatriz, daban la medida de una superior impertinencia.

El fru-fru de un vestido de seda anunció a la infortunada; ostentaba una *toilette* estudiada, que a un hombre experimentado habría revelado que se le esperaba. El vestido, cortado a estilo camisón para dejar entrever un ángulo del blanco pecho, era en mouré gris perla, con grandes mangas abiertas de donde surgían los brazos cubiertos con una doble manga ahuecada, guarnecida de puntilla en el borde. Los hermosos cabellos, que el peine hizo aparecer aun más abundosos, se desbordaban por debajo de una cofia de puntillas y flores.

—¿Ya?... —dijo sonriendo—. Un amante no hubiera tenido tanto apresuramiento. ¿Es que tiene secretos que contarme?

Y se sentó en un sofá, invitando con un gesto a Calixto a que se sentara junto a ella. Por una casualidad tal vez rebuscada (ya que las mujeres tienen dos morales, la de los ángeles y la de los demonios), Beatriz exhalaba el mismo perfume que usaba en Las Touches cuando su encuentro con Calixto. La primera aspiración de ese olor, el contacto con aquel vestido, la mirada de aquellos ojos que en la penumbra parecían atraer la luz para reflejarla, todo hizo perder la cabeza a Calixto. El infortunado volvió a sentir el impulso de violencia que a punto estuvo de costar la vida a Beatriz; pero esta vez la marquesa estaba sobre un sofá, y no al borde del océano. Beatriz se levantó para ir a sonar una campanilla, poniéndose un dedo sobre los labios. Llamado al orden con esta seña, Calixto se contuvo; comprendió que Beatriz no tenía ninguna intención belicosa.

—Antonio, no estoy para nadie —dijo al viejo criado—. Eche leña al fuego. Verá, Calixto, que le trato como amigo —dijo cuando el criado se fue—. No me trate usted como amante. Tengo que hacerle dos observaciones. Primera, que yo no me pondría a reñir tontamente con un hombre amado; luego, que no quiero ser de ningún hombre en el mundo, ya que creí, Calixto, ser amada por una especie de Rizzio a quien ninguna traba encadenaría, por un hombre enteramente libre, ¿y ve usted adónde me ha conducido ese arrebató fatal? Usted está bajo el imperio del más santo de los deberes, tiene una mujer joven, amable, deliciosa; en fin, es padre. Yo no tendría excusa, como usted tampoco, y seríamos dos locos.

—Mi querida Beatriz, todas esas razones caen ante una afirmación: yo no he amado más que a usted en el mundo, y me he casado sin yo querer.

—Una partida que nos jugó la señorita De las Touches —dijo ella sonriendo.

Transcurrieron tres horas durante las cuales la señora De Rochelide mantuvo a Calixto en la observación de la fe conyugal al formularle el terrible ultimátum de una renuncia radical a Sabina. Nada la tranquilizaría, aseguraba, en la situación horrible en que la pondría el amor de Calixto. Por lo demás, consideraba el sacrificio de Sabina como poca cosa, ¡la conocía tan bien!

—Es, niño querido, una mujer que cumple todas las promesas que hacía la chiquilla: es una perfecta Grandlieu, morena como su madre la portuguesa, o mejor terrosa, y seca como su padre. Para decir la verdad, su mujer no se perderá nunca, es un marimacho que muy bien puede andar sola. ¡Pobre Calixto! ¿Es esa la mujer que necesitaba? Tiene hermosos ojos, pero esos ojos son vulgares en Italia, España y Portugal. ¿Se pueden hacer ternuras con unas formas tan flacas? Eva era rubia: las mujeres morenas descienden de Adán. Las rubias conservan algo de Dios, cuya mano dejó sobre Eva su último pensamiento, cumplida ya la Creación.

XVI
SEGUNDO NO DEL SÍ

Hacia las seis, Calixto, desesperado, cogió su sombrero para marcharse.

—Sí, vete pobrecito mío; no le des la pena de comer sola...

Calixto se quedó. Tan joven, era fácil encontrarle el lado flaco.

—¿Se atrevería a comer conmigo? —dijo Beatriz, fingiendo un asombro provocador—. ¿Mi flaca querida no le asustaría, tendría usted independencia bastante para colmarme de alegría con esta pequeña prueba de afecto?

—Déjeme solamente escribirle unas letras a Sabina, porque me esperará hasta las nueve.

—Aquella es la mesa donde yo escribo —dijo Beatriz.

Ella misma encendió las bujías y puso una encima de la mesa para ver lo que escribía Calixto.

—«Mi querida Sabina...»

—¡Mi querida! ¿Todavía, le es querida su mujer? —dijo ella mirándole con una expresión fría como para helarle la médula de los huesos—. ¡Váyase, váyase a comer con ella!

—«Me quedo a comer en el café con unos amigos...»

—Una mentira, ¡bah! ¡Usted es indigno de ser amado por ella y por mí!... Los hombres son todos irnos cobardes como nosotras. ¡Vaya, señor, vaya a comer con su querida Sabina!

Calixto se irguió en su butaca y se puso pálido como un muerto. Los bretones poseen una clave de valor que les lleva a crecerse ante las dificultades. El joven barón se levantó, se plantó ante la marquesa, el codo apoyado en la mesa y la barbilla en la mano, y clavó una mirada chispeante en la implacable Beatriz. Estaba tan soberbio, que una mujer del Norte o del Mediodía habría caído de rodillas ante él diciendo: «¡Tómame!» Pero Beatriz, nacida en la linde de Bretaña con Normandía, pertenecía a la casta de los Casteran y el abandono de que había sido víctima había desarrollado en ella las ferocidades del antiguo franco y la iniquidad del normando; precisaba un gran escándalo como venganza y no cedió ante aquella sublime actitud.

—¡Dicte lo que he de escribir y obedeceré! —dijo el pobre chico—. Pero entonces...

—Pues bien, sí, porque me amarás aún como me amabas en Guérande. Escribe: «Como fuera; no me esperes».

—¿Y...? —dijo Calixto, que creía que habría algo más.

—Nada, firme. Bien —dijo arrojándose sobre aquella presa con mal disimulada

alegría—. Voy a enviarla por un emisario...

—¡Y ahora...! —exclamó Calixto levantándose como un hombre dichoso.

—¡Ah!, me parece que me reservaré mi libre arbitrio... —dijo ella volviéndose y deteniéndose a mitad de camino de la mesa a la chimenea, adonde había ido a sonar una campanilla—. Tenga, Antonio, haga llegar esta carta a su dirección. El señor come aquí.

XVII
LA ESCUELA DE LA MENTIRA

Calixto volvió hacia las dos de la madrugada a su casa. Sabina lo esperó hasta las doce y media, pero se acostó al fin, abrumada de fatiga; dormía, aunque había sido vivamente inmutada por el laconismo del billete de su marido. ¡Pero se lo explicó a su modo!... El verdadero amor comienza en la mujer por explicárselo todo a favor del hombre amado.

—Calixto está apurado... —se dijo.

A la mañana siguiente el niño ya estaba bien y las inquietudes maternas se habían calmado. Sabina apareció riendo con el pequeño Calixto en los brazos para presentarlo al padre momentos antes del desayuno, haciendo esas graciosas locuras y diciendo las cosas sin sentido que hacen y dicen las madres. Esta escena familiar permitió a Calixto disimular y se mostró amable con su mujer, aunque pensando en sus adentros que él era un monstruo. Jugó como un niño con su vástago, jugó incluso demasiado, porque se pasó de su papel, pero Sabina no había llegado a ese grado de desconfianza en que una mujer puede reconocer un matiz tan delicado.

Por fin, durante el desayuno, Sabina preguntó:

—¿Y entonces qué es lo que hiciste ayer?

—Portenduère —contentó él— me comprometió a cenar y fuimos luego al club a jugar unas partidas de *whist*.

—Es esa una vida bien tonta, Calixto —replicó Sabina—. Los jóvenes gentilhombres de nuestro tiempo deberían pensar en reconquistar todo el terreno perdido por sus padres. Y no es fumando cigarros, jugando al *whist*, dándose al ocio, disputando con los recién llegados que os van desalojando de todos los puestos y apartándose de las masas a quienes debíais servir de alma e inteligencia como se logrará ese fin. En vez de un partido, no seréis más que una opinión, como decía Marsay. ¡Ah, si supieses qué lejos han ido mis pensamientos desde que he acunado y amamantado a tu hijo! Quisiera que volviera a ser histórico el viejo nombre de los Du Guénic.

De repente, hundiendo su mirada en los ojos de Calixto, que la escuchaba con aire pensativo, le dijo:

—¿Confiesas que el primer billete que me has escrito es un poco seco?

—Sólo pensé en prevenirte que en el club...

—Sin embargo, me has escrito en papel de mujer, tiene un perfume femenino.

—¡Son tan bribones los conserjes de los clubs!...

El vizconde de Pontenduère y su mujer, un matrimonio encantador, habían llegado a ser íntimos de los Du Guénic, hasta el punto de pagar a medias el palco de *les Italiens*. Las dos jóvenes esposas, Ursula y Sabina, habían ido llegando a esa amistad por el delicioso intercambio de consejos, cuidados y confidencias a propósito

de los niños. Mientras Calixto, muy novato en mentiras, se decía: «Voy a ir a prevenir a Sabiniano», Sabina se decía: «¡Me parece que el papel tiene una corona!»... Esta reflexión pasó como un relámpago por su mente y Sabina se reconvino a sí misma por haberla hecho; pero se propuso buscar el papel, que la víspera, en medio del terror de que era presa, había arrojado a su caja de cartas.

XVIII

LOS CABALLOS AÚN NO MIENTEN

Luego de desayunar, Calixto salió diciendo a su mujer que volvería pronto; montó en uno de esos pequeños coches bajos de un solo caballo con los que se empieza a reemplazar a los incómodos cabriolés de nuestros padres. En pocos minutos corrió a la *rue des Saint-Pères*, donde vivía el vizconde, a quien rogó que le hiciera el pequeño favor de mentir, ofreciéndose a la recíproca, para el caso de que Sabina preguntara a la vizcondesa. Una vez fuera, Calixto, luego de pedir la máxima velocidad, fue de la *rue des Saints-Pères* a la de Courcelles en breves minutos; quería saber cómo había pasado Beatriz el resto de la noche. Halló a la hermosa infortunada recién salida del baño, fresca, embellecida y desayunando con muy buen apetito. Admiró la gracia con que aquel ángel se comía los huevos *a la coque* y se maravilló de un servicio de desayuno de oro, regalo de un lord melómano a quien Conti hizo algunas romanzas para las que el lord había *dado sus ideas* y que había publicado como suyas. Oyó algunas ocurrencias picantes dichas por el ídolo, cuyo afán era entretenerle, enfadándose y llorando cuando él hablaba de marcharse. Creyó que apenas había estado allí media hora, y eran las tres cuando entraba en su casa. Su hermoso caballo inglés, un regalo de la vizcondesa de Grandlieu, parecía salir del agua, de tal modo estaba empapado en sudor. Por una casualidad que todas las mujeres celosas preparan, Sabina estaba asomada a una ventana que daba al patio, impaciente de no ver regresar a Calixto, inquieta sin saber por qué. El aspecto del caballo, con la boca espumeante, le llamó la atención.

—¿De dónde vendrá?

La pregunta le fue soplada al oído por esa potencia que no es la conciencia, que no es el demonio, que no es un ángel, pero que ve, que presiente, que nos muestra lo desconocido, que hace creer en los entes morales, en esas criaturas nacidas de nuestra mente que van y vienen en la esfera invisible de las ideas.

—¿Pero de dónde vienes, ángel querido? —preguntó a Calixto, a quien bajó a recibir al primer descansillo de la escalera—. «Abd-el-Kader» viene tan sudado que reluce; tú ibas a estar sólo unos momentos fuera y hace tres horas que te estoy esperando...

«Vamos —se dijo Calixto, que hacía progresos en el arte del disimulo—, me tendré que zafar del compromiso con un regalito.»

—Querida —dijo a su mujer, cogiéndola por la cintura con más mimo del que hubiera empleado de no ser culpable—, ya veo que es imposible guardar un secreto, por inocente que sea, con una mujer que ama...

—No se revelan secretos en medio de la escalera —dijo ella riendo—. Ven.

XIX
ENSAYO DE TOXICOLOGÍA MORAL

Llegados al salón que precedía al dormitorio, vio en un espejo la cara de Calixto, quien, no imaginando ser observado, había dejado de sonreír y denotaba en la expresión su cansancio.

—¿Qué secreto es ése? —dijo ella volviéndose.

—Has mostrado como madre un heroísmo que hace aún más querido para mí al presunto heredero de los Du Guénic, y he decidido darte una sorpresa, igual que si fuera un burgués de la *rue Saint-Denis*. Se está acabando en estos momentos para ti un aderezo en el que han trabajado verdaderos artistas; mi madre y mi tía Ceferina también han contribuido...

Sabina envolvió a Calixto con sus brazos, lo estrechó contra su corazón, la cabeza apoyada en su cuello, rendida bajo el peso de su felicidad, no por el aderezo, sino por ver disipada la primera sospecha. Fue uno de esos arrebatos magníficos que no pueden prodigar todos los amores, por grandes que sean, porque la vida se vería demasiado pronto quemada. Los hombres deberían entonces caer a los pies de las mujeres para adorarlas, ya que es un momento sublime en el que las fuerzas del corazón y de la inteligencia se vierten como las aguas de las ninfas arquitectónicas brotan de las ánforas inclinadas. Sabina se deshizo en lágrimas.

De repente, como mordida por una víbora, se apartó de Calixto y fue a arrojarse sobre un diván, donde quedó desvanecida, ya que la reacción súbita de una impresión gélida sobre el corazón inflamado la puso en trance de muerte. Mientras tenía así a Calixto, hundida la nariz en su corbata, abandonada a su alegría, ¡percibió el olor del papel de la carta!... Otra cabeza de mujer se había reclinado allí, dejando su cabellera y su cara un aroma adúltero. ¡Acababa ella de besar en el sitio donde los besos de su rival aún estaban calientes!

—¿Pero qué te pasa?... —dijo Calixto tras volver del desmayo a Sabina pasándole un paño mojado por la cara.

—¡Vaya a buscar a mi médico y mi tocólogo, los dos! Sí, la tengo, la siento, una revolución de la leche... No vendrán en seguida si no va usted mismo a rogárselo...

El *usted* sorprendió a Calixto, que muy espantado salió precipitadamente. Cuando Sabina oyó cerrarse la puerta del zaguán, se levantó como una cierva asustada y empezó a dar vueltas por el salón como una loca gritando:

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Estas dos palabras condensaban todas sus ideas. La crisis que había anunciado como pretexto, ocurrió. Sus cabellos se volvieron en su cabeza como agujas candentes por el fuego de la neurosis. Su sangre hervía, le parecía que se mezclaba con sus nervios y que le quería brotar por los poros. Quedó ciega por unos momentos y se puso a gritar:

—¡Me muero!

XX
DE CÓMO EN ESTA CLASE DE CRISIS LO PRIMERO QUE SE NECESITA ES LA
LUZ

Cuando al oír aquel terrible grito de madre y esposa ofendida su camarera entró; cuando en volandas se la llevó al lecho y recobró el sentido y la vista, el primer destello de su inteligencia fue para enviar a la muchacha a casa de su amiga, la señora de Pontenduère. Sabina notaba sus ideas hirviéndole en la cabeza como engendros llevados por una tromba.

—Veía —dijo más tarde— millares y millares a la vez.

Llamó al ayuda de cámara y, en el transporte de la fiebre, aun acertó a escribir la carta siguiente, ya que, dominada por la rabia como estaba, quería llegar a la certidumbre:

«A la señora baronesa Du Guénic:

«Querida mamá: Cuando venga a París, como nos lo ha prometido, le agradeceré personalmente el bello presente con que usted, mi tía Ceferina y Calixto han querido obsequiarme por haber cumplido con mi deber. ¡Ya estaba bien pagada con mi propia felicidad!... Renuncio a expresarle la satisfacción que me ha causado ese precioso aderezo, pues cuando la tenga a usted aquí ya se lo diré. Créame que al contemplar esta joya pensaré siempre, como la dama romana, que mi más bello adorno lo constituye nuestro angelito querido... Etc.»

E hizo enviar por el correo esta carta a Guérande.

Cuando la vizcondesa de Portenduère entró, los escalofríos de una fiebre espantosa sucedían en Sabina a aquel primer paroxismo de locura.

—Úrsula, creo que voy a morir —dijo.

—¿Y qué tienes, querida?

—¿Qué hicieron ayer Sabiniano y Calixto después de comer contigo?

—¿Pero qué comida? —replicó Úrsula, a quien su marido no había dicho aún nada, no imaginando una pesquisa inmediata—. Ayer, Sabiniano y yo comimos solos y nos fuimos a los Italianos sin Calixto.

—Úrsula, querida mía, por el amor que tienes a Sabiniano, guárdame secreto sobre lo que me acabas de decir y sobre lo que voy a añadirte. Sólo tú sabrás de qué me muero... ¡A los veintidós años y medio, al tercer año de matrimonio, me veo traicionada!...

Sus dientes castañeteaban; tenía los ojos como helados, empañados; su rostro adquiriría tintes verdosos y la apariencia de un viejo espejo de Venecia.

—¡Tú, tan hermosa!... ¿Y con quién?

—¡No lo sé! Pero Calixto me ha engañado dos veces. ¡Ni una palabra! No te lamentos, no te enfades, hazte la ignorante; posiblemente seas tú quien lo sepa por medio de Sabiniano. ¡Oh, la carta de ayer!...

Y tiritando, en camisa, se fue corriendo hacia un pequeño mueble y de él sacó la carta...

—¡Una corona de marquesa! —dijo volviendo a la cama—. ¿Sabes si la señora De Rochefide está en París?... ¡Tendría entonces un corazón al que ir a llorar y gemir!... ¡Oh, amiga mía, ver sus convicciones, su poesía, su ídolo, su virtud, su dicha, todo, todo en pedazos, maltrecho, perdido!... ¡No hay Dios en el cielo! Ni amor en la tierra, ni vida en el corazón, ni nada... Ni siquiera sé si es de día; dudo hasta del sol... En fin, tengo tanto dolor en el corazón, que ni siento los atroces sufrimientos que me corroen las entrañas. ¡Afortunadamente, el pequeño estaba ya destetado, porque mi leche lo habría envenenado!

Ante esta idea, un torrente de lágrimas brotó de los ojos de Sabina, hasta entonces secos.

La linda señora de Portenduère, con la fatal carta en la mano, que Sabina había olisqueado una vez más, permanecía como alielada ante tan sincero dolor, sobrecogida por aquella agonía del amor, sin explicársela, a pesar de los relatos incoherentes con que Sabina, trató de contársela. De pronto Ursula se sintió iluminada por una de esas ideas que sólo se le ocurren a las amigas verdaderas.

—¡Es preciso salvarla! —se dijo; y agregó en voz alta—: Espérame, Sabina: voy a saber la verdad.

—¡Ah!, ¡hasta en mi tumba te querré! —exclamó Sabina.

XXII
PRIMERA MENTIRA DE UNA PIADOSA DUQUESA

La vizcondesa fue a casa de la duquesa de Grandlieu, le encareció el más profundo silencio y la puso al corriente de la situación de Sabina.

—Señora, ¿no le parece, a usted —dijo como conclusión— que para evitar una espantosa enfermedad, y quién sabe si la locura, debíamos confiarlo todo al médico e inventar algún cuento que mostrara como inocente a ese abominable Calixto?

—Pequeña —dijo la duquesa, a quien la confidencia había dejado helado el corazón—, la amistad le ha prestado en esta ocasión la experiencia de una mujer de mi edad. Sé cuánto ama a su marido Sabina y usted tiene razón: puede hasta volverse loca.

—¡Y puede, lo que sería aún peor, perder su belleza!

—¡Corramos! —exclamó la duquesa.

Afortunadamente, la duquesa y la vizcondesa llegaron unos momentos antes que el famoso tocólogo Dommaget, el único de los dos doctores que Calixto había encontrado.

—Úrsula me lo ha contado todo —dijo la duquesa a su hija— y tú estás completamente equivocada... En primer lugar, Beatriz no está en París... Y por lo que respecta a lo que tu marido, ángel mío, hizo ayer, resulta que ha perdido mucho dinero y no sabe dónde encontrarlo para tu aderezo...

—¿Y esto? —dijo Sabina a su madre entregándole la carta.

—¿Esto?... —exclamó la duquesa riendo—. Es el papel del Jockey-Club; todo el mundo escribe en papel con corona; pronto nuestros tenderos tendrán título...

La prudente madre echó al fuego el malhadado papel. Cuando Calixto y Dommaget llegaron, la duquesa, que había dado las pertinentes instrucciones al servicio, fue advertida al momento; dejó a Sabina al cuidado de la señora De Pontenduère y detuvo en el salón al tocólogo y a Calixto.

—Se trata de la vida de Sabina, señor —dijo a Calixto—. Usted la ha traicionado con la señora De Rochefide...

Calixto enrojeció como una chica honesta sorprendida en falta.

—Y como usted no sabe engañar —continuó la duquesa—, ha cometido tales torpezas que Sabina lo descubrió; pero yo conseguí arreglarlo. Usted no desea la muerte de mi hija, ¿no es verdad? Todo esto, señor Dommaget, le pone sobre la pista de la verdadera enfermedad y de su causa... En cuanto a usted, Calixto, una persona de edad como yo comprende su yerro, pero no lo perdona. Tal perdón sólo puede conseguirse dando una vida entera de felicidad. Si usted desea que yo le aprecie, salve primero a mi hija; luego olvide a la señora De Rochefide. ¡Sólo es buena para una vez!... Sepa mentir, tenga el coraje y la impudicia de un criminal. ¡Yo también he mentido, y me veré obligada a duras penitencias por este pecado mortal!

...

Y le puso al tanto de las mentiras que acababa de inventar.

XXIII

UN SUBLIME RASGO DE MUJER QUE SE CREE AMADA

El hábil tocólogo, sentado a la cabecera de la cama, iba estudiando en los síntomas los medios de atajar el mal. Mientras disponía medidas cuyo éxito dependía de la mayor prontitud en su ejecución, Calixto, sentado a los pies de la cama, fijó sus ojos en Sabina, procurando dar una viva expresión de ternura a su mirada.

—¿Así es que fue el juego lo que te puso esos ojos tan ojerosos?... —dijo ella con débil voz.

Esta frase hizo estremecer al médico, la madre y la vizcondesa, que entre sí se miraban con disimulo. Calixto se puso colorado como una cereza.

—Ésas son las consecuencias de amamantar —dijo ingeniosa y brutalmente Dommanget—. Los maridos se aburren al verse apartados de sus mujeres, van al club y juegan... Pero no tenga pena por los treinta mil francos que el señor barón perdió anoche.

—¡Treinta mil francos! —se asombró ingenuamente Ursula.

—Sí, me he enterado —replicó Dommanget—. Me lo han contado esta mañana en casa de la joven duquesa Berta de Maufigneuse, y que fue el señor De Trailles quien se los ganó —dijo dirigiéndose a Calixto—. ¿Cómo se pone a jugar con tal hombre? Francamente, señor barón, comprendo su vergüenza.

Al ver a su suegra, una piadosa duquesa; la joven vizcondesa, una mujer dichosa, y un viejo tocólogo, perfecto egoísta, mintiendo todos como mercaderes de curiosidades, el bueno y noble Calixto comprendió la magnitud del peligro y derramó dos gruesas lágrimas que engañaron a Sabina.

—Señor —dijo, sentándose en la cama y mirando a Dommanget—, el señor Du Guénic puede perder treinta, cincuenta o cien mil francos, si le place, sin que nadie haya de juzgarlo mal ni darle lecciones. Vale más que el señor De Trailles le haya ganado ese dinero que nosotros se lo hubiéramos ganado a él.

Calixto se levantó, cogió a su mujer por el cuello, la besó en ambas mejillas y le dijo al oído:

—¡Sabina, eres un ángel!...

XXIV
UNA MENTIRA COMO OTRA CUALQUIERA

Dos días después vio a su mujer recuperada. A la mañana siguiente estaba en casa de la señora De Rochefide y le ofrendaba su infamia.

—Beatriz, me debe la felicidad. Le he entregado a mi mujer, que lo ha descubierto todo. ¡Ese fatal papel en que me hizo escribirle, que llevaba su inicial y su corona, que yo no vi!... ¡No veía nada más que usted!... Afortunadamente, la inicial se había borrado por casualidad. Pero el perfume que dejó usted sobre mí y los embustes en que me enredé como un tonto han dejado traslucir mi felicidad. Sabina estuvo a punto de morir, la leche se le subió a la cabeza, tuvo un acceso de erisipela y puede que lleve las marcas de ella toda la vida...

Mientras oía esta tirada, Beatriz adoptó una expresión de dureza como para helar el Sena si lo hubiese mirado.

—¡Y qué! Tanto mejor —contestó—. Tal vez eso la haga más blanca.

Y Beatriz, seca como un hueso, apagada como su tez, agria como su voz, continuó por este tono con una sarta de atroces epigramas. No hay para un marido torpeza mayor que hablar a su amante de su mujer, cuando es virtuosa, si no es hablar a la mujer de la amante, cuando es hermosa. Pero Calixto aún no había recibido esta especie de educación parisiense, que podemos llamar la cortesía de las malas pasiones. No sabía mentir a su mujer ni decir la verdad a su amante, dos aprendizajes necesarios para poder manejar a las mujeres. Por eso se vio obligado a emplear toda la potencia de su pasión en lograr de Beatriz un perdón suplicado durante dos horas, rechazado por un ángel enfurruñado que levantaba los ojos al techo para no ver al culpable e iba desgranando las razones particulares de las marquesas con una voz entrecortada y lagrimitas muy bien imitadas, furtivamente enjugadas con la puntilla del pañuelo.

—¡Hablarle de su mujer casi al día siguiente de mi caída!... ¿Por qué no me dice que ella es una perla de virtud? ¡Como si no supiera yo que sólo lo admira a usted por guapo! ¡Qué depravación! Yo, en cambio, amo su alma. Porque, sépalo bien, querido, usted es horrendo comparado con algunos pastores de la campiña romana... Etc.

Esta fraseología podrá sorprender, pero constituía un sistema profundamente meditado por Beatriz. En su tercera encarnación, ya que a cada pasión la mujer se convierte en otra nueva, avanzó decididamente en la truhanería, única palabra que expresa bien el efecto de la experiencia que dan semejantes aventuras. La marquesa De Rochefide se juzgó mirándose en el espejo. Las mujeres de ingenio no se engañan sobre sí mismas: cuentan sus arrugas, asisten al nacimiento de las patas de gallo, ven aparecer sus espinillas, se las saben de memoria; por tanto, para luchar con una espléndida joven, para lograr sobre ella seis triunfos cada semana, Beatriz había pedido sus recursos a la ciencia de las cortesanas.

Sin confesarse la iniquidad de este plan, arrastrada al empleo de tales medios por una pasión turca hacia el bello Calixto, se había prometido hacerle creer que él era desgraciado, feo, contrahecho, y conducirse como si ella lo aborreciese. Ningún sistema es más fecundo con los hombres de carácter dominador. Para ellos, tropezar con ese astuto desdén que vencer, ¿no es como reanudar todos los días el triunfo inicial? Es el halago oculto bajo la librea del odio, la verdad de que están revestidas todas las metamorfosis por los sublimes poetas que las han inventado. Un hombre no se dice entonces: «¡Soy irresistible!», sino, «Amo bien, ya que domo su repugnancia».

Si negáis este principio, adivinado por las coquetas y las cortesanas de todas las capas sociales, neguemos a todos los perseguidores de la ciencia, los investigadores de secretos, rechazados años y años en su duelo con las causas ocultas. Beatriz se valía del empleo del menosprecio como resorte moral, de la comparación continua de un hogar confortable y poético, opuesto por ella a la mansión Du Guénic. Toda esposa desligada que se abandona, abandona también su interior, de tal modo se ve descorazonada. En esta previsión, la señora De Rochefide iniciaba sordos ataques contra el lujo del *faubourg Saint-Germain*, que ella calificaba de necio. La escena de la reconciliación, en la que Beatriz hizo jurar odio a la esposa que representó, decía, la comedia de la leche alterada, transcurrió en un verdadero bosquecillo, en medio del cual se deshacía en melindres, rodeada de flores bellísimas, de jardineras de un lujo desenfrenado. La ciencia de las naderías, de las bagatelas de moda, la elevó en su casa hasta el abuso. Caída en el mayor desprecio por el abandono de Conti, Beatriz buscaba al menos la gloria que da la perversidad. La desgracia de una joven esposa, de una Grandlieu rica y bella, iba a ser para ella un pedestal.

XXVI
BREVE TRATADO DE LA CERTIDUMBRE, DESDE OTRO PUNTO DE VISTA QUE
EL DE PASCAL

Cuando una mujer vuelve de la lactancia de un hijo a la vida ordinaria, reaparece encantadora, retorna al mundo embellecida. Si esta fase de la maternidad rejuvenece a las mujeres de cierta edad, da a las jóvenes un esplendor pimpante, una alegre actividad, un brío de la existencia, si es permisible aplicar al cuerpo la palabra que Italia ha encontrado para el espíritu.

Al tratar de reanudar las deliciosas costumbres de la luna de miel, Sabina no encontró en Calixto al mismo. Se puso a observar, la desdichada, en vez de entregarse a la felicidad. Buscó el fatal perfume y lo olió. Pero no se confió a su amiga ni a su madre, que la habían engañado piadosamente. Quiso una certidumbre, y la certidumbre no tardó en llegar. La certeza no falta nunca; es como el sol, que bien pronto requiere cortinas. Es en amor una repetición de la fábula de Bucheron llamando a la Muerte: se pide a la certeza que nos ciegue.

Una mañana, quince días después de la primera crisis, Sabina recibió esta carta terrible:

«A la señora baronesa De Guénic.

»Guérande.

»Querida hija: mi cuñada Ceferina y yo nos sumimos en conjeturas acerca del aderezo de que habla su carta; escribo a Calixto y ruego nos perdone nuestra ignorancia. Usted no puede dudar de nuestro afecto. Le estamos acumulando un tesoro. Gracias a los consejos de la señorita De Pen-Hoël sobre la gestión de sus bienes, se encontrará dentro de unos años con un capital considerable, sin que sus rentas hayan padecido.

»Su carta, querida hija tan amada como si yo le hubiese llevado en mi seno y la hubiera amamantado, me ha sorprendido por su laconismo y sobre todo por su silencio sobre nuestro pequeño Calixto querido; del grande no tiene que decirme, pues lo sé muy dichoso; pero..., etc.»

XXVII
UN ALFILERAZO EN UNA ARMADURA DE ACERO

Sabina escribió atravesado sobre esta carta: «*¡La noble Bretaña no podía mentir toda!*»... y la dejó sobre la mesa de Calixto. Calixto se encontró la carta y la leyó. Luego de reconocer la escritura y los renglones puestos por Sabina, la arrojó al fuego, resuelto a obrar como si no la hubiera recibido. Sabina pasó toda una semana en angustias, cuyo secreto sólo podrían penetrar las almas angélicas o solitarias que el ala del mal no haya rozado nunca. El silencio de Calixto infundía pavor a Sabina.

—¡Yo, que debería ser para él toda placer, toda dulzura, le he disgustado, le he herido!... ¡Mi virtud se ha hecho odiosa; sin duda he humillado a mi ídolo! —se decía.

Estos pensamientos le cavaron surcos en el corazón. Quería pedir perdón por su falta, pero la certidumbre le trajo nuevas pruebas.

Audaz e insolente, Beatriz escribió un día a Calixto a casa; la señora Du Guénic recibió la carta y la entregó sin abrirla a su marido; pero con la muerte en el alma y voz alterada le dijo:

—Amigo, esta carta viene del Jockey-Club; reconozco el olor y el papel...

Esta vez Calixto se ruborizó y guardó la carta en el bolsillo.

—¿Por qué no la lees?

—Ya sé lo que me quieren decir.

La joven esposa se sentó. No tuvo fiebre, no lloró, pero tuvo uno de esos accesos de rabia que, en las criaturas débiles, incuban las maravillas del crimen, que les ponen el arsénico en la mano, sea para ellas mismas o para sus rivales. Se llevó al pequeño Calixto y lo cogió para mecerlo. El niño, recién destetado, buscó el pecho a través de la ropa.

—¡Aún se acuerda!... —dijo en voz baja.

Calixto fue a leer la carta a su despacho. Cuando quedó sola, la pobre joven se deshizo en lágrimas, como lloran las mujeres cuando nadie las ve.

XXVIII
UNA REFLEXIÓN SOBRE EL DOLOR

El dolor, lo mismo que el placer, tienen su iniciación. La primera crisis, como la que puso a Sabina en trance de sucumbir, no vuelve, como no vuelven las primicias de ninguna cosa. Es la primera cuña de la tortura del corazón; las demás ya son esperadas, el rompimiento de los nervios es conocido, el capital de nuestras fuerzas ha hecho su inversión para una enérgica resistencia. Así Sabina, segura de la traición, pasó tres horas con su hijo en los brazos a la vera del fuego, absorta hasta asombrarse cuando Gasselin, convertido en ayuda de cámara, vino a decirle:

—La señora está servida.

—Llame al señor.

—El señor no come aquí, señora baronesa.

¿Se puede saber hasta dónde llega la tortura, para una joven de veintitrés años, en el suplicio de hallarse sola en un inmenso comedor de una casa antigua, servida por silenciosos criados, en semejantes circunstancias?

—Preparen el coche —dijo de pronto—. Voy a los Italianos.

Se hizo una *toilette* espléndida, pues quería mostrarse sola y sonriendo como una mujer dichosa. En medio de los remordimientos causados por la apostilla puesta sobre la carta, había resuelto vencer, traerse a Calixto por medio de una excesiva dulzura, de las virtudes de esposa, de una ternura de cordero pascual. Quiso mentir a todo París. Ella amaba, amaba como aman las cortesanas y los ángeles, con orgullo, con humildad. ¡Pero representaban *Otelol!* Cuando Rubini cantó: *Il mió cor si divide*, se fue. La música es muchas veces más potente que el poeta y el actor, las dos más formidables naturalezas reunidas. Sabiniano de Portenduére acompañó a Sabina hasta el peristilo y la metió en el coche, sin poder explicarse esta huida precipitada.

XXIX

UN CAPÍTULO OLVIDADO EN LA FISONOMÍA DEL MATRIMONIO

La señora Du Guénic entró desde ese momento en un período de sufrimientos particulares a la aristocracia. Envidiosos, pobres dolientes, cuando veáis en los brazos de las mujeres esas serpientes de oro con cabeza de diamantes, esos broches, decid que esas víboras muerden, que tales collares tienen pinchos venenosos, que esas pulseras tan ligeras entran en lo vivo de las carnes delicadas. Todo ese lujo se paga.

En la situación de Sabina, las mujeres maldicen los placeres de la riqueza, ya no reparan en los dorados de sus salones; la seda de los divanes es estopa, las flores exóticas son ortigas, los perfumes apestan, los prodigios de la cocina lastiman la garganta como pan de cebada y la vida adquiere la amargura del mar Muerto. Dos o tres ejemplos pintarán esta reacción de una mujer sobre la felicidad, de modo que todas aquellas que lo han sufrido verán en ello sus impresiones de matrimonio.

Impuesta de aquella horrenda realidad, Sabina estudió a su marido cuando salía para adivinar lo que iba a suceder en la jornada. ¡Y con qué furor contenido se lanza una mujer sobre las puntas rojas de esos suplicios de salvaje!... ¡Qué alegría delirante si él no iba a la *rue de Coucelles*! Cuando Calixto volvía, la observación de la frente, del peinado, de los ojos, de la fisonomía y del porte prestaban un horrible interés a minucias, a huellas perseguidas hasta en las profundidades del atuendo y que hacen entonces perder a una mujer su nobleza y dignidad.

Estas funestas investigaciones, guardadas en el fondo del corazón, allí se agriaban y corrompían las raíces delicadas de donde brotan las flores azules de la santa confianza, las estrellas de oro del amor único, todas las flores del recuerdo.

Un día, Calixto lo miraba todo en su casa de mal humor. ¡No iba a salir! Sabina se mostró mimosa y humilde, alegre e ingeniosa.

—Vas a enfadarme, Calixto. ¿Acaso no soy buena ama de casa?... ¿Qué es lo que te disgusta?... —preguntó.

—Todas estas habitaciones parecen desnudas y frías; no entiendes mucho de estas cosas.

—¿Pues qué es lo que falta?

—Faltan flores.

«Bien —se dijo Sabina—. Parece que a la señora De Rochefide le gustan las flores.»

Dos días después las habitaciones de la casa de los Guénic habían cambiado completamente de aspecto y nadie en París podía envanecerse de poseer flores más hermosas que las que las ornaban.

Pasado algún tiempo de esto, una noche después de cenar Calixto se quejaba del frío. Se volvía en su butaca mirando de dónde venía el viento y como buscando algo alrededor de sí. Sabina tardó algún tiempo en adivinar lo que significaba aquella nueva manía: tenía en la casa un calorífero que calentaba las escaleras, las antecámaras y los pasillos. Al fin, tras pasarse tres días meditando, cayó en la cuenta de que su rival debía de estar rodeada por un biombo para conseguir la penumbra tan favorable a la decadencia de su figura, y trajo también una pantalla, pero de vidrios y de una riqueza israelita.

—¿De dónde soplará ahora la tempestad? —se decía.

No estaba ella al cabo de las críticas indirectas de la amante. Calixto comía en su casa de una manera capaz de volver loca a Sabina: devolvía los platos a los criados apenas había probado dos o tres bocados.

—¿Pero es que eso no está bueno? —preguntaba Sabina, desesperada al ver malogrados de ese modo todos los cuidados que habían motivado conferencias con el cocinero.

—Yo no digo tal cosa, querida —contestaba Calixto sin enfadarse—; lo que pasa, sencillamente, es que no tengo hambre.

Una mujer devorada por una pasión legítima y que lucha de este modo, se ve apoderada de una especie de rabia por triunfar de la rival y con frecuencia se pasa de la raya, hasta en las regiones secretas del matrimonio. Ese combate tan cruel, ardiente, incesante en las cosas perceptibles y por así decirlo, exteriores, del matrimonio, prosigue con el mismo encarnizamiento en las cosas del corazón. Sabina estudiaba sus actitudes, su tocado; se vigilaba hasta en los más pequeños detalles del amor.

La cuestión de la cocina duró cerca de un mes. Sabina, secundada por Mariotte y Gasselin, discurrió tretas de «vodevil» para conocer cuáles eran los platos que la señora De Rochefide servía a Calixto, Gasselin reemplazó al cochero de Calixto, que siguiendo instrucciones superiores se puso enfermo. Gasselin pudo entonces intimar con el cocinero de Beatriz y Sabina acabó por dar a Calixto las mismas o mejores comidas; pero aún le vio hacer nuevos gestos de insatisfacción:

—¿Qué es lo que falta? —preguntó Sabina.

—Nada —contestó él, buscando por la mesa un objeto que no se encontraba.

—¡Ah!... —exclamó Sabina al despertar por la mañana siguiente—. Ya caigo... Calixto buscaba esos ingredientes ingleses que se venden en las farmacias en forma de aceiteras: ¡La señora De Rochefide lo ha acostumbrado a toda clase de pimientas!

Compró la aceitera inglesa y sus frascos ardientes; pero le era imposible proseguir tales descubrimientos hasta dar con todas las preparaciones inventadas por su rival.

XXXI
UNA RABIA QUE TIENE CURA

Este período duró dos meses: nadie se asombrará si se piensa en los incentivos que presenta una lucha. Luchar es vivir; la lucha es preferible, con todas sus heridas y sus dolores, a las negras tinieblas del hastío, al veneno del desprecio, al negativismo de la abdicación, a la muerte del corazón que se llama indiferencia. Sin embargo, Sabina se vio abandonada de todo su coraje una noche en que se mostró con un tocado como los que inspira a las mujeres el ansia de triunfar sobre otra, al ver que Calixto le decía riendo:

—¡No te esfuerces, Sabina: nunca serás más que una hermosa andaluza!

—¡Ay!... —replicó, desplomándose sobre su butaca—. Nunca podré ser rubia, pero lo que sí sé es que, si esto continúa, pronto parecerá que tengo treinta y cinco años.

Rehusó ir a los Italianos y quiso quedarse en casa toda la velada. Al verse sola, se arrancó las flores de la cabellera y las pisoteó; se desvistió, arrojó el traje, el echarpe, toda su *toilette* a sus pies y se puso a hollarla con la desesperación de una corza cogida en el lazo, que no cesa en su forcejeo hasta morir. Al fin se acostó. Cuando la camarera entró, júzguese de su asombro.

—No es nada —dijo Sabina—. ¡Cosas del señor!

Las mujeres desgraciadas tienen estas fatuidades sublimes, estas mentiras en las que de dos vergüenzas que se combaten, la más femenina vence.

Con este juego terrible, Sabina adelgazó, la pena la corroía; pero jamás se salió del papel que se había impuesto. Sostenida por una especie de fiebre, sus labios rechazaban las palabras amargas ahogándolas en la misma garganta cuando el dolor se las sugería; reprimía los relámpagos de sus magníficos ojos negros, volviéndolos dulces hasta la humildad. Su recaimiento acabó por hacerse notorio. La duquesa, madre excelente, aunque su beatería fuese cada vez más portuguesa, sospechó una causa mortal en el estado verdaderamente enfermizo en que Sabina había caído. Conocía la intimidad concertada que existía entre Beatriz y Calixto. Procuró atraer a su casa a su hija para ver de mitigar las heridas de aquel corazón, y sobre todo de sacarla de su martirio, pero Sabina guardó durante algún tiempo el más profundo silencio sobre sus infortunios, temiendo toda intervención entre ella y Calixto. ¡Se proclamaba feliz!... En el fondo de la desgracia encontraba intacto su orgullo, todas sus virtudes. Pero al cabo de recibir durante un mes las caricias de su madre y de su hermana Clotilde confesó sus penas, reveló sus padecimientos, maldijo la vida y declaró que veía llegar la muerte con una alegría delirante. Pidió a Clotilde, que quería conservarse soltera, que hiciese de madre para el pequeño Calixto, el más bello niño que jamás ninguna estirpe real pudo desear como heredero presunto.

XXXII
UN DITIRAMBO CONYUGAL

Una noche, en familia, entre su joven hermana Atenea —cuya boda se iba a celebrar al término de la cuaresma con el vizconde de Grandlieu—, Clotilde y la duquesa, Sabina lanzó los gritos supremos de la agonía del corazón, excitados por el exceso de su última humillación.

—Atenea —dijo al ver partir hacia las once al joven vizconde Justo de Grandlieu—, a ti, que vas a casarte, que mi ejemplo te sirva. Guárdate como de un crimen de desplegar tus buenas cualidades, resiste al placer de arreglarte para agradar a Justo. Mantente tranquila, digna y fría, mide la dicha que tú des por la que recibas. Resulta infame, pero es necesario... ¡Ya ves! Yo sucumbo por mis buenas cualidades. ¡Ya no gusto porque no tengo treinta y seis años! ¡A los ojos de algunos hombres la juventud es una inferioridad! No hay nada que adivinar en un rostro ingenuo... Yo río con franqueza, lo que es una equivocación, cuando para seducir se debe saber componer esa semi sonrisa melancólica de los ángeles caídos, que se ven forzados a ocultar sus dientes largos y amarillos. ¡Una tez fresca es monótona! Se prefiere un enlucido de muñeca hecho con colorete, blanco de ballena y *cold-cream*. Yo soy recta, cuando es la perversidad lo que gusta. Yo soy apasionada lealmente como una mujer honesta, cuando se debe ser retorcida, tramposa y embustera como una comedianta de provincias. Yo estoy ebria de dicha al tener por marido a uno de los hombres más encantadores de Francia, le digo cándidamente lo distinguido que es, lo graciosos que son sus movimientos, que me parece hermoso; para complacerle habría que volverle la cara fingiendo horror, no desear nada del amor, y decirle que su distinción no es ni más ni menos que un aire enfermizo, una apariencia de tísico, alabar los hombros de Hércules Famesio, enfurecerle y defenderme, como si yo tuviese necesidad de una pelea para ocultar en el momento de la dicha alguna de esas imperfecciones que pueden matar el amor. Tengo la desgracia de admirar las cosas bellas, sin pensar en realzarme con la crítica amarga y envidiosa de todo cuanto relumbra de belleza o poesía. No tengo necesidad de hacerme decir en prosa y verso, por Canalis y Nathan, que soy una inteligencia superior... Soy una pobre chica ingenua, que no sabe más que de Calixto. ¡Ah!, si hubiese recorrido el mundo, como *ella*, si le hubiese dicho, como *ella*, «¡Te amo!» en todas las lenguas de Europa, se me consolaría, se me adoraría, y serviría el festín macedónico de un amor cosmopolita. No se aprecian las ternuras de una más que cuando se han puesto de relieve sus ruindades. En fin, yo, mujer noble, me he de poner a instruirme en todas las impurezas, toda la ciencia de las mujerzuelas... ¡Y Calixto sirviendo de irrisión a todas esas mañas!... ¡Oh, madre mía!... ¡Oh, querida Clotilde! Me siento herida de muerte. Mi altivez es un engañoso manto; estoy sin defensa ante el dolor, continúo amando a mi marido como una loca y, para volverlo a mí, debería tomar de la indiferencia toda su claridad.

—¡Tonta! —le dijo al oído Clotilde—, parece como si te quisieras vengar...

—Quiero morir irreprochable y sin la menor apariencia de un yerro —contestó Sabina—. Nuestra venganza debe ser digna de nuestro amor.

—Niña mía —dijo la duquesa a su hija—, una madre debe ver la vida con un poco más de frialdad que tú. El amor no es un fin, sino el medio de la familia; no vas a imitar a esa pobre baronesa de Macumer. La pasión excesiva es infecunda y mortal. En fin, cuando Dios nos envía las aflicciones sabra por qué... Dispuesta la boda de Atenea, podré ocuparme de ti... Ya he hablado de la crisis delicada en que te encuentras con tu padre, el duque de Chaulieu y D'Ajuda: hallaremos los medios de traerte de nuevo a Calixto...

—Con la marquesa De Rochefide habrá manera... —dijo Clotilde sonriendo—. No conserva mucho tiempo a sus adoradores.

—D'Ajuda, querida —prosiguió la duquesa—, fue cuñado de la señora De Rochefide... Si nuestro querido director espiritual aprueba los manejos a que habrá que entregarse para lograr que salga adelante el plan que he propuesto a tu padre, te puedo garantizar el retomo de Calixto. Repugna a mi conciencia servirse de semejantes medios y quiero someterlos al juicio del padre Brossette. ¡No esperaremos, hija mía, a que estés *in extremis* para acudir en socorro tuyo! Tu pena es tan grande esta noche que mi secreto se me escapa; pero me es imposible no darte un poco de esperanza.

—¿Y eso causará pena a Calixto? —preguntó Sabina mirando a la duquesa con inquietud.

—¡Pero por Dios! ¿Iba a ser tan bestia como para hacer eso? —exclamó ingenuamente Atenea.

—¡Ay, pequeña! Tú no conoces los desfiladeros en que nos precipita la virtud cuando se deja guiar por el amor —contestó Sabina haciendo una especie de drama, de tal modo que estaba fuera de sí por la pena.

Esta frase fue dicha con una amargura tan penetrante, que la duquesa, iluminada por el tono, el acento y la mirada de la señora Du Guénic, pensó en alguna desgracia oculta.

—¡Niñas, ya es media noche: iros!... —dijo a sus dos hijas, cuyos ojos se animaban.

—¿Estoy entonces de más, a pesar de mis treinta y seis años? —preguntó burlonamente Clotilde.

Y mientras Atenea abrazaba a su madre, se inclinó sobre Sabina y le dijo al oído:

—¡Ya verás!... Mañana iré a comer contigo. Si mi madre halla escrúpulos de conciencia, yo desprenderé a Calixto de las manos infieles...

XXXIII
UNA COMPLICACIÓN

—Veamos, Sabina —dijo la duquesa, llevándose a Sabina a su dormitorio—. ¿Qué hay de nuevo?

—¡Ay, mamá, estoy perdida!

—¿Por qué?

—Quise triunfar sobre esa horrible mujer y he vencido: estoy embarazada; y Calixto la quiere de tal modo, que preveo un abandono completo. Cuando la infidelidad que él ha cometido sea evidente, *ella* se pondrá furiosa. ¡He sufrido ya torturas demasiado grandes para poder resistirlo! Sé cuándo va allí: lo conozco en su alegría; luego, su acritud me da a entender cuándo vuelve. Ya no lo disimula, le soy insoportable. Ella tiene sobre él una influencia tan malsana como lo son su cuerpo y su alma. Ya verás: exigirá como precio de una reconciliación una separación pública, una ruptura por el estilo de la suya, me lo llevará seguramente a Suiza o a Italia. Comienza a considerar ridículo el no conocer Europa y adivino lo que quieren expresar esas palabras lanzadas como preparación. Si Calixto no está curado de aquí a tres meses, no sé lo que pasará... Aunque sí lo sé. ¡Me mataré!

—¡Hija desgraciada!, ¿y tu alma? El suicidio es un pecado mortal.

—¿Pero no lo comprende? ¡Ella es capaz de darle un hijo! ¡Y si Calixto quisiera más al de esa mujer que los míos! ¡Oh!, ahí está el fin de mi paciencia y resignación.

Se desplomó sobre una silla; había descargado su alma de sus últimos pensamientos; no tenía ya penas ocultas y el dolor es como esa varilla de hierro que los escultores ponen en el interior del barro: ¡sostiene, da vigor!

—¡Vamos, vuelve a casa, pobrecita! Ante tales y tantas desgracias, el padre me dará sin duda la absolución de los pecados veniales que las tretas mundanas nos obligan a cometer. Déjame, hija mía —añadió, dirigiéndose a su reclinatorio—; voy a rezar a Nuestro Señor y a la Virgen por ti. Adiós, querida Sabina; sobre todo no olvides ninguno de tus deberes religiosos si quieres que logremos nuestros anhelos...

—Será un triunfo relativo, madre, pues no salvaremos más que la unidad de la familia. Calixto ya ha matado en mí el santo fervor del amor al herirme en lo más sensible, incluso en mi dolor. ¡Qué luna de miel la mía, en la que encontré desde el primer día la amargura de un adulterio retrospectivo!

SEGUNDA PARTE
LAS MALDADES DE UNA MUJER PIADOSA

XXXIV
UNA CONSULTA ESPIRITUAL

Al siguiente día, sobre la una de la tarde, uno de los curas del *faubourg Saint-Germain*, designado en 1840 para una de las diócesis vacantes, sede que por tres veces rehusó, el padre Brosette, sacerdote de los más distinguidos del clero de París, atravesaba el patio del hotel de los Grandlieu con paso que habría que llamar paso eclesiástico, de tal modo revela la prudencia, el misterio, el sosiego, la gravedad, la dignidad misma.

Era un hombre pequeño y delgado, de unos cincuenta años, de rostro blanco como el de una vieja, seco por los ayunos del sacerdocio, surcado por todos los sufrimientos que se imponía. Dos ojos negros, ardientes de fe, pero ablandados por una expresión más misteriosa que mística, animaban aquella faz de apóstol. Casi sonreía al subir los peldaños de la escalinata, de tal modo dudaba de la enormidad de los casos que movían a su oveja a llamarle; pero como la mano de la duquesa tenía un agujero para las limosnas, bien valía el tiempo que requerían sus inocentes confesiones en aras de las auténticas miserias de la parroquia. Al oír anunciar al cura, la duquesa se levantó y dio unos pasos a su encuentro por el salón, honor que no concedía más que a los cardenales, los obispos, los simples sacerdotes, las duquesas de más edad que ella y las personas de sangre real.

—Mi querido padre —le dijo señalándole una butaca y hablando en voz baja—, necesito la autoridad de su experiencia antes de lanzarme a una muy fea intriga, de la que, sin embargo, ha de resultar un gran bien, y deseo saber de sus labios si podría por ello encontrar espinas en el camino de mi salvación...

—Señora duquesa —contestó el padre Brossette—, no mezcle las cosas mundanas con las espirituales: casi siempre son inconciliables. Pero ante todo, ¿de qué se trata?

—Como usted sabe, mi hija Sabina se muere de pena; el barón Du Guénic la abandona para ir con la señora De Rochefide.

—Eso es espantoso, muy grave; pero ya sabe lo que dice acerca de esto nuestro San Francisco de Sales. Piense en la señora Guyon, que se lamentaba de la falta de misticismo en las pruebas del amor conyugal y se hubiera considerado muy dichosa de ver a la señora De Rochefide con su marido.

—Sabina no hace más que desplegar la mayor dulzura; es una perfecta esposa

cristiana, pero no tiene la menor inclinación hacia el misticismo.

—¡Pobre joven! —dijo maliciosamente el cura—. ¿Y qué se le ha ocurrido a usted para remediar esa desgracia?

—He cometido el pecado, mi querido director, de pensar en soltar a la señora De Rochefide cierto lindo señorito, voluntario, lleno de malas cualidades, que con seguridad desbancaría a mi yerno...

—Hija mía —contestó el padre acariciándose la barbilla—, no estamos ahora ante el tribunal de la penitencia y no voy a tratarla como juez. Desde el punto de vista del mundo, confieso que la solución sería definitiva...

—¡Es un medio que me parece odioso! —siguió ella.

—¿Y por qué? Sin duda es mejor que una cristiana trate de retirar a una mujer perdida de la mala vía que empujarla más adelante por ella; pero cuando ya se ha llegado tan lejos como la señora De Rochefide, no es el brazo del hombre, sino el de Dios, el que podrá traer a la virtud a una pecadora.

—Padre mío —prosiguió la duquesa—, le agradezco su indulgencia; pero he pensado en que mi yerno es valiente y bretón, se ha mostrado heroico en toda la botaratada de esa pobre señora. Por consiguiente, si el aturdido joven que se encargará de hacer el amor a la señora De Rochefide tuviera alguna pendencia con Calixto, si se produjese algún duelo...

—Ha tenido con esto, señora duquesa, una sabia previsión, que prueba que en estos tortuosos caminos se tropieza siempre con alguna piedra.

—He discurrido un medio, mi querido padre, de hacer un gran bien, de retirar a la señora De Rochefide de la vía fatal en que se halla y devolver a Calixto a su mujer, y tal vez salvar del infierno una pobre criatura fuera de sí...

—Pero, entonces, ¿para qué consultarme? —dijo el cura sonriendo.

—¡Ah!, es preciso valerse de acciones muy feas.

—¿Usted no querrá robar a nadie?

—Al contrario, seguramente habré de gastar mucho dinero.

—¿Usted no calumniará? ¿Usted no...?

—¡Oh!

—¿No perjudicará a su prójimo?

—¡Eh, eh...! No estoy muy segura.

—Veamos su nuevo plan —dijo el cura, ya picado de curiosidad.

—Pues pensaba yo en mi reclinatorio, después de haber implorado a la Santa Virgen que me iluminase, que si en vez de tratar de sacar un clavo con otro clavo, lograrse que Calixto fuese despedido por el mismo señor De Rochefide, persuadiéndole de que volviera con su mujer, en lugar de hacer un mal para conseguir el bien de mi hija, operaría un gran bien por medio de otro bien no menos grande...

El cura se quedó pensativo mirando a la portuguesa.

—Evidentemente esa es una idea que le ha venido de tan lejos que...

—¡Por eso he dado tantas gracias a la Virgen! —siguió la buena y humilde

portuguesa—. E hice voto, sin contar una novena, de dar mil doscientos francos a una familia pobre si logro mi plan. Pero cuando comuniqué mi plan al señor Grandlieu se echó a reír y me dijo: «Palabra de honor que creo que a tus años las mujeres tenéis un diablo para vosotras solas.»

—El señor duque ha dicho, en estilo de marido, la respuesta que iba a darle cuando usted me interrumpió —contestó el padre sin poder ocultar una sonrisa.

—¡Oh, padre! Si aprueba la idea, ¿aprueba también los medios para ejecutarla? Se trata de hacer con una tal señora Schontz, una Beatriz del barrio de Saint-Georges, lo que yo quería hacer con la señora De Rochefide para que el marqués vuelva a su mujer.

—Estoy seguro de que usted no puede hacer nada malo —dijo sagazmente el cura, que no quería saber nada más—. De todos modos, consúlteme usted en caso de que oiga murmullos en su conciencia. —Y añadió—: ¿Y si en lugar de dar a esa dama de la *rue de Saint-Georges* una nueva ocasión de escándalo le proporcionara usted un marido?

—¡Ah, mi querido director! Ha enmendado usted la única cosa mala que había en mi plan. Es usted digno de ser arzobispo, y espero no morir sin llamarle «Su Eminencia».

—No veo en todo esto más que un inconveniente —replicó el cura.

—¿Cuál?

—Pues que la señora De Rochefide quisiera conservar al barón aun reconciliándose con su marido.

—Esto me deja perpleja —dijo la duquesa—. Cuando se hacen pocas intrigas, se las hace...

—Mal, muy mal —completó el cura—. La práctica es necesaria para todo. Trate de reclutar a uno de esos malos sujetos que viven metidos en intrigas y válgase de él sin mostrarse usted.

—Pero, señor cura, si nos servimos del infierno, ¿el cielo será con nosotros?

—Usted no está ahora en el confesionario: ¡Salve a su hija!

La buena duquesa, encantada con su cura, lo acompañó hasta la puerta del salón.

Una tormenta rugía, por lo que se está viendo, sobre el señor De Rochefide, que en aquellos momentos disfrutaba de la mayor cantidad de dicha que puede desear un parisiense al verse con la señora Schontz tan marido como con Beatriz; y como juiciosamente había dicho el duque a su mujer, parecía imposible desquiciar una existencia tan completa y venturosa.

Esta presunción obliga a dar algunos detalles sobre la vida del señor De Rochefide desde que su mujer había hecho de él *un hombre abandonado*. Se comprenderá entonces bien la enorme diferencia que nuestras leyes y costumbres imponen, en los dos sexos, en la misma situación. Todo lo que es desdicha para un mujer abandonada se cambia en felicidad para un hombre abandonado. Este hiriente contraste tal vez inspire a más de una joven la resolución de mantenerse en el hogar conyugal y luchar en él, como Sabina de Guénic, practicando a su gusto las virtudes más indiferentes o asesinas.

Unos días después de la escapatoria de Beatriz, Arturo de Rochefide, hijo único a la muerte de su hermana, primera mujer del marqués de Ajuda-Pinto, a quien no dio hijos, se vio primeramente dueño de la casa de Rochefide, *rue D'Anjou-Saint-Honoré*, y a continuación de doscientos mil francos de renta que le dejó su padre. Esta opulenta herencia, añadida a la fortuna que Arturo adquirió con su matrimonio, elevó sus ingresos, comprendida la fortuna de su mujer, a mil francos diarios. Para un gentilhombre dotado del carácter que la señorita De las Touches describió en breves palabras a Calixto, esta fortuna representaba la felicidad.

Mientras su mujer soportaba las cargas del amor y la maternidad, Rochefide disfrutaba de una inmensa fortuna, pero no la dilapidaba más de lo que gastaba su talento. Su inmensa vanidad, ya satisfecha con un pergeño de hombre guapo al que debió algunos éxitos que le autorizaron para menospreciar a las mujeres, corría también a rienda suelta por los dominios de la inteligencia. Dotado de esa especie de ingenio que habremos de llamar reflector, se apropiaba las ocurrencias de los demás, las de las piezas de teatro o de los pequeños periódicos por la manera de contarlas; parecía que al hacerlo se burlaba, las repetía dándoles intención, las aplicaba como fórmulas de crítica; su alegría militar, por último (había servido en la guardia real), sazónaba de tal modo su conversación, que las mujeres sin talento lo proclamaban hombre de ingenio, y las demás no osaban decir nada en contra.

Este sistema lo seguía Arturo en todo; debía a la naturaleza el cómodo genio de la imitación; sin ser simio, imitaba con toda gravedad. Así, aun cuando carente de gusto, siempre aceptaba adoptar y abandonar las modas el primero. Acusado de emplear demasiado tiempo en su tocado y usar corsé, constituía el modelo de esas personas que no disgustan jamás a nadie al adoptar las ideas y las tonterías de todo el mundo y

que, siempre a caballo de las circunstancias, no envejecen nunca. Esto es ser héroe de la mediocridad.

Tal marido se vio compadecido; se juzgó a Beatriz inexcusable por haber abandonado al mejor muchacho del mundo y el ridículo sólo alcanzó a la mujer. Miembro de todos los clubs, suscriptor de todas las necesidades que hacen pueril el patriotismo o el espíritu de partido mal entendidos, complacencia que le ponía en todo en primerísima línea, este leal, bravo y muy tonto gentilhomme, a quien por desgracia tantos ricos se le parecen, era obligado que se quisiera distinguir con alguna manía de moda. En efecto, se glorificaba principalmente de ser el sultán de un serrallo de cuadrúpedos dirigido por un viejo caballerizo inglés y que consumía cuatro o cinco mil francos al mes. Su especialidad consistía en *hacer correr*, protegía la especie caballar, sostenía una revista consagrada a la cuestión hípica; pero se sabía un mediano conocedor en materia de caballos y desde la brida a las espuelas, todo lo confiaba al caballerizo. Con esto ya está bien dicho que este semi soltero no tenía nada propio, ni su ingenio, ni sus gustos, ni su situación, ni sus manías; y en conclusión, su fortuna le provenía de sus padres.

Tras haber catado todos los sinsabores del matrimonio, quedó tan contento al volverse a ver soltero, que decía a sus amigos: «¡He nacido de pie!» Dichoso sobre todo al poder vivir sin los gastos impuestos por la vida de relación a que los casados se ven obligados, su mansión, en la que nada cambió tras la muerte de su padre, parecía la de una persona ausente: permanecía muy poco en ella, no comía nunca allí, y dormía raramente. Ved la razón de esa indiferencia.

XXXVI

COMO LA RATA, ACUSADA DE SER UN ANIMAL DESTRUCTOR, ES POR EL
CONTRARIO UN ANIMAL CONSTRUCTIVO

Tras muchas venturas amorosas, aburrido de las mujeres del gran mundo, que son verdaderamente enojosas y que plantan demasiados setos de espinas secas alrededor de la felicidad, se había casado, del modo que se va a ver, con la célebre señora Schontz, célebre en el mundo de las Fanny Beaupré, Susana du Val-Noble, Mariette, Florentina, Jenny Cadine, etc.

Ese mundo, de quien uno de nuestros dibujantes dijo ingeniosamente mostrando su torbellino en el baile de la ópera: «Cuando se piensa en que todo eso se aloja, se viste y vive bien, ¡en verdad que da una valiente idea del hombre!» Ese mundo tan peligroso ha hecho ya irrupción en esta historia de costumbres con las figuras típicas de Florida y de la ilustre Málaga de *Una hija de Eva* y de *La falsa amante*; mas para pintarlo con fidelidad el historiador debe proporcionar el número de esos personajes a la diversidad de los desenlaces de sus singulares existencias, que acaban en la indigencia, en la más horrenda forma, en la muerte prematura, en el desahogo, en matrimonios afortunados y en ocasiones en la opulencia.

La señora Schontz, conocida primero bajo el nombre de *pequeña Aurelia*, para distinguirla de una de sus rivales, mucho menos ingeniosa que ella, pertenecía a la clase más elevada de esas mujeres cuya utilidad social no puede ser negada ni por el prefecto del Sena o quienes se interesen en la prosperidad de la ciudad de París. En realidad, la *rata*, tildada de demoler fortunas muchas veces hipotéticas, rivaliza más bien con el castor. Sin las Aspasia del barrio de Notre-Dame de Lorette no se levantarían tantas casas en París. Precursoras de las paredes nuevas, van, remolcadas por la especulación, a lo largo de las colinas de Montmartre, plantando los piquetes de sus tiendas, dicho sea sin juego de palabras, en esas soledades de sillares esculpidos que pueblan las calles europeas de Amsterdam, Milán, Estocolmo, Londres o Moscú, estepas arquitectónicas en las que el viento hace mugir innumerables carteles que revelan el vacío con estas palabras: *¡Piso para alquilar!*

La situación de estas damas se determina por la que ellas toman en esos barrios apócrifos: si su casa se aproxima a la línea trazada por la *rue de Provence*, la mujer tiene ingresos, su presupuesto es próspero; pero la mujer que se eleva hacia la línea de los bulevares exteriores, la que remonta hacia el pueblo espantoso de Batignolles, está sin recursos. Pues bien: cuando el señor De Rochefide encontró a la señora Schontz, ocupaba ella el tercer piso de la única casa que existía en la *rue de Berlín*, acampaba, por lo tanto, sobre las lindes de la desdicha con París.

Esta chica no se llamaba, ya lo podéis suponer, ni Schontz ni Aurelia. Ocultaba el nombre de su padre, un viejo soldado del Imperio, el eterno coronel que florece en la aurora de esas existencias femeninas, sea como padre o como seductor. La señora Schontz disfrutó de la educación gratuita de Saint-Denis, donde se educaba admirablemente a las jóvenes, pero que no proporcionaba a las mismas maridos ni empleos al salir de aquella escuela, *admirable creación* del emperador, a la que no falta más que una cosa: ¡el emperador! «Estaré allí para velar por las hijas de mis legionarios», contestó a la observación de un ministro que preveía el porvenir. Napoleón también había dicho: «¡Allí estaré!» refiriéndose a los miembros del Instituto, a quienes se debería dar alguna asignación mejor que enviarles *ochenta y tres francos* al mes, sueldo inferior al de ciertos mozos de oficina.

Aurelia era realmente la hija del intrépido coronel Schiltz, uno de los jefes de los audaces voluntarios alsacianos que estuvieron a punto de salvar al emperador en la campaña de Francia y que murió en Metz, saqueado, robado, arruinado. En 1814 Napoleón colocó en Saint-Denis a la pequeña Josefina Schiltz que contaba entonces nueve años. Huérfana de padre y madre, sin cobijo, sin recursos, la pobre niña no fue expulsada del establecimiento al segundo retomo de los Borbones. Fue sub-maestra hasta 1827, pero entonces la paciencia le faltó y su belleza le sedujo. Al llegar a la mayoría de edad, Josefina Schiltz, la ahijada de la emperatriz, inició la vida aventurera de las cortesanas, invitada a ese dudoso porvenir por el ejemplo fatal de alguna de sus camaradas, como ella sin recursos, que aplaudían aquella resolución. Cambió por un *on* el *il* del apellido paterno y se puso bajo el patrocinio de Santa Aurelia.

Viva, ingeniosa, instruida, cometió más faltas que sus estúpidas compañeras, cuyos descarríos tenían siempre por base el interés. Luego de haber conocido escritores pobres pero indecorosos, ingeniosos pero entrampados; luego de haber buscado fortuna cerca de personas ricas, pero tan calculadoras como necias; tras haber sacrificado lo sólido al amor verdadero, haber seguido todas las escuelas donde se adquiere la experiencia, un día de extrema miseria, en casa de Valentino, esa primera etapa de Müsard, en que bailaba con un vestido, un sombrero y una mantilla prestados, llamó la atención de Arturo, que había ido allá a presenciar el famoso galop. Con su ingenio fanatizó a aquel gentilhomme, que no sabía a qué pasión dedicarse; y entonces, dos años después de haber sido abandonado por Beatriz, cuyo talento le humillaba con frecuencia, nadie censuró al marqués por casarse en el distrito decimotercero de París con una Beatriz de ocasión.

PRIMER TIEMPO

Esbochemos ahora las cuatro estaciones de esta aventura. Es preciso decir que la teoría del matrimonio en el distrito decimotercero comprende igualmente a todos los administrados. Sea marqués cuarentón, o sexagenario y comerciante retirado, millonario o rentista, gran señor o burgués, la estrategia de la pasión, salvo las diferencias inherentes a las zonas sociales, no varía. Podréis con esto ponderar las dificultades con que la duquesa habría de tropezar en la ejecución de su caritativo plan.

No se sabe bien cuál es el poder de las frases en Francia entre la gente ordinaria, ni el daño que hacen las personas de ingenio que las inventan. Así, ningún tenedor de libros llegaría a calcular el montante de las sumas que han quedado improductivas, encerradas en el fondo de los corazones generosos y de las cajas por esta innoble expresión: *¡Tirer une carotté!*

Esta frase ha llegado a ser tan popular, que hay que permitirle el que venga a ensuciar esta página. Además, en cuanto se entra en el distrito decimotercero es menester aceptar el lenguaje pintoresco. El señor De Rochefide, como todos los espíritus mezquinos, tenían siempre miedo a ser *carotté*. El sustantivo se ha hecho verbo. Desde el comienzo de su pasión por la señora Schontz, Arturo adoptó sus precauciones y fue entonces muy *rata*, tomando otra expresión a los talleres de placer y a los talleres de pintura. La palabra *rata*, cuando se aplica a una chica, designa al convidado, pero cuando se aplica al hombre significa el anfitrión que cicatea.

La señora Schontz tenía demasiado ingenio y conocía demasiado bien a los hombres para no concebir las mayores esperanzas de semejante comienzo. El señor De Rochefide fijó quinientos francos al mes a la señora Schontz, le amuebló pobremente un apartamento de mil doscientos francos en un segundo piso de la *rue Coquenard* y se puso a estudiar a Aurelia, que inmediatamente le ofreció un carácter a observar al apercibirse de este espionaje. Así quedó Rochefide tan contento al encontrar una chica dotada de tan hermoso carácter; pero no le pareció nada extraño: la madre era una Bamheim de Bade, una mujer cabal. ¡Por lo demás, Aurelia había sido tan bien educada!... Hablaba el inglés, el alemán y el italiano, conocía a fondo las literaturas extranjeras. Podía competir sin desventaja con pianistas de segundo orden. Y notad bien este punto, se comportaba con sus talentos como las personas bien nacidas: no decía nada. Cogía un pincel en casa de un pintor, lo manejaba como por broma y sacaba una cabeza con soltura suficiente para producir un asombro general. Como esparcimiento, durante el tiempo en que languidecía como submaestra, se había iniciado en el dominio de las ciencias; pero su vida de mujer entretenida había cubierto estas buenas semillas con un manto de sal, y naturalmente

hizo honor a su Arturo de la floración de estos gérmenes preciosos, cultivados de nuevo para él.

Aurelia empezó, por consiguiente, por ser de un desinterés igual a su voluptuosidad, lo que permitió a esta débil corbeta amarrar firmemente sus garfios a aquel navío de alto bordo. No obstante, hacia el fin del primer año, hacía en la antecámara un ruido innoble con sus chancletas al arreglarse para entrar en el momento en que el marqués la esperaba, y fingía ocultar, de modo que se viera bien, una media exageradamente salpicada de barro. En conclusión, que supo persuadir a su *gran papá* tan perfectamente de que toda su ambición, tras tanto altibajo, era alcanzar honestamente un modesto pasar de burguesa que, diez meses después, se inició la segunda fase.

La señora Schontz consiguió entonces un hermoso piso en la *rue Neuve-Saint-Georges*. Arturo no podía ya disimular su fortuna ante ella y le dio muebles espléndidos, un servicio de plata completo, mil doscientos francos al mes, un coche abierto de un caballo —de alquiler— y rumbosamente puso a su servicio un muchacho.

La Schontz no sintió ningún gusto con esta munificencia: penetró los móviles de la conducta de Arturo y descubrió en ellos unos cálculos de *rata*. Hastiado de la vida de restaurante, donde la comida es casi siempre execrable, donde cualquier menú de *gourmet* cuesta sesenta francos por barba, y doscientos francos cuando se invita a tres amigos, Rochefide ofreció a la señora Schontz cuarenta francos diarios por su comida y la de un amigo, todo comprendido. Aurelia se guardó muy bien de rehusar. Tras haber hecho aceptar todas sus letras de cambio de moral, libradas a un año contra las costumbres del señor De Rechefide, se la oyó con buena disposición cuando reclamó quinientos francos más por mes para su atuendo, con objeto de no llenar de vergüenza a su *gran papá*, cuyos amigos pertenecían todos al Jockey-Club.

—¡Estaría bonito —decía— que Rastignac, Máxime de Trailles, D'Esgrignon, la Roche-Hugon, Ronquerolles, Laginski, LenonÇourt y los demás se hallasen con la señora Éverard! Por otra parte, tenga confianza en mí, ¡saldrá ganando!

En efecto, Aurelia se esmeró en desplegar nuevas virtudes en esta nueva fase. Se asignó un papel de ama de casa del que sacó el mejor partido. Enlazaba un mes con otro sin deudas con dos mil quinientos francos, lo que jamás se había visto, decía, en el *faubourg Saint-Germain* del distrito décimotercero, y servía comidas infinitamente mejores que las de Nucingen, en las que se bebían vinos exquisitos a diez o doce francos la botella. Rochefide, maravillado, contentísimo de poder invitar a menudo a sus amigos a casa de su amante con notable economía, le decía, abrazándola por la cintura:

—¡Eres un tesoro!

Pronto abonó para ella un tercio de palco en los Italianos, y acabó luego por llevarla a los estrenos. Comenzaba a consultarlo todo con su Aurelia, en reconocimiento a la excelencia de sus consejos Aurelia le dejaba que se apropiase las ocurrencias ingeniosas que ella a cada momento tenía y que, como no eran conocidas, aumentaban su reputación de hombre ingenioso. Llegó al fin a adquirir la certidumbre de ser amado de verdad por su propia persona. Aurelia rehusó hacer la felicidad de un príncipe ruso a razón de cinco mil francos al mes.

—Usted es muy afortunado, mi querido marqués —ponderaba el viejo príncipe Galathione al acabar en el club una partida de *whist*—. Ayer, cuando nos dejó solos a la señora Schontz y a mí, quise soplársela; pero me contestó: «Mi príncipe, usted no

es más guapo y tiene más edad que Rochefide; usted me daría palos; él es como un padre para mí, ¡a ver si puede darme una pizca de razón para el cambio!... No es que tenga por Arturo la loca pasión que he sentido por granujillas de botas charoladas, cuyas deudas he pagado; pero le amo como una mujer ama a su marido cuando es honesta». Y me puso en la puerta.

Este discurso, cuya segunda intención no se veía, tuvo por efecto ayudar prodigiosamente el estado de abandono y degradación que deshonraba la mansión de Rochefide. Pronto Arturo trasladó su vida y sus recreos a casa de la señora Schontz, y se encontró a las mil maravillas: como que al cabo de tres años disponía de cuatrocientos mil francos para invertir.

La tercera fase empezó. La señora de Schontz se volvió la más tierna de las madres para el hijo de Arturo; iba a buscarlo al colegio y lo volvía a llevar ella misma: lo abrumaba de regalos, de golosinas, de dinero a aquel niño que la llamaba *mamaíta* y la adoraba. Se inició en el manejo de la fortuna de su Arturo, le hizo adquirir rentas a la baja antes del famoso tratado de Londres que derribó el ministerio del primero de marzo. Arturo ganó doscientos mil francos y Aurelia no pidió ni una propina. Como caballero que era, Arturo colocó sus seiscientos mil francos en acciones del Banco, y puso la mitad a nombre de la señorita Josefina Schiltz.

Se encargó a Grindot, el gran arquitecto de la decoración, que hiciese una voluptuosa *bombonera* de un pequeño hotel alquilado en la *rue de la Bruyère*. Rochefide sólo confió desde entonces en la señora Schontz, que cobraba las rentas y pagaba las facturas. Convertida en su mujer... de confianza, justificó este cargo haciendo a su *gran papá* más dichoso que nunca; descubrió en él algunos caprichos y los satisfacía como madame Pompadour acariciaba las fantasías de Luis XV. Fue, al fin, querida manifiesta, amante absoluta. Así se permitió entonces proteger a jovencitos atractivos, artistas, literatos recién nacidos a la gloria, que negaban a los antiguos y los modernos y trataban de buscarse una gran reputación haciendo poca cosa buena.

La conducta de la señora de Schontz, obra maestra de táctica, revela una completa superioridad. Por de pronto, diez o doce jóvenes entretenían a Arturo, le proveían de rasgos de ingenio, de juicios agudos sobre todas las cosas, y no provocaban dudas sobre la fidelidad de la dueña de la casa; además, la tenían por una mujer eminentemente intelectual. Así, esos anuncios vivientes, esos artículos ambulantes hicieron pasar a la señora Schontz como la mujer más agradable que se conoció sobre el lindero que se para el distrito décimotercero de los doce restantes.

Sus rivales, Susana Gaillard, que desde 1838 tenía sobre ella la ventaja de ser una mujer unida en legítimo casamiento, pleonismo necesario para dominar un matrimonio sólido; Fanny Beaupré, Marietta y Antonia, propalaban calumnias más que canallescas acerca de esos jóvenes y sobre la complacencia con que el señor de Rochefide los acogía. La señora Schontz, a quien el talento de todas esas damas juntas no le llegaba a las zapatillas, según ella aseguraba, un día, en una cena dada por Nathan en casa de Florina, les dijo, tras explicar su fortuna y su éxito, un «¡Haced otro tanto!» del que ha quedado memoria. Durante este período la señora Schontz hizo vender los caballos de carrera, a fuerza de machacar sobre consideraciones que sin duda debía al espíritu crítico de Claudio Vignon, uno de los habituales de su cenáculo.

—Concibo —dijo una tarde, tras haber fustigado mucho tiempo a los caballos con

sus burlas— que los príncipes y la gente rica tomen a pecho la hípica, si es para hacer bien al país, no por la satisfacción pueril de un amor propio de jugador. Si usted tuviese yeguas en sus fincas, si criase mil o mil doscientos caballos, si cada cual hiciese correr los mejores productos de sus yeguas, si todas las yeguas de Francia y de Navarra se presentasen a cada concurso, todo eso sería grande y hermoso; pero usted adquiere los ejemplares como un director de espectáculo contrata a los artistas, usted rebaja una institución hasta reducirla a un mero juego, tiene la Bolsa de las piernas lo mismo que tiene la Bolsa de las rentas... Eso es indigno. ¿Gastaría usted por azar sesenta mil francos para leer luego en los periódicos: «*Lelia*», del señor de Rochefide, ha batido por un cuerpo a «*Flor de Retama*», del señor duque de Rhétoré?... Valdría más entonces dar ese dinero a los poetas, que le harían ir en verso o en prosa a la inmortalidad como el difunto Monthyon.

A fuerza de ser hostigado, el marqués reconoció la vaciedad del hipódromo y realizó la economía de los sesenta mil francos. Al año siguiente la señora Schontz le dijo:

—¡Ya no te cuesto nada, Arturo!

Muchas gentes ricas envidiaron entonces al marqués la posesión de la señora Schontz y trataron de quitársela; pero, como el príncipe ruso, perdieron el tiempo.

—Escucha, querido —decía ella quince días después a Finot, que se había hecho muy rico—. Estoy segura de que Rochefide me perdonaría una pequeña pasión si me volviese loca por alguno, pero no se abandona nunca un marqués de tan buena cuna por un recién llegado como tú. Jamás me pondrías tú en la posición en que me ha colocado Arturo, que ha hecho de mí una señora como es debido, lo que tú no podrías conseguir ni aún casándote conmigo.

Este fue el último clavo remachado que completó el grillete de aquel venturoso forzado. La conversación llegó a los oídos ausentes, a los cuales en realidad iba dirigido.

XLI
CUARTO TIEMPO

La cuarta fase había comenzado, por consiguiente, la de *la costumbre*, la última victoria de este plan de campaña, lo que hace decir de un hombre por esa especie de mujeres: «¡Ya es mío!» Rochefide, que acababa de adquirir el pequeño hotel a nombre de Josefina Schiltz, una minucia de ochenta mil francos, había llegado, cuándo la duquesa formaba sus proyectos, a cifrar su orgullo en su amante, a la que llamaba Ninon II, celebrando así la probidad absoluta, los excelentes modales, la instrucción y el ingenio. Había resumido sus defectos y virtudes, sus gustos, sus satisfacciones, en la señora Schontz, y se hallaba en ese momento de la vida en que, sea pereza, indiferencia o filosofía, un hombre ya no cambia y se acomoda en todo a su mujer o su amante.

Se comprenderá todo el valor adquirido en cinco años por la señora Schontz si se sabe que era preciso ser propuesto con mucho tiempo de antelación para ser presentado a ella. Había rehusado recibir a personas ricas aburridas, a personas corrompidas; sólo cedía en esos rigores a favor de los grandes títulos de la aristocracia.

—¡Esos —decía— tienen derecho a ser bestias, porque lo son a conciencia!

Poseía ostensiblemente los trescientos mil francos que Rochefide le había dado y que un *buen chico de agente de cambio*, Gobenheim, el único que fue admitido por ella, le administraba; pero por sí manejaba una pequeña fortuna secreta de doscientos mil francos, constituida por los ahorros hechos durante tres años y por los beneficios producidos por el incesante movimiento de los trescientos mil francos, ya que sólo el capital era lo que ella confesaba.

—Mientras más gana usted, menos se enriquece —le dijo un día Gobenheim.

—El agua es tan cara... —contestó ella.

El tesoro secreto aumentaba con joyas, con diamantes que Aurelia llevaba durante un mes y que luego vendía, con cantidades dadas para pagar fantasías pasadas. Cuando se la llamaba rica, la señora Schontz contestaba que al interés normal, trescientos mil francos daban doce mil y que ella los había gastado en los tiempos más penosos de su vida, cuando amaba a Lousteau.

XLII

ÚLTIMA PALABRA SOBRE LAS NINFAS DISTINGUIDAS

Esta conducta anunciaba un plan y, en efecto, la señora Schontz lo tenía, podéis creerlo. Desde hacía dos años estaba celosa de la señora de Bruel y le mordía el corazón la ambición de casarse con todas las de la ley por la Iglesia. Todas las posiciones tienen su fruto prohibido, cualquier menudencia es engrandecida por el deseo hasta resultar pesada como el mundo. Esta ambición comportaba, naturalmente, la ambición de un segundo Arturo, que ningún espionaje alcanzaba a descubrir. Bixiou creía ver el preferido en el pintor León de Lora; el pintor a su vez lo veía en Bixiou, que pasaba de la cuarentena y debía pensar en hacer su suerte.

Las sospechas recaían también en Víctor de Vernisset, un joven poeta de la escuela de Canalis, cuya pasión por la señora Schontz llegaba al delirio; y el poeta acusaba a Stidman, un escultor, de ser su rival afortunado. Este artista, un guapo mozo, trabajaba para los orfebres, mercaderes de bronce y joyeros; quería emular a Benvenuto Cellini. Claudio Vignon, el joven conde de Palférine, Gobenheim, Vermanton, filósofo cínico, también habituales de aquel ameno salón, fueron sucesivamente señalados como sospechosos y luego descartados.

A nadie reputaba la señora Schontz digno de ella, ni siquiera al mismo Rochefide, a quien tildaba de apocado el joven e intelectual Palférine; era virtuosa por cálculo y no pensaba nada más que en hacer un buen matrimonio.

En casa de la señora Schontz no se veía más que a un hombre de reputación equívoca, Couture, quien más de una vez había hecho aullar a los bolsistas; pero Couture era uno de los primeros amigos de la señora Schontz y ella se limitaba a corresponder a su amistad. La falsa alarma de 1840 aventó los últimos dineros de este especulador, que creyó en la habilidad del 1º de marzo; viéndole de mala traza, Aurelia hizo andar a Rochefide, como se ha visto, de cabeza. Fue ella quien llamó al último fracaso de aquel inventor de primas y comanditas una *découture*. Dichoso de hallar un plato en la mesa de Aurelia, Couture, a quien Finot, el hombre hábil o, si se prefiere, con suerte entre todos los advenedizos, daba de cuando en cuando algunos billetes de mil francos, era el único suficientemente calculador para ofrecer su nombre a la señora Schontz, que lo tenía sometido a estudio para descubrir si el audaz especulador sería capaz de abrirse un camino en política y tenía suficientemente gratitud como para no abandonar a su mujer. Couture, hombre de unos cuarenta y tres años, ya muy cascado, no redimía ciertamente la mala sonoridad de su apellido con la altura de su cuna; hablaba poco de los autores de sus días. La señora Schontz se lamentaba de la escasez de personas idóneas cuando Couture mismo le presentó un provinciano que iba provisto de las dos asas por las que las mujeres cogen esa especie de cántaros cuando quieren conservarlos.

Diseñar este personaje supondrá pintar una determinada porción de la juventud

actual. La digresión en esta ocasión será historia viva.

XLIII

UNA DE LAS ENFERMEDADES DEL SIGLO

En 1838, Fabián de Ronceret, hijo de un presidente de sala de la *Cour Royal* de Caen, muerto un año atrás, presentó su dimisión como juez y abandonó la ciudad de Alengon, lugar donde su padre le había obligado a perder el tiempo, según él decía, y se vino a París con la mira de abrirse camino haciendo ruido, designio normando difícil de realizar, ya que apenas contaba con ocho mil francos de renta; su madre vivía aún y ocupaba como usufructuaria un muy importante inmueble en medio de Alengon.

Este mozo, que ya había probado suerte como saltimbanqui en diversos viajes a París, se percató de lo endeble del remiendo social de 1830; así contaba explotarlo en su beneficio, siguiendo el ejemplo de los burgueses ladinos. Esto pide una rápida ojeada sobre uno de los efectos del nuevo orden de cosas.

La igualdad moderna, desarrollada en nuestros días de manera desmesurada, ha evolucionado necesariamente en la vida privada, siguiendo una línea paralela a la vida política, el orgullo, el amor propio y la vanidad, las tres grandes divisiones del yo social. Los tontos quieren pasar por personas ingeniosas, las personas ingeniosas quieren ser consideradas como gentes de genio; en cuanto a las gentes de genio, ya son más razonables y se contentan con ser nada más que semidioses.

Esta pendiente del espíritu público, que en la Cámara hace al fabricante celoso del hombre de Estado y al administrador celoso del poeta, mueve a los tontos a denigrar a las personas de sentido, las personas de sentido a denigrar a las de talento, las de talento a denigrar a los que entre ellos sobresalen unas pulgadas, y a los semidioses a amenazar las instituciones, el trono y todo lo que no les adora sin condiciones. Desde el momento en que una nación, muy impolíticamente, ha abatido las superioridades sociales admitidas, abre las esclusas por donde se precipita un torrente de ambiciones menores, de las que aún la más ínfima quiere prevalecer sobre todas; en la aristocracia había un mal, al decir de los demócratas, pero un mal definido, circunscrito; lo cambió por diez aristocracias contendientes y armadas, la peor de las situaciones.

Al proclamar la igualdad para todos se ha promulgado la *Declaración de los derechos de la envidia*. Disfrutamos hoy de las saturnales de la Revolución trasladadas al terreno, apacible en apariencia, del ingenio, de la industria y de la política; también parece que las reputaciones debidas al trabajo, a los servicios prestados, al talento, sean privilegios concedidos a expensas de la masa. Pronto se extenderá la ley agraria hasta el campo de la gloria. Jamás se había visto, en tiempo alguno, que nadie pidiese que se cerniera el propio nombre en el cedazo público por los motivos más pueriles. Se busca distinguirse a toda costa por la extravagancia, por una afectación de amor a la causa polaca, por el sistema penitenciario, por el porvenir

de los presidiarios liberados, por todas las miserias sociales. Esas distintas manías crean dignidades ficticias, presidentes, vicepresidentes y secretarios de sociedades cuyo número sobrepasa en París al de las cuestiones sociales que se trata de resolver. Se ha demolido la sociedad para hacer de ella un millar de otras pequeñas a imagen de la difunta. Todas esas organizaciones parasitarias ¿revelan algo más que la descomposición? Todas esas sociedades son hijas de una misma madre, la vanidad. No es de esa manera como proceden la caridad católica y la verdadera beneficencia, que estudian los males sobre las mismas heridas al tiempo que las curan, y no peroran en asambleas sobre los gérmenes mórbidos por el placer de perorar.

XLIV
UN ESPECULADOR EN SANDECES

Fabián de Ronceret, sin ser un hombre superior, había adivinado, por el ejercicio de ese sentido ávido particular de Normandía, todo el partido que podía sacar del vicio público. Cada época tiene su carácter, que las gentes hábiles explotan. Fabián sólo pensaba en dar que hablar.

—¡Querido, hay que dar que hablar de uno para ser algo! —decía al rey de Alengon, Du Bousquier, amigo de su padre—. ¡Dentro de seis meses seré más conocido que usted!

Fabián traducía así el espíritu de su tiempo; no lo gobernaba, sino que lo obedecía. Se había iniciado en la bohemia, un distrito de la topografía moral de París, en el que fue conocido bajo el apodo de *el Heredero* por ciertas prodigalidades premeditadas. Ronceret se había aprovechado de las locuras de Couture por la linda señora Cadine, una de las actrices nuevas a quienes se reconoció más talento en uno de los escenarios secundarios, y a quien, durante, su efímera opulencia, había arreglado, en la *rue Blanche*, una deliciosa planta baja con jardín. Fue de este modo como Ronceret y Couture trabaron conocimiento.

El normando, que ansiaba a toda prisa el lujo, adquirió el mobiliario de Couture y los ornamentos que se había visto obligado a dejar en el piso, un quiosco para fumar y una galería de madera rústica guarnecida de alfombras indias y decorada con tiestos para llegar al quiosco en tiempo lluvioso. Cuando se le elogiaba al *Heredero* su casa, él la llamaba *su guarida*. El provinciano se cuidaba mucho de decir que Grindot, el arquitecto, había desplegado allí toda su pericia, como Stidmann en las esculturas y León Mora en la pintura: porque tenía un defecto capital, ese amor propio que llega hasta la mentira en el afán de engrandecerse.

El *Heredero* completó estas magnificencias con un invernadero que colocó a lo largo del muro orientado al mediodía, no porque amase las flores, sino porque quería atacar a la opinión pública por la horticultura. En aquellos momentos casi alcanzaba su objetivo. Convertido en vicepresidente de una sociedad jardinera cualquiera, presidida por el duque de Vissembourg, hermano del príncipe de Chiavari, el hijo menor del que fue mariscal Vemon, había ornado con la cinta de la Legión de Honor su traje de vicepresidente tras una exposición de productos cuyo discurso inaugural, pagado con quinientos francos a Lousteau, fue audazmente pronunciado como de su propia cosecha. Fue muy celebrado por una flor que le había *dado* el viejo Blondet de Alengon, padre de Emilio Blondet, y que él presentó como obtenida en su invernadero. Este éxito no era nada. El *Heredero*, que quería ser notado como un hombre de ingenio, tenía el plan de relacionarse con gente célebre para reflejar su gloria, plan de difícil ejecución si no tenía más base que un presupuesto de ocho mil francos. Así, Fabián de Ronceret se había dirigido sucesivamente y sin éxito a

Bixiou, Stidmann y León de Lora para que lo presentaran a la señora Schontz y poder entrar en aquella jaula de leonés de toda clase. Con tanta frecuencia pagó la comida a Couture, que Couture sostuvo enérgicamente ante la señora Schontz que debía adquirir semejante original, aunque no fuese más que para servirse de él como uno de esos elegantes pajes sin sueldo que las amas de casa emplean en comisiones para las que no se encuentran criados.

En tres veladas la señora Schontz caló a Fabián y se dijo: «Si Couture no me conviene, estoy segura de poner en éste la albarda. ¡Mi porvenir ya va sobre ruedas!»

Este imbécil del que todo el mundo se burlaba se convirtió así en el preferido, pero con una intención que hacía injuriosa la preferencia, y la elección escapaba a todas las suposiciones por su misma improbabilidad. La señora Schontz aturdía a Fabián con sonrisas concedidas a escondidas y breves escenas representadas en el quicio de la puerta cada vez que lo acompañaba al salir el último cuando Rochefide se quedaba por la noche. Con frecuencia metía a Fabián de tercero en el palco de los Italianos y en los estrenos: se excusaba diciendo que le había prestado tal o cual servicio y que no sabía cómo agradecersele.

Los hombres tienen unos con otros cierta fatuidad que por lo demás les es común con las mujeres, la de ser amados de modo absoluto. Y de todas las pasiones halagadoras, ninguna más estimable que la de la señora Schontz para aquellos a quienes ellas hacen objeto de un amor llamado *de corazón* por oposición al otro amor. Una mujer como la señora Schontz, que se las daba de gran señora, debía constituir y lo constituyó un motivo de orgullo para Fabián, que se prendó de ella hasta el punto de no presentársele jamás delante sino de punta en blanco, con zapatos charolados, guantes *paja*, camisa bordada y con chorreras, chalecos cada vez más variados, en fin, con todos los síntomas exteriores de un culto profundo.

Un mes antes de la conferencia de la duquesa con su confesor, la señora Schontz había confiado el secreto de su nacimiento y de su verdadero nombre a Fabián, que no comprendió la finalidad de esta confidencia. Quince días después, la señora Schontz, asombrada de la falta de inteligencia del normando, se asombró:

—¡Dios mío, yo soy tonta! Se cree amado por sí mismo.

Y entonces se llevó al *Heredero* en su calesa al bosque, porque desde hacía un año tenía una pequeña calesa y un pequeño coche abierto de dos caballos.

En esa alternativa pública, trató la cuestión de su futuro y declaró que se quería casar.

—Tengo setecientos mil francos; confieso que si encontrara un hombre lleno de ambición y que supiese comprender mi carácter, cambiaría de posición, porque ¿sabe usted cuál es mi sueño? Quisiera ser una buena burguesa, entrar en una familia honesta y hacer muy dichosos a mi marido y a mis hijos...

El normando quería de verdad verse distinguido por la señora Schontz, pero casarse con ella era una locura que pareció muy discutible a un mozo de treinta y ocho años a quien la Revolución de Julio había hecho juez. Al ver estas dudas, la señora Schontz tomó al *Heredero* por blanco de sus sarcasmos, de sus pullas, de su desdén, y se volvió a Couture. En ocho días el especulador, a quien ella dejó husmear

su caja, le ofreció su mano, su corazón y su porvenir, cosas todas de un mismo valor.

Así andaban los manejos de la señora Schontz cuando la señora De Grandlieu se puso a inquirir la vida y costumbres de la Beatriz de la *rue Saint-Georges*.

Siguiendo el consejo del padre Brossette, la duquesa rogó al marqués D'Ajuda que le presentara al rey de los granujas políticos, el célebre conde Máximo de Trailles, el archiduque de la bohemia, el más joven entre los jóvenes, aunque hubiese cumplido ya los cincuenta. D'Ajuda se las arregló para comer con Máximo en el club de la *me de Beaune* y le propuso ir a echar unas manos de *whist* a casa del duque de Grandlieu que, inmovilizado por la gota, se hallaba atendido por su esposa.

Aunque el yerno del duque de Grandlieu, primo de la duquesa, tuviera perfecto derecho a presentarle en un salón donde nunca había puesto los pies, Máximo no se engañó sobre el alcance de una invitación hecha de semejante modo: pensó que el duque o la duquesa tenían necesidad de él. No deja de ser uno de los rasgos característicos de estos tiempos la vida de club, en el que se juega con personas a quienes no se recibe en casa.

El duque de Grandlieu dio muestras de no encontrarse bien. Tras quince partidas de *whist* se fue a acostar, dejando a su mujer frente a frente con Máximo y D'Ajuda. La duquesa, secundada por el marqués, comunicó su proyecto a Trailles y solicitó su colaboración de forma que no parecía pedirle más que consejos. Máximo oyó hasta el fin sin decir palabra y esperó para hablar a que la duquesa le reclamase directamente su colaboración.

—Señora, he comprendido perfectamente —dijo entonces, luego de echar sobre ella y el marqués una de esas miradas finas, profundas, astutas, completas, con las que estos grandes truhanes saben comprometer a sus interlocutores—. D'Ajuda le dirá que si alguien en París puede llevar esta doble negociación soy yo, sin mezclarla a usted para nada, sin que incluso se sepa que he venido aquí esta noche. Sólo que, ante todo, fijemos los preliminares de Leoben. ¿Qué se dispone a sacrificar?...

—Todo cuanto haga falta.

—Perfectamente, señora duquesa. Entonces, como premio de mis desvelos, usted me concederá el honor de recibir en su casa y proteger formalmente a la señora condesa de Trailles.

—¿Pero te has casado?... —se asombró D'Ajuda.

—Me caso dentro de quince días con la heredera de una rica familia, aunque muy burguesa, ¡un sacrificio a la opinión! Hago buenos los principios de mi gobierno. Quiero emprender vida nueva. La señora duquesa comprenderá así de cuánta importancia es para mí que acepte a mi mujer y su familia. Tengo la seguridad de ser diputado tras la dimisión de sus funciones por mi suegro, y cuento con la promesa de un cargo diplomático en armonía con mi futura fortuna. No veo razón para que mi mujer no fuera tan bien recibida como la señora de Pontenduère en esa sociedad de jóvenes señoras en que brillan las de Bastie, Jorge de Máufrigneuse, L'Estorade,

Guénic, D'Ajuda, Restaud, Rastignac y Vandenesse... Mi mujer es bonita, y ya me encargaré yo de pulirla... ¿Le parece bien, señora duquesa?... Usted es caritativa, y si dice sí, su promesa, sé que es sagrada, ayudará mucho a mi cambio de vida. Será una buena acción por su parte... ¡Ay!, durante mucho tiempo he sido el rey de la mala gente; pero quiero acabar como Dios manda. Al fin y al cabo, nosotros poseemos blasón desde Francisco I, que juzgó conveniente ennoblecer al ayuda de cámara de Luis XI, y somos condes desde Catalina de Médicis.

—Admitiré y patrocinaré a su mujer —dijo solemnemente la duquesa— y los míos no le volverán la espalda; le doy mi palabra.

—¡Oh, señora duquesa! —exclamó Máximo visiblemente emocionado—, si el señor duque se digna también tratarme con alguna bondad, por mi parte le prometo el triunfo de su plan sin que le cueste gran cosa. Pero es preciso que se disponga a obedecer mis instrucciones —añadió tras una pausa—. Será ésta la última intriga de mi vida de soltero, y debe ser dirigida del mejor modo, puesto que se trata de una buena obra —acabó, sonriendo.

—¿Obedecerle? —dijo la duquesa—. ¿Entonces apareceré en el asunto?

—¡Oh, señora! No la comprometeré en lo más mínimo; la estimo lo suficiente para adoptar las precauciones convenientes; se trata tan sólo de seguir mis consejos. Así, por ejemplo, es preciso que Du Guénic sea llevado como un cuerpo santo por su mujer, que esté dos años ausente, que le haga visitar Suiza, Italia, Alemania, cuantos países sea posible...

—¡Ah!, usted parece contestar a un temor aventurado por mi confesor —comentó cándidamente la duquesa, acordándose de una juiciosa objeción del padre Brossette.

Máximo y D'Ajuda no pudieron evitar una sonrisa ante esta concordancia del cielo con el infierno.

—Para que Calixto no vea más a la señora De Rochefide viajaremos todos con él —siguió la duquesa—. Justo y su mujer, Calixto y Sabina, y yo; dejaré a Clotilde con su padre...

—No cantemos victoria, señora —objetó Máximo—. Vislumbro enormes dificultades, aunque las venceré sin duda. Su estima y protección son un premio por el que me dispongo a hacer grandes vilezas, pero serán las...

—¿Vilezas? —dijo la duquesa, interrumpiendo al moderno *condottiero* y reflejando en el rostro tanto disgusto como extrañeza.

—Y usted estará complicada en ellas, señora, puesto que soy yo su procurador. ¿Acaso ignora usted a qué extremo de ceguera ha hecho llegar a su yerno la señora De Rochefide?... Lo sé por Nathan y Canalis, de cuya elección titubeaba ella cuando Calixto se lanzó en esas fauces de leona. Beatriz se las ha ingeniado para persuadir a ese bravo bretón de que jamás amó a otro sino a él, que Conti fue un amor interesado, en el que el corazón y lo demás participaron muy poco, un amor musical, en fin... Y que Rochefide no fue más que la obligación... ¡De este modo resulta que es virgen! Lo demuestra bien no acordándose para nada de su propio hijo: desde hace un año no

ha dado el menor paso para verle. A decir verdad, el pequeño conde, que pronto cumplirá doce años, encuentra en la señora Schontz una madre tanto más madre cuanto que la maternidad es la pasión de esa clase de mujeres. ¡Du Guénic se dejaría matar o mataría a su mujer por Beatriz! ¿Y cree usted que es fácil sacar a un hombre cuando está en el fondo de la sima de la credulidad?... Señora, el Yago de Shakespeare perdería con él todos los pañuelos. Cree que Otelo, su hermano menor Orosmane, Saint-Preux, Warther y otros enamorados de fama representan el amor... ¡Nunca sus padres de corazón de hielo han sabido lo que es un amor absoluto! Sólo Molière lo ha penetrado. El amor, señora duquesa, no es querer a una dama noble, una Clarisa, ¡gran cosa!... El amor es decir: «La que yo quiero es una infame, me engaña y me engañará, es una perversa, hiede a humo de azufre del infierno...» y correr a sus brazos y ver en ella el azul del firmamento, las flores todas del paraíso. Así es como amaba Molière, como amamos nosotros, los malos sujetos, porque yo lloro en la gran escena de Arnolfo... ¡Y así es como ama su yerno a Beatriz! Me costará separar a Rochefide de la señora Schontz, pero estoy seguro de que la señora Schontz se prestará a ello: voy a estudiar su interior. Pero con Calixto y Beatriz harán falta verdaderos hachazos, traiciones extremas y una infamia tan rastrera, que su virtuosa imaginación no descenderá a ella, a no darle la mano su confesor... Usted quiere lo imposible: será complacida... Y pese a mi determinación de emplear el hierro y el fuego, no le prometo el buen éxito. Conozco amantes que no retroceden ante las más horrendas desilusiones. Usted es demasiado virtuosa para conocer el imperio que ejercen las mujeres que no lo son...

—¡No emprenda esas infamias hasta que haya consultado al padre Brossette! Quiero saber hasta qué punto he de ser su cómplice —exclamó la duquesa con una candidez que mostró todo lo que hay de egoísmo en la devoción.

—Usted lo ignora todo, querida madre —dijo el marqués D'Ajuda.

En la escalinata, mientras se acercaba el coche del marqués, D'Ajuda dijo a Máximo:

—Has aterrado a esa buena duquesa.

—¡Para que no dude de la dificultad de lo que pide!... ¿Vamos al Jockey-Club? Es preciso que Rochefide me invite a comer mañana en casa de la señora Schontz, ya que esta noche mi plan quedará trazado y habré elegido sobre mi tablero los peones que pondré en movimiento en la partida que voy a jugar. En sus tiempos de esplendor, Beatriz no quiso recibirme; saldará con ella mis cuentas pendientes y vengaré a tu cuñada tan cruelmente, que tal vez se considere demasiado vengada...

Al día siguiente, Rochefide dijo a la señora Schontz que iban a comer con Máximo de Trailles. Suponía esto el prevenirla para que desplegara todo su lujo y preparara los manjares más exquisitos para aquel conecedor excelso, a quien temían todas las mujeres de la clase de la señora Schontz; así cuidó ella tanto de su tocado como de poner la casa en disposición de recibir a tal personaje.

En París existen casi tantas realezas como artes diferentes, especialidades morales, científicas o profesionales hay; y el más eminente de quienes las practican ostenta la majestad: se ve apreciado, respetado por sus colegas, que conocen las dificultades y cuya admiración sólo se concede a quien puede merecerla. Máximo era, a los ojos de las *ratas* y de las cortesanas, un hombre sobremanera poderoso y capacitado, ya que había sabido hacerse amar de modo prodigioso. Se le admiraba por cuantos saben lo difícil que en París resulta vivir en buena inteligencia con sus acreedores; además no había tenido en materia de elegancia, indumento e ingenio otro rival que el ilustre Marsay, que lo había empleado en misiones políticas. Esto bastaba a explicar su entrevista con la duquesa, su prestigio ante la señora Schontz y la autoridad de su palabra en una conferencia que pensaba tener en el bulevar de los Italianos con un hombre ya célebre, aunque recién llegado a la bohemia de París.

A la mañana siguiente, al levantarse, Máximo de Trailles oyó cómo le anunciaban la visita de Finot, a quien la víspera había mandado llamar; le pidió que preparara la casualidad de un almuerzo en el café Anglais, durante el cual Finot, Couture y Lousteau debían conversar cerca de él. Finot, que se consideraba respecto de Trailles en la misma posición que un subteniente ante un mariscal de Francia, no podía negarle nada; además era peligroso enojar a aquel león. Por consiguiente, cuando Máximo fue a almorzar, vio a Finot y sus dos amigos sentados a la mesa; la conversación ya versaba sobre la señora Schontz. Couture, bien manejado por Finot y Lousteau, que en sus comienzos fue comprado de Finot, impuso al conde de Trailles de todo lo que quería saber acerca de la señora Schontz.

Hacia la una, Máximo mascaba su mondadientes charlando con Du Tillet sobre

las gradas de Tortoni, donde se celebra entre los especuladores la pequeña Bolsa, prefacio de la grande. Parecía ocupado en negocios, pero esperaba al joven conde de la Palférine, que en un momento dado debía pasar por allí.

El bulevar de los Italianos es hoy lo que era el Puente Nuevo en 1650; todas las personas conocidas pasan por él a lo menos una vez al día. En efecto, al cabo de diez minutos, Máximo soltó el brazo de Tillet e hizo una seña con la cabeza al príncipe de la bohemia, a quien dijo, sonriente:

—¡Un momento, conde! Dos palabras.

XLVIII
ENTRE EL PERRO Y EL LOBO

Los dos rivales, uno el astro en su ocaso, otro el sol en la aurora, se fueron a sentar en sendas sillas ante el café de París. Máximo tuvo cuidado de colocarse a cierta distancia de unos vejetes que, por hábito, se ponían de espaldas contra la pared, desde la una de la tarde, a curar al sol su afecciones reumáticas. Tenía buenas razones para desconfiar de los viejos.

—¿Tiene usted deudas? —preguntó Máximo al joven conde.

—Si no las tuviese, ¿sería yo digno de sucederle?... —contestó Palférine.

—Cuando le hago semejante pregunta no pongo la cosa en duda —replicó Máximo—, sino que solamente quiero saber si el montante es respetable, ¿si es de cinco o de seis!

—¿Seis qué?

—¡Seis cifras! Si debe cincuenta o cin miel... Yo he llegado a deber hasta seiscientos mil.

La Palférine se quitó el sombrero con un ademán de respeto burlón.

—Si yo tuviese crédito para alzarme con cien mil francos —contestó el joven— me olvidaría de mis acreedores y me iría a vivir a Venecia, en medio de las obras de arte de la pintura, con el teatro por la tarde, la noche con hermosas mujeres y...

—¿Y a mi edad qué sería de usted? —preguntó Máximo.

—No llegaría a ella.

Máximo devolvió la cortesía a su rival levantando ligeramente el sombrero con un gesto de cómica gravedad.

—Es otra manera distinta de ver la vida —contestó en tono de conocedor a conocedor—. ¿Usted debe...?

—¡Oh!, una miseria indigna de ser confesada a un tío; si tuviera alguno, me desheredaría por esa insignificancia de cifra: ¡seis mil!...

—¡Se está más incómodo por seis mil que por cien mil francos! —dijo sentenciosamente Máximo—. La Palférine, usted tiene audacia en el ánimo, y más ingenio que audacia; puede ir muy lejos, llegar a ser un hombre político. ¡Ya ve!... De todos los que se han lanzado a la carrera en cuyas postrimerías estoy y que han querido oponerse a mí, usted es el único que me ha gustado.

La Palférine se puso colorado: tanto le halagó aquella confesión hecha con graciosa campechanía por el jefe de los aventureros parisienses; esa manifestación de su vanidad fue un reconocimiento de inferioridad que le mortificó; pero Máximo adivinó la reacción ofensiva fácil de prever en un temperamento tan agudo y pronto le puso remedio poniéndose a disposición del joven.

—¿Quiere usted hacer algo por mí, ahora que me retiro del circo olímpico con un buen casamiento? Por mi parte haré mucho por usted —continuó.

—Va usted a hacerme reventar de orgullo: lo que dice parece la fábula del león y el ratón —contestó La Palférine.

—Empezaré por prestarle veinte mil francos.

—¿Veinte mil francos?... Ya sabía yo que a fuerza de pasárame por este bulevar... —dijo La Palférine a manera de paréntesis.

—Querido, es preciso ponerle en un cierto pie de dignidad —dijo Máximo sonriendo—. No se quede sobre sus dos pies: disponga de seis. Haga como yo, que jamás descendí de mi tálburi...

—¡Pero usted se dispondrá a pedirme cosas inasequibles a mis fuerzas!...

—No; se trata de hacerse amar por una mujer en quince días.

—¿Se trata de una fulana?

—¿Por qué?

—Sería imposible; pero si se tratase de una mujer muy cabal y de mucho ingenio...

—¡Es una ilustrísima marquesa!

—¿Quiere usted conseguir sus cartas?... —dijo el joven conde.

—¡Ah, quieres calarme! No, no es eso.

—¿Es menester entonces amarla?

—Sí, en el sentido real...

—Si he de salir de la estética, es por completo imposible —dijo La Palférine—. Tengo para con las mujeres, ya ve usted, una cierta probidad: podemos engañarlas, pero no...

—¡Ah, veo que no me han engañado! —exclamó Máximo—. ¿Crees tú, entonces, que soy hombre para proponer mezquinas infamias de dos perras gordas?... No, es preciso, fascinar, triunfar... ¡Compadre, te doy veinte mil francos esta noche y diez días para ganar! ¡Hasta la noche en casa de la señora Schontz!

—Allí ceno.

—Bien —siguió Máximo—. Más adelante, cuando, tenga necesidad de mí, señor conde, usted me encontrará —añadió, con aires de rey que se empeña en lugar de prometer.

—¿Entonces esa pobre mujer le ha hecho mucho daño?

—No trates de echar la sonda en mis aguas, pequeño; déjame que te diga que en caso de éxito hallarás protecciones tan poderosas, que podrás, como yo, retirarte con un buen casamiento cuando te aburras de tu vida de bohemia.

—¿Pero es que alguna vez se llega uno a aburrir de divertirse —dijo La Palférine—, de no ser nada, de vivir como los pájaros, de cazar en París como los salvajes y de reírse de todo?

—¡Todo cansa, hasta en el infierno! —dijo Máximo riendo—. ¡Hasta la noche!

XLIX
UN PRIMER PREMIO DE VIRTUD

Los dos pillastres, el joven y el viejo, se levantaron. Al volver a su coche de un caballo, Máximo se dijo:

«La señora d'Espard no puede sufrir a Beatriz: seguramente me ayudará.»

—¡A casa de los Grandlieu! —gritó al cochero.

Máximo encontró a la duquesa, a la señora Du Guénic y a Clotilde llorando a lágrima viva.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Calixto no ha vuelto a casa, y es la primera vez que ocurre; mi pobre Sabina está desesperada.

—Señora duquesa —dijo Máximo llevándose a la piadosa señora hacia el hueco de una ventana—, en nombre de Dios, guárdeme el más profundo silencio sobre lo que estoy haciendo; exíjasele también al conde D'Ajuda, que nunca llegue a saber Calixto nada de lo que andamos tramando, o tendríamos un duelo a muerte... Cuando dije que todo esto no le costaría gran cosa, es que pensaba que no gastaría cantidades desmesuradas; ahora me hacen falta veinte mil francos. Pero todo lo demás es cosa mía, y será preciso conceder cargos importantes... Tal vez una recaudación de contribuciones...

La duquesa y Máximo salieron. Cuando la señora Grandlieu volvió al lado de sus hijas, oyó un nuevo ditirambo de Sabina esmaltado de hechos domésticos aún más crueles que aquellos con los cuales la joven esposa había visto acabar su felicidad.

—Estate tranquila, pequeña —dijo la duquesa a su hija—. Beatriz pagará muy caras tus lágrimas y padecimientos. ¡La mano de Satanás descargará sobre ella y sufrirá diez humillaciones por cada una de las tuyas!

La señora Schontz avisó a Claudio Vignon, que muchas veces había manifestado el deseo de conocer personalmente a Máximo de Trailles; invitó a Couture, Fabián, Bixiou, León de Lora, La Palférine y Nathan. Este último fue solicitado por Rochefide a instancias de Máximo. Aurelia tuvo así a nueve convidados, todos de primera categoría, a excepción de Ronceret; pero la vanidad normanda y la ambición brutal del *Heredero* se hallaban a la altura de la potencia literaria de Claudio Vignon, de la poesía de Nathan, de la malicia de La Palférine, del golpe de vista financiero de Couture, del ingenio de Bixiou, del cálculo de Finot, de la profundidad de Máximo y del genio de León de Lora.

La señora Schontz, que ansiaba parecer joven y bella, se armó de una *toilette* como las que sabe hacerse esta clase de mujeres. Llevaba un echarpe de una finura sólo comparable a una tela de araña, un vestido de terciopelo azul con botonadura de ópalos y un peinado de *bandós* brillante como el ébano. La señora Schontz debía su celebridad de mujer bonita al brillo y frescura de una tez blanca y cálida como la de

las criollas, a su semblante lleno de detalles graciosos, de rasgos netamente dibujados y firmes cuyo tipo más célebre lo mostró, joven durante tanto tiempo, la condesa de Merlin, y que tal vez sea singular de las figuras meridionales. Desgraciadamente, la menuda señora Schontz tendía a la gordura desde que su vida se había vuelto feliz y tranquila. El cuello, de una redondez seductora, comenzaba a embastecerse, lo mismo que los hombros. Se cuida tanto en Francia la cabeza de las mujeres, que durante mucho tiempo hermosas cabezas siguen dando vida a cuerpos deformes.

—Niña querida —dijo Máximo al entrar, apretándola en un abrazo—, Rochefide quiere enseñarme vuestro aloja miento, adonde aún no había venido; esto está casi en armonía con sus cuatrocientos mil francos de renta... Cuando te conoció, echaba de menos cincuenta que le faltaban, y en menos de cinco años le has hecho ganar lo que otra, una Antonia, una Málaga, Cadine o Florentina, le hubiera devorado.

—Yo no soy una fulana, ¡soy una artista! —dijo la señora Schontz como herida en su dignidad—. Espero acabar, como dice la comedia, siendo cepa de gente honrada.

—Es desesperante, ¡todos nos casamos! —contestó Máximo mientras se sentaba en una butaca junto al fuego—. También yo estoy en vísperas de crear una condesa Máximo.

—¡Cuánto me gustaría verla! —exclamó la señora Schontz—. Pero permítame que le presente al señor Claudio Vignon: el señor Claudio Vignon, el señor de Trailles...

—¡Ah! ¿Es usted quien dejó que se fuera a un convento Camilo Maupin, el posadero de la literatura?... —dijo Máximo—. Después de usted, Dios... Jamás recibí yo un honor semejante. La señorita De las Touches le ha tratado, señor, como si fuera el mismo Luis XIV...

—¡Así se escribe la historia!... —contestó Claudio Vignon—. ¿Acaso no sabe usted que su fortuna se empleó en desempeñar las fincas del señor Du Guénic?... Si ella supiese que Calixto está con su amiga (Máximo hizo seña con el pie, mostrándole a Rochefide, creo yo que saldría del convento para arrebatárselo).

—Digo a fe, amigo Rochefide —dijo Máximo al ver que su advertencia no había detenido a Claudio Vignon—, que yo en tu lugar devolvería a mi mujer su fortuna para que nadie pensase que se aferra a Calixto por necesidad.

—Máximo tiene razón —dijo la señora Schontz mirando a Arturo, que se puso muy colorado—. Sería la mejor forma de emplear los miles de francos de renta que yo le hice ganar. ¡Habría hecho la felicidad de la mujer y del marido!

—No había pensado en ello —contestó el marqués—, pero se debe ser caballero antes que marido.

—Ya te diré yo cuándo es tiempo de mostrarse generoso —dijo Máximo.

—Arturo, Máximo tiene razón —dijo Aurelia—. ¿No lo ves?... Las acciones generosas son como las acciones de Couture —siguió mirando al espejo para ver quién entraba—. Hay que saberlas colocar con oportunidad.

Couture fue seguido de Finot. Unos momentos después todos los invitados estaban reunidos en el hermoso salón azul y oro del hotel de la Schontz: ese era el nombre que los artistas daban a su casa desde que Rochefide la había comprado para su Ninon II. Al ver entrar a La Palférine, que llegó el último, Máximo fue hacia él, lo llevó hacia una ventana y le entregó los veinte billetes de banco.

—Sobre todo, pequeño, trátalos bien —dijo con la gracia propia de los granujas.

—¡No hay otro como usted para saber doblar el valor de lo que parece que regala!
... —contestó La Palférine.

—¿Estas decidido?

—Desde luego, puesto que me los guardo —contestó el joven conde con dignidad burlesca.

—Pues bien, Nathan, que está aquí, te presentará dentro de un par de días en casa de la marquesa de Rochefide.

La Palférine dio un salto al oír el nombre.

—Que no falte el declararte enamorado perdido de ella; y para no despertar sospechas, bebe vino y licores hasta reventar. Voy a decirle a Aurelia que te ponga al lado de Nathan. La único que hará falta ahora es que todas las tardes, a la una, nos encontremos en el bulevar de la Madeleine para darme cuenta de tus progresos y para recibir mis instrucciones.

—Así se hará, maestro... —dijo el joven conde inclinándose.

—¿Y cómo nos haces comer con un botarate vestido como un camarero de restaurante? —preguntó Máximo al oído de la señora Shontz, mostrándole a Ronceret.

—¿Pero no habían visto nunca al *Herederero*? Du Ronceret d'Alençon.

—Usted, señor —dijo Máximo a Fabián—, debe de conocer a mi amigo D'Esgrignon.

—Hace tiempo que Victoriano no me trata; pero anduvimos muy amigos en nuestra primera juventud.

La comida fue de esas que sólo se dan en París y en casa de las grandes derrochadoras, cuyo refinamiento sorprende a las personas más difíciles de contentar. Una cena semejante, en casa de una cortesana hermosa y rica como la señora Schontz, fue la que hizo declarar a Paganini que nunca había comido manjares parecidos con ningún soberano, ni bebido con ningún príncipe vinos tan exquisitos, ni oído una conversación tan ingeniosa, ni visto relucir un lujo tan exquisito.

Máximo y la señora Schontz fueron los primeros en volver al salón, hacia las diez, dejando a los convidados, que ya sin velos contaban anécdotas escabrosas y sin cesar alababan sus propios méritos mientras pegaban sus labios viscosos a los bordes de las copas sin poderlas vaciar.

—¡Bien, bien, pequeña! —dijo Máximo—. No te has equivocado: sí, vengo por tus bellos ojos. Se trata de un gran negocio; es preciso abandonar a Arturo, pero me comprometo a que se ofrezcan doscientos mil francos por él.

—¿Y por qué tengo yo que abandonar a ese pobre hombre?

—Para casarte con ese imbécil venido expresamente de Alençon con ese propósito. Ya ha sido juez y yo haré que se le nombre presidente en la plaza del padre de Blondet, que va a cumplir ochenta y dos años; y si tú sabes guiar tu barca, tu marido será diputado. Llegaréis a personajes y podrás confundir a la señora condesa de Bruel...

—¡Nunca! Ella es condesa.

—¿Es imposible llegar a condesa?...

—Mira, él tiene blasón —dijo Aurelia buscando una carta en un magnífico bolso colgado de su chimenea y mostrándola a Máximo—. ¿Qué quiere decir todo esto? Hay unos peines.

—Lleva *berlina en el uno en campo de plata, con tres peines de gules; dos y uno, entrecruzados con tres racimos de uva en púrpura tallados y follaje de sinople, uno y dos; en el dos, campo de azur con cuatro plumas de oro posadas y por divisa SERVIR, con el yelmo de escudero. Poca cosa: fueron ennoblecidos bajo Luis XV; tuvieron algún abuelo mercero, la línea materna hizo fortuna en el comercio de vinos*

y el Du Ronceret ennoblecido debía de ser escribano... Pero si logras deshacerte de Arturo, los Ronceret serán por lo menos barones, te lo prometo, mi gatita. Ya ves, niña; es preciso que te pases cinco o seis años en provincias si quieres enterrar la Schontz en la presidenta... Ese badulaque te ha echado unas miradas cuyas intenciones eran claras; ya es tuyo...

—No; al ofrecimiento de mi mano se quedó, como los aguardientes en la Bolsa, muy tranquilo.

—Ya me encargaré yo de decidirle; está achispado... Ve a ver por dónde andan todos.

—No vale la pena de ir: no oigo más que a Bixiou, que sigue con sus chanzas sin que nadie le escuche; pero conozco a mi Arturo; se cree obligado a ser cortés con Bixiou, y aunque se le cierren los ojos seguirá mirándolo.

—Volvamos entonces.

—¿Y se puede saber para quién voy a trabajar? —preguntó de repente la señora Schontz.

—Para la señora De Rochefide —contestó claramente Máximo—. Es imposible repatriarla con Arturo mientras tú lo tengas, ¡y para ella supone ponerse al frente de su casa y disfrutar cuatrocientos mil francos de renta!

—¿Y no me ofrece más que doscientos mil francos?... Quiero trescientos por tratarse de ella. ¡Vamos!... Estuve al cuidado de su hijo y de su marido, le guardé la plaza en todo, y va a escatimar conmigo. Mira, querido: entonces tendría un millón. Con esto, si me prometes la presidencia del tribunal de Alençon, podría arreglarme la vida como la señora de Ronceret.

—Hecho —dijo Máximo.

—¡Tener que fastidiarme en ese villorrio! —se lamentó Aurelia filosóficamente—. Tanto he oído hablar de esos parajes a D'Esgrignon y la Val-Noble, que es como si ya hubiese vivido allí.

—¿Y si yo te asegurase el apoyo de la nobleza?...

—¡Ay, Máximo, cuánto me prometes tú! Pero el pichón rehúsa el pico.

—¡Y qué feo está con su pellejo de ciruela! Tiene cerdas en vez de patillas y toda la pinta de un jabato, aunque los ojos sean de ave de rapiña. Será el más bonito presidente del mundo. ¡Estate tranquila! Dentro de diez minutos te cantará el aria de Isabel en el cuarto acto de *Roberto el Diablo*: «¡Estoy a tus plantas!»... ¿Pero te encargarás tú de poner a Arturo a las de Beatriz?...

—Es difícil, pero a empujones acabará por ir.

Hacia las diez y media los invitados volvieron al salón a tomar café. En las circunstancias en que se encontraban la señora Schontz, Couture y Ronceret, es fácil imaginar el efecto que tuvo que producir en el ambicioso normando la siguiente conversación que Máximo sostuvo con Couture en un rincón y a media voz para no ser oídos de nadie, pero que Fabián escuchó:

—Querido, si siguiera mi consejo, aceptaría en una provincia alejada la

recaudación de impuestos que la señora De Rochefide hará que le concedan; el millón de Aurelia le permitirá constituir la fianza y al casarse lo harán con separación de bienes. Si sabe guiar bien su barca será diputado, y la prima que le pido por haberle salvado es su voto en la Cámara.

—Siempre me sentiré orgulloso de ser uno de sus soldados.

—¡Ah, querido, por los pelos llega a coger la fortuna! Figúrese que Aurelia andaba enamoriscada de ese normando de Alencon, pidiendo que se le hiciese barón, presidente del tribunal de su ciudad y oficial de la Legión de Honor. El muy imbécil no supo conocer el valor de la señora Schontz y usted debe su fortuna a tal despiste; por consiguiente, no dé tiempo para reflexionar a esa encantadora chica. Por mi parte voy a poner los hierros al fuego.

Y Máximo dejó a Couture en el colmo de la felicidad, diciendo a La Palférine:

—¿Quieres que te lleve, hijo?...

A las once Aurelia se encontraba entre Couture, Fabián y Rochefide. Arturo dormía en una poltrona, mientras Couture y Fabián pugnaban por echarse de allí el uno al otro sin conseguirlo. La señora Schontz puso término a aquella lucha diciendo a Couture un «¡Hasta mañana, querido!» que él comprendió al punto.

—Señorita —dijo Fabián en voz baja—, aunque me haya visto callado ante el ofrecimiento que usted indirectamente me hacía, no vaya a creer que hubo en mí la menor duda; pero es que usted no conoce a mi madre, que jamás consentiría en mi felicidad...

—Está usted en la edad de las intimaciones respetuosas, querido —contestó insolentemente Aurelia—. Pero si usted tiene miedo a mamá, no es lo que yo busco.

—¡Josefina! —dijo tiernamente el *Heredero*, pasándole con audacia la mano derecha alrededor de la cintura—. ¡Supuse que me amaba!

—¿Después de esto?

—Tal vez se pudiera apaciguar a mi madre y obtener aún más que su consentimiento.

—¿Cómo?

—Si usted quisiera emplear su influencia...

—En hacerle barón, oficial de la Legión de Honor y presidente de tribunal, ¿no es verdad, hijo?... Oye bien: hice tantas cosas en la vida, que soy capaz hasta de la virtud. Puedo ser una mujer animosa y leal y remontar muy alto a mi marido; pero quiero que él me ame sin que nunca un pensamiento, una mirada, se aparten de mi corazón, ni aun con el pensamiento... ¿Te conviene así?... No te enredes imprudentemente: se trata de tu vida, pequeño.

—Con una mujer como usted acepto sin mirar —dijo Fabián, embriagado por una mirada tanto como ya lo estaba por el licor de las Islas.

—Jamás te arrepentirás de esta palabra, mi pichón: serás par de Francia... En cuanto a ese pobre viejo —continuó, mirando a Rochefide, que dormía—, a partir de hoy, cruz y raya, se ha acabado.

Esto resultó tan bonito, tan bien dicho, que Fabián cogió a la señora Schontz y la abrazó, con un acceso de rabia y de alegría en el que la doble embriaguez del amor y del vino cedía a la de la felicidad y la ambición.

—Trata, querido niño, de conducirte bien desde ahora con tu mujer, no hagas el enamorado y déjame salir convenientemente de mi atolladero. ¡Y Couture, que se cree rico y recaudador general!

—Siento horror por ese hombre —dijo Fabián—, y quisiera no verlo más.

—No lo recibiré más —dijo la cortesana con tono mojigato—. Y ahora que ya estamos de acuerdo, mi Fabián, vete, que ya es la una.

Esta pequeña escena dio origen, en el hogar de Aurelia y Arturo, hasta entonces tan completamente dichoso, a la fase de la guerra doméstica determinada en el seno de todos los hogares por un interés secreto en uno de los consortes.

Ya a la mañana siguiente Arturo despertó solo y encontró a la señora Schontz fría hasta el grado en que esa clase de mujeres saben mostrarse frías.

—¿Pues qué fue lo que pasó anoche? —preguntó Arturo mirando a su mujer mientras desayunaba.

—Lo que ocurre en París —dijo ella—. Se acuesta uno con tiempo húmedo, y a la mañana siguiente las losas están secas y todo tan helado que hay polvo, ¿quiere usted un cepillo?

—¿Pero qué te ocurre, pequeña?

—Váyase a buscar al poste de su mujer.

—¿Mi mujer?... —se asombró el pobre marqués.

—¿Es que no he adivinado para qué me ha traído aquí a Máximo?... Usted quiere reconciliarse con la señora De Rochefide, que tal vez tenga necesidad de usted por un apurillo de dinero... ¡Y yo, que usted dice soy tan sagaz, le aconsejaba que le devolviese su fortuna!... ¡Ya penetro su plan! Al cabo de cinco años el señor está cansado de mí. Yo estoy bien de carnes, y Beatriz está en los huesos: así variará. No es usted el primero que conozco con afición por los esqueletos. Por lo demás, Beatriz se viste bien, y usted es de esos hombres que se prendan de las perchas. Y luego, que quiere hacer volver a su casa al barón Du Guénic. ¡Un triunfo!... Eso le dejará en buen lugar. ¡Se hablará mucho del caso, y usted va a ser un héroe!

A las dos de la tarde la señora Schontz no había dejado la retahíla de sus sarcasmos, pese a las protestas de Arturo. Entonces dijo que estaba invitada a comer. Se empeñó en que *su infiel* prescindiese de ella en los *Italianos*, pues iba a ver un estreno en el *Ambigú-Comique* y trabar conocimiento con una mujer encantadora, la señora de la Beaudraye. Arturo propuso, como prueba de su adhesión eterna a su pequeña Aurelia y de su aversión hacia su mujer, partir al otro día para Italia e ir a vivir maritalmente a Roma, Nápoles o Florencia, a elección de Aurelia, ofreciéndole una donación de sesenta mil francos de renta.

—Todo eso son historias que no le impedirán arreglarse con su mujer, y hará bien.

Arturo y Aurelia abandonaron este diálogo formidable, él para ir a jugar y a comer al club, ella para ir a vestirse y pasar la tarde mano a mano con Fabián.

Rochefide se encontró con Máximo en el club y se lamentó como hombre que siente arrancar del corazón una felicidad cuyas raíces estaban prendidas en todas sus fibras. Máximo oyó las quejas del marqués como saben oír las gentes educadas: pensando en otra cosa.

—Soy hombre de buen consejo en estos asuntos, querido —le contestó—. Ahora bien, yerras el camino dejando ver a Aurelia lo mucho que la quieres. Déjame que te presente a la señora Antonia. Es un corazón de oro. Verás a la Schontz volverse como un niño... Tiene treinta y siete años tu Schontz y la señora Antonia no tiene más que veintiséis. ¡Y qué mujer! No tiene espíritu más que en la cabeza. Además es mi discípula. Si la señora Schontz se mantiene sobre los espolones de su fiereza, ¿sabes lo que eso significaría?

—A fe mía que no.

—Tal vez quiere casarse, y entonces nada podrá impedirle que te deje. Tras seis años de arriendo, ya tiene derecho la pobre mujer... Pero si quieres oírme, hay algo mejor que hacer: tu mujer vale hoy mil veces más que todas las Schontz y Antonias juntas del barrio de Saint-Georges. Es una conquista difícil, pero no imposible, y ahora ella te haría dichoso como un Orgon. De todas formas conviene, si no quieres parecer tonto, que esta noche vengas a cenar a casa de Antonia.

—No; amo demasiado a Aurelia y no quiero que tenga que reprocharme la menor cosa.

—¡Ay, querido, qué existencia te preparas! —exclamó Máximo.

—Son las once; debe de haber vuelto ya del *Ambigú* —dijo Arturo saliendo.

Y gritó rabiosamente a su cochero que fuese a la *rue de la Bruyère*.

La señora Schontz había dado instrucciones precisas: el señor pudo entrar absolutamente como si estuviese en buenas relaciones con la señora; pero advertida de la entrada en la casa del señor, la señora se las compuso para que el señor oyera el ruido de la puerta de su gabinete de *toilette* al cerrarse como se cierran las puertas cuando las mujeres se ven sorprendidas. Luego, el sombrero de Fabián, olvidado adrede sobre una esquina del piano, fue recogido muy torpemente por la camarera al iniciarse la conversación entre el señor y la señora.

—¿No fuiste al *Ambigú*, pequeña?

—No, querido; cambié de parecer y me quedé tocando música.

—¿Y quién ha venido a verte?... —preguntó el marqués con inocencia al ver que la camarera se llevaba el sombrero.

—Pues nadie.

Ante esta audaz mentira, Arturo bajó la cabeza: pasaba bajo las horcas caudinas de la complacencia. El amor verdadero tiene sublimes cobardías. Arturo se conducía con la señora Schontz como Sabina con Calixto y como Calixto con Beatriz.

En ocho días se operó una metamorfosis de larva en mariposa en el joven, agudo y guapo Carlos Eduardo, conde de Rusticoli de La Palférine, el héroe de la escena titulada *Un príncipe de la bohemia*, lo que dispensa de hacer aquí su retrato y describir su carácter. Hasta entonces había vivido miserablemente, calculando sus déficits con una audacia a lo Dantón; pero pagó sus deudas; luego adquirió, siguiendo el consejo de Máximo, un pequeño coche abierto, fue admitido en el Jockey-Club, en el club de la *rue de Grammont* y se volvió de una elegancia superior; por último, publicó en el *Journal des Débats* una novelita que le valió en pocos días una reputación como los autores de profesión no la obtienen más que tras varios años de trabajos y de éxitos, ya que en París no hay nada tan violento como lo que debe ser efímero. Nathan, bien seguro de que el conde no publicaría nunca ninguna otra cosa, hizo tal elogio de aquel gracioso e impertinente joven en casa de la señora De Rochefide, que Beatriz, aguijoneada por lo que el poeta decía, manifestó el deseo de ver al joven rey de los truhanes de buen tono.

—Estará tanto más encantado de venir aquí —contestó Nathan— cuanto que lo sé poseído del afán de hacer locuras por usted.

—Pero si ya las ha hecho todas, según me han dicho.

—¿Todas? No —contestó Nathan—. No hizo todavía la de amar a una mujer honesta.

Seis días después del complot urdido en el bulevar de los Italianos entre Máximo y el seductor conde Carlos Eduardo, este joven, a quien la naturaleza había dado, sin duda por burla, una figura deliciosamente melancólica, hizo su primera aparición en el nido de la paloma de la *rue de Courcelles*, quien, para aquella recepción, aprovechó una noche en que Calixto se vio obligado a salir con su mujer. Cuando ustedes encuentren a La Palférine o cuando lleguen al *Príncipe de la bohemia*, en esta larga historia de nuestras costumbres, comprenderán perfectamente el éxito obtenido en una sola velada por aquel ingenio chispeante, aquel verbo nunca oído, sobre todo si se figuran el buen juego del amigo que consintió en servirle en aquella presentación. Nathan se portó como buen camarada e hizo brillar al joven conde como un joyero sabe arrancar destellos a los diamantes de la joya que quiere vender.

La Palférine se retiró discretamente el primero y dejó a Nathan y la marquesa juntos, contando con la colaboración del autor célebre, que fue admirable. Viendo a la marquesa deslumbrada, prendió fuego en su corazón con reticencias que removieron en ella unas fibras de curiosidad que ella misma no se conocía. Nathan dio a entender que el ingenio de La Palférine no era tanto la causa de su éxito con las mujeres como su superioridad en el arte de amar, que exageró desmesuradamente. Éste es el lugar de hacer notar un nuevo efecto de esa gran ley de los contrastes, que determina

muchas crisis del corazón humano y da explicación a tantas paradojas, que ha sido obligado invocarla muchas veces al modo de la ley de los similares. Las cortesanas, comprendiendo en esta denominación a todo el sexo femenino que se bautiza, se desbautiza y se rebautiza a cada cuarto de siglo, conservan todas en el fondo de su corazón un floreciente deseo de recobrar su libertad, de amar pura, santa y noblemente un ser al que ellas lo sacrificarían todo. Experimentan esa necesidad antitética con tanta violencia, que es raro encontrar una de esas mujeres que no haya aspirado varias veces a la virtud por el amor. No se descorazonan a pesar de los más espantosos engaños. En cambio, las mujeres contenidas por su educación, por el rango que ocupan, encadenadas por la nobleza de su familia, que viven en el seno de la opulencia y llevan una aureola de virtudes, se ven arrastradas, secretamente se entiende, hacia las regiones tropicales del amor. Estas dos naturalezas de mujeres tan opuestas tienen por lo tanto en el fondo de su corazón, una, un pequeño deseo de virtud, la otra, ese pequeño deseo de libertinaje que J. J. Rousseau fue el primero en tener el valor de señalar. En la una, es el último reflejo del rayo divino que no se ha extinguido aún; en la otra, es el resto de nuestro barro primitivo.

Esta garra de la bestia fue acariciada, este pelo del diablo fue sacado por Nathan con grandísima habilidad. La marquesa se preguntó muy seria si hasta el presente ella no se había visto engañada por su misma cabeza, si su educación había sido completa. ¡El vicio!... Es, tal vez, el deseo de saberlo todo.

Al siguiente día Calixto pareció a Beatriz lo que en realidad era, un perfecto caballero, pero sin verbo ni ingenio. En París, un hombre calificado de ingenioso es un hombre que ha de tener ingenio como las fuentes tienen agua, ya que las gentes del gran mundo y los parisienses en general son ingeniosos; pero Calixto amaba demasiado, estaba absorbido para apercibirse del cambio de Beatriz y complacerla desplegando nuevos recursos; pareció muy pálido al reflejo de la velada precedente y no proporcionó la *menor* emoción a la famélica Beatriz.

Un gran amor es un crédito abierto a una potencia tan voraz, que el momento de la quiebra llega siempre. Pese a la fatiga de aquella jornada (¡la jornada en que una mujer se hastía junto a su amante!), Beatriz se estremeció de nuevo al pensar en un encuentro entre La Palférine, sucesor de Máximo de Trailles, y Calixto, hombre de coraje sin fanfarronería. Dudó de volver a ver al joven conde, pero este nudo lo cortó un hecho decisivo.

Beatriz había tomado un tercio de palco en los Italianos, en un lugar oscuro de la platea, a fin de no ser vista. Desde hacía unos días, Calixto, envalentonado, acompañaba a la marquesa y permanecía en el palco detrás de ella, combinando su llegada, ya tarde, para no ser vistos por nadie. Beatriz era de las primeras en salir de la sala, antes de terminar el último acto, y Calixto la acompañaba desde lejos vigilándola, aunque el viejo Antonio venía a buscar a su ama.

Máximo y La Palférine estudiaron esta estrategia inspirada por el respeto a las conveniencias, por esa necesidad de tapujos que distingue a los idólatras del eterno Niño, y también por un miedo que oprime a todas las mujeres, en otro tiempo una de las constelaciones del gran mundo y que el amor ha hecho caer de su rango zodiacal. La humillación es entonces temida como una agonía más cruel que la muerte; pero esta agonía del orgullo, esta afrenta que las mujeres que se mantienen en su puesto en el Olimpo arrojan sobre las que han caído, tuvo lugar en las más espantosas condiciones por los cuidados de Máximo.

En una representación de *Lucía*, que acabó, como se sabe, con uno de los más hermosos triunfos de Rubini, la señora De Rochefide, a quien Antonio no había venido a advertir, llegó por su pasillo hasta el peristilo del teatro, cuyas gradas estaban llenas de lindas mujeres escalonadas sobre los peldaños o agrupadas abajo a la espera de que sus criados anunciaran sus coches. Beatriz fue reconocida por todos los ojos a la vez y provocó en todos los grupos unos comentarios que levantaron murmullos. En un instante la multitud se dispersó y la marquesa se quedó sola como una apestada.

Calixto no se atrevió, al ver a su mujer en una de las dos escalinatas, a ir a acompañar a la réproba y Beatriz le lanzó en vano, por dos veces, con una mirada

húmeda de lágrimas, un ruego de que acudiera junto a ella.

En aquel instante, La Palférine, elegante, soberbio, encantador, abandonó a los demás, vino a saludar a la marquesa y a hablar con ella.

—Tome mi brazo y salga muy digna; ya encontraré yo su coche.

—¿Quiere usted acabar la velada conmigo? —contestó ella subiendo al coche y haciéndole sitio a su lado.

La Palférine dijo a su criado: «¡Sigue el coche de la señora!» y subió junto a la señora De Rochefide ante la estupefacción de Calixto, que quedó plantado sobre sus dos piernas como si fuesen de plomo; fue por haberlo visto pálido y lívido por lo que Beatriz hizo seña al joven conde de que montara junto a ella. Todas las palomas son Robespierres con plumas blancas. Tres coches llegaron a la *rue de Courcelles* con fulminante rapidez: los de Calixto, La Palférine y Beatriz.

—¡Ah! ¿Usted aquí?... —dijo la marquesa al entrar en su salón apoyada en el brazo del joven conde y encontrar a Calixto, cuyo caballo había ganado en la carrera.

—¿Entonces usted conoce al señor? —preguntó con rabia Calixto a Beatriz.

—El señor conde de La Palférine me fue presentado por Nathan hace diez días y usted, señor, me conoce desde hace cuatro años...

—Y estoy dispuesto, señora —dijo Carlos Eduardo—, a hacer que hasta los nietos de la marquesa d'Espard se arrepientan, ya que fue la primera en alejarse de usted...

—¡Ah, fue ella! —exclamó Beatriz—. ¡Ya me pagará esto!

—Para vengarse sería menester reconquistar a su marido; pero yo soy capaz de traérselo —dijo el joven a la marquesa.

La conversación así iniciada se prolongó hasta las dos de la madrugada, sin que Calixto, cuya rabia se veía de continuo removida con las miradas de Beatriz, hubiera podido decirle dos palabras aparte. La Palférine, que no quería a Beatriz, mostró una superioridad de buen gusto, de ingenio y de gracia igual a la inferioridad de Calixto, que se retorció en el asiento como un gusano cortado en dos, y que por tres veces se levantó para abofetear a La Palférine.

La tercera vez que Calixto hizo ademán de arrojar sobre su rival, el joven conde le dijo un «¿Padece usted de algo, señor barón?» que hizo sentarse a Calixto en una silla, donde se quedó como un poste. La marquesa conversaba con una soltura de Celimena y aparentaba ignorar que Calixto estaba allí.

La Palférine tuvo la suprema habilidad de salir con una ocurrencia llena de ingenio, dejando enfadados a los dos amantes.

Así, por la astucia de Máximo, el fuego de la discordia ardía en el noble hogar del señor y la señora De Rochefide.

Al siguiente día, luego que supo el éxito de esta escena de labios de La Palférine en el Jockey-Club, donde el joven conde jugaba al *whist* con mucho éxito, fue a la *rue de la Bruyère*, al hotel de la Schontz, a saber si Aurelia iba guiando bien su barca.

—Querido —dijo la señora Schontz riendo al ver a Máximo—, he agotado todos mis expedientes: Rochefide es incurable. Acabo mi carrera galante aprendiendo que el ingenio es una desgracia.

—¿Quieres explicarme esto?

—Primero, querido amigo, sometí a mi Arturo durante ocho días al régimen de patadas en las espinillas, de burlas pesadas y de todo cuanto conocemos de desagradable en nuestro oficio. «Tú estás enferma —me decía con dulzura paternal—, porque yo sólo te he hecho bien y te amo hasta la adoración.» «Tiene un inconveniente —le contesté— y es que me resulta fastidioso.» «Y que ¿no tienes, para que te diviertan, a las gentes más ingeniosas y los más lindos jóvenes de París?», me replicó el infeliz. Me quedé pegada. Entonces me di cuenta de que le quería.

—¡Ah!... —dijo Máximo.

—¡Qué quieres tú! Es más fuerte que nosotros; no se puede resistir a esas maneras de ser. Cambié de pedal.

Me puse a hacer toda clase de arrumacos a ese jabalí judicial, a mi futuro, convertido como Arturo en oveja; le hice permanecer allí, en la poltrona de Rochefide, y lo he encontrado completamente memo. ¡Cómo me he aburrido!... Necesitaba que Fabián estuviese allí para que me sorprendiera con él...

—¿Y qué? ¡Cuenta pronto! —exclamó Máximo—. Veamos, ¿qué pasó cuando Rochefide te sorprendió?...

—No te apures, hombre, que no pasa nada. Conforme a tus instrucciones, ya se han publicado las proclamas, se otorgaron las capitulaciones y por tanto Nuestra Señora de Loreto no tiene nada que decir. Cuando media promesa de matrimonio bien pueden darse arras... Al sorprendernos a Fabián y a mí, el pobre Arturo se retiró de puntillas hasta la sala y se puso a hacer «¡ejem, ejem!» como que tosía y a meter mucho ruido con las sillas. El necio de Fabián, a quien no puedo contárselo todo, cogió miedo... Y ya ves, querido Máximo, a qué punto hemos llegado. Arturo sería capaz de vemos a los dos una mañana al entrar en mi cuarto y preguntamos; «¿Habéis pasado buena noche, mis niños?»

Máximo inclinó la cabeza y jugó durante unos momentos con su bastón.

—Ya conozco esos caracteres —dijo—. Pues mira lo que hay que hacer: no hay más que tirar a Arturo por la ventana y cerrar bien la puerta. Volverás a empezar la última escena con Fabián...

—¡Qué trabajos forzados! Porque todavía el sacramento no me ha conferido su

virtud...

—Procura observar a Arturo cuando te sorprenda —continuó Máximo—. Si se enfada, ya está todo resuelto; si vuelve a hacer lo del «¡ejem, ejem!», la cosa ha terminado aún mejor...

—¿Cómo?

—Pues sencillamente, tú te enfadarás y le dirás: «Yo me creía amada, pero usted no siente nada por mí, no tiene celos...» Ya sabes bien todo lo que sigue... «Máximo (hazme intervenir), en esta situación, mataría al rival en el acto (ponte a llorar), y Fabián (avergüenzalo comparándolo con Fabián), a quien amo, le clavaría un puñal en el corazón. ¡Ah, esto es amar! Así que adiós, buenas noches, vuélvase a su casa. ¡Fabián me da su nombre, me caso con él! ¡Pisotea por mí a su vieja madre!...» En fin, tú...

—¡Sabido, sabido! ¡Estaré soberbia! —exclamó la señora Schontz. ¡Ah, Máximo! No habrá nunca más que un Máximo, como no hay más que un Marsay.

—La Palférine es más que yo —contestó modestamente el conde de Trailles—. Va estupendamente.

—¡Tiene lengua, pero tú tienes muñecas y riñones! ¡Y lo has soportado y adulado! —dijo la Schontz.

—La Palférine lo tiene todo: es profundo e instruido, mientras que yo soy un ignorante —contestó Máximo—. He visto a Rastignac, quien inmediatamente se ha entendido con el ministro de Justicia. Fabián será nombrado presidente y, cuando lleve un año de ejercicio, oficial de la Legión de Honor.

—¡Me haré devota! —replicó la señora Schontz, acentuando la frase de modo que obtuvo un gesto de aprobación de Máximo.

—Los curas valen más que nosotros —observó Máximo.

—¿De verdad? Podré entonces encontrar gente con quien tratar en la provincia. Ya he comenzado mi papel. Fabián ya ha dicho a su madre que la gracia me ha iluminado y ha fascinado a la buena mujer con mi millón y la presidencia; consiente en que vivamos con ella, ha pedido mi retrato y me ha enviado el suyo: si el Amor lo viera, se caería... de espaldas. Vete, Máximo; esta noche voy a ejecutar a mi pobre hombre, lo que me desgarrará el corazón.

Dos días después, al encontrarse en la puerta del Jockey-Club, Carlos Eduardo dijo a Máximo:

—¡Ya está hecho!

Estas palabras, que encerraban un drama horrible, espantoso, realizado muchas veces por venganza, hizo sonreír al conde de Trailles.

—Vamos a oír los lamentos De Rochefide —dijo Máximo—, ya que Aurelia y tú habéis dado en el blanco al mismo tiempo. Aurelia plantó en la puerta a Arturo y ahora hay que encerrarlo. Debe dar trescientos mil francos a la señora de Ronceret y volver con su mujer; vamos a demostrarle que Beatriz es superior a Aurelia.

—Disponemos de diez días —dijo agudamente Carlos Eduardo— y en verdad no es mucho; ahora que conozco a la marquesa, sé que el pobre hombre será lindamente desplumado.

—¿Y qué harás cuando estalle la bomba?

—Siempre se tiene ingenio cuando se dispone de tiempo para buscarlo; yo estoy soberbio sobre todo si me apresto.

Los dos entraron juntos en el salón y encontraron al marqués De Rochefide envejecido en dos años: no se había puesto el corsé, iba sin su habitual elegancia, con la barba larga.

—¿Qué tal, mi querido marqués?... —dijo Máximo.

—¡Ay, querido! Mi vida está rota.

Arturo habló durante diez minutos y máximo lo oía muy serio; en realidad estaba pensando en su boda, que se iba a celebrar de allí a ocho días.

—Querido Arturo, yo te había propuesto el único medio que conozco para conservar a Aurelia, y tú no has querido...

—¿Cuál?

—¿No te aconsejé que fueses a cenar a casa de Antonia?

—Es verdad, ¡pero qué quieres! Yo amo..., y tú haces el amor como Grisier hace armas...

—Oye, Arturo: dale trescientos mil francos por su hotelito y te prometo encontrarte otra mejor que ella... Ya te hablaré de esa bella desconocida más tarde; ahora veo a D' Ajuda y quiero decirle dos palabras.

Y Máximo dejó al hombre inconsolable para ir con el representante de la familia a consolar.

—Querido —dijo el marqués al oído de Máximo—, la duquesa está desesperada. Calixto prepara secretamente las maletas y ha sacado un pasaporte. Sabina quiere perseguir a los fugitivos, sorprender a Beatriz y echarle mano. Está embarazada y la cosa toma el sesgo de un antojo demasiado mortífero, pues ha ido públicamente a

comprar unas pistolas.

—Di a la duquesa que Beatriz no marchará y que de aquí a quince días todo estará arreglado. Pero D’Ajuda, démonos las manos: ¡ni tú ni yo habremos dicho nada nunca, no supimos nada! ¡No haremos más que maravillarnos de las casualidades de la vida!...

—La duquesa ya me hizo guardar silencio sobre la cruz y los Santos Evangelios.

—¿Recibirás a mi mujer de aquí a un mes?...

—Con mucho gusto.

—Todo el mundo quedará contento —respondió Máximo—. Sólo que previene a la duquesa de una circunstancia que va a retardar por seis semanas su viaje a Italia y que observe al barón Du Guénic; ya sabrás más tarde el motivo.

—¿Qué es?... —preguntó D’Ajuda mirando a La Palférine.

—Lo que dijo Sócrates antes de partir: «Debemos un gallo a Escolapio»; pero su cuñado quedará libre por la cresta —dijo La Palférine sin parpadear.

LVII
UNA TERRIBLE LECCIÓN

Durante diez días Calixto estuvo bajo el peso de una cólera tanto más invencible cuanto que iba acompañada de una verdadera pasión. Beatriz experimentaba ese amor que de modo fiel, aunque brutal, Máximo de Trailles había descrito a la duquesa de Grandlieu. Posiblemente no existan seres bien organizados que no hayan sentido esa pasión una vez en el curso de su vida. La marquesa se sentía sojuzgada por una fuerza superior, por un joven a quien su categoría no imponía y, que tan noble como ella, la miraba con ojo poderoso y tranquilo, a quien sus más grandes esfuerzos de mujer apenas arrancaban una sonrisa de elogio. En fin, estaba oprimida por un tirano que no se separaba nunca de ella sin dejarla llorando, lastimada e imaginando pesadumbres.

Carlos Eduardo representaba ante la señora De Rochefide la comedia que la señora De Rochefide representaba desde hacía seis meses con Calixto. Beatriz, desde la humillación pública sufrida en los Italianos, no había salido con Guénic de esta proposición:

—Usted ha preferido las conveniencias del mundo y de su mujer; no me ama, por lo tanto. Si quiere demostrarme que me ama, sacrifíqueme su mujer y el mundo. ¡Abandone a Sabina y vayamos a vivir a Suiza, Italia o Alemania! Parapetándose tras este duro ultimátum, había establecido ese bloqueo que las mujeres manifiestan con miradas frías, gestos desdeñosos y una apariencia de plaza fuerte. Se creía liberada de Calixto porque pensaba que jamás osaría romper con los Grandlieu. Dejar a Sabina, a quien la señorita De las Touches había donado toda su fortuna, ¿no era consagrarse a la miseria? Pero Calixto, loco de desesperación, había encargado secretamente un pasaporte y pedido a su madre que le enviara una cantidad considerable. Mientras esperaba esta remisión de fondos, vigilaba a Beatriz, presa de todo el furor de unos celos bretones.

Al fin, nueve días después de la fatal comunicación hecha en el club por La Palférine a Máximo, el barón, a quien su madre había enviado treinta mil francos, corrió a casa de Beatriz con la intención de forzar el bloqueo, de ahuyentar a La Palférine y de abandonar París con su ídolo aplacado.

Fue esto una de esas alternativas terribles en que las mujeres que han conservado algún respeto de sí mismas se hunden para siempre en las profundidades del vicio o vuelven a la virtud. Hasta entonces la señora De Rochefide se consideraba como una mujer honesta y cuyo corazón había sucumbido a dos pasiones; pero adorar a Carlos Eduardo y dejarse amar por Calixto era perder a sus ojos su propia estima, ya que donde comienza la mentira empieza la infamia. Había concedido unos derechos a Calixto por los que ningún poder humano podía impedir al bretón que se arrodillara a sus pies y los regara con las lágrimas de un arrepentimiento absoluto. Muchas personas se asombran de la insensibilidad glacial con que las mujeres extinguen sus

amores; pero si ellas no borraran así el pasado, su vida carecería de dignidad, pues no podrían nunca resistir el imperio fatal al que alguna vez se sometieron.

En la situación enteramente nueva en que se encontraba, Beatriz hubiese sido salvada de haber aparecido La Palférine; pero la inteligencia del viejo Antonio la perdió.

Al oír un coche que se detenía a la puerta, dijo a Calixto:

—¡Viene gente!

Y corrió para prevenir un escándalo.

Antonio, prudentemente, dijo a Carlos Eduardo, que no venía más que para decir precisamente eso:

—La señora marquesa ha salido.

Cuando Beatriz supo por su viejo criado la visita del joven conde y la respuesta dada, dijo: «Está bien» y volvió al salón pensando:

—¡Me meteré en un convento!

Calixto, que se había permitido abrir la ventana, conoció a su rival.

—¿Quién ha venido? —preguntó.

—No lo sé. Antonio está todavía abajo.

—Es La Palférine...

—Podría ser...

—Tú le amas, y por eso me encuentras motivos de agravio... ¡Lo he visto!

—¿Lo has visto?...

—Abrí la ventana...

Beatriz cayó como muerta sobre un diván. Entonces transigió para ganar tiempo; aplazó la marcha para ocho días después bajo pretexto de asuntos pendientes y se juró cerrar la puerta a Calixto si conseguía apaciguar a La Palférine, que estos son los espantosos cálculos y las ardientes angustias que ocultan esas existencias salidas de los raíles por donde rueda el gran convoy social.

LVIII
SOR BEATRIZ

Cuando Beatriz se quedó sola, se sintió tan desgraciada, tan profundamente humillada, que se tuvo que acostar: estaba enferma. El combate violento que le desgarraba el corazón le pareció provocar una reacción horrible y mandó a buscar al médico; pero, al mismo tiempo, hizo enviar a casa de La Palférine la carta siguiente, en la que se vengó de Calixto con verdadera rabia:

«Amigo mío:

»Venga a verme, estoy desesperada. Antonio le ha despedido, cuando su llegada hubiera puesto término a una de las más horribles pesadillas de mi vida, librándome de un hombre a quien odio y que no quisiera ver nunca más; así lo espero. No quiero a nadie más que a usted en el mundo, aunque tenga la desgracia de no agradarle todo lo que yo quisiera...»

Escribió cuatro páginas que, empezando de este modo, acababan con una exaltación demasiado poética para darla a la tipografía, en la que se comprometía de tal modo, que acababa diciendo: «¡Quedo completamente a tu merced! ¡Ah! ¡Nada me parecerá bastante para probar en qué medida eres amado!» Y firmó, cosa que jamás había hecho con Calixto ni con Conti.

A la mañana siguiente, cuando el joven conde fue a ver a la marquesa, ésta estaba en el baño. Antonio le rogó que esperase. A su vez, despidió a Calixto, que, hambriento de amor, fue muy temprano, y a quien él miró por la ventana cuando subía desesperado a su coche.

—¡Ay, Carlos! —dijo la marquesa al entrar en el salón—. ¡Usted me ha perdido!

...

—Lo sé muy bien, señora —contestó tranquilamente La Palférine—. Usted me ha jurado que no amaba a nadie más que a mí, prometió darme una carta en la que escribiría las causas que tenía para matarme, para que en caso de infidelidad pueda envenenarla sin que tenga nada que temer de la justicia humana, como si las personas de categoría tuviesen que recurrir al veneno para vengarse. Usted me escribió: «*¡Nada me parecerá bastante para probar en qué medida eres amado!...*» Y la verdad, advierto una contradicción entre las palabras «¡Usted me ha perdido!» y ese final de la carta... Sabré ahora si usted ha tenido el valor de romper con Du Guénic...

—Pues bien, te has vengado por anticipado de tu rival —dijo ella abrazándose a su cuello—. Y desde ahora, tú y yo estamos ligados para siempre...

—Señora —contestó fríamente el príncipe de la bohemia—, si me quiere por amigo, consiento; pero con sus condiciones...

—¿Condiciones?...

—Sí, las condiciones que voy a poner. Usted se reconciliará con el señor De

Rochefide, recobrará los honores de su posición, volverá a su hermosa mansión de la *rue D'Anjou* y allí será una de las reinas de París: lo probará haciendo representar un papel político a Rochefide y poniendo en su conducta la habilidad, la persistencia que la señora D'Espard ha desplegado. Esa es la situación en que debe hallarse una mujer a quien yo concedo el honor de entregarme...

—Pero usted olvida que es necesario el consentimiento del marqués De Rochefide.*

—¡Oh, querida niña! —contestó La Palférine—. Ya lo hemos preparado; le he empeñado mi fe de caballero de que usted valía como todas las Schontz del barrio de Saint-Georges, y usted debe dar cuenta de mi honor...

Durante ocho días, uno tras otro, Calixto fue a casa de Beatriz, cuya puerta le fue siempre cerrada por Antonio, quien ponía cara de circunstancias para decir: «La señora marquesa está peligrosamente enferma». De allí, Calixto corría a casa de La Palférine, cuyo ayuda de cámara le decía: «El señor conde está de caza». Cada vez el barón dejaba una carta para La Palférine.

Al noveno día, Calixto, citado por La Palférine para una explicación, se vio con él, pero en compañía de Máximo de Trailles, a quien el joven truhán quiso sin duda dar una prueba de su pericia poniéndolo por testigo de aquella escena.

—Señor barón —dijo tranquilamente Carlos Eduardo—, aquí están las seis cartas que usted me hizo el honor de escribirme; todas están sanas y enteras, no han sido abiertas porque sabía de antemano lo que podían contener sabiendo que usted me buscaba por todas partes desde el día en que yo lo vi por una ventana cuando usted estaba a la puerta de una casa donde la víspera me encontraba yo en la puerta mientras usted estaba en la ventana. Pensé que debía ignorar provocaciones inconvenientes. Dicho sea entre nosotros, usted tiene demasiado buen gusto para querer a una mujer de quien no es amado. Es un mal procedimiento para reconquistarla el andar buscando pendencia a su preferido. Pero, en las actuales circunstancias, sus cartas estaban afectas de un vicio radical, de una *causa de nulidad*, que dicen los abogados. Tiene demasiado buen sentido para impedir a un marido que recupere a su mujer. El señor De Rochefide pensó que la situación de la marquesa carecía de dignidad. Usted no encontrará ya a la señora De Rochefide en la *rue de Courcelles*, sino en la mansión de los Rochefide, de aquí a seis meses, en el próximo invierno. Usted se ha arrojado de manera muy aturdida en medio de una reconciliación entre esposos que usted mismo provocó al no salvar a la señora De Rochefide de la humillación que sufrió en los Italianos. Al salir de allí, Beatriz, a quien yo había trasladado algunas proposiciones amistosas de su marido, me llevó en su coche y sus primeras palabras fueron: «¡Vamos a buscar a Arturo!»...

—¡Oh, Dios mío!... —exclamó Calixto—. Tenía razón; no estuve atento con ella...

—Desgraciadamente, señor, ese pobre Arturo vivía con una de esas mujeres atroces, la Schontz, quien, calculando sobre el aspecto de Beatriz, abrigaba la ilusión de verse un día marquesa De Rochefide. Al ver por tierra sus castillos en España se ha puesto furiosa y ha querido vengarse de un solo golpe del marido y la mujer. Esas mujeres, señor, se sacan un ojo con tal de sacar dos a su enemigo; la Schontz, que acaba de abandonar París, ¡ha sacado seis!... Y si yo hubiese cometido la imprudencia de amar a Beatriz, hubiera sacado ocho. Queda usted advertido de que tiene necesidad de un oculista.

Máximo no pudo evitar una sonrisa ante el cambio operado en el rostro de Calixto, que se quedó pálido al abrir los ojos a su situación.

—¿Creerá, señor barón, que esa innoble mujer ha dado su mano al hombre que le ha dado los medios para vengarse?... ¡Oh, las mujeres!... Usted comprenderá ahora por qué Beatriz se ha encerrado con Arturo durante unos meses en Nogent-sur-Mame, donde tiene una deliciosa casita; allí recobrarán la vista. Mientras están allá se va a poner nuevo su hotel, donde la marquesa quiere desplegar un esplendor principesco. Cuando se ama sinceramente a una mujer tan noble, tan grande, tan graciosa, víctima del amor conyugal en el momento en que tiene el valor de volver a sus deberes, el papel de quienes la adoran como usted la adora, la admiran como yo la admiro, es permanecer siendo sus amigos cuando no se puede ser otra cosa... Usted me excusará si yo he creído oportuno poner al señor conde de Trailles por testigo de esta explicación; pero me importaba mucho ser claro en todo esto. Por lo que a mí hace, quiero ante todo decirle que si admiro a la señora De Rochefide como inteligencia, me desagrada soberanamente como mujer.

—¡Así es como acaban nuestros sueños, nuestros amores celestes! —dijo Calixto, anonadado por tantas revelaciones y desencantos.

—¡En raspa de pescado o, lo que es peor, en redoma de boticario! —exclamó Máximo—. ¡No conozco ningún primer amor que no terminara tontamente! ¡Ah, señor barón! Todo lo que tiene de celeste el hombre no halla alimento más que en el cielo... Esto es lo que nos da la razón a los calaveras. He meditado mucho este punto, señor; y ya lo ve, ayer me casé y seré fiel a mi mujer. Le exhorto a que vuelva a la señora Du Guénic, pero... dentro de tres meses. No tenga pena por Beatriz, que es el modelo de los caracteres vanidosos, sin energía, presumidos por vanagloria; es la señora D'Espard sin su política profunda, la mujer sin corazón ni cabeza, aturdida en el mal. La señora De Rochefide no quiere a nadie más que a la señora De Rochefide; habría enemistado a usted sin arreglo posible con su señora y le hubiera plantado sin remordimientos: en fin, es incompleta para el vicio como para la virtud.

—No estoy de acuerdo contigo, Máximo —dijo La Palférine—. Será la más encantadora ama de casa.

Calixto no marchó sin haber estrechado la mano a Carlos Eduardo y Máximo de Trailles y agradeciéndoles lo que habían hecho por él.

LX
DE CUANTAS COSAS EXPLICAN LAS FÁBULAS DE LA FONTAINE

Tres días después la duquesa de Grandlieu, que no había visto a su hija desde la mañana en que esta conferencia había tenido lugar, fue a visitarla y encontró a Calixto en el baño y Sabina cerca de él trabajando en los adornos para la nueva canastilla.

—¿Y qué es lo que pasa, hijos míos? —preguntó la buena duquesa.

—Cosas buenas, querida mamá —contestó Sabina, que elevó a su madre los ojos radiantes de dicha—. Hemos representado la fábula de los *Dos Pichones*; eso es todo.

Calixto tendió la mano a su mujer y se la estrechó tiernamente, con una mirada tan elocuente, que Sabina dijo al oído de la duquesa: «Soy amada, madre, y para siempre».

1838-1844

PREFACIO

No siempre es inútil explicar el sentido íntimo de una composición literaria, en unos tiempos en que la crítica no existe.

Sin Calixto, las «Escenas de la Vida Privada» hubieran carecido de un tipo esencial, el de un joven en toda su gloria, ofreciendo a la vez belleza, nobleza y sentimientos puros.

Sin Beatriz, el autor hubiera olvidado pintar los sentimientos que aún conservan las mujeres tras una caída. Cuando algunas mujeres de alto rango han sacrificado su posición a alguna violenta pasión, cuando han desconocido las leyes, ¿no encuentran en el orgullo de raza, en el valor que a sí mismas se dan y en su superioridad misma unas barreras casi tan difíciles de saltar como las ya franqueadas y que son a la vez sociales y naturales?

¿No constituye también uno de los más bellos accidentes de la pasión este ennoblecimiento debido al amor verdadero y que puede levantar a una mujer caída? Beatriz se purifica por el cariño que siente y que inspira a Calixto, quiere ser una gran cosa, una figura santa para él, y se inmola a su propia grandeza. En fin, ¿no constituye una enseñanza terrible esa de las obligaciones contraídas con el mundo por una falta? No se ha dicho todo cuando una mujer noble y generosa sacrifica su parte de soberanía social y aristocrática. Se ata para siempre al autor de su ruina, como un penado a su compañero de cadena, o si rompe los lazos contraídos arbitrariamente, cae al nivel de las mujeres perdidas. El mundo distingue entonces entre pasión y depravación.

Una mujer que, según el sublime pensamiento de madame Staël, había hallado en la gloria *una pena brillante de felicidad*, y encontrado al declinar de la vida ese puro y primer amor con que soñó, que mil veces había llamado, pero que llevada por su propio genio a prever las consecuencias y forzada por una alta razón a renunciar al que ama, sin renunciar al amor —guardando en el corazón, como Beatriz, el gusano que ha de roerla—, será para toda la vida de Calixto una imagen mortal. Aquí no hay, sin embargo, una de esas graves enseñanzas debidas a las jóvenes tentadas por unas celebridades modernas, que son, como la Camilo Maupin de «Los Estudios de Costumbres», monstruosas excepciones, sobre las que ni el moralista ni el individuo deben establecer ningún sistema.

Estas tres figuras se destacan vivamente sobre el claro-oscuro de las costumbres sosegadas de una familia y de personas llegadas muy noblemente y casi sin falta al fin de la vida, lo que constituye una de las más completas oposiciones que haya podido crear el autor.

El autor sabe que al principio esta clase de obras obtienen un éxito menos brillante que aquellas en las que las situaciones se suceden, el movimiento es vivo y acelerador pero, a la larga, los libros como *Beatriz*, *Eugenia Grandel*, *La rebusca de*

lo absoluto y *El médico rural* llegan a reunir mis simpatías y triunfan sobre las falsedades del folletín.

También le ha de ser permitido observar que al mismo tiempo que *Beatriz* aparecía en un periódico, publicaba *El gran hombre de provincias en París*, escena llena de acción sin descripciones; dos obras tan desemejantes, nacidas gemelas, ¿no acusan en el autor una elección de medios necesarios y apropiados a las singularidades del sujeto?

A cada obra su forma; si no, se acabaron los contrastes, y la monotonía llegaría forzosamente en una historia tan larga como la de las costumbres hecha según la misma sociedad.

«Los periódicos del tiempo —dice el señor Lovenjoul en su *Historia de las obras de Balzac*— quisieron reconocer, en los personajes de Camilo Maupin, de la marquesa de Rochefide, de Claudio Vignon y de Conti, a Jorge Sand, la condesa de Agoult, Gustavo Planche y Liszt.»



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.